El Espíritu Santo

El Espíritu Santo

EDWIN H. PALMER

Edición Revisada

EL ESTANDARTE DE LA VERDAD

EL ESTANDARTE DE LA VERDAD
The Grey House, 3 Murrayfield Road,
Edinburgh EH12 6EL

Traducción por José María Blanch
Impreso en inglés por Baker Book House

A

mi

Madre

y

Padre

Depósito legal: B. 36.843 - 1995

Impreso en Romanyà/Valls, S. A.
Verdaguer 1, Capellades (Barcelona)

Introducción

Pocos temas hay más importantes para el cristiano que el del Espíritu Santo. Porque el Espíritu eterno de Dios es la fuente de la vida espiritual del cristiano: tanto el origen como la continuación de la misma vida provienen de El. El Espíritu Santo es para nuestras vidas espirituales lo que el Creador es para este mundo. Sin Dios Creador, el mundo nunca hubiera comenzado a existir, y sin su acción constante, sostenedora, preservadora, el mundo dejaría de existir. Así también, sin el Espíritu de Dios, el cristiano nunca habría nacido de nuevo, y sin la influencia santificadora y siempre presente del Espíritu, la vida espiritual del cristiano volvería a la muerte espiritual de la cual salió. Un rápido vistazo al índice de materias de este libro mostrará que el Espíritu Santo es indispensable para muchos otros aspectos esenciales de la vida, además de la regeneración y santificación.

Sin embargo, en la historia de la iglesia, la doctrina del Espíritu Santo ha recibido, a menudo, poca atención. Ha habido largas controversias, por ejemplo, acerca de la Divinidad de Cristo, de la Trinidad, de la gracia, de la expiación y de los sacramentos, pero las controversias acerca del Espíritu Santo han sido breves. Las teologías sistemáticas han tratado de la doctrina del Espíritu en las secciones referentes a la Trinidad, y brevemente en relación con la vida espiritual del cristiano, pero muy poco se ha tratado de él en otros aspectos. Cristo despierta más

entusiasmo que el Espíritu Santo; la Navidad más que Pentecostés. El Credo de los Apóstoles dedica seis artículos a Cristo y sólo uno al Espíritu, lo cual es indicio del interés de la iglesia. Algunos incluso han llamado al Espíritu Santo el 'Dios desconocido.'

La iglesia de la Reforma fue la que dio gran impulso al estudio del Espíritu. Los reformadores, en oposición a las teorías de Roma, subrayaron que no era la iglesia la que era necesaria para poder interpretar correctamente la Biblia, sino el Espíritu Santo, el cual iluminaba la mente del hombre. Así mismo, objetando a la enseñanza de Roma de que el sacerdote era indispensable para aplicar al hombre el sacrificio incruento de Cristo en la misa, Lutero y Calvino afirmaron la necesidad del Espíritu Santo para aplicar el sacrificio de Cristo en nuestras vidas. Pero fue sobre todo el redescubrimiento, por parte de Calvino, de la doctrina bíblica de la gracia soberana que requirió un gran énfasis en la doctrina del Espíritu Santo. Calvino subrayó la depravación total del hombre y la elección incondicional. Esto implicaba naturalmente que para que Dios llevara a cabo su elección soberana, el Espíritu Santo debía actuar poderosamente en las vidas de los elegidos.

Quizá los dos estudios más profundos acerca del Espíritu Santo son el que escribió el teólogo inglés John Owen en el siglo 17 y el que produjo en el siglo pasado el teólogo y estadista holandés Abraham Kuyper, ambos en línea con la tradición reformada. Estos libros son, sin embargo, tan voluminosos y detallados que muy pocos se toman el tiempo de leerlos.

En tiempos más recientes ha habido un interés creciente por estudiar la acción del Espíritu. Este esfuerzo, sin embargo, se ha dirigido sobre todo hacia el análisis de la acción del Espíritu en la vida cristiana – es decir, la regene-

ración y santificación – en detrimento de la acción más vasta del Espíritu en toda una gama de aspectos. Además, hemos sido testigos de algunas aberraciones en cuanto a la doctrina bíblica del Espíritu.

Por ello, dada la importancia del tema, el descuido relativo del mismo, y la carencia de un estudio popular, bíblico y actual del Espíritu Santo con énfasis que se extienda más allá de la vida cristiana, se ha escrito este libro.

Deseo expresar mi agradecimiento al Profesor R. B. Kuiper por sus excelentes consejos en cuanto al manuscrito. Mi esposa ha sido de una ayuda incalculable en cuanto a sugerencias de fondo y forma y en la labor secretarial.

Edwin H. Palmer

1: El Espíritu Santo y la Trinidad

En este libro deseamos examinar sobre todo la acción múltiple del Espíritu Santo. Antes de ello, sin embargo, es necesario reflexionar acerca de quién o qué es el Espíritu Santo. De ahí que dediquemos este capítulo inicial al Espíritu Santo y la Trinidad.

Hacemos cuatro afirmaciones respecto a este Espíritu.

I. *El Espíritu Santo es una Persona*

Uno de los rasgos distintivos del cristiano es creer en el Espíritu Santo como persona. Desde los primeros tiempos de la iglesia hasta el modernismo actual, ha habido quienes han negado la personalidad del Espíritu en una forma u otra. Muchos predicadores y teólogos llamados cristianos hablan del Espíritu no como 'él' sino como 'lo'. Ven en él una influencia o poder o energía impersonales, y no la tercera Persona de la Trinidad. Si esto fuera así, nos veríamos privados de algunas de las mayores bendiciones de nuestra salvación. Además, no es bíblico.

La Biblia nos revela en diversas formas que el Espíritu es una persona. Ante todo, le atribuye mente, voluntad y emociones, que son características exclusivas de la persona. Los objetos impersonales no tienen estas cualidades, pero el Espíritu de Dios sí las tiene. Pablo da por sobrentendido que el Espíritu tiene mente cuando escribe que 'el Espíritu

todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios' (1 Co. 2.10, 11). Pablo atribuye conocimiento al Espíritu Santo, y el conocimiento lo tiene una persona, pero no una influencia o poder. La Biblia también describe al Espíritu como poseedor de la cualidad personal de voluntad. Leemos que cuando Pablo, Silas y Timoteo querían ir a Bitinia, 'el Espíritu no se lo permitió' (Hch. 16.7). Y en 1 Corintios 12.11 Pablo nos dice que el Espíritu dio muchos dones a los cristianos, 'repartiendo a cada uno en particular, como él quiere.' En cuanto a emociones, Efesios 4.30 da por sentado que el Espíritu puede apesadumbrarse, porque nos manda, 'No contristéis al Espíritu Santo.'

La Biblia también nos revela que el Espíritu es una persona al colocarlo en contigüidad con otras personas. Por ejemplo sabemos que el Padre y el Hijo son personas, y por ello cuando Jesús habla de bautizar a los discípulos 'en (dentro de) el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo' (Mt. 28.19), indica con ello que el Espíritu Santo también es persona, lo mismo que lo son el Padre y el Hijo. Santiago, al dar ciertas instrucciones a la iglesia primitiva, escribió, 'Porque ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros, no imponeros ninguna carga más que estas cosas necesarias' (Hch. 15.28). Es evidente que considera al Espíritu Santo como persona capaz de los mismos pensamientos e ideas que tenían él y los apóstoles.

Además, sería redundancia sin sentido decir que Jesús regresó del desierto 'en el poder del Espíritu' (Lc. 4.14) si el Espíritu fuera simplemente un poder impersonal. Lea de nuevo la frase, poniendo en lugar de *poder*, *espíritu*.

¡Cuán agradecidos debemos estar de que el Espíritu sea

una persona! Porque precisamente por ser persona nos puede convencer de pecado y con ello guiarnos hasta Dios, morar dentro de nosotros y darnos poder sobre el pecado, e iluminar nuestra mente para entender la Biblia, conducirnos a fin de poder descubrir la voluntad de Dios, dirigirnos en oración, y llamar a ministros, ancianos y diáconos como oficiales de la iglesia.

Como el Espíritu Santo es persona también podemos reaccionar desfavorablemente frente a El. Podemos resistirnos a El, agraviarlo, despreciarlo, y blasfemarlo. Esto le desagrada y seguramente nos causará daño. Ojalá nunca neguemos la personalidad del Espíritu, sino que creamos en El y experimentemos las bendiciones que esta fe conlleva.

II. *El Espíritu Santo es una Persona Divina*

Hay quienes han creído que el Espíritu Santo es una persona, pero lo han considerado como personalidad creada, y no como Dios mismo. Se han dado cuenta de que el Espíritu no es un 'algo' impersonal, pero lo han considerado como inferior al Padre. La Biblia, sin embargo, atribuye al Espíritu Santo no sólo características personales, sino también cualidades divinas. Estos atributos divinos indican que el Espíritu Santo es Dios.

Según las Escrituras, el Espíritu de Dios es omnipotente, porque desempeña un papel en la creación (Gn. 1.2), en la providencia (Sal. 104.30), y en la concepción sobrenatural de Jesús (Lc. 1.35), en la regeneración, y en el dotar a cada cristiano de dones espirituales.

Es también omnisciente, como indica Isaías cuando pregunta: '¿Quién enseñó al Espíritu de Jehová, o le aconsejó enseñándole? ¿A quién pidió consejo para ser avisado? ¿Quién le enseñó el camino del juicio, o le enseñó ciencia,

o le mostró la senda de la prudencia?' (40.13, 14). Pablo nos quiere enseñar lo mismo cuando escribe que 'el Espíritu todo lo escudriña, aún lo profundo de Dios' (1 Co. 2.10).

Además, se puede describir al Espíritu Santo como omnipresente. El salmista pregunta elocuentemente: '¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?' (Sal. 139.7). Dice que nunca puede eludir la presencia del Espíritu, ni siquiera si asciende al cielo, o desciende al Seol, o huye hacia el océano, o se esconde en la negrura de la noche. El Espíritu está en todas partes. En el Nuevo Testamento leemos que el Espíritu mora en los creyentes, y él que ha hecho que los cristianos sean tantos en número no le impide estar presente en cada uno de ellos. Si Hebreos 9.14 se puede interpretar en el sentido de que Cristo se ofreció a sí mismo 'mediante el Espíritu eterno,' es decir el Espíritu Santo, entonces estamos ante un pasaje que atribuye al Espíritu la cualidad divina de eternidad.

Otra prueba de la divinidad del Espíritu se encuentra en el hecho de que tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento alternan a veces la expresión 'dijo el Espíritu' y la expresión 'dijo Jehová.'

Finalmente, el unir simplemente el nombre del Espíritu Santo con los nombres del Padre y del Hijo como en la gran comisión (Mt. 28.19) o en la bendición apostólica (2 Co. 13.14), muestra que se coloca al Espíritu en el mismo nivel que las otras dos Personas y, por consiguiente, se le considera como divino. Sería sumamente ilógico unir el nombre de un ser creado con el de la Divinidad en expresiones tan estrechamente tramadas.

El hecho de la divinidad del Espíritu Santo es importante para nosotros. Si no fuera Dios, no podría llevar a

cabo su obra maravillosa en la creación, ni su obra de autoridad en la inspiración, ni su obra iluminadora en la mente del hombre. Ni tampoco hubiera podido superar nuestra depravación para regenerarnos, morar en nosotros y santificarnos. Debemos sentirnos agradecidos de que no sea un ser finito sino una Persona divina.

III. *El Espíritu Santo es una Persona Divina distinta del Padre y del Hijo*

En la historia de la iglesia ha habido quienes han creído en la personalidad del Espíritu Santo y en su divinidad, pero que han insistido tanto en la unidad de la Trinidad que han llegado a negar que hubiera tres Personas distintas en la Deidad. En el siglo tercero hubo quienes describieron a Dios como quien operó en la creación como Padre, luego en la historia como Hijo, y por fin que se manifiesta como Espíritu Santo. Según su manera de ver no había simultáneamente tres personas en la Deidad. La única Deidad era llamada Padre en una época, Hijo en otra y Espíritu en un tercer momento. O también, el Padre se transformó primero en Hijo, y luego en Espíritu Santo.

Estas teorías se apartan de la revelación de la Escritura. Ciertos textos bíblicos señalan bien claramente que hay tres Personas distintas y no simplemente manifestaciones diferentes del mismo Dios. Cuando Jesús fue bautizado, por ejemplo, la voz del Padre resonó desde el cielo para decir, 'Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia.' En ese mismo momento el Espíritu descendió sobre Jesús en forma de paloma. La aparición simultánea de estas tres Personas hace imposible interpretar a la Deidad simplemente como unidad. Lo mismo se puede decir de la afirmación de Jesús, 'Y *yo* rogaré al *Padre*, y os dará *otro Consolador*, para que esté con vosotros para

siempre' (Jn. 14:16). De igual modo, Hechos 2.33 distingue claramente entre las tres personas de la Deidad: 'Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del *Padre* la promesa del *Espíritu Santo*, ha derramado (Cristo) esto que vosotros veis y oís.'

Es una bendición grande tener un Dios que no es una Persona sino tres. Constituye una Trinidad abundante. Porque no sólo hay un Padre que nos ama y cuida de nosotros, sino también un Cristo que trajo salvación e intercede por nosotros y un Espíritu Santo que mora dentro de nosotros y aplica la salvación a nuestra vida.

IV. *El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo*

Entre las tres Personas de la Trinidad hay una relación y orden concretos. Del hecho de que las tres Personas son igualmente Dios, no se debe deducir que son lo mismo. Cada una de ellas tiene propiedades peculiares y relaciones exclusivas hacia las otras. Entre la primera y la segunda Personas, por ejemplo, hay la relación de Padre e Hijo. Desde toda la eternidad el Padre engendró al Hijo. El Espíritu Santo no engendró al Hijo, sino que sólo el Padre lo hizo.

Del mismo modo, hay una relación inmutable entre el Espíritu Santo y las otras Personas de la Deidad: el Espíritu Santo procede eternamente del Padre y del Hijo. Es difícil describir qué significa la procedencia del Espíritu de Dios; no se puede hacer mucho más que repetir las palabras de la Escritura, ya que la Biblia no explica este término. Pero es notable que no diga que el Espíritu Santo fue engendrado por el Padre, como lo fue Cristo, ni que fue engendrado por Cristo. Si esto hubiera sido así, entonces, tal como lo indicaron los Padres de la Igesia, el Espíritu hubiera sido o hermano de Cristo o nieto del

Padre. Pero la Biblia omite expresamente el término *engendrado* en relación con el Espíritu Santo. Como el Credo Atanasiano lo expresa correctamente, no fue 'ni hecho, ni creado, ni engendrado, sino que procede.' Este verbo *proceder* lo usa Jesús en Juan 15.26, cuando dice, 'Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, el dará testimonio acerca de mí.'

El nombre del Espíritu ofrece también otro indicio en cuanto a su relación intratrinitaria. Porque así como el nombre *Padre* muestra su relación con el Hijo, y el nombre *Hijo* describe su relación con el Padre, así también el nombre *Espíritu* indica la relación de él con las otras dos Personas: es una relación en la que es *espirado* o exhalado, porque este es el significado del nombre Espíritu.

Se debe recordar, sin embargo, que si bien el Espíritu procede de, o es espirado por, el Padre y el Hijo, sigue siendo totalmente Dios. Su procedencia no quiere decir que sea inferior al Padre y al Hijo, del mismo modo que el que el Hijo sea engendrado tampoco significa que no esté en un plano de igualdad con el Padre. El secreto está en el hecho de que el Espíritu fue *eternamente* espirado, del mismo modo que el Hijo fue *eternamente* engendrado. Nunca hubo un tiempo en que el Espíritu no fuera espirado. Ha coexistido eternamente con el Padre y el Hijo. Decir que procedió de, o fue espirado del Padre y del Hijo no implica que sea menos Dios; sólo habla de la relación que sostiene eternamente con las otras dos Personas de la Trinidad.

También debería advertirse que el Espíritu procede tanto del Padre como del Hijo, y no sólo del Padre. Que procede del Padre es obvio por Juan 15.26, pero no se ve tan claro que también proceda del Hijo. Sin embargo se

puede deducir esto de los pasajes que nos hablan de que Jesús envía al Espíritu al mundo y lo espira en sus discípulos (Jn. 15.26; 16.7, y 20.22). La espiración temporal implica una espiración eterna. Refleja cierta autoridad que el Hijo posee incluso en las relaciones intratrinitarias. Además, el Espíritu no sólo se lo llama 'Espíritu del Padre,' sino también 'Espíritu del Hijo' (Ga. 4.6), 'Espíritu de Cristo' (Ro. 8.9), y 'Espíritu de Jesucristo' (Fil. 1.19).

Esta relación del Espíritu con las otras dos personas explica por qué el Espíritu Santo es considerado la tercera Persona de la Trinidad y no la primera o la segunda. El Padre es primero porque engendra al Hijo. El Hijo es la segunda persona porque es engendrado. El Espíritu es la tercera porque procede tanto del Padre como del Hijo.

Es notable que este mismo orden de la Trinidad se revela en la historia, de modo que el Espíritu Santo no adquiere un papel prominente sino después de que las dos personas han ocupado el primer plano. Desde el tiempo de la creación hasta la época de Cristo, el Padre desempeñó el papel prominente en el mundo. El fue quien recibió la gloria principal en la creación y con quien tuvo que relacionarse especialmente el Israel del Antiguo Testamento. Cuando Cristo vino, el Padre dejó de ocupar una posición tan conspicua, el Espíritu Santo todavía no había aparecido en toda su plenitud, y Cristo desempeño el papel más prominente. Después de la encarnación, sin embargo, Cristo ascendió a los cielos, y la tercera Persona de la Trinidad apareció en escena más que las otras. Así pues, como las tres Personas tienen un orden definido en la Trinidad, ese orden se manifiesta en la historia, de modo que cada Persona aparece en la historia en el mismo orden en que se encuentra en la Trinidad.

También se observa lo siguiente. El Espíritu Santo es

expirado por el Padre y el Hijo en la Trinidad. Es lógico pues, que sea el Espíritu Santo, y no el Padre o el Hijo, quien sea exhalado sobre la iglesia en Pentecostés. Esto corresponde al hecho de que, como la segunda Persona de la Trinidad es Hijo en la Trinidad, debe ser el Hijo encarnado en la tierra. Así también, como la primera Persona de la Trinidad es Padre en la Trinidad, también es el Padre de los creyentes.

Estos son, pues, algunos de los aspectos de la relación del Espíritu Santo con las otras dos personas de la Trinidad. Si bien no entendemos mucho acerca de esta relación, no deberíamos pasar por alto lo que el Espíritu ha revelado sino, por el contrario, regocijarnos de que haya guiado a su iglesia a una definición de su persona y de su relación con las otras dos personas, por muy limitada que sea esta definición. Porque cada uno de los aspectos de su revelación tiene un propósito y no debe ser pasado por alto.

Las consecuencias prácticas de la doctrina de la exhalación del Espíritu de Dios, han tenido mucho alcance. En el año 1054 la cristiandad se dividió en dos: la Iglesia Católica Romana y la Iglesia Ortodoxa Oriental. Si bien esta división se debió a muchos factores, una piedra de tropiezo fue que los cristianos orientales creían que el Espíritu Santo procede del Padre solo, en tanto que las iglesias occidentales confesaban con el Concilio de Toledo (589) que el Espíritu procede del Padre 'y del Hijo' (*Filioque*; es decir, *y del Hijo*, que era el término que simbolizaba la diferencia). Como consecuencia de estas diferencias, el Oriente se separó del Occidente y hoy en día la Iglesia Oriental tiene más de 160 millones de miembros. Así pues, esta doctrina sí tiene enormes efectos prácticos, y si los Padres de la Iglesia no la hubieran formulado hace 1500 años, todavía hoy día podría haber sido tema can-

dente, que afectara nuestras vidas como miembros de la iglesia. Por consiguiente, debemos estar agradecidos por el conocimiento que el Espíritu Santo nos ha dado en esta materia.

Además, como Abraham Kuyper ha señalado perspicazmente, negar el *Filioque* conduce a un misticismo enfermizo. Tiende a aislar la obra del Espíritu Santo en nuestras vidas de la acción de Jesús. La redención por Cristo pasa a un plano secundario, en tanto que la acción santificadora del Espíritu pasa al primer plano. Se enfatiza cada vez más la obra del Espíritu en nuestra vida, lo cual tiende a conducir a una cierta independencia de Cristo, de la iglesia, y de la Biblia. La santificación puede descollar mucho más que la justificación, la comunión subjetiva con el Espíritu mucho más que la vida objetiva de la iglesia, y la iluminación por el Espíritu que la Palabra. Kuyper cree que esto es lo que ha sucedido de hecho, hasta cierto punto en la Iglesia Oriental, como consecuencia de negar que el Espíritu procede del Hijo tanto como del Padre.

Vemos, pues, que las extensas disputas teológicas que se llevan a cabo en los concilios y sínodos de la iglesia tienen a veces gran influencia. Sus decisiones provienen de las altas esferas hasta los miembros, aún cuando los debates corran el riesgo de llenarse de sutilezas. Debemos mostrarnos agradecidos por la revelación preciosa que el Espíritu Santo ha dado de su propio lugar en la Trinidad, pero no deberíamos contentarnos con un simple conocimiento intelectual. Antes bien, edificando sobre eso, debemos esforzarnos por conocer en forma personal y en la experiencia propia al Espíritu y sus acciones. Este es el propósito por el que han sido escritos los capítulos siguientes.

2 : El Espíritu Santo y la Creación

Nuestro estudio del Espíritu Santo siempre debería ser práctico. La revelación de Dios no tuvo como fin simplemente satisfacer nuestro deseo de conocer más de los aspectos más profundos de Dios, sino guiarnos tanto a glorificar a Dios por su grandeza como a incrementar nuestro crecimiento espiritual. Sólo un conocimiento preciso del Espíritu Santo en todas sus actividades nos pondrá en condiciones de alcanzar estos fines. Si existe confusión en nuestra mente en cuanto a quién es el Espíritu Santo o qué hace, nos veremos impedidos de glorificar plenamente al Espíritu y de experimentar con plenitud su obra múltiple en nosotros. Por consiguiente, pasamos ahora a estudiar la *obra* del Espíritu.

Ante todo, es necesario cuidarnos de un error. No debemos limitar la obra del Espíritu Santo a la regeneración y santificación del creyente. Así ocurre cuando se considera la salvación, en un sentido estrecho, como si fuera lo más importante de este mundo; cuando comenzamos y concluimos con el hombre, su pecado, su condenación eterna, y su necesidad de salvación por Cristo. Nuestra visión en este caso es eminentemente antropocéntrica (centrada en el hombre), y no teocéntrica (centrada en Dios). Nuestra preocupación entonces es casi exclusivamente la salvación, la oración, la lectura de la Biblia, y asuntos relacionados

con el domingo y reuniones de oración. Si tomamos este punto de vista, es natural pensar en el Espíritu Santo en función del hombre y de su experiencia cristiana y, en consecuencia, restringir la actividad del Espíritu a eso.

Este, sin embargo, no es el enfoque bíblico. La Biblia comienza con Dios y no con el hombre. Es teocéntrica y no antropocéntrica. Da a Dios toda la gloria y lo sitúa siempre en el marco desde la eternidad hasta la eternidad – lo que incluye los días de entre semana. No se limita sólo a un aspecto de la vida sino que es el Señor soberano de todas las cosas – absolutamente todas – de este universo. Por consiguiente, la obra del Espíritu Santo no se puede restringir exclusivamente a la santificación. Tuvo, tiene, y tendrá participación en la creación de este mundo, en la providencia, en la revelación, en la encarnación, en la redención, en la santificación, y en todos los acontecimientos hasta el día del juicio. Por esta razón, en este estudio no limitamos nuestra reflexión a la obra del Espíritu en la regeneración o santificación; porque ésta no es una exposición de la obra del Espíritu Santo en la santificación solamente, sino de la obra total del Espíritu Santo.

I. *La Obra de la Trinidad en la Creación*

En este mundo existen funciones y obras especiales que realizaron cada una de las Personas de la Trinidad en cuanto distintas de las otras dos. Cuando pensamos en la creación, por ejemplo, pensamos sobre todo en el Padre y no en el Hijo ni en el Espíritu Santo. En la cruz, sin embargo, fue Cristo quien murió y no el Padre ni el Espíritu Santo. Jesús incluso se distinguió a sí mismo del Padre en la cruz cuando exclamó, 'Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?' y 'Padre, en tus manos

encomiendo mi espíritu.' Y cuando pensamos en la santificación y en la realización de la salvación en nuestra vida, no pensamos especialmente en el Padre ni en el Hijo, sino en el Espíritu Santo. Este es el que mora en el cristiano. De hecho, debido a la negligencia de estas distinciones algunas personas que se sienten angustiadas y ansiosas acuden al Padre o a Cristo para pedir consuelo, cuando, en realidad, deberían acudir al Espíritu Santo, quien es el Santo Consolador.

Con todo, y al mismo tiempo, hay un sentido en el que no podemos separar a las tres personas. Aunque pensamos en el Padre sobre todo como creador, sin embargo, debido a la unidad básica y esencial que existe en la Trinidad, también se dice que el Hijo y el Espíritu Santo crearon. Aunque es evidente que fue el Hijo el que murió en la cruz, sin embargo en un cierto sentido también el Padre estuvo ahí, porque Jesús pudo decir, 'Yo y el Padre somos uno.' Y si bien es perfectamente bíblico afirmar que el Espíritu Santo es el que mora en nuestro corazón, sin embargo Cristo pudo decir del cristiano, '. . . mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él' (Jn. 14.23). Y Pablo pudo afirmar 'Vive Cristo en mí' (Ga. 2.20). Estas cosas pueden ser ciertas por la simple razón de que en la Trinidad, si bien hay Personas distintas, también hay una unidad básica, porque las tres son uno.

Al pensar en este punto, sobre todo en relación con el tema de la creación, siempre debemos tener presente este equilibrio perfecto, aunque no lo podamos entender en forma cabal: el equilibrio, por un lado, de la diversidad de la Trinidad y de su obra en este mundo, y, por otro lado, de la unidad básica entre las tres personas. No podemos separarlas como si una de ellas pudiera actuar sola sin las otras; y sin embargo podemos, de acuerdo con la

Biblia, atribuirle a una, en cuanto es distinta de las otras dos, ciertas características y obra especial.

En general, las Escrituras indica que la obra de la Trinidad es del Padre, por medio del Hijo, y para el Espíritu Santo. El Padre origina, el Hijo ejecuta, y el Espíritu Santo perfecciona. En la redención, por ejemplo, es el Padre quien amó tanto al mundo 'que ha dado a su Hijo unigénito' (Jn. 3.16). Efesios 1.4 nos habla de que fue el 'Padre de nuestro Señor Jesucristo' quien amó a los elegidos y los predestinó a la filiación adoptiva en Cristo Jesús. La Biblia atribuye el 'amor de la elección' al Padre, y no al Hijo ni al Espíritu Santo. Y fue el Hijo quien realizó esa redención en el tiempo. No fue el Padre ni el Espíritu Santo quienes vinieron al mundo, sino el Hijo. Por ello la redención es 'por el Hijo.' Del mismo modo, es el Espíritu Santo quien aplica esta redención a la vida del cristiano y la completa. La redención es 'para el Espíritu Santo.' Así pues, la obra de la redención se puede decir que es 'del Padre, por medio del Hijo, y para el Espíritu Santo.'

Las mismas distinciones que se encuentran en la redención se encuentran también en la creación. El universo creado también es del Padre, por medio del Hijo, y para el Espíritu Santo. La Biblia indica que cada persona de la Trinidad no desempeñó la misma función en la creación. Más bien, 'sólo hay un Dios, el Padre, del cual son todas las cosas, . . . y un Señor Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas' (1 Co. 8.6). Adviértase que todas las cosas son 'del' Padre, pero 'por medio del' Hijo. Lo que se indica es que el Padre es la fuente de todas las cosas y que el Hijo es el que, utilizando estas cosas, construyó el mundo. Romanos 11.36 habla en una forma semejante cuando emplea tres preposiciones diferentes en la afirma-

ción: 'Porque *de* él, y *por* él, y *para* él, son todas las cosas. Hebreos 1.1, 2 habla en el mismo sentido cuando dice que 'Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo . . . en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo . . . *por* quien así mismo hizo el universo.' Juan 1 y Colosenses 1 también mencionan que el mundo fue creado 'por el Hijo' y 'en él.' En otros pasajes, como veremos oportunamente, la Biblia habla del Espíritu Santo en cuanto perfecciona la obra del Padre y del Hijo.

Abraham Kuyper, en su obra *El Espíritu Santo*, ilustró esta idea al comparar la creación del universo con la construcción del palacio de un rey. El rey suministra los materiales para el palacio, pero el contratista es quien construye. Así en la creación, el Padre, como rey, es la fuente por quien todas las cosas fueron creadas de la nada. El Hijo es como el contratista, quien, tomando los materiales suministrados, construyó el universo. El Espíritu Santo es el que añadió a lo que el Hijo realizó y lo completó, realizando las potencialidades y haciendo que se desarrolle de acuerdo a su naturaleza.

En todo esto, sin embargo, como hemos visto, debemos recordar la unidad sustancial de todas las personas de la Trinidad y no separar su actividad, de forma que en un cierto sentido las tres Personas están simultáneamente activas tanto en la redención como en la creación. Comprender esto a la perfección es imposible. Es un misterio. Con todo podemos tratar de entender y de describir la obra de la Trinidad en cuanto nos lo permita la revelación bíblica.

II. *La Obra del Espíritu Santo en la Creación*

Con estas distinciones trinitarias como base para nuestra reflexión, podemos ahora pasar a ver lo que la Biblia dice

en forma más directa acerca de la obra del Espíritu Santo en la creación. Se pueden mencionar por lo menos cinco aspectos distintos de esta obra.

A. Cuando examinamos la historia de la creación en Génesis 1, advertimos que la obra del Espíritu no es la de crear los materiales del mundo de la nada, sino que su obra viene después de esto. En Génesis 1.1, 2 leemos: 'En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo.' Sólo después de esto, después de que hubo creación del universo de la nada, menciona la Biblia la actividad del Espíritu cuando dice, 'y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.' Lo que se da a entender es que el Padre, quien incluso dentro de la Trinidad es el 'manantial y fuente' del Hijo y del Espíritu Santo, es también el manantial y fuente del universo material, créandolo de la nada; y que después que esto se hubo realizado, el Espíritu Santo se movió sobre la faz de las aguas, estableciendo cierto orden entre lo que ya había sido hecho. No creó el mundo, sino que extrajo potencialidades que ya estaban en el mundo, y aun incluso implantó las semillas y gérmenes de vida, como veremos en un momento.

B. El Salmo 33.6 y Job 26.13 nos dan otra indicación de la obra perfeccionadora del Espíritu Santo, esta vez en el embellecimiento de los cielos. El Salmista nos dice en 33.6 que 'por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca.' Como vimos en el capítulo primero, *Espíritu* significa *aliento*, y el Espíritu Santo es exhalado por el Padre y el Hijo. Por consiguiente es justificable traducir *aliento* por *Espíritu* en este Salmo. El significado sería que Jehová creó los cielos, y el Espíritu actuó en la producción de las huestes de los

cielos – las estrellas, planetas, luna, y sol. Job 26.13 no indica necesariamente que el Espíritu creara las huestes, pero sí que hizo que fueran hermosas, porque Job dice: 'Su espíritu adornó los cielos.' *Adornar* significa *hermosear*. Con ello Job nos dice que el Espíritu tomó los cielos que ya habían sido creados por Dios y los hizo ser hermosos como los vemos ahora, con las constelaciones, la Vía Láctea, los planetas que reflejan la luz del sol, los colores diferentes de las estrellas, las dimensiones de la luna y la estabilidad de su luz, y el brillo del sol. En otras palabras, así como en Génesis 1.2 se indica que el Espíritu perfeccionó el mundo que había sido creado, así ahora se da a entender que el Espíritu Santo dio los toques finales a los cielos, extrayendo la gloria y belleza que eran posibles en las huestes celestiales.

C. El Salmo 104 nos habla de otro aspecto de la actividad creadora del Espíritu Santo: el dar vida a pájaros, peces, y animales. Este hermoso Salmo de la providencia de Dios atribuye todos los fenómenos de la naturaleza a Dios, afirmando que Dios es el que controla todas las cosas, y que todas las cosas dependen de él. Los asnos salvajes sacian la sed en los manantiales que Dios hace, el rebaño come la hierba que Dios hace crecer, los pájaros hacen nidos en los cedros del Líbano que Dios planta, el rugiente león busca su alimento de Dios, e incluso el leviatán en el mar espera de Dios su sustento. Todas las bestias y criaturas vivientes, grandes y pequeñas, dependen de él para existir. Dice el Salmista en el versículo 29, 'Escondes tu rostro, se turban; les quitas el álito, dejan de ser, y vuelven al polvo.' Pero es también Dios, y más en concreto el Espíritu Santo, quien da vida; porque el Salmista prosigue en el versículo 30, 'Envías tu Espíritu, son creados, y renuevas la faz de la tierra.' Así pues, el

Salmista indica que el Espíritu Santo es que da vida a todas la criaturas vivientes: a las cigüeñas en los árboles, a las cabras silvestres en la montaña, y a los leviatanes en los grandes océanos – a pájaros, bestias, y peces.

La Biblia, pues, nos induce a considerar la actividad creadora del Espíritu Santo, no en el sentido de hacer algo de la nada, sino en el de impartir vida a lo que ya ha sido creado, en armonía con lo que descubrimos en Génesis 1 y Job 26.13.

D. Este mismo Salmo 104 también da indicios de que incluso la vegetación recibe su vida del Espíritu. El versículo que acabamos de citar dice, 'Envías tu Espíritu, son creados, y renuevas la faz de la tierra.' La última parte de este versículo no menciona explícitamente al Espíritu Santo como al que renueva la tierra. Sin embargo, como está intimamente unido a la primera parte del versículo (donde se menciona al Espíritu Santo), como da vida a los animales al igual que a los hombres (como veremos en un momento), y como en general su obra no es la del que origina sino la del que perfecciona, se puede deducir con cierta confianza que es el Espíritu él que también renueva la tierra. El significado, pues, de este versículo es que si bien hay en toda la creación, después de la caída del hombre, la semilla de la muerte – de modo que la vegetación, los animales, y el hombre, morirán a su debido tiempo – sin embargo, por la actividad creadora constante del Espíritu Santo, este proceso de deterioro y muerte queda controlado, y se comunica la vida. No sólo da vida a los pájaros, peces, y bestias, sino que renueva la tierra al hacer que la hierba, las plantas, y los árboles crezcan, que se produzcan semillas que contienen vida, las cuales crecerán en su estación. Después de la desolación del invierno, brota nueva vida, y la tierra se renueva. Así pues,

aun la vida vegetal, tanto en el momento de la creación como hoy día la produce el Espíritu Santo.

E. La culminación de la obra creadora del Espíritu fue y es la creación del hombre. Las palabras de Eliú son muy claras cuando dice, 'El Espíritu de Dios me hizo, y el soplo del Omnipotente me dio vida' (Job 33.4). Como *soplo*, es otro nombre para *Espíritu*, este versículo menciona dos veces al Espíritu Santo en la creación del hombre. La función creadora específica del Espíritu parece ser dar vida, con lo que se indica otra vez que no creó necesariamente la materia, sino, tomando el polvo de la tierra, sopló en él aliento de vida.

Es interesante advertir que el relato de la creación del hombre en Génesis 2.7 describe este momento con las palabras 'Dios . . . sopló en su nariz aliento de vida,' empleando las palabras *soplar* y *aliento*, de las cuales la última es el nombre del Espíritu Santo, y la primera lo contiene. De Job 33.4, que afirma claramente que es la tercera Persona de la Trinidad la que da vida al hombre, podemos deducir que Génesis 2.7 nos da también un indicio concreto de que fue el Espíritu Santo, más que el Padre o el Hijo, quien dio y da vida al hombre.

Es, pues, el Espíritu Santo el responsable por la creación del hombre como hombre. El hombre fue hecho *alma viviente*, y no sólo animal en movimiento. El Espíritu Santo dio al hombre su ser racional y moral. Es el que hizo al hombre de forma que tenga mente, voluntad, y emociones. Job 32.8 confirma esta idea en parte cuando dice, 'Ciertamente espíritu hay en el hombre, y el soplo (Espíritu) del Omnipotente le hace que entienda.' Y también es el Espíritu Santo quien hizo al hombre bueno, recto, santo y justo.

Estas son las cinco características distintivas de la obra

creadora del Espíritu Santo. Si bien debemos velar para no violentar la unidad de las tres Personas de la Trinidad, con todo podemos y debemos atribuir a cada Persona las funciones peculiares que la Biblia les da. Cuando, en una fría noche de invierno, vemos en la oscuridad del firmamento las constelaciones conocidas, el brillante Orión, el poderoso Cazador, o la débil Pléyade, o Marte, o la Estrella Polar, o la Vía Láctea, alabemos al Espíritu Santo por haber adornado los cielos. Cuando en primavera vemos la semilla del trigo que brota, las violetas que florecen, y el cornejo que echa flor, recordemos que es el Espíritu el que renueva la faz de la tierra. Cuando pescamos truchas, vemos el ciervo que cruza raudo la pradera, y seguimos el vuelo de una graciosa golondrina, recordemos el Salmo 104.29, 30: 'Escondes tu rostro, se turban; les quitas el hálito, dejan de ser, y vuelven al polvo. Envías tu Espíritu, son creados, y renuevas la faz de la tierra.' Cuando, como madre o padre orgullosos, oímos con emoción el primer lloro de nuestro hijo, recordemos las palabras de Eliú quien dijo, 'El espíritu de Dios me hizo, y el soplo (Espíritu) del Omnipotente me dio vida.' Estos son los resultados de la actividad creadora del Espíritu Santo, y por todo ello debemos darle gloria.

III. *La Obra del Espíritu Santo en la Nueva Creación*

Hay una última actividad creadora del Espíritu Santo que debería mencionarse y esto es: su obra recreadora en la regeneración y santificación. Se tratará de esto en forma más completa en capítulos posteriores, pero también debe mencionarse aquí, a fin de dar un cuadro completo de la obra del Espíritu en la creación. Después de que el Espíritu hubo comunicado al hombre el aliento de vida, dándole justicia, santidad, y conocimiento el hombre cayó de

su alto estado original de rectitud. Se echó a perder, quedó herido, confundido, e incluso muerto espiritualmente. Perdió el conocimiento genuino y la disposición santa que poseía. Dejó de ser lo que el Espíritu lo había hecho.

Pero nuestro buen Dios no dejó al hombre en un estado tan lamentable. Antes bien, por medio del que lo había hecho justo y santo en un primer momento, el Espíritu Santo, creó al hombre de nuevo. El Espíritu Santo lo hizo una nueva criatura en Cristo (2 Co. 5.17). Hizo a los hombres 'hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras' (Ef. 2.10). Lo renovó al poner en él a un hombre nuevo que había sido 'creado en la justicia y santidad' y conocimiento. (Ef. 4.24 y Col. 3.10).

Adviértase la semejanza existente entre la primera creación y esta nueva creación del hombre por el Espíritu Santo. El Espíritu Santo dio a Adán justicia, una justicia que era inmaculada. Así también, en la nueva creación, el Espíritu Santo capacita al hombre para poseer la justicia de Jesucristo que es perfecta. Esta es incluso una justicia mejor que la de Adán, ya que nunca se puede perder, mientras que la de Adán no sólo podía perderse, sino que de hecho se perdió.

Así, como en la primera creación el Espíritu Santo hizo al hombre santo en forma individual, tambien en la segunda creación el Espíritu hace al hombre santo en forma individual, por la regeneración y la santificación.

Adviértase luego que como en la creación del mundo el Espíritu Santo no creó de la nada, sino que dio vida, orden, y belleza a la tierra muerta, inerte, en tinieblas, en desolación y vacío, moviéndose 'sobre la faz de las aguas,' así también en la nueva criatura en Cristo, no hay destrucción del hombre pecador y luego una creación de un

nuevo hombre de la nada. El Espíritu Santo no crea un alma completamente nueva, sino, como en la primera creación, toma lo que ya existe, que ha muerto en el pecado y en el delito (Ef. 2.1), le comunica vida espiritual en Cristo Jesús, dándole disposiciones nuevas en el alma a fin de que pueda volver a ser lo que era en la primera creación – santo, justo, y lleno de verdad.

Finalmente, así como en la creación el hombre adquirió vida al recibir el aliento de vida, también en la nueva creación el Espíritu Santo es comunicado a la iglesia de Cristo a fin de que el hombre pueda vivir espiritualmente.

La obra creadora del Espíritu Santo, pues, lo abarca todo, tanto lo físico como lo espiritual. Comenzó en una forma especial en la creación, prosigue hasta hoy, incluyendo hasta la misma creación nueva del hombre. El propósito de este libro es que todos podamos conocer al Espíritu Santo como Creador, sea por la primera vez o como sigue creando constantemente justicia y santidad dentro de nosotros.

3: El Espíritu Santo y la Gracia Común

Una de las actividades menos conocidas del Espíritu Santo, aunque de más alcance, es su obra en la gracia común. Consiste en frenar al réprobo (incrédulo) para que no obre mal, en alentarlo a que obre bien, y en comunicarle cierta capacidad para llevar a cabo tareas culturales.

I. *El Problema*

Para comprender mejor la obra del Espíritu Santo en la gracia común, hay que observar los antecedentes que hicieron necesaria esta gracia común. Cuando el Espíritu Santo hizo al hombre, lo hizo perfecto, inspiró en él el aliento de vida, y el hombre se convirtió en alma viviente hecha a imagen del Creador. Como se trataba del Espíritu *Santo*, éste dotó al hombre de santidad, justicia, y conocimiento: no había maldad ninguna en él.

Después de que Adán cayó, tanto él como todo el género humano con él, no continuaron en el estado original de justicia moral. Por el contrario, su naturaleza se volvió depravada. La Biblia nos dice que la naturaleza del hombre se corrompió del todo. Esto significa que estaba completamente inclinada hacia el mal y no a ningún bien espiritual.

El hombre natural, es decir, el hombre sin la acción sobrenatural del Espíritu Santo en su vida, no conoce, en

el sentido básico, ni a Dios ni la verdad. Aunque parece entender muchas cosas, no entiende nada verdaderamente, porque no relaciona nada con el Dios de la Biblia. Debería poder conocer a Dios a través de la observación del poder y sabiduría de Dios en la naturaleza, pero Romanos 1.18 nos dice que el hombre natural oculta esta verdad, la obstruye, la oprime en injusticia. 1 Corintios 2.14, 15 nos dice que 'el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender; porque se han de discernir espiritualmente.'

El hombre natural no sólo no conoce las cosas de Dios, sino que odia a Dios y se ha colocado en una situación moral tal, debido a su desobediencia voluntaria, que ya no puede hacer ni una sola cosa espiritualmente buena a los ojos de Dios. Esto puede parecer difícil de creer, y puede donar a lenguaje duro. Sin embargo, si creemos que la Biblia es la Palabra infalible de Dios, debemos admitir que así son las cosas.

La Biblia nos dice que los pensamientos del corazón del hombre son siempre malos, ya desde la juventud (Jn. 6.5; 8.21). Jeremías (17.9) dice que 'engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?' Pablo dice en tono inconfundible: 'No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto y desventura hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos' (Ro. 3.10–18). En otro pasaje agrega: 'Por cuanto la mente carnal es enemistad contra

Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios' (Ro. 8.7, 8). Y en Efesios Pablo dice que el hombre está muerto en pecados y transgresiones – no enfermo, no herido, sino muerto para toda buena obra (2.1).

Por ello la iglesia cristiana ha confesado que, si bien el Espíritu Santo creó a Adán santo y justo, sin embargo, debido a su pecado, la naturaleza del hombre se corrompió, de manera que nada digno procede de él, sino únicamente el mal. Y si queda a merced de sus propios caminos e inclinaciones malvadas, los seguirá hasta sus últimas consecuencias, expresando en acciones externas su maldad interior, como sucedió con los que Dios entregó a pasiones vergonzosas (Ro. 1.26 ss).

Esta es, pues, la condición natural del hombre. Sin embargo, y este es el problema, el hombre natural no es tan malo como podría serlo. El hombre natural hace muchas cosas que en lo exterior son nobles y agradables. El no regenerado no ha seguido por completo sus inclinaciones malas. Hay quienes, no siendo cristianos, incluso conociendo el evangelio de Cristo y rechazándolo voluntariamente, en ciertos aspectos son mejores que los cristianos que creen en la Biblia y asisten a la iglesia. A veces son de carácter más estable, dominan mejor sus pasiones, tienen mayor generosidad, su honestidad es más espontánea, sus hijos no hacen trampas, como lo hacen los hijos de muchos cristianos, son más respetuosos de los sentimientos ajenos, y su integridad es de la más elevada. En otras palabras son gente 'espléndida', incluso si no son cristianos.

El problema con el que se ha enfrentado la iglesia cristiana en el pasado ha sido: ¿Cómo se explica esto? Si el hombre, según la Biblia, está *totalmente* depravado, si en

él no hay ninguna clase de bondad, si no puede de ninguna manera hacer ni siquiera desear hacer algo bueno, si está inclinado a odiar a Dios y al prójimo, ¿cómo, entonces, es posible que pueda hacer este 'bien' aparente, ser un pagano 'espléndido', vivir una vida que parece a veces ser incluso mejor que las vidas de los cristianos?

Algunos tienen la tendencia a negar el mal en el hombre. Señalan a no cristianos de índole aparentemente virtuosa. Dicen que verdaderamente el hombre es interiormente bueno y no tan malo como se le describe que es, como una piedra áspera y sucia si se la mira por afuera, pero que al quebrarse se ve que contiene hermosas piedras preciosas en el interior. El hombre es, pues, interiormente bueno, incluso si a veces parece malo en lo exterior.

Esta explicación se debe rechazar con toda firmeza, si creemos en la Biblia. Porque como hemos visto, los hechos bíblicos indican lo contrario. Perdido para siempre, el hombre a veces es hermoso por fuera, pero interiormente, corrompido hasta la médula. Es como una roja manzana brillante, de apariencia sabrosa, de piel tersa, en la que un niño encuentra deleite, pero que cuando la muerde, los dientes se le hunden en una carne blanda, podrida, llena de gusanos, que de inmediato escupe.

Y la solución no se puede encontrar en el hecho de que el Espíritu Santo actúa dentro de él en una forma salvadora, porque esto es precisamente lo que no estamos diciendo. No estamos hablando del cristiano, sino del réprobo, el que nunca nació de nuevo, ni nunca ha de nacer de nuevo, el que pasará la eternidad en el infierno.

II. *La Solución*

La respuesta que la Biblia da a este problema es que el Espíritu Santo actúa en la vida de los no cristianos en una

forma especial. No actúa en una forma salvadora. No se trata de la regeneración. No es por medio del proceso de santificación. Pero aparte de los cristianos, el Espíritu Santo sí actúa en un cierto modo en aquellos que son réprobos, que no son elegidos. A esto se llama *gracia común*.

Es *gracia* porque no merecen ni en lo más mínimo esta acción del Espíritu Santo. Lo que merecen es la sentencia de Romanos 1.18 y siguientes, que hablan de que Dios los abandona y permite que se endurezcan en su incredulidad y maldad. No merecen sino condenación y castigo. Y lo que reciben es un favor inmerecido. Por esto se llama *gracia*.

Esta gracia se suele llamar *común* porque se la suele considerar no sólo para los elegidos – para el pueblo de Dios, para los cristianos, sino también para los no elegidos. Se considera común tanto para los que son salvos como para los que no lo son.

Si hablamos en forma rigurosa, sin embargo, esta terminología no es precisa. Porque esta gracia *no* es común tanto para el no regenerado como para el regenerado. Son dos tipos completamente diferentes de gracia. La operación salvadora del Espíritu Santo que sirve de freno al pecado, en las vidas de los elegidos es consecuencia de una gracia especial – del amor especial de elección de Dios por sus escogidos. La acción no salvadora y de freno del pecado por parte del Espíritu Santo en la vida de los réprobos es resultado de la gracia común – del amor de Dios por los no elegidos. El freno es común para ambos, pero la gracia – el amor que frena – difiere. Sea como fuere, la 'gracia común' también comprende otras cosas además de la acción del Espíritu Santo en la vida de la gente. Incluye el hecho de que Dios ofrece sinceramente

la salvación a los que están perdidos, incluso si no han sido elegidos y nunca creerán. Abarca muchos aspectos de la providencia de este mundo, tales como hacer que el sol brille y que llueva para los no creyentes, el sostenimiento de las leyes de la naturaleza de forma que las cosechas puedan crecer, y el otorgamiento de poderes sanadores al cuerpo enfermo. También significa que Dios es paciente en la ejecución de su castigo a los no creyentes, no dándoles de inmediato su merecido.

Pero la gracia común también incluye una operación general del Espíritu Santo en el no elegido, y es este aspecto el que debemos tratar en este capítulo, y no de la gracia común en general. Esta acción del Espíritu es triple. Hay un aspecto negativo, el frenar el pecado en la vida de los individuos; y uno positivo, el estímulo a obrar bien, incluso si el bien no procede de la fe. Además, hay un tercer aspecto, el dotar al hombre natural de capacidad general para que pueda desarrollar ciertas tareas culturales. Ahora debemos examinar esta operación triple del Espíritu Santo para ver cuáles son sus efectos.

A. Freno del pecado.

Ante todo, la Biblia indica que Dios envía a su Espíritu Santo entre los no elegidos para impedirles a que den rienda suelta a sus malas inclinaciones. Esto no hace que sus acciones sean agradables a los ojos de Dios, sino que simplemente los hace menos malos. Significa que la vida en este mundo es tolerable y vivible porque el Espíritu Santo impide que los hombres lleguen a excesos.

Dios puede controlar el mal en la vida del hombre en muchas maneras. Lo puede hacer con actos de providencia. Puede frenar la inmoralidad sexual haciendo que vaya acompañada a menudo de enfermedades venéreas, de manera que la gente dominará sus deseos lujuriosos por

miedo a las consecuencias. O puede reprimir intenciones malas provocando una inundación que acabe con todos o algunos de los habitantes, como en tiempos de Noé. Pero también, y este es el punto que nos interesa ahora, Dios frena el mal con la acción directa del Espíritu Santo en el alma de las personas, no en una forma salvadora, pero si de tal manera que esas personas se ven frenadas en su desobediencia a Dios.

Saúl, por ejemplo, probablemente no era salvo, y con todo, el Espíritu de Jehová estaba en su vida, haciéndolo obrar bien. Pero después de un período de desobediencia, 'el Espíritu de Jehová se apartó de Saúl, y le atormentaba un espíritu malo de parte de Jehová' (1 S. 16.14).

Isaías se lamentaba de la maldad de Israel. Escribe que 'fueron rebeldes, hicieron enojar su santo Espíritu; por lo cual se les volvió enemigo, y él mismo peleó contra ellos' (Is. 63.10). En otras palabras, el Espíritu Santo estaba en la vida de muchos israelitas en una forma no salvadora, frenando el pecado en su vida, si bien más tarde, debido a su maldad, el Espíritu tuvo que retirarse de ellos e incluso luchar contra ellos.

Esteban habló en una forma semejante cuando recordó a los judíos sus actos rebeldes desde los tiempos de Abraham hasta la crucifixión de Cristo. Luego los censuró duramente: '¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! vosotros resistís siempre al Espíritu Santo' (Hch. 7.51). Decir que resistieron al Espíritu implica que el Espíritu había actuado en su corazón de alguna manera, si bien no estaban regenerados. Y desde luego la carta a los Hebreos menciona la acción del Espíritu Santo en la vida de los no cristianos hasta el punto que 'fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo' (He. 6.4). Sin embargo, después

de que cometieron el pecado imperdonable, el Espíritu se apartó de su vida para nunca volver a obrar arrepentimiento en ellos. Perdidos por toda la eternidad, los réprobos habían poseído sin embargo al Espíritu Santo en su vida, en una forma no salvadora.

Así pues, el Espíritu Santo actúa en la vida de los no creyentes, frenándolos en el mal. Cuán agradecidos podemos estar con Dios de que, por medio de su gracia común, dé su Espíritu Santo a aquellos que están perdidos, aquellos que están eternamente condenados. Porque sin esta gracia los hombres llegarían a excesos; darían rienda suelta a sus deseos pecaminosos. La vida se haría intolerable. Habría más sadismo, más robos, más embriaguez, más inmoralidad. El divorcio aumentaría aun más. La violencia estaría a la orden del día. No habría seguridad al caminar por las calles. Todas las comunidades y naciones estarían saturadas con toda clase de pecado. Porque hay épocas, según la Biblia, en que Dios ya no contrarresta al hombre, sino que lo abandona a sus propios placeres malvados. Cuanto mayor es el abandono tanto más intolerable se vuelve la vida.

Dios, hablando por medio de Asaf, mencionó esta separación del Espíritu Santo cuando dijo: 'Pero mi pueblo no oyó mi voz, e Israel no me quiso a mí. Los dejé, por tanto, a la dureza de su corazón; caminaron en sus propios consejos' (Sal. 81.11, 12). Esteban afirmó que Dios se apartó de los israelitas y los entregó para que rindiesen culto al ejército del cielo. Isaías dijo que el Espíritu Santo incluso luchó contra los israelitas. Pablo pone de relieve los placeres, engaños, odios, perversiones, luchas, insolencia, e invento de males nuevos que caracterizaban a aquellos a quien Dios abandonaba (Ro. 1).

En 2 Tesalonisenses tenemos una descripción de lo que

sucederá al fin de los tiempos cuando 'quien al presente lo detiene,' es decir, el Espíritu Santo, será 'quitado de en medio' (2.7). Porque, dice Pablo, el misterio de la iniquidad está en acción ya. El espíritu del Anticristo está presente en el mundo de hoy. Pero está refrenado. Un día, sin embargo, ese freno será quitado. Entonces vendrá el fin, y el Anticristo será revelado – el 'hombre de pecado,' 'el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios haciéndose pasar por Dios' (2.4). Entonces habrá persecuciones, y el Anticristo se revelará en toda su horribilidad en contra de Cristo y de los cristianos, seguirá los dictámenes de sus deseos erráticos, y llevará a cabo grandes acciones de violencia y maldad en una forma desenfrenada. Esto es lo que sucederá cuando se quite el freno del pecado, cuando el Espíritu Santo retire su influencia y entregue al hombre a sus propios deseos. El mundo será entonces un lugar intolerable para vivir. Y todo esto ocurriría ahora mismo si el que lo detiene quitara el freno.

Así pues, una de las acciones más estupendas del Espíritu Santo hoy se lleva a cabo entre los réprobos, deteniéndolos en sus caminos malos y haciendo la vida vivible. Porque nosotros, los cristianos somos minoría en este mundo. Representamos sólo una proporción muy pequeña de la población. Si no fuera por esta acción restringidora del Espíritu, la vida se volvería intolerable para el cristiano. Y el cristiano hace bien en orar al Espíritu Santo para que siga actuando cada vez más en la vida de los no regenerados, a fin de que podamos vivir en paz y tranquilidad, y sin temor.

B. Estímulo para el Bien.

Una segunda acción importante del Espíritu Santo en

la esfera de la gracia común es lo contrario de la acción mencionada antes. El hecho mismo de ser frenado en el pecado significa que el hombre debe hacer algo relativamente bueno. No puede haber vacío. Si algo se quita, algo debe ocupar su lugar. O, con otra metáfora, el quitar algo oscuro de un objeto significa que el objeto debe necesariamente, por la naturaleza misma de las cosas, volverse un poco más gris. Lo mismo ocurre en el campo espiritual. Al actuar el Espíritu Santo en el hombre no regenerado dos cosas suceden: el hombre es frenado en el pecado, y recibe estímulo para hacer el bien. A pesar de su naturaleza totalmente corrompida, por la gracia del Espíritu Santo, el hombre no regenerado hace cosas que son formal y externamente agradables a Dios.

Debería recordarse con claridad, sin embargo, que el hombre natural no hace absolutamente nada que sea verdaderamente agradable delante de Dios, ya que le falta la fe, y 'todo lo que no proviene de fe, es pecado' (Ro. 14.23). Puede hacer cosas que en lo exterior se conforme con la ley de Dios, pero como no ama a Jesucristo, como no honra a Dios, y como no hace estas cosas por motivaciones puras de amor y fe hacia Dios, todas las acciones del hombre no regenerado son pecado.

Para decir en términos absolutamente claros lo que la Biblia enseña, si un unitario, quien niega la divinidad de Jesucristo y confía en sí mismo en vez de hacerlo en Jesús para su salvación, diera un millón de dólares para la obra misionera de una iglesia que predica a Jesucristo crucificado y resucitado por los pecadores, esta donación no sería, por parte del dador, un acto de bien espiritual. Porque no nacería de la fe en Cristo y no sería hecho para su gloria, sino por otra razón. Aunque, desde luego, una acción tal sería mucho mejor que si esa cantidad se

gastara en prostitución o juego, sin embargo, si el motivo adecuado está ausente, ningún acto es fundamentalmente agradable a Dios. Esto es lo que queremos decir, cuando afirmamos que es *relativamente* bueno, pero no *verdaderamente* bueno.[1]

Que el Espíritu de Dios sí estimula al réprobo al bien *relativo* se ve por ciertos ejemplos bíblicos. El Antiguo Testamento menciona a tres reyes, por ejemplo, Jehu, Jehoas, y Amazías, que no tenían un verdadero temor a Dios, que eran réprobos. Sin embargo de Jehu dice Dios en la Biblia: 'Por cuanto has hecho bien ejecutando lo recto delante de mis ojos . . . tus hijos se sentarán sobre el trono de Israel hasta la cuarta generación' (2 R. 10.30). De Jehoas dice la Biblia que 'hizo lo recto ante los ojos de Jehová' (2 R. 12.2). Y el autor repite las mismas palabras en el caso del rey Amazías. Así pues, estos reyes hicieron cosas agradables delante de Dios, si bien ellos mismos se perdieron.

En el Nuevo Testamento el hecho de que los réprobos hacen el bien lo dice Cristo expresamente cuando mandó a los discípulos a amar no sólo a sus amigos, sino también a sus enemigos, porque razonó: 'Si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores hacen lo mismo' (Lc. 6.33). En otras palabras, Cristo dice que los no elegidos hacen el bien. También

[1] Estos términos *relativamente bueno y verdaderamente bueno*, podrían prestarse a engaños. Porque en cierto sentido, incluso las acciones del regenerado no son *verdaderamente* buenas, por nada de lo que hace es perfecto. Sin embargo, el título del artículo XIV de la Confesión Belga, sin usar la expresión *relativamente bueno* habla de lo verdaderamente bueno. Tampoco es adecuado hablar de *bien que salva,* ya que el cristiano no se salva por obras buenas sino por Cristo. La distinción que hacemos la describen algunos con los términos *bien cívico* y *bien espiritual.*

aquí esto no debe tomarse en el sentido de que hacen lo que es *verdaderamente* bueno, sino que hacen un bien *relativo*.

Y Pablo escribe a los romanos (2.14) que 'los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley.' No conocen a Jesucristo, no tienen la revelación que nosotros poseemos, y sin embargo ellos que son réprobos hacen cosas que en lo exterior están de acuerdo con la ley de Dios, cosas que son agradables para Dios en un sentido relativo.

Aún hoy día el Espíritu Santo mueve a las personas a hacer cosas que en lo exterior están en conformidad con la ley de Dios. A causa del Espíritu Santo, los no creyentes ricos dan dinero a escuelas y hospitales en lugar de gastarlo en lujos; el unitario que niega a Cristo ayudará al niño de dos años que ha caído de la bicicleta a arreglarla, lo consolará y tratará de distraerlo de sus penas; el blasfemo dará dinero al mendigo; el no cristiano dará cien pesos para ayudar a las víctimas del tornado; el soldado incrédulo se mostrará compasivo con el enemigo; el político que ridiculiza la Biblia luchará por la paz; el pagano jactancioso sacrificará voluntariamente su vida para rescatar a un muchacho que se ahoga.

Estas y otras acciones que llevan a cabo los no regenerados se deben a la acción no salvadora del Espíritu Santo en sus vidas. Y debemos dar gracias a Dios por esta gracia maravillosa que hace la vida tan agradable y vivible. También podemos mirarnos con vergüenza quienes profesamos ser cristianos y sin embargo estamos llenos de tanta murmuración, de tantos celos, críticas, lujurias, y odios; en tanto que otros que no conocen a Cristo como salvador personal viven, en lo exterior por lo menos, vidas que son diez veces mejor que las nuestras. Que Dios nos

libre de nuestra inconsecuencia. Pero al mismo tiempo, alabemos a Dios por esta segunda obra del Espíritu Santo en los réprobos, gracias a la cual la vida no solamente es llevadera, sino también tan agradable.

C. Dotes para tareas culturales.

Una tercera esfera de la influencia del Espíritu Santo en la gracia común se halla en el dotar al no cristiano de capacidad intelectual, habilidad mecánica, talento artístico, y aptitud para la ciencia, las lenguas, la música, y la cultura en general. El regenerado no tiene monopolio en estos asuntos. Es más que evidente que precisamente aquellos que no son cristianos, a menudo, tienen más habilidades y están mejor dotados que los cristianos.

Estos dotes que el Espíritu Santo da proceden, como, vimos en el capítulo anterior, de que el Espíritu Santo es el que comunica al hombre el aliento de vida y quien, por tanto, es el origen del alma, de la mente, y de las facultades intelectivas y emocionales. Este aliento de vida, esta alma, esta capacidad que el Espíritu Santo da al hombre es también la fuente de logros culturales. En Isaías 45.1 leemos que el rey pagano Ciro fue ungido por Jehová para llevar a cabo su obra. El Espíritu fue enviado a Ciro para darle sabiduría, valor, y pericia militar a fin de que pudiera llevar a cabo la tarea que Dios le había asignado. No cabe duda de que esta misma actividad no regeneradora del Espíritu Santo continúa hoy en día.

Porque el Espíritu Santo dotó al hombre natural de grandes facultades, Aristóteles pudo adquirir un conocimiento tan vasto, César pudo conquistar y gobernar tantos países, los antiguos griegos pudieron idear una arquitectura tan duradera, Shakespeare pudo escribir tantas obras perennes como Macbeth y Hamlet, Beethoven pudo componer su Quinta Sinfonía, Einstein pudo formular la teoría

de la relatividad. Estos son dones del Espíritu Santo. Demos gracias a Dios por ellos, y utilicémoslos para su gloria.

Así pues, hay una acción triple del Espíritu Santo, distinta de la del Padre y del Hijo, en el campo de la gracia común. Frena al no regenerado en el pecado, lo incita al bien, y lo dota para grandes logros culturales. Estas son las cosas que hacen que este mundo sea vivible y hermoso. Los efectos son estupendos, y Hodge tenía razón cuando dijo que 'la calamidad mayor que pueda caer sobre el individuo, la iglesia, o la gente, es que Dios les retire a su Espíritu Santo.'

Conclusión

Al concluir conviene añadir una palabra de advertencia. Si bien reconocemos que el Espíritu Santo actúa en la vida del réprobo, no debemos pensar, ni por un momento, que esto salva a la persona. Estas operaciones del Espíritu Santo no son salvadoras. No salvan a nadie. La salvación viene sólo por la confianza en Jesucristo como salvador propio. Esta confianza también la crea el Espíritu Santo. Y sólo cuando el Espíritu Santo actúa en esta forma, haciendo que la persona entregue su vida a Cristo, esa persona es salva.

Algunos podrían pensar que, ya que el Espíritu Santo actúa dentro de ellos para capacitarlos para ser más hábiles o para dirigir un negocio, y ya que los ha detenido en el camino del pecado e incluso los ha incitado a hacer algunas cosas que en lo exterior son más bien buenas, serán salvos. Pero esto no es bíblico. La Biblia no dice en ninguna parte que una persona que hace el bien será salva. Debemos reconocer que el Espíritu Santo actúa en el no creyente y en el no regenerado para que hagan el bien, y

debemos dar gracias a Dios por esta influencia de tanto alcance y tan maravillosa de su Espíritu. Pero el hecho es que esta influencia y acción del Espíritu Santo no llevará a nadie al cielo. El pecador necesita no sólo la gracia común; necesita la gracia especial para poder ser salvo. Necesita fe en Jesucristo, el Hijo de Dios. El que invoque el nombre del Señor será salvo. El que crea en el Hijo unigénito tendrá vida eterna. Así pues, demos gracias a Dios por la acción del Espíritu Santo en la gracia común, pero no permitamos que nadie se engañe en pensar que es salvo por ella. Antes bien, hagámosle ver que la salvación sólo es de los que confiesan sus pecados, abandonan su forma de vivir, y piden a Jesús que los redima.

4: El Espíritu Santo y la Revelación

En este estudio del Espíritu Santo tratamos de temas muy importantes. Hemos visto algunos de los misterios eternos de la divinidad, tales como la relación de procedencia del Espíritu Santo respecto al Padre y al Hijo, el papel perfeccionador que el Espíritu Santo desempeñó en la creación de este mundo, y los efectos transcendentales del Espíritu Santo por medio de la gracia común. En los capítulos que siguen trataremos de otros temas importantes, tales como el papel del Espíritu Santo en la encarnación, en la regeneración, en la santificación, y en la iglesia.

En este capítulo nos ocuparemos de aun otro gran ministerio del Espíritu Santo, su obra en la revelación. Por revelación entendemos el acto de Dios por medio del cual da a conocer al hombre ciertas cosas que estaban ocultas y se desconocían. Esto ocurre en dos formas: por medio de la naturaleza y por medio de la Biblia.

I. *El Problema del Conocimiento*

La revelación divina es de suma importancia porque es la fuente de todo nuestro conocimiento. A lo largo de los siglos los hombres – cristianos y no cristianos por igual – se han interesado por el conocimiento. Desean saber la verdad acerca de sí mismos, acerca de la naturaleza y acerca de Dios. Tienen una ansia básica dentro de su

naturaleza por conocer, y por conocer con certeza. Solamente por medio de la revelación alcanza el hombre verdadero entendimiento de las cosas. Por la revelación, Dios se manifiesta al hombre y también revela la verdadera naturaleza de los seres que pueblan el mundo, tanto la de los hombres como la de los objetos naturales.

El no cristiano niega, explícita o implícitamente, la revelación de Dios, y por ello busca la verdad sin éxito. Niega al Dios cristiano y con ello niega la única forma posible de conocer verdaderamente las cosas – mediante la revelación. Carece de certeza absoluta en su forma de conocimiento. Conjetura y dice 'quizá' y 'creo', pero nunca conoce con carácter definitivo. Pero cuando uno acude al Dios de la Biblia y a su revelación, adquiere el fundamento para el conocimiento verdadero. Porque Dios, por su revelación, dice muchas cosas al hombre. Dios dice algo acerca de lo que a El le agrada y lo que le desagrada, acerca sus planes que previamente fueron decretados, acerca la norma de vida según la cual debe andar el hombre, acerca del camino de la salvación, acerca de la realidad y naturaleza de este mundo, acerca de ciertas leyes, y de lo que sucederá después de la muerte, sólo para nombrar algunas. El hombre puede conocer con certeza absoluta cosas que de otro modo no hubieran podido comprenderse nunca, cosas relacionadas con este mundo creado y con Dios. El hombre que conoce a través de la revelación de Dios posee un fundamento firme que es eternamente inalterable. Su saber no cambiará con el tiempo. Esto le da una satisfacción total. Posee algo que los filósofos – y todo hombre es filósofo en su corazón – han buscado desde los tiempos de Adán.

Esta revelación divina es doble. Es una revelación natural y sobre natural; o, todavía mejor, una revelación

general y una especial. Esa primera revelación, la revelación general, se encuentra donde quiera que uno esté. Está en las flores del jardín, en la pantalla de televisión, en la sala de estar, en las gotas de lluvia prendidas del cristal de la ventana, en las hojas de los árboles, en una brizna de hierba, en el dedo de un niño. De hecho, está en todas y cada una de las cosas que han sido creadas. Todas las cosas las hizo Dios, y revelan en sí mismas algo de Dios, muestran algo de su gloria, poder, sabiduría, y Divinidad. No es necesario ver a Dios con los ojos físicos para conocerlo.

Es posible conocer algunas de las características de Dios observando la naturaleza. 'Los cielos,' dice David, 'cuentan la gloria de Dios' (Sal. 19.1). Es casi como si el sol, la luna, y las estrellas pudieran hablar, ya que son tan claras las cosas de Dios que revelan, tales como su infinitud y omnipotencia. Cuando el hombre examina los rayos de la luna, o el resplandor del sol, o ve los millones de estrellas con sus distancias vastas e incomprensibles – que se observaron por primera vez en la historia, gracias al telescopio gigantesco del Monte Palomar – entonces, si no está ciego, y si el Espíritu Santo abre sus ojos, ve la gloria de Dios. Tanto el día como la noche revelan cosas acerca de Dios, y con tanta claridad, como si tuvieran labios y lenguas para hablar. Porque David dice también: 'Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría' (Sal. 19.2). Observando simplemente estas cosas, aprendemos acerca de Dios, como si la naturaleza nos hubiera hablado de El ... Pablo afirma lo mismo en Romanos 1.20 donde dice que ciertas cosas invisibles de Dios, tales como su poder y divinidad, se pueden ver claramente al observar el mundo creado. Veamos un ejemplo, como a los seis años de edad el niño

perderá algún diente. Muy pronto comenzará a aparecer uno más grande, en concordancia con la mandíbula que se está desarrollando, y llenará el espacio que dejó el diente perdido. Cuando uno se da cuenta que fue Dios quién hizo que el diente del niño cayera en el momento oportuno, ni demasiado pronto, ni demasiado tarde, para luego brotar otro exactamente en el lugar adecuado, entonces se da cuenta que Dios es un Dios sabio. Dios le reveló esto por medio de un diente. Este es un ejemplo de revelación, y por él el hombre conoce algo acerca de Dios.

En esta revelación general el Espíritu Santo desempeña su papel, como ya hemos visto en el capítulo acerca de 'El Espíritu Santo y la Creación.' Hay una segunda revelación también, llamada revelación especial, que es la Biblia, en la que el Espíritu Santo desempeña un papel destacado. Es interesante advertir que incluso la primera revelación, la revelación general, no se puede captar bien sin conocer la revelación especial y sin el poder iluminador del Espíritu en la mente del hombre. Esto se debe a que el hombre es espiritualmente ciego debido a su propio pecado. Por ello el hombre no puede conocer ni una sola cosa tanto de la revelación general como de la especial sin el Espíritu Santo. El Espíritu realiza tres obras, y todas ellas son esenciales para un verdadero conocimiento del universo y del Creador. Muestra la verdad por medio de la revelación general, en la cual participa activamente. También proporciona la Biblia (revelación especial), que es necesaria para ver adecuadamente las verdades reveladas en la naturaleza, y la que también es necesaria para conocer cosas grandes no reveladas en la naturaleza, tales como el camino de salvación, la naturaleza de la iglesia, y la segunda venida de Cristo. Finalmente, actúa en la interioridad del hombre

a fin de que pueda ver las verdades manifestadas en esas dos revelaciones.

Así pues, si el hombre verdaderamente desea la plena satisfacción del alma, si quiere obtener respuesta a las preguntas profundas que se suscitan en un momento u otro de su vida, sea cual fuere su grado de educación, puede conseguirlo. Pero tiene que conocer la obra del Espíritu Santo, no sólo en la revelación general, sino también en la revelación especial, y tiene que experimentar la actividad del Espíritu para iluminar su mente, con lo que se desterrará su ceguera espiritual. El Espíritu Santo es la llave para todo verdadero conocimiento. Sin él no se puede conocer nada en su esencia. Pero con El el hombre puede adquirir un conocimiento del universo y de Dios, que es eternamente verídico.

Pasemos, pues, a estas dos obras del Espíritu Santo: la Biblia y su iluminación de la mente del cristiano. Como el tema es muy amplio, en este capítulo trataremos sólo de la primera obra. En el capítulo siguiente nos ocuparemos de la segunda, la iluminación por medio del Espíritu Santo.

II. *Revelación Especial*

Hay una clase de revelación especial aparte de la Biblia que Dios dio al hombre. Desde el Paraíso hasta Patmos, desde Adán hasta Juan, Dios se reveló a sí mismo al hombre de una manera especial. Lo hizo en distintas formas.

Se presentó en lo que se llaman *teofanías*, apareciéndose en una forma visible, por ejemplo a Abraham, a Agar, y a Jacob. Se reveló en el fuego y en las nubes que protegieron y guiaron a Israel en el desierto. También habló directamente a personas del Antiguo y Nuevo Testamen-

tos: a Adán, Eva, Caín, Noé, Abraham, Jacob, José, Moisés, Samuel, y otros. Habló con voz del cielo. Se apareció en sueños y en visiones. Habló por medio de los Urim y Tumim. Se comunicó directamente con los profetas. Así pues, desde el Paraíso hasta Patmos, Dios se presentó en formas especiales y directas, y se reveló a los hombres aparte de la Biblia.

Algunas de estas revelaciones son de suma importancia para nosotros. Por ejemplo, el mandamiento cultural a Adán, 'fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread sobre ella' (Gn. 1.28) tiene implicaciones de largo alcance para nosotros. O pensemos en la gran voz de la primera profecía acerca de la salvación venidera, cuando Dios habló a la serpiente en presencia de Adán y Eva, diciendo: 'Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza y tú le herirás en el calcañar' (Gn. 3.15). O sopesemos el significado del pacto monumental hecho con Abraham, cuando Dios dijo que sería Dios para él y para su descendencia después de él. Estas y otras revelaciones son asuntos de suma importancia para el cristiano. Suministran conocimiento glorioso y veraz en cuanto a los planes de Dios para la eternidad y en cuanto a sus mandamientos para nosotros en campos tan importantes como la salvación y la cultura. Esto es lo que los hombres de todos los tiempos han buscado: certeza en relación al futuro, y certeza en cuanto a sus deberes actuales.

En lo que a nosotros respecta, sin embargo, hay una limitación básica en todas estas revelaciones especiales. Dios habló. Nadie podría dudarlo. Pero una vez entrado el pecado, ¿podría el hombre recordar exactamente lo que Dios dijo en esas ocasiones?

Concedido, por ejemplo, que Dios se apareció y habló por medio de revelación directa a ciertos personajes de los tiempos bíblicos, ¿cuál sería la garantía de que esa revelación no se distorsionó, debido al pecado del hombre, al transmitirse de boca en boca desde Adán hasta Set y a lo largo de centenares de generaciones hasta llegar a nosotros, miles de años después?

No vayamos tan lejos. Supongamos, por ejemplo, que estamos en lugar de Adán y Eva. Adán llegó hasta los novecientos treinta años de edad. Conjeturemos también que ochocientos años después de la caída habló con uno u otro acerca de lo que había sucedido y de lo que Dios le había dicho en el jardín. ¿Qué cree que podría suceder después de ochocientos años? No cabe duda de que habría conflicto y malos entendidos sobre lo que Dios había dicho exactamente.

Imaginémos también que estábamos con los israelitas cuando Moisés les dio los Diez Mandamientos, y que después de cuarenta años de errar por el desierto tratáramos de recordar con precisión lo que Moisés había dicho. Se podría plantear la pregunta: ¿Qué afirmó exactamente Moisés? ¿Dijo: recordad el día sábado? o ¿Recordad el día sábado para santificarlo?

Podríamos suponer por otro lado que hubiéramos estado en lugar de Pedro en el monte de la transfiguración con Santiago, Juan, Moisés, y Elías; que hubiéramos visto a Cristo glorificado y que hubiéramos oído la voz del Padre desde el cielo. ¿Podríamos recordar, diez años más tarde, todos los detalles con precisión, y garantizar que el relato de los mismos pasaría con exactitud de generación en generación, por medio de la tradición oral?

Pedro no pudo. Estuvo con Cristo. Y sin embargo dice en su segunda carta que hay 'la palabra profética más

segura'[1] (1.19). Pedro estuvo en el monte. Vio a Cristo. Oyó la voz de Dios salir del cielo, y sin embargo dice que en la Biblia (profecía) hay algo que es más cierto – más seguro – que oír la voz de Dios con los oídos propios y ver a Jesús con los ojos propios. Se da a entender, desde luego, que el tiempo debilita la precisión de la memoria de modo que algo visto con los ojos o algo oído con los oídos puede distorsionarse al cabo del tiempo. Pero hay una profecía que es más segura que la visión o audición propias, a saber la Biblia, la cual pasa a describir en los dos versículos siguientes. Debido a la inspiración del Espíritu Santo, está garantizada la exactitud de lo que se dice en ella respecto a sucesos pasados a pesar de las fallas de la memoria y a pesar de los errores que naturalmente se desarrollan en cualquier relato de segunda o milésima mano.[2]

Pedro se dio cuenta, pues, claramente que, por maravilloso que pudiera ser para una persona oír la voz de Dios, la certeza de ésta dura sólo para esa persona y po- un tiempo limitado. Nosotros hoy día, cuando Dios ya no habla como lo hacía en otros tiempos, necesitamos el relato en blanco y negro, al que podamos recurrir una y otra vez para asegurarnos exactamente de lo que se dijo. Esto es lo que la Biblia nos proporciona. Nos da certeza absoluta. Se trata de la misma palabra de Dios, como si Cristo

[1]Profecía debe tomarse en el sentido oficial de hablar *en nombre de* Dios, no sólo de cosas futuras (predicciones) sino también de cosas que ya han sucedido o que son mandamientos de Dios.

[2]Este argumento vale sólo si el griego se traduce como en el caso de la Versión Reina-Valera, 'palabra profética más segura.' Lo que se compara es la palabra dada en el monte de la Transfiguración y la palabra de profecía. Muchos comentaristas modernos, sin embargo, traducen el pasaje así: 'tenemos la palabra profética asegurada,' es decir, confirmada por la palabra en el Monte.

se fuera a aparecer hoy en la habitación para hablarle en una forma visible, en una teofanía.

Sólo que la Biblia es mejor. Porque si Cristo le hablara, una vez que él hubiera terminado de hablar su voz desaparecería. No podría Ud. volver a ella para comprobar la precisión de su memoria. Quizás diría más tarde: ¿Fue acaso un sueño? ¿habló Dios de verdad? ¿y qué dijo exactamente, no en forma aproximada? Nunca podría comprobarlo. Nunca podría repetir ese momento bendito. Pero en la Biblia, la voz de Dios permanece grabada por siempre para que pueda volver a ella cuantas veces quiera, para comprobar con toda precisión lo que El dijo. Asi pues, si desea oír la voz de Dios, sus mismas palabras, y el mensaje auténtico que es suyo exclusivamente, si desea este milagro, entonces acuda a la Biblia para escuchar la palabra de Dios. Porque la palabra de Dios es un milagro vivo; es Dios que habla constantemente al hombre, como si le estuviera conversando en forma visible en su propia habitación.

III. *El Espíritu en la Revelación Especial*

El Espíritu Santo es el responsable de este milagro sorprendente. El es quien nos da la voz de Dios de forma que, en las lenguas originales, no tiene ni un solo error, grabado exactamente tal y como Dios lo quiso. El Espíritu Santo también da al hombre la posibilidad de conocer asuntos eternos y temporales con certeza absoluta.

La misma Escritura da testimonio de que es el Espíritu Santo quien inspiró la Biblia. Pedro lo afirma con toda claridad cuando dice: 'Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo' (2P. 1.21). Pablo dice que las cosas que dice las habla

no con palabras enseñadas con sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu' (1 Co. 2.13).

En muchos lugares del Nuevo Testamento se menciona al Espíritu Santo como autor de una porción del Antiguo Testamento. En Mateo 22.43, Jesús, al citar un Salmo, dijo que David, en el Espíritu, llamó al Mesías, (Cristo). Al escoger a un discípulo para que reemplazara a Judas, Pedro dijo: 'Varones hermanos, era necessario que se cumpliese la Escritura en que el Espíritu Santo habló antes por boca de David acerca de Judas . . .' (Hch. 1.16). Y el autor de Hebreos, al citar el Salmo 95, lo menciona sin referirse siquiera al salmista, sino diciendo: 'como dice el Espíritu Santo' (He. 3.7), con lo que atribuye el Salmo al Espíritu Santo. Constantemente se alude al Espíritu Santo, y no al Padre ni al Hijo, como autor de la Biblia, si bien como vimos previamente, nunca se puede separar la obra de los tres, ya que la Trinidad es una unidad.

Ahora se suscita la pregunta: ¿Cómo inspiró el Espíritu Santo la Biblia? ¿cómo logró que fuera la misma palabra de Dios, de forma que esté revestida de autoridad absoluta? La Biblia nos da indicios respecto a este proceso.

Ante todo, no se llevó a cabo por medio del proceso de la gracia común. No se llevó a cabo por la acción general del Espíritu Santo en las vidas de los no regenerados, lo que les proporcionó nuevas habilidades en la mente de tal manera que sus facultades naturales quedaran agudizadas hasta un grado elevadísimo, por lo que pudieron escribir obras que estuvieron al nivel de las llamadas obras 'inspiradas' de Dante, Milton, Shakespeare, Cervantez o Unamuno. La Biblia fue escrita por hombres regenerados, y el resultado final tiene categoría completamente diferente de todos los demás escritos. Tiene autoridad absoluta

porque está divinamente inspirada, y por lo tanto es infalible.

Tampoco el Espíritu Santo dio lugar a la Biblia intensificando los poderes regenerativos del hombre. Porque el hombre nunca llega a ser perfecto en esta vida, sino que es pecador hasta la muerte como se ve tan obviamente en David, Pedro, y Pablo. Ha habido muchos hombres santos, tales como Calvino y Lutero, que nunca fueron inspirados en este sentido. Los hombres son santos porque están unidos místicamente a Cristo Jesús, pero algunos santos son autores de la Escritura porque han sido especialmente llamados por Dios para esta misión particular.

Las pruebas tampoco señalan ningún método mecánico de dictado por parte del Espíritu Santo. El Espíritu no se apareció en una visión a unos cuantos individuos escogidos, ni les susurró al oído, de forma que estos escritores bíblicos no fueran sino secretarios que no usaran sus propias mentes, sus propios genios o propias personalidades al formular sus propios pensamientos y palabras, sino que movieran mecánicamente la pluma mientras que el Espíritu Santo les decía exactamente que tenían que escribir. Este punto de vista prescinde de lo que es obvio en la Escritura – las diferencias en los varios escritos que hacen que incluso el no experto diga: 'Esto suena a Pablo,' o ¿no parece que esto sea de David?' Si es cierto que estas características personales diferentes se notan en los distintos libros de la Biblia, entonces el que sostiene la teoría del dictado debe suponer que el Espíritu Santo dictó a sus secretarios en una forma tal que creara la ilusión de que las palabras las formulaban autores humanos, cuando en realidad procedían del Espíritu Santo.

Ninguna de estas teorías es satisfactoria. Antes bien, el Espíritu Santo hizo que la Biblia fuera escrita en lo

que se ha llamado manera orgánica. Fue elaborada en forma más natural, la forma en la que Dios suele actuar.

Hay un aspecto pasivo en la composición de la Biblia, y un aspecto activo. En *cierto sentido* los escritores fueron completamente pasivos. No cooperaron con Dios en el sentido de que ellos hicieron la mitad en tanto que Dios hacía la otra mitad, ni tampoco de manera que Dios los fuera guiando mientras ellos hacían la mayor parte del trabajo. Antes bien, fueron completamente pasivos en el sentido que Pedro indica cuando, al hablar acerca de la palabra profética más segura, dice: 'Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo 'espirados' por el Espíritu Santo' (2 P. 1.21). El hombre no interpuso su voluntad, fue el Espíritu Santo quien la quiso. El hombre no tuvo absolutamente nada que aportar en la decisión de producir la Biblia. Dios lo decidió. En otras palabras, los autores humanos fueron los instrumentos por medio de los cuales Dios escribió. El Espíritu Santo impulsó en forma irresistible a los autores humanos para que escribieran precisamente lo que él deseaba que escribieran, palabras de su propia elección. Además, la traducción más exacta de la palabra 'inspirados' sería: 'llevados'. Indica la pasividad de los autores bíblicos. No fueron parcialmente activos, al mismo tiempo que eran guiados por el Espíritu Santo. Sino mas bien, fueron 'llevados', lo que indica que no contribuyeron en nada al proceso de ser movidos, sino que fueron los objetos movidos o inspirados. La silla que es acarreada no ayuda en el traslado, tampoco quiere ser trasladada, ni contribuye en lo más mínimo al movimiento, sino que está inerte en las manos del que la lleva. Así también los profetas, dice Pedro, fueron 'lleva-

dos' o inspirados por el Espíritu Santo para escribir lo que escribieron. Fueron pasivos.

Lo mismo indica la afirmación de Pablo en 2 Timoteo 3.16, cuando dice que 'Toda la escritura es inspirada por Dios.' Este versículo quizá se traduciría mejor en esta forma: 'Toda la Escritura es 'espirada' por Dios.' Es el aliento de Dios; es un producto completamente divino. Siendo esto así, la Biblia no es algo que los hombres resolvieron producir por su propia decisión, sino que la recibieron del Espíritu Santo. Es un producto divino, y los hombres fueron pasivos al producirla.

Si bien hay un aspecto pasivo en la composición de la Biblia, también hay un aspecto activo. Ahora debemos de insistir en éste si queremos describir adecuadamente el proceso de composición, y si queremos comprender en forma total de qué manera el Espíritu Santo inspiró la Escritura.

La composición de la Biblia se puede comparar en un sentido a la salvación del creyente. En un sentido se puede decir que la salvación es totalmente de Dios. Es algo que el hombre recibe. El hombre está pasivo, y Dios está activo al producirla en el hombre. Sin embargo, en otro sentido, el hombre está muy activo. Si bien toda su salvación incluyendo la fe, es un don que viene totalmente de Dios; y si bien 'Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad' (Fil. 2.13), de forma que el hombre está completa y receptivamente pasivo; sin embargo la frase inmediatamente anterior presenta el aspecto activo de la salvación, el mandato de 'ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor.' Dios no regenera a los hombres tratándolos como simples máquinas que no tienen ni mente ni voluntad. Cuando los regenera no suprime sus experiencias previas ni sus

características personales de forma que pierdan todas estas cualidades específicas que hacen que el Señor 'A' sea tan diferente del Señor 'B'. Los cristianos no son personajes uniformes y estereotipados, sin características propias. No son como soldaditos de plomo que hace una máquina, sin diferencias entre sí – todos pintados del mismo color, de la misma altura, con fusil al hombro, con el mismo gesto de caminar. No, Dios conserva todos los talentos distintivos del hombre, la individualidad, las características propias, y éstas forman parte de la vida del cristiano. El hombre recibe la salvación; está pasivo. Pero también está muy activo, creyendo en Cristo y viviendo la vida cristiana en una forma propia, según sus características distintivas.

En forma semejante fue la composición de la Biblia. Los autores estuvieron completamente pasivos. La Biblia es un producto divino. No procedió de la voluntad del hombre, sino que hombres de Dios hablaron inspirados ('llevados') por el Espíritu Santo. Sin embargo, Dios no destruyó la individualidad y talentos de los autores, haciendo que la Biblia resultara estereotipada, con un estilo único desde Génesis hasta Apocalipsis – el estilo del Espíritu Santo – con todas las diferencias humanas de los escritores suprimidas o escondidas. Antes bien, Dios permitió que las experiencias de los autores dirigieran el acto de escribir, que sus emociones diferentes afectaran su pensamiento, que sus gustos individuales se expresaran en la Biblia. Dios permitió que el amor de David por la naturaleza brillara en sus Salmos, que el conocimiento que Pablo tenía de la literatura pagana se manifestara en sus cartas, que los conocimientos médicos de Lucas caracterizaran sus escritos, que la brusquedad de Marcos apareciera en su libro. En tanto que Pablo escribió en una

forma lógica, Juan lo hizo en una forma más mística.

Los autores estuvieron ciento por ciento pasivos y también estuvieron ciento por ciento activos. No se les obligó a escribir mensajes contrarios a su voluntad, como tampoco el no creyente se ve obligado a creer en contra de su voluntad. Dios crea las circunstancias en una forma tal que cuando regenera el corazón del no creyente, hace naturalmente que él mismo desee apartarse de sus pecados y aceptar a Cristo como Salvador. En una forma semejante, Dios tiene un mensaje – mensaje exacto, con palabras precisas – que quiere que se escriba sin un solo error, en el punto de una 'i' o en el palito de una 't'. (Cristo dice: 'ni una jota ni una tilde'.) Para ello prepara a seres humanos para que lo hagan en una forma voluntaria y activa.

Siglos antes de que Moisés naciera, Dios moldeó a sus tatarabuelas y tatarabuelos para que hicieran llegar hasta Moisés las características adecuadas para que escribiera con una cierta perspectiva, con naturalidad, y no de una manera forzada. Fueron escogidos la madre y el padre adecuados para que le dieran cierta preparación que lo capacitaría para escribir con las emociones precisas que el Espíritu Santo deseaba. Le sobrevino persecución, de modo que, oculto y hallado en una cesta, fuera educado en la cultura egipcia, porque el Espíritu Santo quería que aprendiera a leer y a escribir y que poseyera preparación legal, de modo que pudiera escribir el Pentateuco. Luego Dios dirigió las circunstancias que rodearon la muerte de un egipcio, lo que obligó a Moisés a adentrarse en el desierto para estar solo durante años a fin de aprender humildad y devoción, de modo que pudiera escribir el Pentateuco también con ese espíritu.

Luego, cuando Dios hubo preparado todas las circunstancias en la forma adecuada – cuando Moisés ya poseía

las influencias hereditarias y las características apropiadas, cuando su vida ya había sido moldeada por las experiencias que el Espíritu deseaba – bajo la influencia del Espíritu, Moisés empezó a escribir exactamente lo que el Espíritu deseaba. Y no se llevó a cabo en una manera forzada de dictado mecánico, ni el Espíritu Santo le susurró al oído lo que tenía que escribir. Antes bien, influído por los muchos factores que intervinieron en su vida hasta el más mínimo detalle, los que Dios había preparado con un propósito, Moisés escribió con naturalidad y se expresó a si mismo como lo hubiera hecho en la vida normal. Así pues, utilizando su propia mente, sus propios recursos y características individuales, escribió las mismas palabras que el Espíritu Santo deseaba. Desde luego que, al escribir, Moisés también recibió del Espíritu Santo revelaciones directas acerca de cosas que no conocía, tales como la creación del mundo o las profecías; y el Espíritu supervisó su acción de escribir de forma que no se filtraran los errores que normalmente entran en los escritos de cualquier persona.

El producto final fue verdaderamente obra de Moisés. *El* lo realizó. Moisés no fue sólo un secretario o una pluma de los que el Espíritu Santo se sirvió para escribir, sino que Moisés contribuyó con su propio pensamiento y experiencias. Fue ciento por ciento activo. Al mismo tiempo, sin embargo, como Dios había controlado todos los factores que influyeron para que Moisés escribiera, precisamente como lo hizo, lo que Moisés escribió fue también un producto divino; fue el aliento de Dios, 'espisado' por Dios. Fue el libro del Espíritu Santo en todas rus partes. En este sentido Moisés estuvo también ciento por ciento pasivo. El Pentateuco fue la palabra de Moisés y al mismo tiempo la Palabra de Dios.

Conclusión

El resultado de esta actividad y control del Espíritu Santo es un libro que, respecto a los otros libros, es lo que Jesús hombre es, respecto a los otros hombres. Así como la gente notó que Jesús hablaba no como otros hombres, no como los escribas, sino como quien tiene autoridad; así también nosotros notamos que la Biblia habla, no como otros libros, sino con autoridad. Así como Jesús fue alguien que poseyó no sólo la naturaleza humana sino también la divina, así la Biblia tiene no sólo naturaleza humana, en cuanto fue escrita por hombres, sino también naturaleza divina, en cuanto fue escrita por Dios. Del mismo modo que Jesús es la Palabra de Dios, así también lo es la Biblia. Y del mismo modo que Jesús es Señor de Señores, así también la Biblia es el Libro de los libros.

La Biblia, pues, es la Palabra misma de Dios, y no simplemente un documento que contiene esa palabra. Es Dios que habla a los hombres todos los días. Es un milagro vivo del aliento de Dios. Y por esta razón, como lo mencionamos al comienzo de este capítulo, el hombre puede poseer la certeza absoluta que los filósofos de todos los tiempos han buscado. Acudiendo a la Biblia se puede poseer conocimiento verdadero y cierto, que satisface, en forma profunda, esa ansia natural del hombre. Por consiguiente, alabemos también al Espíritu Santo por esta tercera acción estupenda: no sólo por su acción en la creación, no solamente por su actividad penetrante en el campo de la gracia común que hace que este mundo sea vivible, sino también por hacer posible que podamos oír precisamente en este momento, y por todo lo que dure nuestra vida, la voz de Dios, que está contenida de modo permanente e infalible en la Biblia.

5: El Espíritu Santo y la Iluminación

En el capítulo anterior vimos que la revelación es la fuente de todo conocimiento. Dios ha dado al hombre dos clases de revelación: general y especial. La revelación general es la que se encuentra en todas partes del mundo creado. La revelación especial es la Biblia. Estas dos revelaciones son la fuente de todo conocimiento. Si bien la revelación general es fuente de conocimiento, no se puede interpretar bien sin la Biblia. Explicamos el hecho de que la Biblia, por medio de la acción comprensiva del Espíritu Santo, es la voz constante de Dios y no contiene error. Si alguien quiere poseer conocimiento verdadero, debe acudir a estas dos revelaciones, y en ellas puede conseguir la certeza que busca.

Afirmamos, sin embargo, que no es suficiente que nuestro conocimiento posea una revelación externa y objetiva donde se encuentra infaliblemente inscrita la verdad. Esto bastó en una época cuando el pecado no había entrado en el mundo, cuando Adán y Eva todavía eran inocentes. Pero una vez que el pecado hubo entrado en el mundo, tanto la revelación general como la especial fueron insuficientes para proporcionar el conocimiento verdadero. No es que estas dos revelaciones fueran insuficientes en sí mismas, ni fueran deficientes. Al contrario. En cuanto a la revelación general, el mundo creado revelaba claramente

las cosas invisibles de Dios (Ro. 1.20). En cuanto a la revelación especial, el Espíritu Santo nos dio la Biblia que en las lenguas originales es infalible, tanto en las palabras mismas como en sus más pequeñas letras, 'sus jotas y tildes.' Las revelaciones son perfectas, claras y sencillas. La deficiencia no está en ellas. Son perfectamente suficientes para darle al hombre conocimiento absoluto.

El problema está, sin embargo, en el hombre, y en este capítulo veremos cómo el disfrute de la vista, o la iluminación de la mente para que el hombre pueda leer bien la Biblia, es también acción del Espíritu Santo. En primer lugar, deberíamos caer en la cuenta que el hombre necesita iluminación espiritual. En segundo lugar, deberíamos advertir que el Espíritu Santo es el único que puede colmar esa necesidad.

I. *La ceguera del Hombre*

El Nuevo Testamento señala que el hombre natural es ciego, ciego como una piedra, de forma que no puede ver las verdades más claras ni siquiera si se las presenta un apóstol. Lucas refiere que Lidia, junto con otras mujeres que se encontraban a la orilla del río, oyeron predicar a Pablo, y que el Señor abrió el corazón de ella para que oyera las cosas que hablaba Pablo (Hch. 16.14). La conclusión evidente es que, cuando empezó a escuchar, Lidia no entendía nada. En lo espiritual tenía embotado el corazón. Su comprensión estaba entenebrecida, para usar la descripción que Pablo hace de los efesios gentiles (Ef. 4.18). Podía entender el griego que se hablaba, pero no el significado verdadero de las palabras. Pero cuando el Señor abrió su corazón, estuvo en condiciones de entender lo que se le decía. Sin el Señor no tenía comprensión espiritual. Estaba ciega.

Pablo describe la ceguera del alma como un velo que hay en el corazón (2 Co. 3.12–18). Al hablar de los judíos inconversos, dice que la mente de ellos estaba ciega. Cuando se les leían los escritos de Moisés no los entendían. Esta falta de comprensión no era porque los escritos de Moisés sean difíciles, si no más bien porque un velo cubría su corazón. El velo está ahí porque no han sido regenerados; pues, dice Pablo, 'Cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará' (v. 16) y entenderán.

Quizá el pasaje de la Escritura que muestra en forma más clara la incapacidad del hombre natural para entender cosas espirituales es 1 Corintios 1 y 2. Ahí Pablo dice que los réprobos cuando oyen el evangelio lo consideran sin sentido, 'porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden' (1.18). El hombre natural no lo puede entender. Si pudiera, entonces habría muchos sabios, muchos nobles y poderosos que serían cristianos. Pero este no es el caso. 'Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles' (1.26). La razón de que las mentes brillantes no acepten el cristianismo es que todas las mentes son ciegas – no importa cuál sea su cociente intelectual – a no ser que hayan sido regeneradas. Pablo afirma en términos inequívocos 'el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios' (2.14). No dice el hombre natural poco inteligente o sin educación o sin cultura, sino simplemente el hombre natural. Sea cual fuere su inteligencia natural, el hombre natural simplemente 'no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios.' Las tiene por 'locura.' Rechaza el relato de la creación como contrario a hechos científicos obvios. Toma la historia de Adán y Eva y de la serpiente como fantasía. Que el Nuevo Testamento diga que Jesús es Dios lo

atribuye a autores ingenuos que vivieron mucho después y que, por tanto, no conocían muy bien los hechos. La expiación por sustitución la encuentra ridícula. La predestinación es evidentemente incompatible con la responsabilidad humana. Que un Dios omnipotente y al mismo tiempo santo predetermine el pecado lo considera absurdo. En consecuencia, considerándose sabio, llega a ser necio (Ro. 1.22), considera las cosas del Espíritu de Dios locura (1 Co. 2.14). Pablo vuela afirmar en forma enfática esta misma enseñanza cuando dice, 'no las puede entender.' Le es imposible conocerlas. La razón es, prosigue Pablo, que las cosas de Dios se juzgan espiritualmente, es decir, sólo una persona que posee el Espíritu de Dios las puede entender. Y como el hombre natural no posee al Espíritu Santo, no las puede entender.

Si bien la Biblia nos dice que el hombre natural está completamente ciego, no se debe presumir que el regenerado tenga una visión perfecta. El Salmista dice 'Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley' (Sal. 119.18). En el Antiguo Testamento hay cosas maravillosas. Son muy claras para cualquiera que pueda ver. Ahí están ante el Salmista. No pide algo más que la ley. Pero no puede ver lo que está ante él. Por ello pide que Dios abra sus ojos espirituales a fin de que pueda ver estas 'maravillas.' En una palabra, David era parcialmente ciego, a pesar de estar regenerado.

El Nuevo Testamento también implica la ceguera parcial del cristiano. Lucas, al relatar los acontecimientos que precedieron a la ascensión, dice que cuando Jesús comunicó a sus discípulos profecías del Antiguo Testamento, 'les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras' (Lucas 24.45). En otras palabras, antes de que Jesús abriera su mente, no podían entender las Escrituras,

aunque quizá las habían leído un centenar de veces. Tenían la mente cerrada.

En Efesios 1.17, 18 Pablo pide que el Dios de nuestro Señor Jesucristo 'os dé Espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de El, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos.' Estas grandes bendiciones estaban delante de estos efesios regenerados y las estaban experimentando, y con todo no las conocían plenamente; no las podían ver. No era porque los efesios no fueran inteligentes o educados; hay razones para creer que eran hombres muy entendidos. Tampoco era porque Pablo no les hubiera hablado de estas verdades; en Hechos 20, leemos que Pablo les había presentado todo el consejo de Dios, noche y día, con lágrimas, por tres años. Era porque todavía eran parcialmente ciegos. Aunque eran cristianos, y por tanto nacidos de nuevo y trasladados del reino de oscuridad al reino de la luz, sin embargo, no se habían despojado de toda su ceguera. Por ello Pablo pide que Dios les dé el Espíritu de sabiduría y revelación, que sus ojos reciban iluminación, a fin de que vean las riquezas del evangelio de Cristo Jesús.

Así pues, la enseñanza inconfundible de la Escritura es que la sabiduría se encuentra en la doble revelación de Dios: el mundo creado y la Biblia. Ambas son claras. Pero el pecado ha entenebrecido la mente del hombre. El hombre regenerado, en quien el Espíritu Santo ha comenzado su acción santificadora, puede por lo menos vislumbrar estas verdades, pero el hombre natural no puede ver nada. Debería poder ver estas verdades en la revelación de Dios, porque son absolutamente claras. Pero no puede. Llevemos a una persona al campo abierto en

un día de verano, diáfano y sin nubes, en el momento en que el sol está en su meridiano, pidámosle que lo mire y preguntémosle qué ve. Si dice que no ve nada, entonces tengamos la seguridad de que está ciego, totalmente ciego, y que necesita ir al oculista. De la misma manera, presentemos a un hombre la diáfana Palabra de Dios, la cual testifica claramente acerca de la divinidad de Jesucristo, del pecado del hombre, y de que Cristo es el único camino de salvación; y luego preguntémosle si reconoce estas verdades. Si dice: 'no veo que sean verdades; son fantasías, creaciones de la imaginación del hombre, tonterías que sólo cree un ignorante,' entonces sabremos que este hombre está ciego, completamente ciego. No puede ver nada. Debería poder ver, porque la Escritura no puede ser más clara. Es tan brillante como el sol. Si no ve las verdades, entonces es que está espiritualmente ciego. Como dice la Escritura: El hombre natural no percibe las cosas de Dios. Tiene el corazón cubierto con un velo. Tiene los ojos cerrados.

II. *La Iluminación del Espíritu*

Para adquirir conocimiento verdadero no basta, pues, poseer la clara revelación de Dios; el hombre también debe poder ver. Y precisamente ahí es donde también entra el Espíritu Santo. Da al hombre no sólo un libro infalible, sino también ojos para que lo pueda leer.

Algunos de los pasajes ya mencionados muestran claramente que sólo Dios es quien puede abrir los ojos espirituales y no el hombre. El Salmista, al sentirse incapaz de abrir los ojos por sí mismo, le pide a Dios que lo haga suplicándole: 'Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley' (Sal. 119.18). Trató de hacerlo por sí mismo. No pudo. Por ello pide a Dios, el único que puede, que abra

sus ojos. Del mismo modo, Lucas dice que fue el Señor quien abrió los ojos de los discípulos para que pudieran entender y leemos que fue el Señor quien abrió el corazón de Lidia para que pudiera comprender.

En forma más específica, sin embargo, es la tercera Persona de la Trinidad, y no el Padre ni el Hijo, quien ilumina la mente del hombre. Así como es él quien da la comprensión y sabiduría naturales en primer lugar (ver el capítulo segundo), así también es él quien restaura esta sabiduría después de que el hombre ha caído.

Esto está profusamente claro, especialmente en cuatro pasajes de la Escritura. En 1 Corintios 2, Pablo afirma que no vino a Corinto 'con excelencia de palabras o de sabiduría' (v. 1), y prosigue, 'ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino, con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres sino en el poder de Dios' (2.4, 5). En otras palabras, Pablo, o ni ningun otro hombre, es capaz de comunicar fe ni el conocimiento necesario para la fe por medio de la oratoria, la elocuencia, ni la lógica. Antes bien, esta fe proviene por la demostración y el poder del Espíritu Santo. Este es quien entra en el corazón en una forma indescriptible y misteriosa, el que convence a la persona en manera irresistible de la verdad del evangelio, y el que, por tanto, lo hace creer. De ahí que la fe de los corintios no se apoya en algo tan superficial como la sabiduría de los hombres, sino en el poder del Espíritu Santo.

Más adelante, en este mismo capítulo, Pablo vuelve a insistir sobre el mismo punto al contrastar al hombre natural con el espiritual (2.14, 15). El hombre natural, como hemos visto, está ciego, y por consiguiente no puede percibir las cosas del Espíritu de Dios. 'En cambio el

espiritual juzga todas las cosas' (2.15). Cuando habla de la persona 'espiritual,' Pablo quiere decir la persona en la que mora el Espíritu Santo. Sólo una persona así, como dice Pablo, puede juzgar y discernir todas las cosas. Por consiguiente, el Espíritu Santo es necesario para la iluminación de la mente.

En Efesios 1.17, Pablo dice también, muy claramente, que es el Espíritu Santo el que ilumina la mente; porque pide, no que la inteligencia de los creyentes sea agudizada – no se trata de conocimiento nuevo – sino que pide, específicamente, el Espíritu de sabiduría y revelación para que 'los ojos de su entendimiento' sean iluminados a fin de que puedan conocer las cosas del Espíritu de Dios.

A los Tesalonicenses les dice que el evangelio no les llegó sólo de palabra, ya fuesen escritas u orales, sino que fue acompañado del poder del Espíritu, de modo que fue recibido con gran gozo (1 Ts. 1.5, 6).

Finalmente, Juan escribe que sus lectores 'tienen la unción,' es decir, al Espíritu Santo en ellos. La consecuencia es, escribe, que 'conocéis todas las cosas' (es decir las cosas básicas, espirituales, 1 Juan 2.20) y que 'la unción misma os enseña todas las cosas' (v. 27).

En resumen, cuando el Espíritu Santo entra en la vida de la persona la ilumina, le da entendimiento, la enseña, abre sus ojos, quita el velo de su corazón, y sensibiliza su corazón a fin de que pueda conocer las cosas del Espíritu de Dios. Sin él el hombre es ciego para ver las verdades de la revelación; pero cuando hay demostración del Espíritu y de poder, el hombre conoce las cosas.

Debería observarse cuidadosamente que el Espíritu Santo no ilumina al hombre comunicándole una revelación secreta – conocimiento nuevo. No ha habido más revelaciones desde que la Biblia quedó completa; la revelación

especial concluyó con el Nuevo Testamento. Además dar revelaciones nuevas sería tan inútil como tratar de que el ciego viera porque se colocan dos soles en el firmamento, en vez de uno. No, el Espíritu Santo no ilumina al hombre, dándole más conocimiento, sino actuando misteriosamente en su corazón, a fin de que pueda ver la revelación ya dada. El Salmista no necesitó otra ley, sino el que se le abrieran los ojos para ver la ley que ya estaba ante él. Los judíos inconversos no necesitaron revelaciones adicionales a las de Moisés, sino que se les quitara el velo del corazón. Los efesios no necesitaron otro evangelio, sino que se disipara la oscuridad que les impedía ver el evangelio que Pablo ya les había predicado.

Y cuando Pablo escribe a los Tesalonicenses que 'nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre,' no dice que les dio un mensaje nuevo, sino que el antiguo les llegó en una forma nueva. De manera semejante, la razón de que los cristianos de Corinto pudieran entender el evangelio, en tanto que otros sabios no podían, no fue por una revelación nueva que les había sido dada, sino por la antigua que les había llegado con 'demostración del Espíritu y de poder.'

Esta iluminación se podría comparar a la apertura de los ojos de Balaam cuando el ángel del Señor se le interpuso. El ángel estaba allí, y el asno lo podía ver pero Balaam no. A fin de que Balaam viera, Dios no tuvo que colocar otro ángel delante de él, sino simplemente abrir sus ojos para que pudiera ver al que ya estaba allí.

Esta iluminación también podría compararse al efecto de un telescopio. Sin él, el hombre no ve las estrellas que están en la lejanía. Lo que necesita es un ojo nuevo, un telescopio, a fin de poder ver lo que está ante sus ojos.

El telescopio no sitúa un objeto nuevo delante de la persona, sino que hace visible lo que ya está allí.

Así sucede con la iluminación por medio del Espíritu Santo. El Espíritu abre los ojos espirituales del hombre para que vea la revelación que ya está ante él. Mil revelaciones nuevas no ayudarían a que el hombre vea, si no puede ver ni una. La iluminación, pues, consiste, no en comunicar un conocimiento nuevo, sino en abrir los ojos del hombre para que vea lo que está claramente delante de él.

Conclusión

Estos hechos explican sucesos que de otro modo serían enigmáticos. A veces se piensa que si el cristianismo es tan bueno, si ofrece los mayores beneficios para este mundo y el mundo venidero, si es tan lógico, si es la fuente de todo conocimiento verdadero, entonces ¿por qué no cree más gente? ¿Por qué las iglesias en su mayoría, integradas por graduados de universidad y profesionales? ¿Por qué los más educados no llenan las iglesias?

La respuesta es, desde luego, que hacerse cristiano no depende de la sabiduría del hombre sino de la acción iluminadora del Espíritu Santo para que el que está espiritualmente ciego pueda ver.

Por esta misma razón, en ocasiones las personas con menos probabilidad aceptan a Cristo. A veces miramos a una persona desde un punto de vista humano y pensamos: 'Esta persona está perdida sin remedio. Está demasiado cerrada para llegar a ser cristiana. Nada le importa. Está demasiado empedernida en el pecado. Lanza juramentos terribles. Su vida es escandalosa.' Y sin embargo, para sorpresa nuestra, esa persona se vuelve receptiva al evangelio. Ese pecador endurecido que nunca derramó

una lágrima en su vida, acude a Cristo con lágrimas en los ojos. No puede seguir haciendo más resistencia a la oferta de salvación como la margarita no puede resistir el ser aplastada bajo la pezuña del elefante. Esto ocurre así porque el llegar a ser cristiano no depende del hombre, sino del Espíritu Santo. Nada tiene que ver el hecho que una persona sea un genio o un criminal empedernido. Su sabiduría no lo salvará, ni su maldad lo condenará. Pero si el Espíritu Santo actúa dentro de su corazón, ese corazón se suaviza, se derrite – o, como lo dice Ezequiel, el corazón de piedra se vuelve corazón de carne – toda resistencia desaparece y la persona acepta a Cristo. La salvación depende de Dios y no del hombre.

Por consiguiente, si queremos hacer discípulos para Cristo debemos pedir que el Espíritu Santo ilumine a la persona con la cual estamos trabajando. De otro modo nuestros esfuerzos de nada servirán. Podemos llevar al amigo no converso a escuchar al predicador más elocuente y popular, podemos argüir con él con la lógica más abrumadora y brillante (y el cristianismo posee una lógica sorprendente), podemos acercarnos a él en la forma más sutil, discreta y sabia, podemos hablarle hasta quedar sin aliento, pero de nada servirá si el Espíritu Santo no abre sus ojos y le quita el velo del corazón a fin de que pueda ver la verdad y crea. Así pues, para cumplir con la misión de hacer discípulos, el requisito primordial es orar para que el Espíritu Santo abra el corazón del no creyente. Cuando eso sucede, incluso nuestra mayor necedad no puede impedirle que entienda. Quizá gran parte del desaliento que se experimenta en el evangelismo personal se debe al hecho de que, al ofrecer tratados y al dar testimonio, no hemos pedido la acción iluminadora del Espíritu Santo en la vida de aquel con quien tratamos.

Respecto a nuestra propia comprensión, también debemos pedir la iluminación del Espíritu Santo. Recordemos que los efesios a quienes Pablo escribió ya eran cristianos. Eran aquellos a quienes Pablo escribió ese primer capítulo tan maravilloso, mostrándoles que el fundamento de su fe estaba en el amor eterno y predestinador de Dios. Sin embargo pide en ese mismo capítulo que Dios les conceda el Espíritu de sabiduría y revelación a fin de que se iluminen los ojos de su comprensión y puedan conocer las glorias del evangelio de Cristo. Lo mismo nos sucede a nosotros; todavía hay tinieblas considerables en nuestros ojos (en algunos más que en otros); aún no estamos libres de la ceguera; todavía no podemos ver tan bien como debiéramos. Por ello, como cristianos debemos orar constantemente a fin de que el Espíritu de sabiduría y revelación venga a iluminar nuestros ojos para poder ver más claramente las grandes verdades de la revelación.

Así pues, como conclusión de este capítulo y del anterior, se puede afirmar que el cristianismo posee el secreto de todo conocimiento verdadero. Este secreto depende de la doble operación del Espíritu Santo. Depende de su acción en la Biblia, la voz eterna de Dios, que es la fuente de todo conocimiento, incluso de la interpretación correcta de la revelación natural; y depende de la iluminación de la mente por parte del Espíritu Santo. Si alguien confía en estas operaciones del Espíritu, podrá alcanzar lo que los filósofos han buscado desde todos los tiempos: conocimiento verdadero. Y quedará satisfecho.

6: El Espíritu Santo y Jesucristo

Para el que no está muy familiarizado con la acción del Espíritu Santo, no le puede resultar menos que una sorpresa preciosa, descubrir el papel tan importante que El desempeña en este universo. Para el que está acostumbrado a pensar en el Espíritu Santo sólo en función de la regeneración y santificación, le sorprende caer en la cuenta de que también es el perfeccionador de la creación, el mediador de la gracia común, el autor de la revelación especial, y el fundador de hecho de la iglesia de Cristo. En este capítulo pasamos a otra acción importante del Espíritu Santo: su actividad en la vida de nuestro Dios y Salvador, Jesucristo.

Para entender la acción del Espíritu Santo en Cristo Jesús, es necesario recordar el concepto bíblico de Cristo. Es la segunda Persona de la Divinidad y es engendrado eternamente por el Padre. Es totalmente Dios: eterno, incomprensible, todo poderoso, omnisciente y omnipresente. En la plenitud del tiempo vino voluntariamente a la tierra para tomar la naturaleza humana, de modo que pudo llamarse al mismo tiempo Dios y hombre. Siguió siendo Dios, y además se hizo hombre. Fue diferente de todos los seres vivos que han habitado la tierra en el sentido de que no sólo fue hombre completo, sino Dios completo.

Debido a esta gran verdad, los cristianos han dudado a veces de la necesidad de la acción del Espíritu Santo en Cristo. Si Cristo es Dios, razonan algunos, no necesita del Espíritu Santo. Puede hacer todo lo que quiera ya que es Dios. Por consiguiente, se relega al Espíritu Santo a un papel muy secundario en la vida de Cristo.

Pero esto es un error nacido tanto del insistir demasiado en la divinidad de Cristo como del minimizar su humanidad. En cuanto a la naturaleza divina de Jesús – su deida, – el Espíritu Santo tiene poca influencia. Porque la segunda persona de la Trinidad es igual a la tercera. Pero en cuanto a la naturaleza humana de Cristo – su humanidad – sí necesita la presencia constante del Espíritu Santo.

Jesús siguió siendo hombre completo, al mismo tiempo que era Dios completo. El hecho de que su naturaleza humana fuera indivisible e inseparable de su naturaleza divina no quería decir que su naturaleza humana cambiara para fusionarse con la naturaleza divina. (Se encuentra una formulación breve y hermosa de esta verdad en el Símbolo de Calcedonia, escrita en el 451.) La unión de las dos naturalezas no significó que su naturaleza divina comunicara cualidades divinas, tales como omnipotencia u omnisciencia, a su naturaleza humana, con la consecuencia de que Jesús dejara de ser verdaderamente hombre para ser solamente Dios. No hubo transferencia de características divinas de la divinidad a la naturaleza humana o humanidad de Cristo, de forma que Jesús acabara por tener dos naturalezas divinas en lugar de una divina y una humana. Su naturaleza divina no deificó a su naturaleza humana. Antes bien, las Escrituras nos dicen que Jesús, siguió siendo Dios y al mismo tiempo fue hombre tan completo que nació y pasó por la infancia hasta llegar a ser adulto; fue tentado tal como nosotros lo somos

(He. 4.15); no sabía ni el día ni la hora de su segunda venida (Mr. 13.32), y fue abandonado por Dios en la cruz (Mt. 27.46). Sus dos naturalezas siguieron siendo distintas. Al mismo tiempo fue completamente Dios y completamente hombre, eterno y sin embargo finito.

Siendo que Jesús era hombre, el Espíritu Santo pudo actuar en toda su vida. La Biblia nos indica que así ocurrió. Cuando el cristiano lee la Biblia, advierte que el Espíritu Santo actuó en la vida de Cristo Jesús desde su encarnación hasta su gloria final. Veremos ahora cómo ocurrió.

I. *Su Encarnación*

La acción del Espíritu Santo fue necesaria al comienzo mismo de la vida humana de Jesús, en su encarnación. La palabra *encarnación* significa el acto por el cual la segunda Persona de la Trinidad, sin dejar de ser Dios, 'fue hecho carne, y habitó entre nosotros' (Jn. 1.14). Este acto lo realizó el Espíritu Santo, como se ve, tanto en la afirmación de Mateo de que María 'se halló que había concebido del Espíritu Santo' (1.18), como en el anuncio del ángel a María de que 'el Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra' (Lc. 1.35). El Espíritu Santo es el causante de la concepción de Jesús. Es él y no el Padre ni el Hijo, y mucho menos José quien sembró la semilla de vida, en una forma misteriosa, en el seno de María. Esto no significa que las otras personas de la Trinidad no participaran en la encarnación. Porque, como vimos al tratar de la creación, las tres Personas están activas en todas las cosas en este mundo. Sin embargo, es posible decir, basado en la Escritura, que dos Personas de la Trinidad actúan a través de la otra. Así es en la concepción de Jesús. Fue un acto

del Dios Trino. El Padre fue co-autor de la encarnación, como se vé en las palabras de Cristo al Padre: 'Sacrificio y ofrenda no quisiste; más me preparaste cuerpo' (He. 10.5). En otras palabras, el Padre preparó la naturaleza humana de Cristo (llamada en este caso cuerpo). El Hijo también fue co-autor de su propia encarnación (haciéndose hombre). No nació en forma pasiva, como nosotros, sino activa. En forma voluntaria escogió ser concebido en el seno de María. Pablo lo revela cuando afirma que Cristo, 'siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo . . .' (Fil. 2.6, 7). En resumen, Cristo y el Padre, al igual que el Espíritu, estuvieron activos en la venida de Cristo a la tierra.

Si bien la encarnación fue un acto de las tres Personas de la Divinidad, sin embargo fue, sobre todo, obra del Espíritu Santo. El, y no el Padre ni el Hijo, fue la causa eficiente por la cual María concebió un hijo. Fue 'el poder del Altísimo,' como lo dice Lucas, el que efectuó la concepción de Jesús. Como lo confiesa el Credo de los Apóstoles, Jesús no fue concebido por el Padre ni por sí mismo, sino por el Espíritu Santo. Por consiguiente, en este sentido especial, el Espíritu Santo fue el indicador y causa eficiente de la encarnación.

Adviértase que si bien Jesús fue concebido por el Espíritu Santo, de forma que pudiera ser llamado 'hijo del Espíritu Santo' (Mt. 1.18), esto no significa que el Espíritu fuera el Padre de Jesús. La paternidad depende de algo más que ser el causante de que algo sea. De lo contrario, un avión de juguete se podría llamar hijo de un muchacho, o un vestido se podría llamar hijo de una modista. La relación del Espíritu Santo con la naturaleza humana de Cristo es la de Creador y criatura. La primera

Persona de la Trinidad, no la tercera, es quien es Padre de Cristo.

Este acto de concepción por parte del Espíritu Santo fue esencial para que Jesucristo estuviera sin pecado, lo que, a su vez, era necesario para que pudiera ser nuestro Salvador. Preservó a Cristo del pecado original, que es herencia de toda persona que nace en este mundo. Por la concepción y nacimiento, el hombre nace pecador, manchado, uno entre otros pecadores. Por medio de la concepción Cristo fue 'santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores' (He. 7.26). El hombre es concebido y nace en pecado (Sal. 51.5), pero Cristo fue concebido y nació en santidad.

Para ampliar esto hay que decir que todo hombre hereda dos elementos del pecado original: primero, una culpa la cual hereda de Adán, quien actuó como representante suyo en el Jardín del Edén; y, segundo, una naturaleza corrompida que está inclinada a todo mal. Este pecado original es suyo, antes de que sea capaz de pecar en la práctica. Le acompaña desde su nacimiento. Y luego, si Dios no interviene, esa naturaleza corrompida con la que nace, y que al principio parece tan inocente, se manifiesta en toda clase de pecados.

Como resultado de su concepción por el Espíritu Santo, Cristo fue preservado de este doble aspecto del pecado original. El, y no María, fue concebido sin mancha.[1] Fue verdaderamente hombre 'tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado' (He. 4.15). 'No conoció pecado' (2 Co. 5.21), 'no hizo pecado' (1 P. 2.22), fue como 'un cordero sin mancha y sin contaminación' (1 P. 1.19),

[1]La iglesia católica enseña como verdad infalible que María fue concebida sin mancha, es decir, que fue preservada de toda mancha de pecado original.

y fue 'santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores' (He. 7.26).

Esto significa que por lo menos en las dos formas en las que el hombre se vuelve pecador por sólo el hecho de nacer, Cristo fue sin pecado por su nacimiento. No heredó la culpa del pecado representativo de Adán, como todos los demás hombres (Ro. 5.12 ss.), ni recibió una naturaleza humana que fuera moralmente corrupta; antes bien su naturaleza humana era inmaculada y moralmente hermosa. Y esta pureza inmaculada de Cristo se debió a la operación del Espíritu Santo mediante la cual Jesús fue concebido en forma inmaculada y milagrosa, sin la participación de José.

Así pues, el Espíritu Santo fue necesario en la vida de Cristo desde su mismo comienzo. Fue necesario por dos razones: primero, para que Cristo pudiera nacer; y, segundo, para que su naturaleza humana pudiera ser preservada de la culpa y corrupción del pecado de Adán a fin de que pudiera ser nuestro Salvador.

II. *El Espíritu Santo Moró en El*

El Espíritu Santo no sólo mantuvo a Jesús libre del pecado en todas sus formas; fue también el autor de la santidad en la naturaleza humana de Jesús. Esto se da a entender, desde luego, cuando se afirma que Jesús estuvo libre de pecado. Porque si alguien está libre de pecado, debe ser completamente santo. En el alma no puede haber vacío. La ausencia de mal significa la presencia de santidad.

Que el Espíritu Santo sea el autor de la santidad en la naturaleza humana de Jesús se halla implícito en el hecho, que ya hemos visto, de que el Espíritu Santo es el autor de toda vida, tanto natural como espiritual. Es el dador de los logros intelectuales, estéticos y morales. Esto es así

en el caso de la naturaleza humana de Cristo, tanto como en la de los hombres en general.

Además, al hablar de Jesús, Juan específicamente menciona que 'Dios no da el Espíritu por medida' (3.34). A nosotros Dios nos da el Espíritu parcialmente, nunca en plenitud, pero a Cristo se lo dio no por medida, sino sin medida, sin límite, en su totalidad y plenitud. Esto se refiere naturalmente a Cristo sólo como hombre, no como Dios. Y esto significa además que el Espíritu Santo moró en Jesucristo como hombre. El Espíritu Santo vino a hacer su morada en Cristo, en una forma más o menos igual que lo hace en el cristiano. De hecho, Jesús quizá habló de este morar del Espíritu cuando se refirió a su cuerpo como templo que reedificaría tres días después de que los judíos lo destruyeran.

III. *Su Crecimiento*

Si bien es cierto que el Espíritu moró sin medida en Jesús como hombre, también es cierto que hubo crecimiento en la vida espiritual de Cristo. Este es uno de los aspectos más fascinantes de la Escritura y que a menudo se niega, especialmente por parte de aquellos que, como reacción contra el modernismo, desean salvaguardar la divinidad de Cristo contra toda clase de ataques.

Lucas revela este crecimiento en forma bien definida cuando afirma: 'Y el niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él' (2.40). Es probable que Lucas quisiera decir que el niño 'crecía' físicamente y 'se fortalecía' intelectual y moralmente, ya que sería repetitivo que tanto el crecer como el fortalecerse se refiriera a lo mismo, a su vida física. Además, en Lucas 1.80 estas mismas palabras ('y el niño crecía, y se fortalecía') se emplean para Juan el Bautista, con la añadi-

dura de las palabras 'en Espíritu' después de la expresión 'se fortalecía.' Este desarrollo se confirma también en el versículo 52, donde Lucas dice que 'Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres.'

En otras palabras, Lucas nos dice que hubo crecimiento en la vida espiritual e intelectual de Jesús. No nació adulto como Adán, de forma que tuviera que hacer creer que era niño, sino que nació como verdadero niño. Tuvo que crecer como cualquier niño normal a través de la infancia, hasta llegar a caminar y hablar, a aprender y desarrollarse, hasta alcanzar la edad adulta. En un capítulo, el segundo, Lucas llama a Cristo primero, niño (versículo 12 y 16), luego otra vez, niño (versículo 40), luego niño de 12 años (versículos 42 y 43), y finalmente Jesús (versículo 52). Esto indica que Jesús fue verdaderamente hombre, y que su naturaleza humana no fue dotada, gracias a su unión con la naturaleza divina, de atributos divinos tales como poder absoluto, conocimiento total, e infinidad. Antes bien, nació como niño, según dice la Biblia. Creció en sabiduría, como lo afirman expresamente los versículos 40 y 52. Se desarrolló en espiritualidad. Y debido a todo esto en realidad 'crecía . . . en gracia para con Dios.' Este gran misterio se puede entender en parte si recordamos que todo este crecimiento ocurrió solamente en la naturaleza humana de Jesús. Su deidad, desde luego, no podía crecer en lo más mínimo en ningún aspecto, ya que siempre ha sido completa.

Todo este crecimiento se debió al Espíritu Santo. No fue automático. Ni tampoco se debió al hecho de que Jesús hombre estuviera inseparablemente conectado con la persona divina, de forma que como hombre poseyera omnisciencia. Porque eso destruiría la verdadera humani-

dad de Jesús. Y la Biblia nos dice que incluso ya de adulto, en el curso de su ministerio, no conocía la fecha exacta de su segunda venida. Antes bien, este crecimiento espiritual e intelectual se debió a la operación del Espíritu Santo en la vida de Cristo. Isaías lo predijo cuando escribió: 'Saldrá una vara (Jesús) del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces. Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; Espíritu de sabiduría y de inteligencia, Espíritu de consejo y de poder, Espíritu de conocimiento y de temor de Jehová' (11.1, 2). En resumen, fue el Espíritu Santo quien vino sobre Jesús, sobre su naturaleza humana, y lo hizo crecer como infante y niño, lo fortaleció, y lo hizo progresar en sabiduría, en estatura, y en gracia delante de Dios y de los hombres. Como muchacho en crecimiento, Jesús necesitó al Espíritu Santo.

Si alguien se preguntara de qué manera Jesús pudo estar lleno del Espíritu en forma ilimitada (Jn. 3.34) y sin embargo crecer espiritualmente, no cuesta encontrar la respuesta. Radica en la distinción entre la perfección de inocencia y la perfección de santidad, y en el hecho de que Jesús creció de la infancia a la edad adulta plena. Un niño, como Jesús, puede poseer la plenitud del Espíritu, y sin embargo no ejercitar esa santidad. Puede poseer perfección de inocencia, en tanto que el adulto puede tener la perfección de santidad. El niño Jesús tenía todas las inclinaciones y la voluntad de la santidad, pero simplemente, como era niño, no podía ejercitar la inteligencia y la voluntad de su naturaleza humana como lo hubiera hecho un adulto. Como niño ni siquiera podía hablar, por ejemplo – y mucho menos razonar con los teólogos, como lo hizo a los doce años de edad. No podía enfrentarse a elecciones entre el bien y el mal debido a que su mente humana no tenía el desarrollo suficiente como para en-

tender los problemas éticos. Durante todo ese tiempo, sin embargo, incluso como niño, el Espíritu moró en él. La naturaleza y disposición de Jesús eran completamente santas, si bien no se podían manifestar. Esta naturaleza santa estaba latente, y se iría ejercitando a medida que su mente creciera y se desarrollara. Tuvo que aprender, por ejemplo, obediencia (He. 5.8) – no porque fuera jamás desobediente y por tanto pecador. No lo fue. Pero tuvo que desarrollar esa disposición santa, innata, que el Espíritu Santo había puesto dentro de él, pero que, durante su niñez no podía manifestarse.

Vemos, pues, que el Espíritu Santo no sólo fue necesario para la concepción y nacimiento de Jesús, sino también para todo su período de crecimiento como niño y como joven que madura.

IV. *Su Bautismo*

Otra prueba de la acción del Espíritu Santo en la vida de Jesús se ve en su bautismo, cuando fue consagrado por el Espíritu Santo y de él recibió poder para comenzar su ministerio público como Mediador. Incluso después de que Jesús hubo sido llenado del Espíritu de sabiduría y comprensión, y hubo crecido en gracia delante de Dios en su propia vida personal, siguió necesitando al Espíritu Santo, en una forma nueva, para su vida pública. Aparte de su vida santa, necesitó al Espíritu a fin de pertrecharse de las cualidades necesarias para desempeñar su misión de Mesías – como Profeta, Sacerdote, y Rey.

Esta comunicación de dones de parte del Espíritu Santo ocurrió en el bautismo. Leemos que al ser bautizado Jesús, 'el cielo se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma' (Lc. 3.21, 22). Antes de este suceso, no leemos nada del ministerio de

Jesús en ninguno de los evangelios; antes bien, sólo se nos habla acerca de su nacimiento e infancia. Después de ello ya oímos hablar de su ministerio de predicación y de realización de milagros. E inmediatamente después de la mención del bautismo, Lucas nos dice expresamente que Jesús comenzó a enseñar, ya de unos treinta años de edad (3.23). Por ello sacamos la conclusión de que la comunicación del Espíritu Santo a Cristo en el bautismo fue con el propósito de pertrecharlo oficialmente para su ministerio público.

Jesús estuvo conciente de esta unción de parte del Espíritu Santo para su ministerio oficial. Porque, inmediatamente después de su bautismo por el Espíritu, pronunció su primer sermón en Nazaret, utilizando como texto a Isaías 61.1, donde el profeta escribió: 'El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; a predicar el año agradable del Señor' (Lc 4.18, 19). Después de sentarse dijo, 'Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros.' En otras palabras, el Espíritu Santo había descendido sobre él en ese tiempo para comunicarle poder para predicar el evangelio en su ministerio público.

Que el Espíritu Santo también le comunicó poderes especiales para realizar milagros durante su ministerio se ve en una de sus enfrentamientos con los fariseos cuando dijo: 'Si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios' (Mt. 12.28). Luego hace saber a los judíos que llamándolo Beelzebub, príncipe de los demonios, estaban blasfemando sobre todo contra el Espíritu Santo, ya que fue el Espíritu Santo quien realizó realmente estos milagros, si bien los hacía a través de Jesús.

Una vez más vemos claramente que en ocasiones Jesús

realizaba milagros, no por poder del Padre, ni tampoco porque como hombre hubiera recibido poder sobrenatural de la segunda Persona de la Trinidad, sino porque el Espíritu Santo le había comunicado el don de realizarlos. Hechos 10.38 indica esta misma verdad cuando Pedro afirma que 'Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo este anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él.' Así pues, el bautismo, la predicación, y los milagros de Jesús muestran que éste se dedicó al ministerio no con sus propias fuerzas, sino dotado de poder y dones por el Espíritu Santo.

V. *Su Tentación*

Otra gran obra del Espíritu en la vida de Cristo se revela en relación con sus tentaciones. Todas ellas ocurrieron bajo la dirección del Espíritu Santo.

Inmediatamente después del bautismo, a punto ya de ser tentado, leemos que estaba 'lleno del Espíritu Santo.' Probablemente esto se refiere al descenso del Espíritu en el bautismo. Luego los evangelios dicen que fue 'llevado por el Espíritu al desierto.' Aunque Mateo y Marcos dice 'hacia o dentro' del desierto, Lucas indica en forma específica 'en' el desierto, y uso el pretérito imperfecto, que nos apunta, no a un acto momentáneo sino a un periódo de tiempo. Lo que esto indica es que el Espíritu Santo no sólo guió a Cristo al desierto, sino que todo el tiempo en que Cristo estuvo ahí el Espíritu Santo estuvo con él, guiándolo y ayudándolo para superar las tentaciones. Y después que terminaron, Lucas dice que 'volvió en el poder del Espíritu' (4.14). En otras palabras, todo el período de la tentación, desde el comienzo hasta el fin, estuvo bajo el control del Espíritu Santo, y por medio del

Espíritu la naturaleza humana de Jesús recibió la fortaleza para superar las graves tentaciones que lo asediaron. No triunfó porque su naturaleza divina infundiera cualidades divinas a su naturaleza humana, y la capacitara así para resistir. No, porque en ese caso ya no hubiera sido hombre. Por el contrario, siendo hombre completo, confió en la morada del Espíritu en su ser para resistir el mal.

Se puede asumir que Cristo necesitó al Espíritu Santo no sólo durante estas tentaciones, sino durante todas las pruebas sostenidas en todo su ministerio. Sabemos que después de estas primeras pruebas Satanás se apartó de él sólo 'por un tiempo' (Lc. 4.13).

VI. *Su Muerte*

Este Espíritu asombroso estuvo actuando desde la concepción misma de Cristo hasta su muerte. Hebreos 9.14 nos lo dice cuando afirma que Cristo 'mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios . . .' Se alude aquí a la muerte de Cristo.

El cristiano debe su salvación no sólo a la muerte externa de Jesús, al acto externo de expirar, sino también a su actitud interna al morir. Dios siempre exige una relación adecuada entre la actitud interna y la acción externa. No se complace con una simple conformidad externa a su voluntad, sino que debe haber también una actitud paralela en el alma. No mira sólo los labios que dicen 'Señor, Señor' o los vasos que están limpios por fuera, sino que exige una actitud de amor perfecto hacia él. Si Jesús hubiera ido a la cruz en contra de su voluntad, protestando, estoicamente, sólo por sentir que era algo necesario; y no voluntariamente, con un perfecto y ardiente celo, y con fe hacia el Padre, no hubiera habido expiación. Si Jesús hubiera dicho, 'Odio el tener que ir

a la cruz. No lo quiero, pero supongo que tengo que cumplir con mi deber,' no hubiera logrado la salvación. No se hubiera realizado la obra satisfactoria y no hubiera habido ninguna justicia disponible. No hubiera habido obediencia pasiva ni activa, las cuales son necesarias para la salvación.

Pero, gracias al Espíritu Santo, Jesús ofreció un sacrificio perfecto. No se le obligó a morir contra su voluntad, sino que lo hizo voluntariamente. Fue a la muerte, conociendo sus consecuencias, pero voluntariamente, con fe en Dios, y con amor, confianza, y obediencia. Su actitud fue perfecta.

Y todo ello se debió al Espíritu Santo, como Hebreos 9.14 lo indica al decir que Jesús se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios 'mediante el Espíritu eterno.' En otras palabras, fue el Espíritu Santo el que hizo que Jesús tuviera la perfecta actitud necesaria para realizar nuestra redención. Sin él no hubiera podido hacerlo. Pero por medio del Espíritu Santo, Jesús fue a la cruz con una actitud perfecta, y con ello nos consiguió la redención.

VII. *Su Resurrección*

La obra del Espíritu no concluyó con la muerte de Jesús; continuó hasta su resurrección. Si bien a veces la resurrección de Cristo se atribuye al Padre (Hch. 2.24) y a veces al Hijo (Jn. 10.17, 18), sin embargo, la Biblia nos da indicios indirectos de que el Espíritu también estuvo activo en una forma especial en la resurrección de Cristo. En Romanos 8.11 leemos que Dios, el Padre dará vida a nuestros cuerpos mortales por su Espíritu. Si el Padre actúa por medio del Espíritu en la resurrección cristiana, el paralelismo que utiliza la Biblia entre la resurrección del cristiano y la de Cristo sugeriría que el Espíritu

también realizó una acción peculiar en la resurrección de Cristo.

VIII. *Su Glorificación*

La acción final del Espíritu Santo en la vida de Cristo no se puede demostrar con ningún texto específico, sino que se deduce de muchos. Sabemos que el creyente es santificado totalmente por el Espíritu Santo. Deducimos también que el Espíritu es la fuente de toda vida religiosa pura, incluso la de aquellos que están en estado son pecado, tales como Adán. Es el Espíritu Santo el que mora en el hombre salvo, para siempre, incluso en el cielo. Siendo éste el caso, el Espíritu Santo, quién comenzó a actuar en la naturaleza humana de Cristo y desde su encarnación hasta su resurrección, también mora en su naturaleza humana glorificada, lo mismo que hace en todos los santos.

Conclusión

En conclusión, hay tres cosas que deberían enfatizarse. En primer lugar, debemos recordar que Jesucristo fue hombre verdadero. En todas las fases de su vida su naturaleza divina no hizo – en virtud de su unión con la naturaleza humana – que ésta dejara de ser humana. No deificó la naturaleza humana. No hizo que la naturaleza humana pensara, hablara, y actuara como Dios. Porque esto sería negar la verdadera humanidad de Jesús. Antes bien, Jesús fue siempre hombre completo al mismo tiempo que Dios completo, y así sigue siendo hoy día en el cielo.

Esto significa que la naturaleza divina no hizo que el Espíritu Santo resultara innecesario en la vida de Cristo. Jesús, no como Dios, sino como hombre, necesitaba al Espíritu, como lo hemos visto repetidas veces. Como

hombre lo necesitaba en su nacimiento para que lo guardara de pecado; en su juventud para que lo dotara de santidad, obediencia, y sabiduría; en su bautismo para que lo pertrechara para su ministerio mesiánico; en sus tentaciones para capacitarlo para resistir el mal; y en su muerte para capacitarlo para hacer el sacrificio perfecto. En todas estas ocasiones la Escritura habla del Espíritu Santo proporcionando ayuda a Cristo. Y negar esta necesidad de Jesús es violentar la verdadera humanidad de Jesús atribuyéndole poderes divinos que no poseyó.

En segundo lugar, si Cristo, el hombre perfecto, quien fue concebido sin mancha y por consiguiente libre del pecado original, tanto en su culpa como en su corrupción, dependió del Espíritu Santo, entonces nosotros lo necesitamos mucho más. Nosotros no estamos unidos con la Divinidad, y por naturaleza estamos totalmente corrompidos, inclinados a todo mal. En contraposición a lo que ocurrió con Cristo, nosotros – incluso después de haber sido regenerados – agraviamos al Espíritu Santo y con ello disminuimos su presencia dentro de nosotros. ¿No debemos, entonces, orar todavía más para pedir la plenitud del Espíritu? Si Jesús necesitó que el Espíritu morara en él cuando era niño, para darle santidad y sabiduría personal, a fin de crecer en gracia para con Dios y con los hombres, entonces mucho más nosotros, quienes somos pecadores por naturaleza, necesitamos al Espíritu Santo para poder crecer en hermosura espiritual y en favor de Dios. Si Cristo, quien fue Dios y no tuvo pecado, necesitó como hombre el bautismo del Espíritu Santo para predicar, mucho más nosotros, predicadores del evangelio, pecadores necesitamos al Espíritu en nuestras vidas, a fin de que esta predicación sea en el poder del Espíritu. Si Cristo, en sus tentaciones necesitó al Espíritu para su-

perarlas y triunfar, ¿cómo podemos esperar triunfar sobre el pecado si nunca pedimos que el Espíritu Santo abunde más en nuestra vida? Si Jesús necesitó al Espíritu Santo para poder ofrecerse a Dios y obedecerle voluntariamente y no a regañadientes, entonces nosotros necesitamos al Espíritu Santo mucho más para que nos dé la voluntad de hacer lo que Dios quiera. Mientras debemos salvaguardar el sentido único de la persona de Cristo debemos recordar que también es nuestro ejemplo en esta vida. Porque nos mostró el camino de santidad y triunfó sobre el pecado con una vida llena del Espíritu.

Y, finalmente, deseamos subrayar que la obra del Espíritu Santo no comenzó con la aplicación en nuestras vidas de la redención ganada por Cristo, sino que estuvo actuando en la realización misma de la redención. Jesucristo por sí mismo no hubiera podido realizar nuestra redención. Como poseía una naturaleza humana, necesitó al Espíritu Santo en su concepción y nacimiento, al crecer, al ser bautizado para su ministerio oficial, en la tentación, al ofrecerse a sí mismo en muerte, al resucitar, y al ser glorificado. Desde su concepción hasta su glorificación Jesucristo necesitó al Espíritu Santo a fin de realizar la redención para nosotros. Debemos alabar al Espíritu Santo no sólo por aplicar esa obra a nuestras vidas en regeneración y santificación, sino también por realizar la redención misma en Cristo Jesús.

7: El Espíritu Santo y la Regeneración

Hasta ahora, con excepción del capítulo acerca de la iluminación del Espíritu, hemos examinado sobre todo al Espíritu Santo en el campo *objetivo*, es decir, en lo que está fuera del hombre. Hemos estudiado la persona del Espíritu Santo y su obra en la creación, en la gracia común, en la revelación, y en Jesús. En los capítulos siguientes examinaremos la obra *subjetiva* del Espíritu Santo, es decir, su influencia en la vida del hombre. Su primera acción subjetiva, la regeneración, es de suma importancia para toda persona. Sin ella nadie puede ver el reino de Dios (Jn. 3.3). A fin, pues, de alcanzar felicidad eterna, el hombre debe conocer en su propia vida la acción regeneradora del Espíritu Santo. Para entender con claridad esta gran obra del Espíritu, es necesario ver la necesidad, el medio y los resultados de su influencia regeneradora.

I. *La Necesidad*

Que el hombre debe experimentar la acción regeneradora del Espíritu Santo para poder ver el reino de Dios, está bien claro. Por sí mismo el hombre nunca puede ir a Dios. Está totalmente corrompido. Su inteligencia, voluntad, y emociones, están del todo corruptas. En cuanto a su inteligencia, el hombre no puede entender a Dios y su reino, ni siquiera cuando se lo explican en la forma más

diáfana; porque el pecado ha oscurecido su comprensión y ha hecho que en lo espiritual esté totalmente ciego (como se vio en el capítulo 5). En cuanto a su voluntad, no puede obedecer a Dios, porque 'todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado' (Jn. 8.34); y la mente humana 'es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede' (Ro. 8.7). Y en cuanto a sus emociones, no puede amar a Dios, 'por cuanto la mente carnal es enemistad contra Dios' (Ro. 8.7).

Se deduce, pues, que el hombre no regenerado es totalmente incapaz de ir a Dios y hacer el bien. '¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas?' (Jer. 13.23). Claro que no. Es imposible tanto física como naturalmente. Entonces, tampoco el que suele obrar mal puede obrar bien. Esto significa, por tanto, que el hombre natural necesita al Espíritu Santo en su vida para hacer el bien espiritual.

Además, cuando Jesús dice que el hombre debe nacer de nuevo (Jn. 3.3), presupone que, antes de que esto ocurra, el hombre en lo espiritual es una nulidad. Lo mismo supone Pablo cuando llama al cristiano '*criatura* nueva en Cristo Jesús' (2 Co. 5.17). Hasta el momento de su nacimiento o creación espiritual el hombre no existe espiritualmente. Y es una contradicción intrínseca hablar de una nulidad engendrando o creando, así también resulta contradictorio hablar del hombre natural, engendrándose y creándose a sí mismo en lo espiritual para poder entrar en el reino de Dios. Si ha de haber nacimiento o creación, lo debe producir una entidad externa al que ha de nacer o ser creado. Debe haber un nacimiento de arriba producido por Dios, y más específicamente, por el Espíritu Santo. También desde este punto de vista es necesaria la acción regeneradora del Espíritu Santo.

En otros lugares, la Biblia describe al hombre sin el Espíritu Santo como un cadáver, completamente incapaz de hacer nada (Ef. 2.1); o como huesos secos de un esqueleto humano esparcidos por un valle, sin vida en ellos (Ez. 37). En una situación así el único que puede ser de ayuda es Dios, quien puede hacer que una persona viva espiritualmente y de hecho así lo hace (Ef. 2.1). Es evidente que los huesos secos no pueden unirse solos, ni revestirse de carne, ni tampoco procurarse vida. Esto requiere al Espíritu del Señor. Y también es cierto que el cuerpo exánime, del que se habla en Efesios 2.1, no puede contribuir en nada, porque está muerto. Así pues, es una imposibilidad absoluta que el hombre natural sin el Espíritu del Dios vivo se acerque a Dios.

En lo espiritual está tan muerto como el soldado en el campo de batalla que ha yacido en un sendero durante días. Hacer que ese soldado se levante por sí mismo y se salga del sendero es imposible. Se le puede presentar la mejor argumentación del mundo de por qué no debería yacer ahí, y no se moverá. Se le puede gritar al oído y de nada le servirá. Se puede tratar de zarandearlo o darle patadas, y seguirá sin levantarse del camino. Porque el soldado está muerto. Si ha de moverse, será necesario que Dios entre a su vida y lo restaure, como hizo Jesús con Lázaro, quien ya había empezado a descomponerse (Jn. 11.39).

Exactamente lo mismo sucede en el campo espiritual, donde por naturaleza el hombre está tan muerto que está espiritualmente putrefacto. Si esa persona está muerta, uno se lo podrá acercar de muchas maneras distintas, pero ni querrá ni podrá responder. Se puede intentar el enfoque de la cucharada de miel o el del vinagre. Se puede tratar de seducirlo con promesas dulces de perdón de sus peca-

dos, paz del alma, y felicidad eterna; o se le puede amenazar con las majestad de Dios, el monte Sinaí, y los castigos del infierno. O se puede uno sentar con él durante horas para mostrarle la lógica del evangelio. Sin embargo, si el Espíritu Santo no le comunica vida espiritual, no puede responder al evangelio más de lo que el soldado muerto lo haría ante el razonamiento de un oficial, o un hombre ciego ante instrucciones impresas, o una persona sorda ante el radio.

Tampoco sirve de nada el emplear amenazas físicas. Roma nunca ganó un alma para Cristo con el uso del fuego, la espada, el lazo del verdugo, o la cámara de tortura. Uno de los primeros convertidos de David Livingstone fue un cacique africano, Sechele, quien, como Roma, pensó que podía obligar a creer, por la fuerza, a los miembros de su tribu. Por ello sugirió un día a Livingstone, 'llamaré a mi lugarteniente, y con los látigos de cola de rinoceronte muy pronto conseguiremos que todos crean.' No cayó en la cuenta de que el hombre natural está muerto, y que los látigos de cola de rinoceronte no pueden obligar a un hombre a creer, sino unicamente el Espíritu Santo. Porque los látigos no pueden tocar el alma, sino sólo la piel del hombre. Como Jesús dijo en cierta ocasión: 'No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar' (Mt. 10.28). Sólo el Espíritu Santo puede tocar el alma del hombre y darle vida espiritual.

Todas estas razones, pues, muestran la gran necesidad que el hombre tiene de la acción regeneradora del Espíritu Santo en su vida. Es la única fuerza que puede producir una creación nueva y puede hacer que el que está espiritualmente muerto viva, de forma que pueda entrar en el reino de Dios.

II. *La Manera*

Ahora veamos *cómo* da vida el Espíritu Santo – *cómo* regenera. Lo primero que debemos subrayar es que la Biblia nos dice muy poco acerca de cómo regenera el Espíritu. Es algo que Dios ha escogido no revelar. Como dice Pablo, 'Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios' (Col. 3.3). Es un secreto la forma cómo Cristo está unido místicamente con el creyente. No se puede delinear ni analizar esta unión. Se sabe que existe, pero no se puede explicar cómo sucede. Es como la energía atómica, de cuya fuerza devastadora no existen dudas. Un atolón en el Pacífico puede desintegrarse con una sola explosión. Pero explicar el origen último de la fuerza existente en los átomos supera a la capacidad del hombre. Este sólo puede observar los resultados.

O bien, para emplear la ilustración que Jesús empleó al hablar con Nicodemo: uno oye el viento, se sabe que sopla, se pueden ver las hojas moverse y los árboles doblegarse, se siente en la cara – pero nadie sabe de dónde viene ni a dónde va. Es invisible. Sin embargo los resultados son manifiestos. Lo mismo sucede con el Espíritu Santo. Los resultados de su acción regeneradora son obvios, sorprendentes, y evidentes. Pero el definir su operación en el alma del hombre supera a la capacidad del hombre. Una explicación a esto, desde luego, es que tanto el alma del hombre como el Espíritu Santo son espirituales y no materiales. Por consiguiente, la mente humana no los puede discernir. Sin embargo, se pueden decir ciertas cosas que arrojan alguna luz sobre esa acción regeneradora del Espíritu Santo.

A. En primer lugar, la regeneración ocurre en un instante. No es un proceso lento y gradual, como el creci-

miento de una planta al cabo de un período de meses o años. El hombre o es regenerado o no lo es. Como lo indican las metáforas bíblicas utilizadas para describir la regeneración, el cristiano es regenerado en un abrir y cerrar de ojos. Por ejemplo, la creación ocurre en un momento. Un objeto, existe o no existe. No hay una fase intermedia, gradual. Un hombre muerto es resucitado en un abrir y cerrar de ojos. Está muerto o está vivo. No hay etapa intermedia. Un niño se concibe en un momento. O hay vida, o no la hay. La regeneración también es igualmente instantánea.

B. En segundo lugar, el Espíritu Santo viene a hacer algo en el alma del hombre. No presenta simplemente las verdades del Cristianismo a la mente y luego deja que el hombre las acepte o rechace. No se acerca al hombre simplemente en una forma externa, tratando de persuadirlo con toda clase de lógica y razonamientos; sino que penetra las entrañas más íntimas del hombre, en su misma alma, espíritu, o corazón (todos estos términos describen la misma cosa). La regeneración no consiste simplemente en un cambio de acciones, una forma de vida, una renovación de los pensamientos, palabras, y acciones del hombre. En la regeneración el Espíritu Santo toca el espíritu del hombre, el cual es, en sí mismo, la raíz de todas estas acciones. Va a las entretelas – al corazón del hombre, a la entraña íntima – que es la fuente central y constante de todas las actividades del hombre.

Que el hombre posee un centro de conciencia – un ego, corazón, alma – del cual procede todo su pensamiento y actividad está bien claro en la Biblia. Porque como dice Proverbios 4.23: 'Porque de él (corazón) mana la vida.' Y Cristo dijo: 'Porque de dentro del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las

fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen . . .' (Mc. 7.21–23). Así pues el corazón es el centro del ser del hombre y es la fuente de todos sus pensamientos, querer, emociones, y acciones externas de cualquier clase que sean.

Por ello, si hay que cambiar las acciones y la vida del hombre, se debe cambiar la fuente. Si uno quiere garantizar que salga agua pura de un manantial que está contaminado, no se puede lograr esto cambiando el agua después que ha salido del manantial; es necesario ir al manantial y cambiarlo. Si alguien desea una fruta hermosa, debe ir al árbol que por naturaleza produce fruta hermosa, porque la naturaleza del árbol rige la clase de fruta que produce, sea buena o mala (Lc. 6.43–45). Si el fruto que se quiere es uva, la persona no debe ir a una zarza, sino a la planta que tiene la naturaleza de vid. Ahí y sólo ahí encontrará uvas. El hombre también actúa según su naturaleza. Sin el Espíritu Santo su naturaleza está corrompida y sólo produce acciones malas. Para que obre bien no es suficiente que alguien trate de afectarlo superficialmente, en una forma externa, en la periferia, presentándole simplemente la verdad a la mente. El Espíritu debe cambiar la naturaleza del hombre, su corazón, su entraña íntima, su ser más profundo. Cuando el corazón es bueno, entonces todo lo que sale del mismo será bueno (cf. Prov. 4.23). Entonces el hombre puede amar y alabar a Dios, y voluntad para querrer agradarlo.

Por eso las Escrituras nos dicen que Dios abrió el corazón de Lidia cuando escuchaba la predicación de Pablo (Hch. 16). Antes de haber sido regenerada, había

escuchado las palabras de Pablo, pero no podía entender. Fue necesario que el Espíritu regenerara su corazón antes de que pudiera tener fe.

Ezequiel también nos dice que para que los israelitas pudieran caminar de acuerdo con los mandatos de Dios, debía cambiárseles el corazón. Dios dice que les quitará sus corazones viejos y endurecidos, que no aman ni obedecen a Dios, y que les dará corazones nuevos de carne, '... para que anden en mis ordenanzas, y guarden mis decretos y los cumplan' (Ez. 11.20). La naturaleza del corazón gobierna la índole de las acciones externas. Para que los israelitas pudieran caminar en las ordenanzas de Dios, Dios tuvo que darles corazones nuevos.

Es evidente, por tanto, que, en la regeneración, el Espíritu Santo va a la raíz de todo. En una forma misteriosa, cambia el corazón o alma del hombre.

C. En tercer lugar, la acción del Espíritu Santo no significa que El añada algo nuevo al corazón del hombre, o que le dé más espíritu, o facultades nuevas para pensar o creer. No, simplemente cambia su disposición de amor al pecado, por amor a Dios. Cuando Lázaro fue resucitado de entre los muertos, no se le dieron ojos nuevos, oídos nuevos, o manos nuevas. Ya los tenía. Pero necesitaba vida para poder utilizarlos. Por ello Jesús lo revitalizó.

En una forma semejante, Dios no da un intelecto nuevo, una voluntad o emociones nuevas a la naturaleza espiritual del hombre que está muerto en el pecado y transgresión. Todos los hombres, a pesar de su depravación, siguen poseyendo estas facultades; el hombre no se ha convertido en un animal sin alma. Pero lo que anda mal es que estas facultades se emplean para propósitos equivocados – para Satanás en vez de para Dios. Lo que hace el Espíritu Santo, por tanto, no es dar al hombre un intelecto,

voluntad o emociones, sino hacer que ese intelecto voluntad, y emociones se empleen *para* Dios en lugar de *contra* él. Cambia la dirección de su uso.

D. Adviértase también, en cuarto lugar, que en la regeneración el Espíritu Santo es soberano absoluto. Hace exactamente lo que desea. El hombre no puede frustrar al Espíritu, ni controlar la regeneración en forma alguna, porque la regeneración no está en sus manos. Como dijo Jesús, el Espíritu Santo es como el viento y 'el viento sopla de donde quiere' (Jn 3.8). Nadie manda al viento. Nadie puede ordenar a un huracán que sople hacia el mar en vez de hacerlo hacia Florida, o que reduzca su velocidad un poco. Como dijo Jesús, sopla de donde quiere. Del mismo modo, el Espíritu Santo regenera donde quiere.

Esta soberanía completa del Espíritu en la regeneración también se ve en otra ilustración de Jesús, la del nacimiento. En el nacimiento el bebé está completamente inerte. No se hace a sí mismo. Es hecho, nace. Por su parte sólo hay pasividad completa. Obviamente el bebé no hubiera podido decir a sus padres antes de nacer, 'quiero nacer ahora.' Lo mismo sucede en el caso del nacimiento espiritual. Lo que no ha nacido todavía no puede decir, 'Quiero nacer.' Lo que está muerto espiritualmente no puede decir, 'quiero vivir.' Y lo que todavía no ha sido creado nunca puede decir, 'quiero ser creado.' Estas son imposibilidades evidentes. Antes bien, como en el caso del bebé, el de la creación o el del hombre muerto, el nacimiento espiritual, la creación, y la vida proceden totalmente de la decisión del Espíritu Santo. El es quien decide, no el hombre; el hombre está completamente pasivo. El Espíritu Santo es soberano absoluto, y regenera exactamente a quien quiere. En consecuencia, Juan pudo

decir que los hijos de Dios 'no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, no de voluntad de varón, sino de Dios' (Jn. 1.13).

Esto, a propósito, muestra el gran error que prevalece hoy día tanto en algunos círculos protestantes ortodoxos, a saber, el error de que la regeneración depende de la fe, y no de Dios; y que para nacer de nuevo el hombre debe primero aceptar a Jesús como Salvador suyo. Un amigo nuestro lo afirma sin equívocos cuando dice: 'Debemos repudiar el punto de vista de que Dios regenera al hombre antes de que se convenza de pecado, se arrepienta, se convierta, y crea. Este punto de vista hace que Dios determine arbitrariamente la salvación o reprobación de la persona, según su propio placer y voluntad ... por consiguiente, antes que decir que la convicción, arrepentimiento, conversión, y fe vienen después de la regeneración, sostengamos el orden usual de la Escritura, que coloca a la regeneración como lógicamente dependiente de estas cosas ...'

Este predicador ve correctamente que si la regeneración precede[1] a la fe, entonces la salvación está enteramente en manos de Dios y se da según su decisión y voluntad soberanas. Esto es precisamente lo que Pablo dice en Efesios 1.3–5, donde escribe que Dios 'nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha ... habiéndonos predestinado para

[1] Cuando se habla de la regeneración precediendo la fe, no estamos pensando primordialmente de una secuencia de tiempo sino una secuencia causal. Algunas veces las dos ocurren al mismo tiempo. Pero la Biblia enseña inequivocadamente, que la salvación es enteramente de gracia – un don de Dios. A la luz de esto, lo que se enfatiza aqui es, aunque la regeneración y la fe ocurren en forma simultanea, la fe depende de la regeneración y no vice versa. La fe precisa la regeneración y no vice versa.

ser adoptados hijos suyos . . . según el puro afecto de su voluntad.' Si la regeneración no precede a la fe, sino que la sigue y depende de ella, entonces la salvación es de aquel que corre y de aquel que quiere, pero no de Dios, en contradicción directa a Romanos 9.7, que dice exactamente lo contrario. En ese caso Lucas estaría equivocado al decir que Dios abrió primero el corazón de Lidia, quien después creyó. Entonces Jesús estaría errado al afirmar que el Espíritu Santo es como el viento que sopla de donde quiere, y cuando comparó la obra del Espíritu al nacimiento, en el cual el bebé está enteramente pasivo. Entonces el hombre no está *muerto* en sus pecados y transgresiones porque si puede creer, ya posee vida espiritual. Y por último, Pablo también estaría en el error cuando dice: 'Nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo' (1 Co. 12.3).

Según la Escritura, la fe no precede y causa la regeneración, sino más bien, la regeneración precede y causa la fe. La regeneración es necesaria, para que el hombre pueda hacer siquiera una cosa que sea espiritualmente buena. En la regeneración el hombre está ciento por ciento pasivo, y el Espíritu Santo ciento por ciento activo.

Así pues, si bien es cierto que es muy poco lo que se puede decir acerca de la manera en que el Espíritu Santo regenera, sí sabemos esto: La regeneración ocurre en forma instantánea, en un abrir y cerrar de ojos. Más aún, el Espíritu Santo hace algo en el alma misma del hombre – en su corazón – y esto a su vez afecta *todas* sus acciones, ya sean en intención, ya en hecho. El Espíritu, sin embargo, no le da al hombre una nueva naturaleza o nuevas facultades, sino que revitaliza el alma que ya tiene. También actúa en forma soberana e irresistible, en tanto que el hombre está totalmente pasivo. Pero aunque sabemos

todo esto, el proceso total sigue siendo muy misterioso. No podemos ver ni el viento ni al Espíritu Santo.

III. *Los Resultados*

Si bien no podemos ver el viento, podemos ver sus consecuencias. Podemos ver la fuerza desencadenadora del huracán que arranca, de cuajo, árboles y casas. Del mismo modo, en la regeneración, no sabemos cómo actúa el Espíritu Santo, pero sí es posible ver los resultados, como lo indica la ilustración de Jesús.

Porque el resultado es que los pecados van a ser borrados. En su lugar habrá virtudes nuevas. Antes había sido imposible superar el pecado y el odio hacia Dios, y ahora todo es diferente; porque el Espíritu Santo ha injertado nuevas inclinaciones y deseos.

El manantial amargo se ha cambiado en manantial dulce, de manera que el agua que brota ahora de allí es dulce. El zarzal se ha cambiado en viñedo, de forma que ahora crecen uvas en vez de espinas (Lc. 6.43–45). El corazón de piedra ha sido cambiado en corazón de carne, y hay vida. Ha nacido un hombre, ha resucitado un muerto, algo nuevo ha sido creado. El hombre viejo, en principio, desaparece; en su lugar está el hombre nuevo. Jesús lo resume cuando dice que el que es nacido de nuevo ve el reino de Dios. Ha entrado en él. Ha sido sacado del reino de tinieblas para entrar en el reino de luz.

La acción del Espíritu Santo en la regeneración es de gran consuélo para todos los que se preocupan por los perdidos. Porque sin el Espíritu Santo nadie puede ser salvado. David Livingstone, en uno de sus momentos más tenebrosos, escribió a su casa: 'El campo que tratamos de cultivar por aquí es difícil, muy difícil . . . si no fuera por la creencia de que el Espíritu Santo está actuan-

do y actuará por nosotros, renunciaría por desesperación.' El leopardo no puede cambiar sus manchas, ni el etíope su piel. Pero Dios envía a su Espíritu, y su pueblo es convertido en una forma irrestible.

Una de las razones por las que los cristianos son flojos en el dar testimonio a otros acerca de Cristo es que a menudo no ven resultados. No es que estén necesariamente avergonzados del evangelio de Cristo, sino que a menudo están desalentados. La ausencia de resultados positivos les hace preguntarse si vale la pena. Para poder superar esto, tendremos que implorar mucho más la acción regeneradora del Espíritu Santo. Porque sin él nadie se salvará.

Jesús dijo antes de su muerte: 'Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuere, el Consolador no vendría e vosotros ... cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia, y de juicio' (Jn. 16.7, 8). Alabemos a Dios por esa acción de convencimiento que lleva a cabo el Espíritu. Hace que el hombre se sienta profundamente incómodo. Su conciencia lo perturbe, se vuelve inquieto. Todo parece que está en contra de él. Sus pecados se le presentan con toda claridad. Su conciencia lo molesta. Llora. Siente aguijonazos en el corazón, al igual que lo sintieron los tres mil sobre los que se derramó el Espíritu Santo en Pentecostés, y como ellos exclama: 'Varones hermanos, ¿qué haremos?' (Hch. 2.37). Luego, gracias a este convencimiento, el hombre es llevado a Cristo como al que ha expiado, en forma vicaria, por el pecado. Se arrepiente, cree y es salvo. A través del dolor del convencimiento halla el gozo; a través de la angustia del alma descubre la paz.

Y la hermosura de todo esto es que el hombre no puede resistir la acción del Espíritu. Cuando el Espíritu Santo

convence, no importa quién sea la persona – lo grande que sea, lo endurecido de su corazón o el pasado que tenga – el hombre se deshace en lágrimas delante del Espíritu, y su corazón queda de tal forma cambiado que tiene que aceptar a Cristo como Salvador. El pecador más empedernido, muerto en sus pecados, no puede resistir nunca – ni en la más mínima forma – el nacer espiritualmente por la acción del Espíritu Santo. Gracias a Dios, tiene que creer.

Si hay algo que se necesita hoy día es el Espíritu Santo. Si queremos poseer la paz que sobrepasa todo entendimiento, si queremos tener éxito en la trasmisión del mensaje de Cristo, entonces el Espíritu Santo debe entrar en las vidas de los que están espiritualmente muertos. Por consiguiente, pidamos sobre todo, la influencia regeneradora del Espíritu Santo.

8: El Espíritu Santo y la Santificación

En el capítulo anterior vimos que, por la regeneración, el Espíritu Santo resucita a los hombres muertos – hombres que están tan muertos espiritualmente como el cuerpo del soldado que ha estado tirado en el campo de batalla por una semana. El Espíritu Santo da a los hombres muertos, vida espiritual, de manera que puedan llevar a cabo acciones buenas, acciones que les resultaban imposibles cuando estaban muertos. Este es un gran milagro.

Hay una diferencia abismal entre esta vida espiritual y la muerte que la precedió. Sin embargo, es más que evidente que esta vida a menudo es enfermiza. Porque es un hecho que el cristiano sigue pecando. A veces peca tanto que casi parece como si la nueva vida lo hubiera abandonado por completo, y que volviera a estar muerto. Pero sabemos que no está muerto. Sus debilidades no serán para muerte, no son incurables. Al contrario, estas debilidades irán desapareciendo gradualmente. Entre tanto, sin embargo, no hay duda de que realmente es enfermizo.

Que la persona nacida de nuevo peca es obvio. Lo atestiguan tanto su propia experiencia como la Escritura. Todo cristiano está consciente, muy a su pesar, de las fallas pecaminosas de su vida. A veces, incluso, puede sentirse decaído debido al aparente triunfo del pecado en

su vida, y quizá exclame con Pablo el convertido, '¡Miserable de mí!' (Ro. 7.24). Humildemente percibe la necesidad de la oración que Cristo enseñó a los ya salvos: 'Perdónanos nuestros pecados.' Juan confirma ésto cuando señala que si alguien, incluyendo los regenerados, dice que no tiene pecado, se engaña a sí mismo, la verdad no está en él, y hace a Dios mentiroso (1 Jn. 1.8, 10).

De hecho, la verdad sorprendente es que cuanto más santo y más santificado se encuentra un cristiano, mayor es la conciencia que tiene de su propio pecado. Cuanto más cerca está una persona del Dios santo, tanto más aguda es su percepción del pecado. No sólo sus pecados evidentes lo entristecen más, sino también, los pecados que antes no lo turbaban, porque parecían sin importancia, ahora los ve con claridad. Como Pablo había alcanzado ese grado elevado de santidad y por ello se había vuelto sensible al pecado, se quejaba, '¡Miserable de mí!' Fue exactamente como cuando Isaías tuvo la visión de Jehová, y cuando los serafines exclamaron: 'Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos,' que Isaías dijo: '¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios . . .' (Is. 6.5). Así pues, no hay nadie completamente santo en esta vida, ni siquiera los santos más destacados de Dios. El hombre regenerado sigue pecando; aunque tiene vida, es enfermizo.

Esto plantea este problema: ¿Cómo puedo superar este pecado? ¿Cómo puedo dominar la ira, el mal genio, el odio, la envidia, los deseos sexuales, y otros males que moran dentro de mí? Todos los cristianos de verdad están preocupados por esto. Buscan el triunfo sobre el pecado en sus vidas. ¿Cómo lo conseguirán?

La respuesta que da la Biblia a este acuciante y agudo problema se encuentra en el título de este capítulo, 'El

Espíritu Santo y la Santificación.' El Espíritu eterno de Dios es la fuente de santificación. A fin de aclarar esto en forma total, sin embargo, es necesario, ante todo, analizar dos soluciones que a menudo se han dado a este problema del pecado; ambas no son bíblicas y por consiguiente erróneas. Una consiste en lo siguiente: luche contra el pecado lo más que pueda. Y la otra es diametralmente opuesta: No luche contra el pecado. Si descubrimos el error de estas dos soluciones, entenderemos en forma más precisa cuál es la única solución genuina: la respuesta bíblica.

La primera respuesta nos manda confiar en nuestra propia fortaleza. Pone la santificación sobre nuestros hombros. Se nos dice que controlemos nuestros deseos pecaminosos por medio de la razón. Se subrayan las ventajas de la virtud y las promesas del evangelio. Se muestra lo razonables que son nuestras obligaciones para con Dios. Se mencionan las consecuencias del pecado tanto para el cuerpo como para el alma, aquí y en la eternidad. Si se sabe lo que es bueno y santo, se añade: sea Señor de su propia vida. Domine todas las tendencias malas, ejercítese en la disciplina, en la voluntad, en los buenos propósitos, y en el dominio propio que está en uno mismo. Siga el ejemplo de un hombre como Benjamín Franklin, quien menciona en su autobiografía cómo se mejoró a sí mismo, efectuando una comprobación diaria de todos sus malos hábitos. Si conocemos lo que es justo, y utilizamos nuestra razón y voluntad, podemos vencer el pecado con nuestra propia fuerza.

La segunda respuesta que se ha propuesto es diametralmente opuesta a la anterior, y es igualmente errónea. Si el error de la primera solución fue afirmar que debemos luchar contra el pecado con nuestra propia fuerza, el error

de esta segunda solución es creer que no debemos luchar, para nada, en contra del pecado, sino dejar que Cristo lo haga por nosotros. Es la diferencia entre las dos consignas: 'Hacerlo todo' y 'No hacer nada.'[1]

Ciertos líderes afirman, por ejemplo, que 'la liberación (del pecado) no se consigue con la lucha y el esfuerzo penoso, con propósitos serios y la autonegación.' Si el hombre hace algo para vencer el pecado, el pecado lo vencerá a él. El hombre debe 'simplemente dar oportunidad a Dios para que El tome posesión completa de su personalidad . . . el Espíritu Santo desea liberar la personalidad,' pero no puede hacerlo hasta que el hombre se lo permita.

En Los Estados Unidos de América, Hannah Whitall Smith, en *El Secreto del Cristiano para una Vida Feliz*, puso de relieve que el cristiano se debe entregar por completo al Señor. Debe poner su vida en manos del Hacedor al igual que la arcilla está en manos del alfarero, y por consiguiente estar pasivo. 'El alfarero debe desarrollar toda la labor.' 'Cuando hemos puesto nuestra vida en manos del Señor el papel que nos corresponde es simplemente 'permanecer quietos.' 'Y debemos recordar esto – que si nosotros llevamos una carga cualquiera, el Señor no la lleva.'

Trumbull, en su movimiento 'Vida Victoriosa', sugirió la consigna, 'Abandónese a Dios.' También dijo, 'Si no es fácil, no es bueno.' 'Cualquier triunfo que uno alcance por esfuerzo propio es una impostura. Si uno tiene que esforzarse por triunfar, no se trata de un triunfo verda-

[1]Aunque este punto de vista, en la opinión del autor, no es bíblico, se debe recordar que los que lo proponen no tienen nada en común con los modernistas que sostienen el error anterior. Por el contrario, aman la infalible Palabra de Dios y el cristianismo sobrenatural, y debería valorarse profundamente el celo que tienen por la santidad.

dero.' 'No debemos tratar de no pecar.' Tales esfuerzos 'pueden y de hecho así lo hacen impedir el triunfo.' Cuando el triunfo se alcanza será un 'triunfo por la libertad y no triunfo por la lucha,' 'libertad sin esfuerzo' de todos 'los impulsos pecaminosos.' 'Por consiguiente, basta de esforzarse. Dejen que El lo haga todo.'

A menudo en estos movimientos lo que se subraya es la segunda bendición. Se enseña que, al igual que el hombre recibe a Cristo en la justificación no por obras sino por fe, así también el hombre recibe a Cristo en una segunda oportunidad en la santificación, por un acto de fe que es distinto y separado de aquel por el cual quedó justificado. Creen que, al igual que en la justificación el cristiano recibe a Cristo de una forma instantánea y completa, así también en la santificación recibe a Cristo de repente, en un abrir y cerrar de ojos, y no gradualmente. La diferencia consiste en que la primera vez recibe a Cristo como Salvador personal, y en la segunda ocasión como Señor suyo, y El da el triunfo completo sobre todo pecado conocido. Esto es lo que llaman perfección instantánea, completa, por medio de la segunda bendición.

Estas dos soluciones acerca del triunfo sobre el pecado no son bíblicas. El hombre nunca alcanzará santidad sólo con el más grande esfuerzo personal. Se necesita algo más – ayuda sobrenatural. El hombre tampoco puede conseguir el triunfo simplemente confiando en la ayuda sobrenatural, sin esforzarse con todo lo que hay en él. Pero el triunfo sobre el pecado sí puede conseguirse con lo que superficialmente podría aparecer como una combinación de estos dos elementos. El secreto de la santidad, según la Biblia, se encuentra en una actividad doble: la acción de Dios en nosotros y nuestra propia acción también. Este es el camino del triunfo para el cristiano.

Lo primero que se necesita para conseguir triunfar sobre el poder del pecado en nuestras vidas es la acción regeneradora del Espíritu Santo. Como el Espíritu esta actuando en nuestra vida, Jesucristo viene a morar en nuestro corazón. Quedamos místicamente unidos a él. No se trata de una unión por medio del recuerdo, ni por medio de algún sentimiento, ni por medio del amor, como podría existir entre dos amigos. Antes bien, en una forma ontológica, Cristo viene a morar en nuestra vida y queda unido a nosotros. La unión es tan real, aunque no idéntica, como la unión de los sarmientos con la vid (Jn. 15.5), o del Hijo con el Padre en la Trinidad (Jn. 17.21), o de la cabeza con el cuerpo (Ef. 4.16, 17). De esta realidad puede decir Pablo: 'Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí' (Gá. 2.20).

Cuando el Espíritu regenera de esta forma, y se establece esa unión con Cristo, entonces le sigue el triunfo sobre el pecado – triunfo que es instantáneo y no gradual. Claro está que no hay una erradicación completa del pecado de la vida del cristiano que vive sobre la tierra; pero sí hay un triunfo que queda garantizado en un momento, de forma que Juan puede escribir, 'Todo lo que es nacido de Dios vence al mundo' (1 Jn. 5.4). Y Pablo puede afirmar enfáticamente, 'El pecado no se enseñoreará de vosotros' (Ro. 6.14). El pecado queda derrotado. El pecador triunfa. Claro que seguirá pecando (1 Jn. 1.8), pero será contra su propia voluntad, de forma que 'ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí' (Ro. 7.17). A veces puede parecer que ya no hay esperanza y que es más víctima del pecado que triunfador sobre él. Sin embargo, el que ha nacido del Espíritu y se ha unido a Cristo no se puede abandonar al

pecado, porque está muerto a él, y el pecado no puede tener poder sobre él. El pecado puede dominarlo momentáneamente y de distintas formas, pero en último término quedará completamente erradicado en todas sus posibles formas. Satanás ha recibido un golpe mortal – está condenado. Pero entre tanto sigue luchando aun estando moribundo.

El triunfo se puede comparar al de la victoria aliada sobre los japoneses en 1945. Se consiguió la victoria. Los japoneses se rindieron. La lucha acabó. Pero incluso después del tratado de paz y de que la gran masa del ejército japonés hubo capitulado, algunos siguieron luchando cuando los americanos trataron de ocupar las islas. Así también, en la vida de todo aquel que está místicamente unido con Cristo Jesús, se ha conseguido el triunfo. Satanás y el pecado han sido derrotados. Ya ha sucedido. Pero sigue habiendo guerra de guerrillas esporádicamente, y en ciertas ocaciones alcanza dimensiones considerables, pero el triunfo se ha conseguido, y es cuestión de tiempo antes de que el último vestigio de oposición (pecado) quede eliminado. En este sentido bíblico, es posible hablar de vida victoriosa (1 Jn. 5.4).

No es fácil describir la acción santificadora del Espíritu Santo. Es un misterio, al igual que la regeneración, aunque se pueden decir unas cuantas cosas acerca de la misma.

En primer lugar, la santificación es ante todo la obra del Espíritu. Si bien es verdad, como mencionamos, que la vida espiritual nace del estar místicamente unidos a Jesucristo; y si bien Jesús dijo en Juan 14.23 que no sólo el Espíritu Santo mora en el creyente, sino también el Padre y el Hijo; y si bien sabemos que no se puede dividir la obra de la Trinidad; sin embargo, la Biblia sí indica que la santificación es, principalmente, la obra de la ter-

cera Persona de la Trinidad. Ella es la que regenera (Jn. 3), renueva (Tit. 3.5), santifica (2 Ts. 2.13; 1 P. 1.2), guía (Ro. 8.14), mora dentro del hombre (Jn. 14.17; Ro. 8.9; 1 Co. 3.16), y escribe en el corazón (2 Co. 3.3). Y Pablo dice claramente que 'si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él' (Ro. 8.9). Estos pasajes indican que el Espíritu es absolutamente esencial para esta vida victoriosa en Cristo. El que no lo posee no pertenece a Cristo – no participa de su vida. De ahí que, si Cristo ha de santificar al hombre morando en él, debe hacerlo por medio del Espíritu. Cristo y el Padre no moran, y en consecuencia no santifican al hombre en forma directa o inmediata, sino por medio del Espíritu Santo. En resumen, la santificación es principalmente la obra de la tercera Persona de la Trinidad.

La segunda característica de este obra santificadora es que el Espíritu, al igual que en la regeneración, toca el corazón mismo o el alma misma del hombre. No se vale simplemente de la persuación moral, racional, y deja luego que el hombre se santifique o no a sí mismo; sino que, constantemente, toca su naturaleza básica, su vida subconsciente, las entretelas más íntimas de su alma, allí donde el hombre no puede ni cooperar ni resistir. El resultado es que surgen buenas obras, porque el fruto del árbol depende de su naturaleza, y del corazón es que mana la vida (Pr. 4.23).

Gracias a Dios que, en la santificación, el Espíritu opera en esa esfera subconsciente de nuestra alma donde no podemos resistir. De lo contrario, nunca nos santificaríamos, porque sin el Espíritu siempre resistiríamos.

En tercer lugar, el Espíritu Santo hace que *todo* el hombre quede afectado por la santificación. No santifica solamente la voluntad, por ejemplo, de manera que el

cristiano se decida a obrar el bien, pero por otra parte no entienda el bien, ni lo ame. Antes bien, santifica a *todo* el hombre: su voluntad, sus emociones, y su comprensión. No da una santificación *completa* en el nuevo nacimiento, sino que es una santificación que afecta a todo el hombre e introduce todo su ser en el camino de la santidad. Es parecido al nacimiento y crecimiento del niño que es creado perfecto. El niño tiene todas sus facultades mentales y corporales, aunque sea pequeño. Tendrá las uñas pequeñas, pero son de hechura perfecta. Posee el número exacto de dedos, orejas, cejas, y órganos internos, aunque éstos no hayan alcanzado un desarrollo completo. De una manera semejante, el Espíritu Santo regenera y santifica a todo el hombre. Puede que el principio sea muy simple, pero queda afectada cada una de las partes del hombre. No se le desarrolla la comprensión espiritual con detrimento de su voluntad, ni su voluntad con detrimento de sus emociones. Va creciendo en cada una de sus partes. Es perfecto en cada una de ellas, pero imperfecto en grado.

Esta totalidad de la obra del Espíritu se deduce de pasajes como Proverbios 4.23, el cual nos dice que el corazón es el que dirige todas las actividades del hombre y Marcos 7.20–23, donde Jesús enumera las maldades que proceden del corazón. Si la parte más íntima del hombre, su corazón o alma, cambia, entonces todo lo que ella produce quedará también alterado. También se puede ver esto en los distintos lugares de la Biblia que mencionan en forma específica la voluntad, el entendimiento, y las emociones como objeto de santificación

Una cuarta característica de la obra del Espíritu en la santificación es lo *gradual* del proceso. El hombre nunca alcanza perfección instantánea y total en la tierra. Sólo

si el hombre rebaja las normas de Dios a la altura de su condición propia de pecado, puede pensar erróneamente que es perfecto. Porque la Biblia da testimonio de que el hombre no queda de repente emancipado del poder del pecado, sino que esta liberación llega después de largas batallas. A veces el proceso es lento, y otras veces es rápido, pero siempre se extiende por un cierto período de tiempo. Como hemos visto, Juan dice que 'si decimos que no tenemos pecado nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros' (1 Jn. 1.8). Pablo habla constantemente acerca del pecado que hay todavía en el cristiano, y de la lucha incesante con Satanás. Y Pedro no dice, 'Apoderaos en un brinco de la gracia y conocimiento,' sino, '*Creced* en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo' (2 P. 3.18). Esto indica concretamente que la santificación es un proceso gradual.

En quinto lugar, vemos, sin embargo, que ese proceso gradual quedará completado en un abrir y cerrar de ojos, en el momento de la muerte. En el cielo, en la presencia del Dios Santo, no habrá pecado; éste habrá sido completamente eliminado (Ap. 21.27). Por consiguiente, cuando el cristiano va al cielo, inmediatamente después de la muerte, como lo indica la Biblia, el proceso de santificación se perfecciona de repente, y en un instante el hombre se vuelve completamente perfecto.

Esta contínua operación del Espíritu Santo por la cual estamos unidos a Cristo es, pues, la condición indispensable para el triunfo sobre el pecado, aunque ese triunfo no sea fácil. La presencia del Espíritu y de Cristo es esencial y básica. No existe otra forma. Sin ellos no se puede conseguir la victoria – ni siquiera parcial. Las resoluciones firmes, los propósitos, los esfuerzos penosos, sin

el Espíritu y sin Cristo de nada sirven. Si alguien tratara de conseguir el triunfo de esta manera sería como si una persona tratara de producir manzanas hermosas, rojas, jugosas, pegando semillas o manzanas pequeñas a un árbol, y luego esperando que crezcan. Esta acción externa no produciría ningún fruto. Por el contrario, debe elegir un árbol que esté sano, y que posea la naturaleza del manzano. Una vez hecho esto, y cultivado adecuadamente, ese árbol en forma natural y fácil producirá manzanas buenas. Como Cristo dijo: 'Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer' (Jn. 15.5). Así como las ramas están unidas al tronco, y reciben de él la savia y la vitalidad que les hacen producir fruto, así también el cristiano mora en Cristo, y de él y del Espíritu Santo recibe el poder, la vida, y la fortaleza interiores para hacer buenas obras. Y así como es absolutamente imposible que una vid muerta produzca uvas, así también es imposible llegar a la santidad si Cristo y el Espíritu Santo no están dentro de nosotros, dándonos vida. Recibimos de Cristo el poder de triunfar sobre el pecado – poder que no tenemos en nosotros mismos.

Tratar de triunfar sobre el pecado por medios externos, tales como el ascetismo, la persuasión moral, la disciplina personal, esto es, con nuestras propias fuerzas y sin el Espíritu, como tratar de convertir la planta recién nacida en un roble robusto estirando la corteza, las ramas, y el tronco. No se le puede forzar desde afuera.

La forma bíblica se puede ilustrar con este mismo roble en primavera. En algunas de sus ramas hay todavía hojas muertas, secas, crispadas, oscuras. Cuando la vida empieza a brotar desde dentro, estas hojas viejas caerán por sí solas, y aparecerán hojas nuevas, verdes; al comienzo

pequeñas, pero ya con forma perfecta, las cuales se irán desarrollando hasta alcanzar madurez completa. De igual manera, cuando el Espíritu y Cristo moran en nosotros, nos comunican tal poder y vida que los pecados viejos van cayendo uno por uno, y en su lugar nacen virtudes nuevas – claro que pequeñas – pero que van creciendo en forma gradual y segura.

Así pues, la santificación no se consigue con externalidades – con gran derroche de propósitos y voluntad, aparte de la fuente íntima de poder. Antes bien, por medio del Espíritu Santo y de Jesucristo que reinan dentro de nosotros, hallaremos un poder que no tiene el no cristiano, el mismo poder divino. 'De su interior,' dijo Jesús, 'correrán ríos de agua viva' (Jn. 7.38). Ahí está el secreto del poder y del triunfo – el camino del éxito.

Ahora bien, debemos estar sobre aviso en contra de un posible error. Quizá alguien dirá que ya que el triunfo sólo se consigue por medio del Espíritu Santo, debemos de dejárselo todo a El. No deberíamos esforzarnos en absoluto por derrotar el pecado. Como alguien ha dicho, deberíamos 'dejárselo todo a El.' Deberíamos dejar que Cristo se apodere de nuestra personalidad y limitándonos nosotros a 'quedarnos quietos.' 'No debemos tratar de no pecar,' porque esto nos conduciría a la derrota. Debemos alcanzar un triunfo sin esfuerzo, permaneciendo absolutamente pasivos.

Esta enseñanza no es bíblica, y además es peligrosa. Es cierto que sin Cristo y el Espíritu el triunfo no es posible. Deben morar dentro de nosotros. Pero al mismo tiempo, toda la Escritura clama y exige acción de nuestra parte. La obra del Espíritu Santo no hace innecesaria nuestra actividad.

En la regeneración, el cristiano está totalmente pasivo.

Nada puede hacer al respecto. Simplemente nace: no coopera en su propio nacimiento. Al igual que el bebé, el cristiano no contribuye en nada. Pero en la santificación hay un aspecto adicional. El hombre es pasivo y activo a la vez. Claro está que es el Espíritu Santo el que actúa en forma soberana en su vida, en el área subconsciente de la misma, en su corazón, de manera que el hombre está absolutamente pasivo en esta operación. El hombre no controla al Espíritu o a Cristo, sino que la vida de éstos fluye hasta él, prescindiendo de la actividad de este último. El hombre está completamente pasivo en este aspecto de la santificación.

Pero al mismo tiempo, el hombre está muy activo, no en la recepción de la vida espiritual, sino en la realización de esa vida que el Espíritu Santo le da. No se le trata como al reloj, al que damos cuerda y luego dejamos sobre la mesa para que siga caminando por sí mismo. Porque el hombre posee voluntad, emociones, e intelecto, elementos que el reloj no posee. Cuando el Espíritu Santo santifica al hombre, respeta estas facultades, las utiliza, y hace que entren en acción. En consecuencia, la santificación es una obra pasiva y activa a la vez. Es tanto gracia como deber: gracia por la que el Espíritu se comunica soberanamente a aquellos que lo reciben en forma pasiva, y deber en cuanto que, una vez recibido el Espíritu, los que lo reciben son llamados a la acción.

Es cierto que no actuamos con nuestro propio poder, sino sólo en tanto en cuanto el Espíritu nos da gratuitamente poder y capacidad para actuar. No es como si el Espíritu actuara parcialmente en nosotros, poniéndonos en movimiento para que hagamos el resto. Antes bien, Dios actúa ciento por ciento en todo lo que hacemos, y nosotros actuamos ciento por ciento en todo lo que hace-

mos. Porque el Espíritu actúa en nosotros, nosotros podemos actuar. El más mínimo acto ético que realizamos – ya sea resistir a una tentación, hacer algo bueno, o creer en Jesucristo – lo hacemos sólo porque el Espíritu Santo nos capacita para ello. Sin embargo, por muy cierto que esto sea, nuestra obligación solemne es esforzarnos lo mas que podamos. No podemos 'quedarnos quietos,' 'dejar que El lo haga todo,' y buscar un 'triunfo sin esfuerzo.' Lo que la Biblia enseña es que si no cuesta, no es bueno.

Si bien el triunfo se logra sólo por medio del Espíritu y de Cristo, sin embargo, la Escritura nos estimula constantemente a que nos unamos a la lucha contra el pecado y el Demonio. Se nos dice: 'Pelea la buena batalla de la fe' (1 Ti. 6.12); 'Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne . . .' (Ef. 6.11, 12); 'Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios . . . No os conforméis a este siglo, sino transformaos . . .' (Ro. 12.1, 2); 'Limpiémonos' (2 Co. 7.1); 'Por tanto, nosotros también, . . despojémonos de todo peso . . . y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante' (He. 12.1); y, 'Corred de tal manera que lo obtengáis' (1 Co. 9.24). Se podría seguir la enumeración repetitiva, citando texto tras texto con exhortaciones al cristiano para que se esfuerce en ser perfecto como lo es su Padre celestial. Todos estos pasajes bíblicos señalan el hecho de que el *cristiano* debe actuar, debe hacer algo. En otras palabras, hay un aspecto muy activo en la santificación.

Quizá no hay otro pasaje que muestre la relación del aspecto activo con el pasivo en una forma más clara que Filipenses 2.12, 13. Ahí Pablo no dice.: Estad quietos;

estad pasivos como lo está la arcilla en manos del alfarero; no hagáis nada, no tratéis, dejad que el Espíritu lo haga todo. Por el contrario, en forma enfática y diáfana dice: 'Ocupaos.' 'Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor.' Esto se refiere al aspecto activo de la santificación, al deber y responsabilidad del hombre. Pablo exhorta a los filipenses a que hagan todos los esfuerzos posibles para santificarse. Los filipenses no pueden responder: dejémoselo a Dios; él lo hará todo; nosotros no haremos nada. Antes bien, Pablo les manda que hagan todo el esfuerzo posible.

Pero de inmediato sigue el aspecto pasivo, cuando Pablo agrega, 'Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.' Sí, ¡ocupaos! Haced todo el esfuerzo que podáis; esforzaos con todo lo que tenéis. Es vuestra responsabilidad. Pero, ¡recordad! que es Dios quien está actuando dentro de vosotros, tanto en el querer como en el hacer por su buena voluntad.

Esta es la combinación bíblica, y este es el secreto del éxito. Si un aspecto se prescinde del otro, el resultado es el fracaso. Si actuamos sin el Espíritu, nos llenaremos de frustración. Por otra parte, si se lo dejamos todo al Espíritu y no actuamos, también fracasaremos. Pero combinemos el Espíritu con la acción; entonces el triunfo será nuestro. El secreto de una vida santa se encuentra en esta combinación. Con ella el cristiano puede triunfar.

Sin pretender ser exhaustivo, nos gustaría sugerir tres pasos concretos y prácticos que el cristiano puede dar (solamente con la gracia del Espíritu, desde luego) y que lo ayudarán a acelerar el triunfo final.

Lo primero es orar pidiendo una presencia más plena del Espíritu Santo y de Cristo en su vida. Si bien es

verdad que el Espíritu nos hace orar en fe para pedir su presencia y la de Cristo, es un axioma bíblico que cuanto más buscamos por fe su presencia en nosotros, tanto más vendrán a nuestras vidas. Porque la fe es el medio de apropiarse del Espíritu y de Cristo, lo mismo que la mano es el medio por el cual nos apropiamos del pan físico para nuestros cuerpos. Jesús dijo: 'El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él' (Jn. 7.38, 39). Pablo pidió para los efesios, que 'habite Cristo por la fe en vuestros corazones' (Ef. 3.17). A los gálatas les dijo que Cristo moraba dentro de él, y que vivía en Cristo por fe (Ga. 2.20). Así pues, la fe es la llave para que Cristo y el Espíritu Santo moren más plenamente en nosotros y, en consecuencia, recibamos poder sobre el pecado. Debemos orar en fe para que el Espíritu more cada vez más en nuestra vida, y lo conseguiremos.

Debemos recordar que la oración no es simplemente una expresión piadosa de devoción y agradecimiento a Dios, sino también un medio para alcanzar poder. Se requiere siempre, sin embargo, orar correctamente. Es necesario perseverar, por ejemplo – acudir a Dios una y otra vez con la misma petición. También es esencial acudir a él creyendo y esperando que responderá a nuestra oración, y no simplemente deseando una respuesta, pensando al mismo tiempo que Dios quizá no la conceda. Esto no es fe. La fe se compone de confianza tanto como de conocimiento. No sólo debemos saber que Dios puede darnos una presencia más plena del Espíritu y de Cristo; debemos también confiar en que lo hará. Cuando acudimos a El con esta expectación y confianza, hallaremos que Dios, quien gusta de otorgar sus dones buenos y santos, nos

dará esta presencia más plena. Esto significará, a su vez, que triunfaremos cada vez más sobre el pecado. Lo que debemos hacer pues, en primer lugar, para triunfar sobre el pecado, es pedir en fe una presencia más plena de Cristo y del Espíritu Santo.

Un segundo medio muy importante que debemos practicar, si queremos triunfar, es la meditación privada sobre la Palabra de Dios. Excepto cuando se trata de párvulos, el Espíritu Santo no actúa aparte de la Palabra de Dios. Actúa *por medio* de esa Palabra. ¿Cómo podemos esperar ser santos y hacer la voluntad de Dios si descuidamos los medios de gracia que Dios nos ha dado y leemos pocas veces el único Libro que nos muestra lo que es la santidad? En la Biblia vemos nuestro ejemplo de santidad, Jesucristo. Encontramos instrucciones escritas, ya explícitas ya implícitas, para nuestra vida. Si hemos de conformarnos a la imagen del Hijo, entonces debemos conocer íntimamente lo que la Biblia nos dice de El. Si hemos de guardar todos los preceptos de Dios, tal como se expresan en cada una de las páginas de la Biblia, entonces hay que leerlos. No podemos esperar perezosamente que el Espíritu nos revele, en forma milagrosa, lo que ya ha revelado. No, nos debemos saturar con esa Palabra, porque el Espíritu actúa por medio de ella. Al alimentarnos de esa Palabra, el Espíritu actuará dentro de nosotros, haciéndonos crecer en santidad. Jesús enseñó claramente que somos santificados por la verdad (Jn. 17.17, 19). Pedro lo confirmó cuando dijo: 'Desead . . . la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación (1 P. 2.2). La segunda acción concreta, pues, que nos permitirá triunfar sobre el pecado que queda en nosotros en la meditación personal y esmerada en la Palabra.

Finalmente, el cristiano que busca una vida más santa

será fiel en el culto público. A través de la predicación fiel y autorizada de la Palabra, el Espíritu Santo le hablará, le convencerá de pecado, y le guiará a la santidad. En la administración de los sacramentos, verá también reforzada su fe.

Supongamos, por ejemplo, que el pastor predica acerca de la santificación, y que algunos de sus feligreses que están debatiéndose con algunos pecados, no han venido a la iglesia sino que se han quedado en casa. Han perdido entonces esta proclamación oficial de la Palabra de Dios acerca de su mismo problema, y en consecuencia no crecerán tanto como hubieran podido hacerlo. El Espíritu Santo actúa por medio de la exposición oficial de la Palabra. Por ello, el cristiano que desea ser santo será diligente en asistir a los servicios de adoración en la iglesia local.

Por estos senderos nos dirige la Biblia hacia el triunfo sobre el pecado – sobre cualquier pecado que pueda haber en nuestra vida, ya sea la ira, la impaciencia, el odio, la envidia, el deseo sexual, la borrachera, la falta de amor a Dios, o cualquier otro pecado. La santificación es una acción doble. Ante todo, es ciento por ciento la obra de Dios. Debemos experimentar, por medio de su gracia soberana, la presencia del Espíritu Santo. Sin El no podemos hacer absolutamente nada: estamos condenados al fracaso. Con El lo podemos todo. Poseemos una fuente de poder divino que puede triunfar sobre el pecado.

En segundo lugar, la santificación se consigue por medio de la acción constante y decidida del hombre. Este debe, por la gracia de Dios, esforzarse lo más posible por alcanzar la perfección.

Si se unen estos dos elementos – la acción de Dios y la acción del hombre – el resultado será el triunfo sobre el

pecado. Claro que antes de la muerte no se erradicará el pecado completamente. Pero habrá un progreso notorio y concreto hacia la santificación completa, y con la muerte se alcanzará la perfección. Este es el secreto de la vida victoriosa.

9: El Espíritu Santo y El Hablar en Lenguas

Hablar en lenguas es hablar espontáneamente en una lengua que el que habla no ha aprendido previamente, o en sílabas que no se reconocen como lengua.

El hablar en lenguas se dio en tiempos del Nuevo Testamento y luego cayó en olvido por lo menos durante mil ochocientos años – si no definitivamente. Algunos dicen que los montanistas del siglo segundo hablaron el lenguas, pero pocos encontrarían base bíblica en estas manifestaciones estáticas y delirantes de esta secta no cristiana.[1] Los padres de la iglesia no practicaron el hablar en lenguas ni tampoco se refirieron a ello en su tiempo. En el siglo cuarto, Crisóstomo en la Iglesia Oriental y Agustín en la Occidental hablaron de la glosolalia como algo del pasado. En la Edad Media hay algunos relatos poco frecuentes de hablar en una lengua extranjera. Ninguno de los reformadores – Lutero, Calvino, Zwinglio, Knox, Melanchton – hablaron en lenguas. Aparte de unos pocos ejemplos difusos de hablar en lenguas en la Edad Media y en la época posterior a la Reforma, el llamado hablar en lenguas

[1] El hablar estático en lenguas se encuentra no sólo entre cristianos, sino también entre muchos no cristianos, tales como los esquimales, zulús, hindús, musulmanes y mormones. Esta glosolalía no es necesariamente el resultado de la acción del Espíritu Santo.

no se revivió sino a comienzos de este siglo. Hubo pues un silencio de mil ochocientos años en cuanto a las lenguas, y muchos dicen que el silencio todavía sigue y que lo que hoy día se llama hablar en lenguas tiene poca relación con el concepto bíblico.

Hoy día se suele asociar el hablar en lenguas con lo que se llama la segunda bendición o el bautismo en (o *de* o *con*) el Espíritu Santo. Muchos creen que una persona acepta a Cristo como su Salvador de la culpa del pecado, y que en algún momento posterior el Espíritu Santo de repente entra en él, de modo que se llena con el mismo. Como pecador acepta a Cristo, pero como santo acepta al Espíritu Santo. En el primer caso pone su fe en Cristo; en el segundo, en el Espíritu. Como prueba de esta plenitud, dicen, Dios da el don de la glosolalía (hablar en lenguas). Se puede utilizar para autoedificación y también para estímulo de la congregación. Tanto el bautismo en el Espíritu como la glosolalía consiguiente se obtienen con un anhelo intenso del bautismo del Espíritu, con la oración, y con la supresión de todo pecado conocido.

Como el hablar en lenguas es una práctica muy difundida hoy día – superando de barreras denominacionales – es importante que el cristiano estudie lo que dice el Nuevo Testamento acerca de ello. Porque no puede eludirlo. Debería conocer lo que es bíblico. ¿Está perdiendo algo hermoso y edificante si no habla en lenguas? ¿Existe realmente hoy día el don espiritual de hablar en lenguas o se trata de una alucinación o de un movimiento diabólico? ¿Cesó el hablar en lenguas con el final de la época neotestamentaria? ¿Se da una segunda bendición instantánea que se obtiene con una plenitud repentina del Espíritu Santo?* ¿Puede uno ser mejor cristiano con el bautismo del Espíritu y la glosolalía? ¿Ayudarán esta cosas

a la monótona vida cristiana que a menudo parece tan pecaminosa?

I. *El hablar en lenguas en la Era Apostólica*

En la Biblia hay muchas pruebas de que el hablar en lenguas estuvo confinado a la era apostólica, ya que tuvo como propósito el confirmar a judíos y gentiles la obra dramáticamente nueva de Dios en Cristo Jesús. Pero algunos creen que las pruebas no son concluyentes. Examinemos los datos.

A. Hechos 14.3.

En su primer viaje misionero, Pablo y Bernabé se encontraron con gran oposición en Iconio. De hecho, tanto judíos como gentiles conspiraron contra ellos e hicieron planes de darles muerte por lapidación. Frente a tal hostilidad al mensaje de Cristo, el cual parecía tan nuevo tanto a judíos como gentiles, Dios hizo señales y milagros a través de los apóstoles. Como dice Lucas: 'Se detuvieron (Pablo y Bernabé) allí mucho tiempo, hablando con denuedo, confiados en el Señor, el cual daba testimonio a la palabra de su gracia, concediendo que se hiciesen por las manos de ellos señales y prodigios' (Hechos 14.3). Aquí no se menciona ni el hablar en lenguas, ni tampoco otras señales. Y quizá no se dio el hablar en lenguas en Iconio, pero a veces las lenguas se daban como señal (1 Co. 14.22), y Lucas dice claramente que el propósito de las señales fue confirmar el mensaje de Pablo y Bernabé.

B. Romanos 15.18–19.

Pablo desarrolla un tema semejante en este pasaje, cuando escribe: 'No osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho por medio de mi para la obediencia de los gentiles, con la palabra y con las obras, con potencia de señales y prodigios en el poder del Espíritu de Dios.' Es interesante

que Pablo mencione tres instrumentos de conversión: (1) El Espíritu Santo, (2) La predicación y obras de Pablo, y (3) Las señales y prodigios. De acuerdo con lo que Lucas dice en Hechos 14, Pablo aquí afirma que Cristo utiliza señales (la glosolalía se podría incluir entre las señales) para hacer que los gentiles obedezcan a Dios. El propósito de las señales era el de la conversión.

C. 2 Corintios 12.12.

En 2 Corintios Pablo constantemente defiende su apostolado, y en 12.11 dice: 'En nada he sido menos que aquellos grandes apóstoles, aunque nada soy.' Luego para probar que era apóstol dice en el siguiente versículo: 'Las señales de apóstol han sido hechas entre vosotros en toda paciencia, por señales, prodigios y milagros.' En otras palabras, se dieron señales como prueba de su apostolado.

D. Hebreos 2.3–4.

'La cual (esta salvación), habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron, testificando a Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad.' Aquí el autor habla claramente de la naturaleza confirmadora de las señales. Dice que primero Cristo anunció la salvación. Luego los que lo escucharon la confirmaron a otros. Y finalmente Dios añadió su testimonio en forma de señales.

E. Juan 20.30–31.

Aunque Jesús nunca habló en lenguas. El uso que él hizo de señales armoniza con este propósito de confirmar el evangelio. Juan escribe: 'Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para

que creais que Jesús es el Cristo, el hijo de Dios, y para que creyendo, tengais vida en su nombre.'

Así pues, basados en pasajes como éstos, muchos afirman que el hablar en lenguas era una señal de la era apostólica, concedida por Dios a fin de autenticar y confirmar el evangelio – y los que lo predicaban – al difundirse más allá de los límites del judaísmo hacia el mundo gentil. Fue su sello de aprobación del evangelio y tuvo como fin ganarse conversos en este nuevo período difícil y radicalmente diferente. Una vez conseguida esta confirmación, ya no hubo necesidad de la misión especial de apóstoles o profetas ni de las señales confirmatorias – tales como el hablar en lenguas – que acompañaban a su labor. En consecuencia, una vez firmemente establecida la iglesia del Nuevo Testamento, los ministerios y señales cesaron. Este punto de vista es muy atrayente.

II. *La perspectiva bíblica de la importancia de hablar en lenguas*

Algunos arguyen que Dios no está atado y que puede seguir realizando señales, incluyendo el hablar en lenguas.[1] No debemos restringir la libertad del Espíritu Santo.

Es sin duda posible que Dios esté actuando hoy día por medio de señales milagrosas, incluyendo el hablar en lenguas. Puede ser que se den curaciones milagrosas genuinas, aunque muchos observadores creen que se ha exagerado mucho su número. Se han dado muchos casos

[1] Esta es la conclución del informe sobrio, extenso (95 páginas) y muy útil, sometido al sínodo de la Iglesia Cristiana Reformada de 1973 (Gran Rapids, 1973). Lamentablemente, no se ocupa extensamente del punto del cese de los dones especiales y en este sentido tiene valor limitado.

de personas 'sanadas' que murieron de su enfermedad poco después, ya que hubieran debido ir a doctores en vez de ir a curanderos por fe.

Así pues, sin afirmar ni negar la permanencia de milagros y del hablar en lenguas en la época actual, y presuponiendo por un momento que siguen ocurriendo, el cristiano de orientación bíblica querrá situarlos en su perpectiva adecuada. Y la perspectiva bíblica es ésta: La Biblia no insiste en ninguna parte en la importancia o conveniencia de hablar en lenguas, y en el único pasaje en que la Biblia nos da directrices acerca de ello, se le hace poco caso. En otras palabras, aunque estuviera en operación hoy día el don de glosolalía, la Biblia no lo destaca como una gran experiencia que todos deberían desear, o que incluso sea normal en la vida cristiana. Y el objetivo del cristiano debería ser darle sólo la importancia que la Biblia le da – ni más ni menos. Examinemos pues las pruebas:

A. El Antiguo Testamento.

No hay en el Antiguo Testamento – ni siquiera en los pasajes proféticos que aluden a Pentecostés – mención ninguna del hablar en lenguas. En el Antiguo Testamento se habla de la profecía, de las curaciones, de milagros, y de la obra del Espíritu Santo en la creación, en la gracia común, en la revelación, en la iluminación; de Jesucristo, de la regeneración, de la santificación y de la oración. Pero en ningún lugar se alude siquiera a la glosolalía.[1]

B. Jesucristo.

Ni siquiera una vez en toda la instrucción de Jesús hay ni una mención indirecta al hablar en lenguas. Ni tampoco lo practicó Jesús, a quien Dios dio el Espíritu sin límite

[1] Isaías 28.11, 12 no se refiere a la glosolalía si no al hablar en una lengua extranjera por parte de los asirios que invadían a Israel.

alguno (Juan 4.34). Jesús nos habla de las cosas importantes de la vida: fe, salvación, santificación, iluminación, oración, obediencia, y normas divinas para la vida. Pero ni siquiera una vez considera que el hablar en lenguas es suficientemente importante como para mencionarlo. Da toda clase de instrucciones, mandatos y ejemplos, pero la glosolalía no figura entre ello. Sería atrevido quien en contraste con Jesús, pensara que el hablar en lenguas es la experiencia más importante después de la de la salvación.

Algunos recurren a Marcos 16.17–18 como pasaje en el que Jesús trató de hablar en lenguas: 'Y estas señales seguirán a los que creen: en mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos y sanarán.' Pero esta pretención no es oportuna:

1. Hay consentimiento casi unánime entre los expertos bíblicos – tanto conservadores como liberales – que Marcos 16.9–20 no fue inspirado por el Espíritu Santo sino añadido posteriormente a la Palabra de Dios. El juicio del gran baluarte ortodoxo, Benjamin Warfield, es tan verdad hoy como lo fue en 1918 cuando lo escribió: 'Sin embargo es tan cierto que (Marcos 16.17–18) es espúreo como puede serlo cualquier otra cosa de este género.'[1] Y las versiones modernas de la Biblia están todas de acuerdo en este juicio. Por ejemplo, la Nueva Versión Internacional separa los versículos 8 y 9 con un espacio y una línea y luego agrega una nota en el mismo texto que dice: 'los manuscritos primitivos más confiables omiten Marcos 16.17–18.' Así también, la Nueva Versión Standard Americana pone los versículos 9–20 en corchetes (no simples paréntesis) y agrega esta nota: 'algunos de los

[1] *Counterfeit Miracles,* New York, p.167.

manuscritos más antiguos omiten desde el versículo 9 hasta el 20.' Otras versiones modernas que le dan el mismo trato a éstos versículos son la Nueva Biblia Inglesa, La Versión Standard Revisada, Berkley, Barclay, y Beck. Las dos biblias Católicas modernas, editadas por decision de la iglesia, afirman que si bien este pasaje está en el canon, no lo escribió Marcos.

2. Si estos versículos son parte de la Biblia original y los pronunció Jesús, es arbitrario que los que enfatizan la glosolalía seleccionen un elemento de la enseñanza de Jesús en detrimento de los otros, tales como el beber veneno y el tomar serpientes en las manos. Estas dos prácticas están colocades entre el hablar en lenguas y el sanar enfermos. Si hay que practicar la una, deberían practicarse las demás.

3. Pero supongamos que se concede por un momento que el Espíritu Santo inspirara Marcos 16.17. Aun así sería sólo el único lugar, entre toda la Escritura, donde Jesús menciona el hablar en lenguas. Y aun así, no es un mandato – sólo una predicción de que será practicado. Esta referencia incidental y única todavía mostraría que Jesús no lo consideró como muy importante. De haberlo considerado así como en el caso de la fe, el amor, la obediencia, y la oración, hubiera enseñado acerca de ello por extenso y lo hubiera practicado él mismo.

C. Los Evangelios.

Ninguno de los cuatro evangelios cita un ejemplo de hablar en lenguas ni presenta a alguno de los apóstoles dando instrucciones acerca de ello. Así pues, más de una tercera parte del Nuevo Testamento guarda completo silencio acerca de ello.

D. Pentecostés.

En Hechos, el hablar en lenguas se menciona solo tres

veces: Hechos 2 (Pentecostés), Hechos 10, 11 (Cornelio), y Hechos 19 (Efeso). Al examinar a Pentecostés, debería advertirse de antemano que el hablar en lenguas de Pentecostés no fue la misma clase de hablar en lenguas que Pablo menciona en 1 Corintios 12–14.

1. En Pentecostés los apóstoles hablaron en lenguas extrañas para el pueblo que procedía de muchos países extranjeros. No se necesitaron intérpretes. Pero en el caso del hablar estático de 1 Corintios 12–14, Pablo dice que nadie podía entender lo que hablaban a no ser que se les interpretara. Esto se parece a la mayor parte del hablar en lenguas de hoy, que no se realiza en una lengua extranjera, y es diferente de la glosolalía pentecostal.

2. En Pentecostés la capacidad de comunicarse en una lengua extranjera se dio en la transición del Antiguo Testamento al Nuevo Testamento. Pero en la iglesia de Corinto el hablar en lenguas se dio en una iglesia que ya había superado esta transición.

3. En Pentecostés se dio una sola vez como experiencia iniciadora, pero en Corinto fue un don continuo.

4. En Pentecostés todos los presentes hablaron en lenguas, pero en Corinto solo algunos tenían el don.

5. Una última diferencia es que en Pentecostés la capacidad de hablar en lenguas extranjeras se otorgó para confirmar y autenticar la manifestación dramática del Espíritu Santo, en tanto que en Corinto el hablar en lenguas fue primordialmente para edificación de la misma persona y de la iglesia.

Por estas razones no es posible recurrir a la experiencia pentecostal de hablar en lenguas como base ni para el hablar en lenguas de Corinto ni para el de hoy. Son totalmente diferentes.

E. Hechos 10, 11.

En este pasaje Lucas relata cómo en la iglesia primitiva, no mucho después de Pentecostés, se extendió el evangelio a un gentil, Cornelio, centurión en el regimiento italiano. El resultado de la visita de Pedro a Cornelio fue que el Espíritu Santo vino a todos los gentiles que lo escucharon, y todos hablaron en lenguas. Este fenómeno de hablar en lenguas no es de la misma índole que el llamado hablar en lenguas de hoy. Adviértanse las diferencias:

1. En Hechos 10 el Espíritu Santo vino sobre todos y todos hablaron en lenguas. En el caso de Corinto o de hoy, sólo unos pocos en la iglesia hablan en lenguas.

2. En Hechos 10 no hubo una larga búsqueda del Espíritu ni el deseo intenso del mismo, como suelen pedir los glosolalistas de hoy. No se dieron condiciones que tuvieran que cumplirse. Antes bien, al explicar Pedro el evangelio por primera vez, el Espíritu vino sobre ellos y hablaron en lenguas. Fue un don dramático de Dios y no el resultado del esfuerzo del hombre.

3. En el caso de Cornelio los dones especiales del Espíritu Santo y de la glosolalía vinieron sólo sobre aquellos que aceptaban a Cristo por primera vez y que ni siquiera habían sido bautizados. No vinieron sobre Pedro y los seis hombres que habían llegado con él y que ya eran creyentes. En el movimiento moderno se pretende que el Espíritu Santo y la glosolalía vienen sólo sobre los creyentes algún tiempo después de haber sido salvos. Pero aquí la fe, la venida del Espíritu y la glosolalía eran simultáneos. En cuanto Cornelio y los suyos creyeron, el Espíritu vino sobre ellos y todos hablaron en lenguas. Después de esto, fueron bautizados como señal de que habían sido regenerados (1.18).

En este pasaje Dios nos dice básicamente que el evan-

gelio no es sólo para los judíos sino también para los gentiles. Este fue el propósito de la visión de Pedro, en la cual Dios le mandó comer el alimento que había descendido en una sábana del cielo, aunque el alimento había estado prohibido por la ley judía durante siglos. Para los judíos, quienes por dos mil años habían estado acostumbrados a pensar que eran los escogidos de Dios y que los gentiles eran anatema para Dios, fue difícil creer que Dios hubiera cambiado. Por ello, como confirmación de ese hecho, Dios actuó en forma dramática tanto en Pentecostés como en la casa de Cornelio. Pedro dijo: 'Cayó el Espíritu Santo sobre ellos también, como sobre nosotros al principio' (11.15), aludiendo a Pentecostés. Sobre estos gentiles que creían por primera vez, Dios envió la señal de hablar en lenguas para confirmar que el Espíritu les había sido realmente dado. Esta prueba externa convenció a los creyentes judíos en la iglesia de Jerusalén, por lo que dijeron: '¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!' (11.18).

F. Hechos 19.1–17.

Este pasaje nos habla de la visita a los gentiles de Efeso: cómo los efesios habían sido bautizados con el bautismo de Juan, pero ahora por medio del ministerio de Pablo eran bautizados en Cristo; cómo el Espíritu Santo vino sobre ellos; y cómo hablaron en lenguas y profetizaron.

Los sucesos de Efeso son muy semejantes a los relacionados con Cornelio y tienen muy poco que ver con la moderna glosolalía:

1. El don de lenguas vino a los gentiles.
2. Vino sobre todos – no sobre unos pocos.
3. Fue simultánea con el hecho de creer y no subsiguiente como segunda bendición.
4. No hubo cumplimiento de ciertas condiciones más

que la única exigencia bíblica de arrepentimiento de pecado y fe en Cristo.

5. Su propósito fue confirmar la acción de Dios al extender el evangelio a los gentiles. Los efesios habían sido bautizados con el bautismo de Juan. Pero ahora que Cristo había muerto, ahora que el Espíritu había venido en Pentecostés, era importante que fueran rebautizados, esta vez en Cristo. Y como señal de la complacencia de Dios en este cambio dramático de judío a gentil, Dios otorga a estos gentiles efesios el derramamiento del Espíritu y sus manifestaciones externas de hablar en lenguas y profetizar.

Así pues, resumiendo los tres lugares en Hechos que se ocupan del hablar en lenguas vemos que este don no es el mismo que el hablar en lenguas de hoy. Hoy es una señal deseada que llega algún tiempo después que uno acepta a Cristo como Salvador, que le llega a unos pocos, y cuyo propósito es la edificación del que habla o de otros en la iglesia. Pero en la época de Hechos, el hablar en lenguas vino sin buscarlo, en el momento de la conversión, sobre todos, y con el propósito de mostrar la complacencia de Dios en extender el evangelio a los gentiles. Por ello encontramos de nuevo poco sostén bíblico para el hablar en lenguas.[1]

G. 1 Corintios 12–14.

El gran pasaje acerca del hablar en lenguas se encuentra en tres capítulos de 1 Corintios. Este es el único pasaje de la Biblia que se ocupa del hablar en lenguas que es para edificación y que se parece al movimiento moderno

[1] También debería advertirse que Hechos habla nueve veces de personas que fueron llenas del Espíritu Santo y sin embargo no hay prueba de que como resultado de ello hablaran en lenguas: Pedro (4.8), creyentes (4.31), los siete (6.3), Esteban (6.5; 7.55), Pablo (9.17; 13.9), Bernabé (11.24) y los discípulos en Antioquía (13.52).

de glosolalía.[1] Lo notable que hay que advertir es que en este único pasaje paulino acerca de la glosolalía, Pablo no ensalza el hablar en lenguas sino que le da poca importancia. Esto debería decir mucho a cualquiera que hoy desee hablar en lenguas. Para darse cuenta de la verdad de esa afirmación, véase lo siguiente:

1. En estos capítulos Pablo habla de dones espirituales especiales y no sólo del hablar en lenguas. La glosolalia es sólo uno de muchos dones especiales que se enumeran en esta sección. Uno de sus puntos más importantes es que a Dios le place la diversidad y que así como la mano, la oreja, el ojo, no pueden ensalzarse a sí mismos por encima de las otras partes del cuerpo, así tampoco nadie que ha sido bendecido con un don espiritual específico debe ponerse por encima de otros.

2. Las tres veces que Pablo enumera los dones, coloca el hablar en lenguas o la interpretación que lo acompaña en último lugar (12.8–10; 12.28–30; 14.26).[2] Esto no significa necesariamente que en forma consciente considere el hablar en lenguas como lo menos importante, pero con toda su insistencia en la inteligencia y sabiduría, lo que valora mucho viene en primer lugar, tal como la sabiduría

[1] Algunos creen que el hablar en lenguas de 1 Corintios 12–14 fue el hablar en una lengua extranjera como en Pentecostés. Si esa teoría es verdadera, entonces sólo muestra un gran abismo entre el Nuevo Testamento y la moderna glosolalía, que raras veces, quizá nunca, se da en lenguas extranjeras. (Por otra parte, dos factores conducen a muchos a creer que el hablar en lenguas de 1 Corintios fue un fenómeno extático y no el empleo de una lengua extranjera: 1. Al comparar el hablar en lenguas con notas musicales que no tienen diferencia (14.7–8), Pablo alude a un hablar extático ininteligible porque una lengua extranjera tiene sonidos que son muy distintos. 2. ¿Diría un incrédulo, al oír a alguien que habla otra lengua, que está loco (14.23)?)

[2] Cuando Pablo enumera dones espirituales en Romanos 12.6–8, es notable que ni siquiera menciona el hablar en lenguas.

y conocimiento en una lista, ser apóstol o profeta en la otra, o tener un himno, una palabra de instrucción, o una revelación en una tercera lista.

3. El verdadero bautismo del Espíritu viene no como una bendición subitánea, subsiguiente al aceptar a Cristo como Salvador. Viene en el momento mismo de esa aceptación. 'Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo' (12.13). El bautismo por el Espíritu significa ser hecho cristiano por el Espíritu Santo.

4. El amor es más importante que las lenguas (capítulo 13). ¡Qué notables son las palabras de Pablo! En toda la Biblia tenemos un solo lugar donde da instucciones acerca de la glosolalía, y en ese mismo lugar Pablo dice que hay algo mejor. Escribe: '¡Hablan todos lenguas! ¡interpretan todos! 'Procurad, pues, los dones mejores. Mas yo os muestro un camino aun más excelente' (12.30–31), a saber, el amor (capítulo 13). En otras palabras, después de que un cristiano ha sido salvo, lo mejor que puede buscar no es una infusión repentina del Espíritu Santo, comprobada por el hablar en lenguas, sino el amor – el amor que es el fruto del Espíritu (Ga. 5.22). Pablo prosigue, en el capítulo 14, alabando el don de lenguas, pero mucho mejor que esto es la virtud ordinaria del amor. Así pues, en el centro mismo de esta sección especial acerca de los dones (capítulos 12–14), Pablo destaca y subraya el amor como el más importante de todos. En esto debería concentrarse el cristiano. Ahí deberían estar sus prioridades – no en dones especiales, sino en el amor.

5. En 14.1 Pablo destaca, no el hablar en lenguas sino la profecía, como el don espiritual mejor que hay que buscar. Escribe: 'Procurad los dones espirituales, pero sobre todo que profeticéis' (14.1). El hablar en lenguas

está bien, dice Pablo, y es deseable, para que una persona se edifique a sí mismo; pero el que profetiza edifica a la iglesia, y esto es mejor (14.4). Así pues, prosigue Pablo, 'Quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas, pero más que profetizaseis' (14.5). Su largo razonamiento es que el hablar en lenguas es ininteligible para otros y por consiguiente no edifica. Pero el profetizar (no solo el predecir el futuro, sino el hablar en nombre de Dios) se puede entender y, en consecuencia, edifica a la iglesia. Así pues, dice Pablo, 'Procured ahondar en ellos (dones espirituales) para edificación de la iglesia' (14.12), y el hablar en lenguas no es uno de ellos.

6. Incluso en este único gran pasaje acerca de los dones espirituales Pablo no ordena a nadie que hable en lenguas. Dice que el que habla en lenguas 'se edifica a sí mismo,' y que 'Quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas, pero más que profetizaseis' (14.5). Sí manda a la iglesia que no prohiba el hablar en lenguas (14.39), pero en ningún lugar manda que se hable en lenguas. Lo más cerca que llega de mandar se encuentra en 14.1: 'Procured los dones espirituales.' Pero esto se refiere a todos los dones, y no sólo a las lenguas, y no es en rigor un mandato para todos, como lo es el mandato 'ama a tu prójimo como a ti mismo.' En asuntos de salvación o santificación u observación de la ley u oración o bautismo o la cena del Señor o el esperar el regreso de Cristo, la Biblia da muchos mandatos, pero nunca le manda a nadie que hable en lenguas.

7. Las directrices de Pablo restringen el uso de la glosolalía. En 14.26–27 establece cuatro restricciones:

a. El hablar en lenguas debe ser para el robustecimiento de la iglesia.

b. En un servicio de culto deberían hablar solo dos – o a lo más tres.

c. Deberían hablar uno a la vez.
d. Debe haber intérprete.

H. Romanos, Gálatas, Efesios, Filipenses, Colosonses, 1, 2 Tesalonicenses, 1, 2 Timoteo, Tito, Filemón, Hebreos, Santiago, 1, 2, 3, Juan, Judas, y Apocalipsis no mencionan en ningún lugar el hablar en lenguas.

Así pues, para volver a nuestra tesis principal presentada al comienzo de este capítulo: *puede haber hoy un hablar genuino en lenguas* – aunque muchos cristianos lo dudan. *Sin embargo, si lo hay, debe dársele la misma importancia que le da la Biblia.* No deberíamos negligir lo que la Biblia enseña, ni ensalzar lo que la Biblia no ensalza.

Encontramos, pues, que los cuatro evangelios no dan ni siquiera un ejemplo de hablar en lenguas ni instrucciones acerca de ello. Nuestro Señor Jesucristo – ni siquiera si aceptamos la autenticidad de Marcos 16.17 – ni una sola vez manda hablar en lenguas. En Hechos tenemos solo tres casos de glosolalía y son diferentes del hablar extático moderno. Incluso si fueran de la misma clase, serían sólo ejemplos y no necesariamente normas para nuestra vida; es decir, ejemplos y no mandatos.[1] Adviértase que fuera de 1 Corintios 12–14, ni siquiera se alude a la glosolalía.

[1] Debemos tener cuidado de no elevar a la historia a la categoría de mandatos, diciendo que estamos obligados a emular lo que sucede en la historia. No debemos canonizar a la historia. John Stott lo dice muy bien cuando escribe: 'La revelación del propósito de Dios en la Biblia debería buscarse en sus partes *didácticas* más que en las *históricas*. Más exactamente, deberíamos buscarla en la enseñanza de Jesús, y en los sermones y escritos de los apóstoles, y no en las cuestiones puramente narrativas de Hechos. Lo que en la Escritura *describe* como sucedido a otros no va necesariamente destinado a nosotros, en tanto que lo que se nos *promete debemos hacerlo nuestro,* Y *lo que se nos manda debemos obedecerlo*' *El Bautismo y la plenitud del Espíritu Santo* (Certeza, 1965), p. 4.

Ahora bien, si la glosolalía fuera tan crucial para nuestro bienestar espiritual, si una segunda infusión del Espíritu Santo, manifestada en el hablar en lenguas, fuera tan vital para nuestra vida santa, entonces Jesucristo y la Biblia hubieran fracasado en hacérnoslo entender. Porque en toda la Biblia, desde el Génesis hasta Apocalipsis, hay solo un pasaje claro que se ocupe del hablar en lenguas como un don continuo (no como don inicial), y en este único lugar Pablo le quita importancia y exalta el amor como mucho más importante. En ningún lugar de la Biblia se encuentra un mandato de que se hable en lenguas. Guarda completo silencio a este respecto. En consecuencia. si hoy día hay el don de lenguas es dado por Dios, está muy bien, debería utilizarse, pero debería quitársele importancia, de la misma forma que lo hicieron Mateo, Marcos, Lucas, Juan, Santiago, Pedro, Pablo, el autor de Hebreos, y nuestro Señor Jesucristo.

Al practicar las lenguas, sin embargo, se debe estar alerta respecto al engaño de lo externo. Porque por naturaleza a todos nos gustaría algo dramático y tangible para nuestra fe. Encontramos más consuelo en las señales externas que en la acción interna del Espíritu, en el que se abran los cielos que en el que se abra el corazón. Pero la vida cristiana no es vida de fuego, vientos, terremotos, visiones, y apariciones angélicas; sino que es una vida de la acción poderosa pero silenciosa del Espíritu Santo. El cristianismo no es tanto cosas tangibles visibles como tener paciencia con un niño nervioso, sacar con gozo las bolsas de la basura, y hablarle a una viuda al terminar el culto. La santificación consiste no tanto en el hablar dramático en lenguas como en ser amable con alguien que le grita a uno, en amar en vez de odiar cuando alguien se cuela en una fila, y en abstenerse de utilizar con furia las

luces altas cuando el carro que viene en dirección contraria no responde a la señal de bajar la luz.

El el pasado Dios ha permitido que unos pocos posean dones especiales del Espíritu Santo, pero en todas las épocas nos manda ser santos. Lo que se necesita no es tanto los dones del Espíritu como el fruto del Espíritu (Gá. 5.22). Y esto se dará sólo en tanto en cuanto Cristo y el Espíritu moren en nosotros. Cristo es la vid y nosotros los sarmientos (Juan 15); el Espíritu es el árbol, y nuestras buenas obras son el fruto (Ga. 5). Debemos tratar, no de embriagarnos con vino, sino de ser llenos del Espíritu (Ef. 5.18). Pablo no enseña una presencia repentina y más abundante del Espíritu, posterior al ser salvos. Más bien, habla de esa acción constante diaria del Espíritu en nuestras vidas, por medio de la cual crecemos (no damos saltos) en la gracia y conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. El cristiano no debe engañarse pensando que hay atajos hacia la santidad, que con tres lecciones se puede llegar a la madurez espiritual, o que las lenguas sustituyen a la santidad. La santidad no viene en una experiencia repentina de glosolalía, sino con el luchar constante contra el pecado y en correr la carrera cristiana.[1]

Ahí es donde ocurre la acción: no en lo externo, sino en la acción interna del Espíritu; no en el drama de las lenguas sino en la acción del amor, y esto llega en tanto en cuanto el Espíritu mora en nosotros. Cuando una per-

[1] Donald Burdick dice lo mismo en su excelente estudio acerca de lenguas. *Tongues: to Speak or Not to Speak* (Moody Press, 1969), p. 86: 'Los logros espirituales no se consiguen fácilmente. Sin el resultado de un crecimiento doloroso, de derrota tras derrota seguida de victoria, de luchar en oración y de buscar la Palabra de Dios. El caracter cristiano se forja golpe a golpe en el yunque de la experiencia diaria. Nunca viene rápidamente, sino, que como la madurez en todas las esferas, es el producto de un lento proceso de crecimiento.'

sona experimenta Efesios 5.18, se seguirá Gálatas 5.22. Deberíamos, pues, orar, no tanto para pedir lenguas sino amor, no tanto para pedir el don del Espíritu sino el fruto del Espíritu, no tanto para pedir pruebas visibles sino la acción tranquila y eficaz del Espíritu Santo. 'En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto' (Juan 15.8).

Espíritu de Dios, mora en mi corazón;
Desarráigame de la tierra, que me mueve con todos
  sus impulsos;
Inclínate hacia mis debilidades, desde tu poder,
Y hazme amarte como debería amarte.

No pido sueños, ni éxtasis de profetas,
Ni que se rasgue de inmediato el velo de arcilla,
Ni que me visite un ángel, ni que se abra el
  firmamento;
Pero quita las tinieblas de mi alfa.

Enséñame a amarte como te aman tus ángeles,
Con una sola pasión que llene mi ser –
El bautismo de la Paloma bajada del cielo,
Mi corazón altar, y tu amor la llama.

10: El Espíritu Santo y la Dirección

La gente de hoy anda en busca de dirección. El mundo, con todas sus complejidades, presenta muchas ocasiones en las que hay que tomar decisiones. Uno se pregunta: ¿Debería casarme con esta muchacha o no? ¿Debería ir a la universidad o empezar un negocio? ¿Cuánto dinero debería ofrendar a la iglesia? ¿Qué empleo debería aceptar? Se quiere saber lo que más conviene. Pero no se sabe cómo decidir. La gente desea dirección y la busca. Quieren que alguien los ayude a decidirse y les muestre qué dirección tomar. A veces dicen: estaría dispuesto a hacer lo que está bien si lo supiera.

El cristianismo ofrece la respuesta a esta necesidad tan profunda. Ofrece dirección a aquellos que están perplejos ante las elecciones que deben hacer. Hablando en rigor, el término *dirección* quiere decir dos cosas radicalmente diferentes. Una es la dirección bíblica, es decir, las instrucciones que Dios nos da en la Biblia en cuanto a decisiones morales. Con esta clase de dirección el Espíritu Santo tiene una relación directa. La otra es la dirección providencial, es decir, la fuerza rectora de Dios respecto a todas las fuerzas de la vida, de manera que el individuo tiene que ir por cierto camino. La primera clase de dirección concierne a la voluntad preceptiva de Dios (lo que

deberíamos hacer); la segunda concierne a su voluntad de decreto (lo que Dios decide que suceda).

I. *Dirección Bíblica*

A. En las Decisiones Morales.

El Espíritu Santo es el autor de la dirección en el primer sentido, es decir, en indicar al cristiano la voluntad de Dios para su vida. Jesús dijo: 'Pero cuando venga el Espíritu de verdad, El los guiará a toda la verdad' (Jn. 16.13); y, 'Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, El os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho' (Jn. 14.26). Pablo escribió: 'Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios' (Ro. 8.14). No cabe duda de que la Biblia enseña que el Espíritu guía a los hijos de Dios.

En el capítulo cuarto examinamos el don maravilloso del Espíritu Santo, don de revelación al mundo. Vimos que, según el testimonio que la Biblia da de sí misma, es infalible en las lenguas originales. No sólo es la palabra del hombre, sino también la Palabra de Dios, la voz escritivada de Dios. Esto significa, desde luego, que con esta Palabra del Espíritu podemos conocer, con certeza absoluta, qué camino deberíamos seguir en muchas ocasiones. La Palabra está repleta de instrucciones para nosotros, las cuales nos indican en forma concreta y precisa qué debemos hacer en muchas circunstancias de distinta índole. 'Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda obra buena' (2 Ti. 3.16–17).

Una joven, por ejemplo, puede estar profundamente

enamorada de un muchacho que no es cristiano, y desea saber si debería casarse con él o no. Acude a la Biblia, y encuentra dirección respecto a lo que debe hacer. Porque 1 Corintios 7.39, dice que debería casarse 'en el Señor.' Si no lo hace pecar. El Espíritu nos guía en esta forma por medio de la Palabra.

O quizá alguien está indeciso en cuanto a la iglesia de la cual debe hacerse miembro. Una posee un edificio hermoso, ofrece servicios amenos, y sus miembros son gente de una cierta posición social, pero en ella no se enseña el verdadero evangelió de Cristo. La otra es pequeña y de poco prestigio ante la comunidad, pero predica, sin compromisos, todo el consejo de Dios. En este caso también, la Palabra del Espíritu ofrece una dirección clara en cuanto a la iglesia de la cuál debería hacerse miembro.

O la casualidad hace que un soldado que está de guardia en un almacén tenga la oportunidad de proporcionarse una chaqueta nueva y elegante sin que nadie se dé cuenta. Otros soldados lo hacen. ¿Debería hacer lo mismo o no? La Palabra viene a dirigirlo con mucha claridad en este asunto, porque el octavo mandamiento dice 'No robarás.'

Mediante estos ejemplos vemos que el Espíritu nos guía en problemas morales con los que nos enfrentamos por medio de la Palabra de Dios. Hemos mencionado sólo tres. Pero la Biblia, desde luego, está llena de instrucciones en todas sus páginas. Nos guía con mandamientos tales como los del Decálogo, con instrucciones de los apóstoles a las iglesias, con el ejemplo de Cristo mismo, con los ejemplos de los santos del Antiguo y Nuevo Testamentos, con la amonestación de ejemplos de pecado, y de muchas otras formas. Así pues, de una forma u otra, el Espíritu Santo, por medio de la Biblia, nos ofrece de hecho directrices claras para muchas de las situaciones en

las que nos encontramos, y acerca de las cuales quizá pensemos que la Palabra de Dios no dice nada.

Esto significa que debemos conocer esa Palabra en detalle si queremos encontrar la dirección del Espíritu. No basta simplemente conocer los Diez Mandamientos. Debemos conocer la Biblia de punta a cabo, en toda su amplitud y profundidad. De no ser así, no tenemos derecho a esperar una dirección especial y extraordinaria que sustituya nuestra pereza. El Espíritu Santo no hará por nosotros sin la Palabra lo que ya ha hecho por medio de ella, guía infalible para nuestra vida. Si muchas veces pensamos que la Biblia no nos ofrece dirección para el problema con que nos enfrentamos, muy a menudo se debe a que no la conocemos suficientemente. Por consiguiente, debemos ser diligentes en estudiar esa guía de manera que lleguemos a saber cómo decidir cuando se nos presenten ocasiones para ello.

Vimos también en el capítulo quinto que si una persona quiere conocer algo con certeza, no le basta poseer un libro, por verdadero y sencillo que sea. Si alguien está ciego, no puede leerlo, y por tanto, es necesario un segundo elemento a fin de poder recibir ayuda del libro; ese elemento es la visión. Advertimos entonces que el Espíritu Santo no solamente ofrece una Palabra infalible, sino también, por la regeneración, da al hombre espiritualmente ciego la visión espiritual necesaria para que lea lo que está ante sus ojos. El hombre necesita la iluminación del Espíritu Santo para poder leer.

Esto explica por qué en el asunto de la dirección Bíblica necesita también la iluminación del Espíritu. Si bien la Biblia está llena de instrucciones para nuestra vida, muchos que la leen nunca encuentran dirección porque están ciegos. Y esto es así no sólo en el caso del no cristiano,

quienes no poseen en absoluto al Espíritu en su vida, sino hasta cierto punto también en el caso del cristiano. El pecado es causa de ceguera espiritual. Y como en el cristiano sigue habiendo un residuo de pecado, también él está parcialmente ciego. Para eliminar esta ceguera es necesario que el Espíritu Santo actúe en el alma. Debe iluminar la mente entenebrecida, haciendo que el lector de la Biblia capte el significado de ciertos principios de dirección cuando los lee, y haciéndolo caer en la cuenta de la pertinencia de los principios bíblicos para las decisiones que debe tomar. Y debe también santificar la voluntad del cristiano para que sus prejuicios, consecuencia de sus deseos pecaminosos, no interfieran con la decisión justa.

Cuando el cristiano lee la Palabra del Espíritu con una mente y un corazón cada vez más iluminados y santificados por ese mismo Espíritu, dispone de un medio por el cual puede saber cómo tomar decisiones correctas. De hecho, este es el único medio de dirección que el Espíritu da al cristiano en decisiones entre el bien y el mal: no hay otro.

Por los tres ejemplos antes citados, se ve obviamente que la Biblia es una guía lúcida en los muchos casos en los que prescribe con claridad la elección moralmente buena entre dos acciones. Hay, sin embargo, muchos otros casos en los que la dirección no es tan clara. Por ejemplo, la Biblia me dice que dé con sacrificio. Pero ¿qué constituye sacrificio para mí? ¿Cómo puedo saber con exactitud cuánto debería dar a la iglesia cada año? La respuesta varía mucho en cada caso, y depende de factores tales como el monto del ingreso, el tamaño de la familia y la cantidad de enfermedades en la misma.

Es evidente que esta decisión es muy difícil, sobre todo

porque no estamos completamente santificados y porque el gran atractivo de las cosas materiales de este mundo interfiere con una decisión clara y objetiva. Sin embargo, también aquí podemos encontrar la dirección del Espíritu por medio de la Biblia y no aparte de la misma. Si buscamos sinceramente la dirección del Espíritu en el asunto del dar, si estudiamos con esmero las circunstancias en las que los santos de la Biblia daban, y si meditamos las instrucciones abundantes de Pablo en 2 Corintios 8 y 9, el Espíritu nos hará conscientes de la pertinencia de un ejemplo concreto o de un mandato concreto respecto a nuestra necesidad específica. Al mismo tiempo, quizá nos libere de deseos intensamente avariciosos, de manera que estemos dispuestos a aceptar la dirección bíblica que el Espíritu nos hace ver.

Así pues, la Biblia es guía suficiente para toda decisión moral en nuestra vida. En algunos casos la dirección es explícita. En otros casos debe deducirse de la Biblia. Pero en todo caso es suficiente para indicarnos lo moral en todas nuestras decisiones.

B. En la Adiáfora.

Sin embargo, hay ocasiones en las que la decisión no es entre lo bueno y lo malo, sino entre dos alternativas moralmente buenas. A estas se las llama adiáfora. Un joven puede tener que decidir entre la oportunidad de ser encargado de taller en la Ford o en la General Motors. O quizá el punto sea si tomar las vacaciones en las montañas o en la costa, en si casarse con una cristiana de una universidad o de otra, en si ser anciano de la iglesia o superintendente de la escuela dominical, en si ir como misionero a Nigeria o a Japón, en si hacer el viaje a la India en junio o en setiembre. En estos casos, *si el resto de las circunstancias son iguales*, quizá no esté en juego ni

el bien ni el mal. De ser así, la Biblia autoriza ambas decisiones, porque las dos son buenas. Entonces no debemos buscar una revelación nueva, aparte de la que nos da el Espíritu en la Biblia, para que nos guíe en estas decisiones.

Naturalmente, sin embargo, la decisión entre dos cosas moralmente buenas puede tener gran influencia en la vida de uno. Puede tener consecuencias muy distintas que la persona vaya a la Casa Rosales en vez de a la Fabrica Muñoz, que se case con la muchacha de una universidad en vez de la otra, que sirva en Nigeria en vez de hacerlo en Japón. Por consiguiente, queremos que Dios nos guíe hacia el sendero más conducente al bien de todas las personas implicadas y que nos haga glorificarlo más. Pero esto no quiere decir que deberíamos de pedir a Dios que nos indique, en alguna forma sobrenatural, la elección que debemos tomar.

Porque pedir una revelación nueva, una dirección nueva, sería negar la suficiencia absoluta de la Biblia 'espirada' por el Espíritu. Entonces andaríamos en el error peligroso de Roma la cual, en vez de confiar únicamente en la Biblia y en la iluminación del Espíritu Santo, pide la revelación adicional de la iglesia; e incurrimos en el peligro de los místicos quienes, no satisfechos con la revelación del Espíritu en la Escritura, buscan una revelación nueva, individual. Por el contrario, creemos que los teólogos de Westminster estaban en lo cierto cuando, en forma elocuente y cuidadosa, afirmaron que 'el *consejo total*' de Dios respecto a todo lo necesario para su gloria, para la salvación, fe y *vida* del hombre, está expresamente establecido en la Escritura, o se puede deducir como consecuencia necesaria de esa misma Escritura, *a la que nunca se le puede añadir nada, ya en forma de revelaciones*

nuevas del Espíritu, ya con tradiciones de los hombres' (Confesión de Fe de Westminster I, IV).

Hay, sin embargo, tres cosas que deberíamos hacer cuando se trata de escoger entre dos alternativas moralmente buenas. Primero, debemos entregarnos de lleno a estudiar todos los factores que rodean a las dos o más alternativas. Segundo, al hacerlo, deberíamos pedir que el Espíritu Santo fortalezca nuestra capacidad natural de discernimiento y sentido común, a fin de llegar a una decisión sabia. Finalmente, deberíamos pedir a Dios que dirija de tal forma todas las circunstancias de la vida que, aunque quizá no sepamos con certeza si hacemos lo mejor o no, de hecho nos movamos en la dirección mejor. En otras palabras, podemos pedir que Dios dirija de tal forma toda la vida que se cumpla lo que dice Pablo: 'a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados' (Ro. 8.28).

II. *Errores que hay que Evitar*

La historia revela que en relación con la dirección del Espíritu han surgido tres errores. Cada uno de ellos nace del no observar el principio bíblico de que el Espíritu guía al cristiano en forma infalible sólo por medio de la Biblia; y cada uno de ellos, si se lleva a sus últimas consecuencias, interfiere con la autoridad del Espíritu. Dos de estos errores tienen relación con la segunda clase de dirección mencionada antes, a saber, la dirección providencial, y el tercero se relaciona con las revelaciones especiales, extrabíblicas, del Espíritu.

Aunque la dirección bíblica es el único solo medio por el cual el cristiano puede conocer la voluntad de Dios en las decisiones morales de su vida, hay este segundo tipo de dirección – la providencial – que se parece a la dirección

bíblica sólo de nombre. Sin embargo, si se entiende bien, también puede llamarse genuinamente dirección.

Es un hecho que el Creador omnipotente controla todas las cosas del mundo. No sólo ordena los grandes acontecimientos de la historia, el levantar y la caída de las naciones, las grandes guerras, los logros de la ciencia y de la medicina (los cuales están revolucionando nuestra vida), y la elección de presidentes; también ordena las cosas pequeñas que nos parecen insignificantes, tales como la caída de la golondrina, el balanceo de la espiga ante la brisa veraniega, y el curso exacto de la gota de lluvia en el cristal de la ventana. Como Dios tiene este poder, puede dirigir y dirige la vida de la gente hasta en sus más mínimos detalles. Si se lo distingue cuidadosamente, este control de parte de Dios se puede llamar 'dirección providencial,' si bien el uso indiscriminado del término puede llevar a confusión.

¡Qué maravilla que poseamos dirección providencial! Un Dios bueno y amante gobierna nuestra vida y nos guía hacia las sendas que son buenas para nosotros. Dirigió, por ejemplo, todas las circunstancias que rodearon la venta de José a Egipto, incluyendo los detalles de la dirección y velocidad del rebaño de Jacob, de forma que, precisamente en el momento exacto, fueran a encontrarse con la banda de ismaelitas que iban a Egipto. Dirigió el deseo de los ismaelitas de ir desde Galaad a Egipto en un día determinado, a una hora determinada, no antes ni después. Si estos y otros detalles hubieran sido diferentes, José nunca hubiera sido vendido a Egipto, y todo el curso de la redención – que estuvo condicionada por la permanencia de los israelitas en Egipto – hubiera sido distinto. Sí, Dios dirige – en su providencia – aun los más mínimos detalles.

Regula el horario de los trenes de modo que una determinada persona encuentre a su futura compañera en una estación precisa. Determina la necesidad y deseo que una madre tiene de una caja de jabón de forma que vaya justamente a una tienda a una hora precisa. De camino hacia la tienda da testimonio a un extraño, y ese testimonio viene a ser el medio inicial que llevará a éste a salvarse. Con su providencia, Dios hace que el profesor de latín se quede parcialmente sordo, de modo que se vea obligado a renunciar a su profesión e ir a otra ciudad para aprender un nuevo trabajo. En esa otra ciudad alguien lo lleva a una iglesia donde más tarde encuentra a Cristo. Esto cambia toda su vida y significa la entrada posterior de su hijo en el ministerio del evangelio, y este hecho, a su vez, influye en muchas vidas. Todo esto sucede debido a la sordera que Dios causó a propósito. Esta es dirección de Dios, y deberíamos regocijarnos de que El nos guíe en forma tan benigna, a menudo a lugares donde no queremos ir, y que sin embargo resultan ser buenos. Nos abre sendas en las que nunca hubiéramos pensado. Sí, Dios dirige con su providencia.

Es preciso, sin embargo, hacer una distinción cuidadosa. Si bien es indubitable que Dios nos guía con su providencia, *nunca* – y subrayamos esa palabra *nunca* – podemos decir que el curso de los acontecimientos nos muestra, en forma infalible, lo que Dios desea que hagamos en el futuro o deseó que hiciéramos en el pasado. La providencia nos dice cómo, de hecho, nos ha guiado o dirigido en el pasado. Nos dice lo que ha hecho. Pero no es una forma de saber de modo indiscutible lo que debemos hacer en el futuro o lo que hubiéramos debido hacer en el pasado. Afirmar esto sería no bíblico, y muy peligroso. Equivaldría a decir que aparte de la Biblia, Dios nos da revelación.

Una afirmación tal no da el mérito exclusivo que le corresponde a la acción directriz del Espíritu Santo en su Palabra. Ilustremos cómo esta dirección providencial se puede utilizar mal de dos maneras.

A. En primer lugar, algunos cristianos bien intencionados afirman que pueden precisar sin sombra de duda lo que Dios quiere que hagan en el futuro por medio de una observación correcta de acontecimientos providenciales. Por ejemplo, un ministro prominente no sabía si cancelar o no a causa de la lluvia el paseo de la iglesia que estaba dispuesto para esa tarde del sábado. Por ello sometió a Dios a prueba. Le dijo a Dios que si llegaba a ver un poco de cielo azul antes de mediodía, seguiría adelante con los planes del paseo. De lo contrario, lo suprimiría. En este caso sí vio un poco de cielo entre las nubes amenazadoras, salieron de paseo, y disfrutaron de una tarde soleada. Luego contó a su congregación este suceso, sacando como conclusión que Dios con señales providenciales nos muestra lo que debemos hacer.

Otro siervo de Dios, misionero, en cierta ocasión contó que para saber si era o no la voluntad de Dios que se casara con una cierta muchacha, buscó de Dios una señal. Decidió que la respuesta de Dios era que *sí*, entonces El tenía que mostrarle su voluntad haciendo que por lo menos un muchacho llegara a Cristo, por medio de su predicación, en una determinada escuela, un día dado. Dios así lo hizo, y en consecuencia se casó con esa muchacha. Más adelante esta misma persona tuvo incluso la audacia de someter a Dios a prueba en una forma parecida, *después* de estar casado, pidiendo a Dios que confirmara su unión. (Como si se le hubiera justificado ir en contra de la voluntad revelada de Dios en la Biblia y obtener la

separación, caso de que no hubiera recibido esa confirmación del Señor.)

Una muchacha, que estaba indecisa entre ir o no ir a la India como misionera, dijo que no iría a no ser que viera la palabra *India* escrita con letras de dos metros de altura. Poco después, al entrar en un caserío donde se celebraba una concentración misionera, vio la palabra *India* escrita en letras enormes de dos metros de altura. Entonces supo, dijo, cuál era la voluntad de Dios.

Otros abren la Biblia al azar, dejan caer el dedo a ciegas sobre un versículo, y basados en lo que leen dicen que Dios les ha indicado su voluntad. Otros razonan que, como Dios hace que resulten muy difíciles ciertos senderos, colocando un obstáculo tras otro, 'cierra' esa puerta a sus vidas. O quizá Dios hace fácil otro sendero. En ese caso, dicen, 'abre' esa puerta para sus vidas, y ven cómo Dios les 'muestra' qué es lo que tienen que hacer. Ahora conocen su voluntad sin lugar a dudas, afirman, y viven en paz.

Por ejemplo, cierta persona quería comprar una determinada casa, pero no estaba seguro si era la voluntad del Señor. Decidió hacer un esfuerzo razonable (no máximo) por comprar la casa. Sólo tenía $500 en billetes, de modo que fue al banquero y le explicó sinceramente su situación, para ver si podía obtener un préstamo por el dinero que le faltaba. Antes de ir a ver al banquero había decidido que si, después de explicar la situación, el banquero le prestaba el dinero, era la voluntad de Dios que comprara la casa. Si el banquero no se lo prestaba, no iba a utilizar otros medios para llegar a comprar la casa. No le concedieron el préstamo, de modo que se fue a otra localidad. Pensó que Dios le había indicado el camino.

Estas formas de determinar la voluntad de Dios en

cuanto a nuestra conducta no son bíblicas y, además, están sujetas a una arbitrariedad irracional. No hay pruebas bíblicas de que Dios nos dé señales para indicarnos el curso que debemos tomar. A veces un cierto suceso providencial parece ser la señal, pero se debe recordar que Dios a menudo coloca, a propósito, obstáculos en nuestro camino, por razones que sólo El conoce. En ocasiones lo hace, no para indicarnos que no vayamos en cierta dirección, sino para corregirnos, y con ello acercarnos más a él. Otras veces coloca un obstáculo tras otro en nuestro camino para fortalecernos y poner a prueba nuestra perseverancia. Imaginemos qué habría hecho la mujer de la parábola del juez injusto (Lucas 18), si hubiera seguido estas teorías no bíblicas de la dirección. En lugar de insistir en su petición de que el juez examinara su caso, hubiera concluido que, debido a sus muchas fallas, Dios no quería que se cumpliera su deseo, y por consiguiente, hubiera desistido de acudir al juez. Pero la enseñanza de la parábola es precisamente que la mujer fue sabia al persistir, y que nosotros deberíamos hacer lo mismo.

¿O dónde estaría la obra del gran misionero de la India, William Carey, si hubiera cedido ante 'puertas cerradas?' Pensemos en los obstáculos que se le pusieron delante para que no fuera a la India. La Compañía de la India Oriental, que controlaba todo el país, se oponía a los esfuerzos misioneros; su esposa se negaba rotundamente a ir y no llegó a cambiar de idea sino unos pocos días antes de la fecha de partida; más adelante se sintió deprimida, no mostró ninguna simpatía por su esposo, y por fin enfermó de la mente; la disentería se apoderó de toda la familia; y Carey tuvo que pedir dinero prestado para no morir de hambre. Muchos hubieran considerado

que estos obstáculos eran la forma en que Dios lo guiaba para que no fuera a la India o para que no continuara en ese país. Sin embargo Carey perseveró 'esperando grandes cosas de Dios,' y Dios bendijo su obra en forma destacada.

Quizá un joven se pregunte si Dios lo llama al ministerio o no. Debido a un defecto en el habla puede que concluya que Dios le cierra la puerta al ministerio pastoral y le indica que debería entrar en otra esfera de trabajo. *Quizá* sea éste el deseo de Dios, pero también podría ser que Dios quiere que sea un segundo Demóstenes – quien con disciplina superó las dificultades que tenía en el habla – y que después de todo entre en el ministerio.

Así pues, por medio de este método extra bíblico de buscar la dirección de la providencia, es posible que la gente se engañe a sí misma pensando que se le ha cerrado una determinada puerta, en tanto que lo que Dios realmente está haciendo es someter a prueba su propósito y perseverancia y le está dirigiendo a cosas mejores a través de las pruebas. Por consiguiente, debemos ser sumamente cautos al tratar de discernir la voluntad de Dios para nuestro futuro a través del examen de acontecimientos.

B. Tampoco – y este es el segundo uso inadecuado de la dirección providencial – podemos, basados en acontecimientos providenciales, hacer afirmaciones categóricas en cuanto a lo que Dios quiso que hiciéramos en el *pasado*. Así sucede muy a menudo.

En 1638 la señora Anne Hutchinson fue expulsada de Massachusetts por razones religiosas. Cuando, cinco años más tarde, los indios la asesinaron, muchos consideraron que esto era prueba divina de que habían hecho bien en desterrarla.

A veces, cuando los acontecimientos no se desenvuelven en la forma que uno espera, se hace el siguiente comen-

tario: 'Bueno, lo que queríamos no nos convenía' o, 'Está visto que no debía ser.' Lo que se implica es que habían deseado algo equivocado.

En muchos casos, cristianos bien intencionados utilizan acontecimientos que han resultado según sus deseos para afirmar, con gran seguridad, que tales acontecimientos son prueba de que Dios los cuida y dirige sus decisiones. Esta forma de razonar es peligrosa. La perspectiva del hombre es tan corta en el tiempo que podría muy bien resultar que éstas, que llaman 'bendiciones' providenciales, después de todo no sean tales, sino maldiciones. Pero también podría ser que estos acontecimientos fueran realmente prueba de las bendiciones espléndidas de Dios. El punto es el siguiente: no sabemos con certeza. Dios no nos lo ha dicho. Es imposible, basados en acontecimientos pasados, decidir en forma infalible si Dios aprueba o desaprueba nuestras acciones.

En una exposición muy penetrante del problema, Berkouwer señala que todos los acontecimientos – desde los más insignificantes hasta los más importantes – están en la providencia de Dios, en las manos de Dios. Escoger un fragmento de esa providencia, dice, ya sea de importancia o no a nuestro parecer y tomarlo como indicación de que Dios nos dirige equivaldría a 'fragmentar la historia' y a 'canonizar' una porción de la providencia de Dios, es decir, elevar un fragmento de la providencia al nivel de la Escritura. Esto equivaldría a una distinción ilegal entre la mano de Dios en toda la providencia y el dedo rector de Dios en un fragmento de la providencia. A no ser que la Biblia indique el significado de la historia, sería arbitrario y subjetivo aislar una porción de todas las intervenciones de Dios y, basados en ella, decir que conocemos la dirección de Dios. El derramamiento de sangre

de los galileos mezclados con los sacrificios o el derrumbe espectacular de la torre de Siloé sobre dieciocho hombres (Lucas 13), o el nacimiento de un niño ciego (Juan 9) podrían parecer que indican desagrado por parte de Dios; pero Jesús nos advierte que una interpretación tal no es un análisis correcto de estos sucesos. Cuando la Palabra de Dios interpreta la historia como en el caso de la muerte de Herodes (Hechos 12), o la invasión de Israel para su castigo (Habacuc) o en las señales de los tiempos, entonces y sólo entonces poseemos una interpretación infalible de estos acontecimientos. Pero aparte de esto, como mortales, todavía parcialmente ciegos por el pecado, sólo podemos seleccionar en forma arbitraria y subjetiva ciertos fragmentos de toda la providencia de Dios y en consecuencia los interpretaremos en forma inadecuada.

Los marineros con los que navegaba Jonás razonaron en forma correcta cuando juzgaron que la tempestad que los azotaba se debía a la ira de Dios contra Jonás. Pero los malteses interpretaron un desastre semejante en forma incorrecta al pensar que el naufragio de Pablo y la señal de la mordedura de la serpiente venenosa significaban que Pablo era un homicida (Hechos 28). Uno interpretará la caída de Roma como prueba evidente de la inmoralidad del *paganismo* (Agustín). Otros interpretarán el mismo acontecimiento como indicación clara de que los *cristianos* habían pecado (Salviano en el siglo quinto). Otros escogerán acontecimientos sorprendentes y al parecer favorables como señal de que hicieron lo que Dios quería que realizaran, pero pasarán por alto sucesos menos notorios y al parecer no favorables, y afirmarán que estos eventos no tienen importancia en la interpretación de la voluntad de Dios para sus vidas. Escoger un acontecimiento y no otro en esta forma, sin directrices bíblicas,

es una decisión arbitraria y subjetiva que no se basa en ninguna norma objetiva que nos diga qué significa un suceso providencial determinado. Porque la adversidad a veces es señal del amor de Dios (He. 12.5–13) y no una puerta cerrada, y lo que al parecer resulta favorable quizá sea perjudicial para el bienestar del cristiano a los cinco o cincuenta años. Dios hace que *todas* las cosas – tanto la adversidad como la prosperidad – contribuyan juntas al bien del cristiano. Por consiguiente, al no poseer una interpretación infalible de la providencia por la Palabra de Dios, debemos tener cautela en seleccionar un fragmento de la providencia de Dios como indicativo de su voluntad, en tanto que negligimos otros.

No queremos decir que Dios no guíe (en el sentido de gobernar) a su pueblo con circunstancias providenciales. Claro que sí lo hace. Tampoco queremos decir que para nuestras decisiones no haya que tomar en consideración acontecimientos providenciales. Debemos utilizar la inteligencia y el sentido común al analizar todos los factores de una situación a fin de que la decisión sea sabia. Pero no es posible indicar ciertos acontecimientos providenciales y decir que nos muestran en forma indiscutible el curso de acción que deberíamos tomar o deberíamos haber tomado. Esto sería introducir una revelación nueva – revelación fuera de la Biblia – con la que el Espíritu nos habría guiado. Y hoy día Dios no nos da revelaciones extrabíblicas. El Espíritu utiliza solamente la Biblia para dirigirnos inequívocamente. En otras palabras, no negamos la dirección (intervención) providencial, pero sí negamos la posibilidad de un conocimiento infalible, por medio de circunstancias providenciales, de lo que Dios quiso que hiciéramos en el pasado o quiere que hagamos en el futuro.

C. Hasta ahora hemos mencionado sólo el error de buscar dirección infalible en la providencia. Pero existe otra práctica igualmente popular cuanto falaz. Algunos buscan la dirección de Dios no sólo en las circunstancias, sino también en revelaciones especiales del Espíritù. Estudian la Palabra de Dios y luego se sientan en silencio a 'escuchar.' Esperan que Dios les hable en esos momentos de silencio. 'Habla, Señor, que tu siervo te escucha' es su lema. Algunos al parecer creen que el Espíritu de hecho les susurra al oído. Otros, sin embargo, molestos ante tal crasitud, creen que el Espíritu les habla con impulsos o impresiones mentales. Entonces 'conocen' la voluntad de Dios para ese día. Han recibido sus órdenes de marcha. Creen quizá que el Espíritu les indicó cómo administrar asuntos personales, a quién hablar, qué carta escribir. A veces hablan con certeza absoluta de la 'dirección del Señor': 'El Señor me indicó que le hablara hoy,' o 'El Señor me ha dirigido para que asista a esta reunión bíblica.' Piensan que estas impresiones unidas a la dirección providencial les pueden revelar la voluntad de Dios para todas las situaciones. De hecho un autor F. B. Meyer dice que 'las circunstancias de nuestra diaria son para nosotros indicación *infalible* de la voluntad de Dios, cuando concurren con los impulsos íntimos del Espíritu y la Palabra de Dios'.

A veces se recurre a la dirección especial y divina que se encuentra tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, tal como la dirección extraordinaria que Dios dio a Gedeón por medio del vellón, las directrices claras que el Espíritu dio a Felipe al decirle que hablara al eunuco etíope; y la negativa del Espíritu para que Pablo fuera a Bitinia.

Es discutible, sin embargo, si debemos esperar esta

clase de dirección hoy día. En ciertos períodos de la historia bíblica Dios sí reveló su voluntad por medio de revelaciones especiales, al igual que realizó milagros en ciertas épocas. Pero ya no vivimos en esos días de inspiración, revelaciones, y milagros. El canon de la Escritura está cerrado, y aparte de la Biblia no podemos hablar de 'una indicación *infalible* de la voluntad de Dios,' como alguien lo ha dicho ingenuamente. Debemos tener suma cautela en afirmar en forma tan rápida y positiva que *sabemos* que 'el Señor nos guío' a tal o cual acción. Es posible que Dios regule de tal forma circunstancias providenciales y que el Espíritu ponga en nosotros ciertos sentimientos, impresiones, anhelos, e impulsos que nos sintamos impedidos a ir en cierta dirección. Pero estos fenómenos muy a menudo se usan mal, hasta el punto que una persona pretenda, en efecto, que ha recibido directrices especiales del Espíritu y esté muy segura de que esa sea la voluntad de Dios para él. Estas afirmaciones deshonran la única norma infalible del Espíritu para la vida de los hombres, su Palabra. Como vimos en un capítulo previo, la iluminación que el Espíritu Santo nos da es de ilustración, no de revelación añadida. No nos enseña verdades nuevas, sino que utiliza las verdades antiguas de la Biblia; sirviéndose de éstas, agudiza las facultades de percepción del hombre de manera que éste pueda ver y entender mejor dichas verdades.

No solamente no es bíblico buscar 'señales', y revelaciones especiales con la finalidad de tomar una decisión, sino que tal 'dirección,' si así se puede llamar, en lugar de dirigir puede extraviar. A veces utilizamos esa teoría de la dirección para llevar a cabo nuestros propios deseos bajo la pretensión de santidad. No siempre se hace con la intención de engañar, pero puede hacerse inconscien-

temente. Incluso nosotros los cristianos, que no hemos sido liberados del pecado en forma completa, somos propensos a racionalizar nuestras acciones. Nuestras impresiones y 'corazonadas' divinas a menudo no son otra cosa que un deseo intenso de hacer lo que queremos hacer. Por ejemplo, cuando una persona dice que 'se siente guíada por el Señor' a casarse, este sentir puede no ser un deseo personal muy intenso de casarse. Además, estas así llamadas impresiones divinas, en lugar de ser obra de Dios, pueden a veces ser obra del maligno, quien se aprovecha de nuestra inestabilidad sicológica. Además, si se buscan estas señales, el cristiano puede eludir un llamamiento claro al deber. Por ejemplo, Dios puede convencer a alguien de que vaya a territorio misionero, y sin embargo la persona se niega a ir a no ser que Dios le garantice con alguna señal especial, tal como el nombre del territorio en letras de dos metros de altura. De esta forma esas 'señales' y 'revelaciones' especiales pueden engañar e incluso perjudicar.

Muchos cristianos rehuyen decidirse. Como desean una forma fácil de asegurarse cuál es la voluntad de Dios, a menudo recurren a buscar la dirección de Dios por medios ilegítimos. Sin embargo, seguimos creyendo que los teólogos de Westminster discurrieron en forma segura y bíblica cuando afirmaron que no se le pueden añadir revelaciones a la Biblia, y que el consejo todo de Dios respecto a lo necesario para la vida, o bien se encuentra expresamente establecido en la Escritura, o se puede deducir de ella como conclusiones necesarias y buenas.

Conclusión

Para concluir, hay tres normas que se deben seguir cuando se quieren tomar decisiones. En primer lugar se debe

tratar de conocer *a fondo* la Guía de Dios, la Biblia. Está llena de instrucciones para la vida. Es guía suficiente para toda decisión moral, ya que nos dice, en forma explícita o por medio de deducciones buenas y necesarias, qué curso de acción es moralmente bueno o malo. Si no conocemos bien esa Palabra, no cabe duda de que seguiremos perplejos en cuanto a cuál es nuestro deber en muchos casos. Pero cuanto mayor sea nuestra familiaridad con *toda* la Biblia, más clara será la dirección.

En segundo lugar, como estamos ciegos por el pecado, debemos orar constantemente para que el Espíritu Santo nos ilumine y santifique cada vez más. El, entonces, agudizará nuestra visión de los principios que ha dejado establecidos en la Escritura, nos capacitará para aplicarlos correctamente a situaciones concretas, y nos liberará de deseos malos que oscurecen la decisión adecuada. Si seguimos estas dos primeras reglas, descubriremos que en nuestras manos está toda la dirección necesaria para llegar a decisiones adecuadas, cuantas veces debamos escoger entre el bien y el mal.

En aquellos casos en los que se nos presentan dos o más alternativas moralmente buenas, acerca de las cuales la Biblia ofrece muy poca dirección, excepto en el sentido de que ambas son moralmente buenas, no debemos buscar que la providencia nos señale nada en forma infalible, ni tampoco que el Espíritu Santo nos comunique en forma especial cuál de las dos es mejor para nosotros. Pero, y esta es la tercera regla, debemos utilizar lo mejor que podamos todas las facultades con que Dios nos ha dotado. Debemos investigar el problema, reunir toda la información posible, hablar con los que entienden del asunto, y utilizar la inteligencia. La regeneración no destruye el

intelecto, y Dios espera que usemos lo que nos ha dado. No hay soluciones fáciles ni rápidas. No hay respuestas hechas. No existen ni libros ni personas que nos puedan decir lo que tenemos que hacer en una situación dada. La dirección en estos casos exige trabajo.

Si, por ejemplo, deseamos saber si debemos ir o no a un paseo el sábado por la tarde, no debemos 'someter a prueba' a Dios, sino utilizar los informes meteorológicos más recientes. Si queremos saber si Dios nos ha llamado a la India o no, no debemos depender de circunstancias arbitrarias como la presencia de letras de dos metros de altura, sino que debemos estudiar la necesidad de la India, las puertas que se nos abren, y nuestra capacidad. Si un joven desea saber si será prudente casarse con cierta muchacha, no debe presumir que puede dar órdenes al Espíritu Santo en materia de la regeneración de ella, sino que debe estudiar todos los factores presentes con el poder de razonamiento que Dios le ha dado para tiempos como estos, además de seguir su inclinación personal. Si una iglesia desea saber cual terreno debe comprar para el nuevo edificio, no debe pedir que Dios le dé una revelación especial, sino que debe estudiar factores tales como la índole de la iglesia y de la comunidad, el costo de las propiedades, y su capacidad para obra evangelística.

Al mismo tiempo se debe pedir a Dios, con fervor y perseverancia, que dirija de muchas maneras todas las circunstancias de la vida – las importantes y las que parecen insignificantes – y que por medio del Espíritu agudice nuestra capacidad de razonamiento a fin de poder llegar a las decisiones que mejor sirvan al reino y a uno mismo. Si somos hijos de Dios y no lo estamos desagradando, descubriremos que una y otra vez nos ayuda a

hacer la mejor decisión, si bien a veces no estamos conscientes de que sea la mejor.

Esto no significa que en estos asuntos Dios nos dirigirá de tal forma que nos indique, por medio de una señal indiscutible en situaciones providenciales, lo que es nuestro deber. En absoluto. Lo que quiere decir es que influirá en todas las circunstancias que rodean nuestra vida de manera que lleguemos a decisiones sabias. El ministro, por ejemplo, nunca podrá decir con seguridad absoluta que sabe que Dios le indicó que permaneciera en el cargo actual, en lugar de ir a otra ciudad. No es infalible. Es humano, pecador, y está sujeto a error. No tiene revelaciones especiales ni indicios providenciales que le digan, más allá de toda duda, que acertó en la decisión tomada. Pero puede sentirse razonablemente seguro de que, si no vive en pecado, si utilizó todas las facultades para llegar a una decisión correcta, y si tanto él como la congregación pidieron sinceramente dirección, que el Espíritu Santo lo dirigió para llegar a una decisión sabia.

Así pues, no hay una forma fácil e infalible de descubrir la voluntad de Dios para nuestras vidas. No hay respuestas claras. Pero consuela saber que si se siguen estas tres reglas – si se lee cuidadosamente la Guía del Espíritu, se ora y se usan al máximo todas las facultades – se descubrirá que Dios dirige todos los problemas de la vida. El Espíritu nos guiará con su Palabra e iluminación para que sepamos cómo escoger entre el bien y el mal; y si bien en la elección entre dos bienes no habrá ninguna señal que nos diga qué deberíamos hacer, podemos implorar a Dios que dirija nuestra vida de tal forma que lleguemos a la decisión más provechosa tanto para su reino como para nosotros. Y Dios nos guiará en esta forma.

Agradezcamos, pues, al Padre su dirección providencial

y tratemos de no usarla mal. Agradezcamos al Espíritu el papel activo que desempeña en revelarnos la voluntad del mandato de Dios, en iluminarnos la mente, y en hacernos desear seguir su dirección. Honrémoslo buscando cada vez más su dirección y siguiéndolo.

11: El Espíritu Santo y la Filiación Divina

La Biblia utiliza el término *Hijo de Dios* por lo menos en tres formas diferentes. Aplica este título a Jesucristo, al hombre en general y al cristiano. En cada una de estas filiaciones, el Espíritu Santo desempeña un papel importante. En este capítulo se estudia cuál es ese papel en cada uno de los casos y por qué es importante para nosotros.

I. *La Filiación de Cristo*

En relación con Jesucristo solo, hay cuatro formas diferentes en que la Biblia utiliza el título *Hijo de Dios.*

A. Filiación Trinitaria.

Cuando pensamos en Jesús como Hijo de Dios, pensamos ante todo en su divinidad – que es el Hijo eterno de la primera Persona de la Trinidad. Esta es la filiación que existe sólo dentro de la Trinidad y que se refiere únicamente a su divinidad. El Espíritu Santo no tiene nada que ver con esta filiación, excepto en el sentido de que él mismo procede tanto del Hijo como del Padre, como vimos en el capítulo primero.

B. Filiación Mesiánica.

El título *Hijo de Dios*, sin embargo, se aplica a Jesús en otras tres formas, y en estas si interviene en forma concreta el Espíritu Santo. Se llama a Jesús Hijo de Dios

no sólo por su relación eterna e intratrinitaria con el Padre – debido a su naturaleza divina – sino también debido a su papel mesiánico. Fue el representante del Padre en la tierra, subordinado a El en su obra mesiánica. El Padre lo envió para que hiciera su voluntad y para llevar a cabo una misión especial. Jesucristo no fue Mesías desde la eternidad. Antes bien, recibió algo que no siempre habia tenido. El Padre le dio un reino en la tierra con una labor a realizar en el mismo. En virtud de esta relación mesiánica con el Padre, se llama Hijo de Dios. Dijo a sus discípulos en la última Cena, por ejemplo, que les asignaba un reino 'como mi Padre me lo (reino) asignó a mí' (Lc. 22.29). Y cuando el ángel Gabriel anunció a María que Jesús sería 'Hijo del Altísimo,' le explicó este título indicándole que 'el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre' (Lc. 1.33). Así pues, en virtud de este papel mesiánico que el Padre le asignó, llegada la plenitud del tiempo, Jesús se llama Hijo de Dios.

Jesús fue equipado en una forma especial para esta filiación mesiánica. Se necesitaba poseer algo más que simplemente la naturaleza divina; su naturaleza humana tuvo que recibir ayuda del Espíritu Santo. En su condición oficial de Mesías necesitó la unción oficial del Espíritu y dependió de la misma. Esto lo recibió en el bautismo, cuando el Espíritu Santo descendió sobre él en forma de paloma, y el Padre, refiriéndose a la filiación mesiánica, habló desde el cielo y dijo: 'Este es mi hijo amado, en quien tengo complacencia' (Mt. 3.17). Como vimos más en detalle en el capítulo sexto, esto que recibió del Espíritu Santo fue lo que pertrechó a Jesús para su ministerio público, para predicar y realizar milagros. Jesús no entró en el ministerio mesiánico simplemente basado en la

fuerza de su naturaleza divina, sino que dependió de la unción del Espíritu Santo. En este sentido, pues, el Espíritu Santo fue esencial para que Jesús fuera el Hijo mesiánico de Dios.

C. Filiación por nacimiento.

Jesús es también Hijo de Dios debido a que en su nacimiento sobrenatural Dios fue el Padre de su naturaleza humana. Esto lo insinúa el ángel Gabriel cuando le dice a María que 'el Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios (Lc. 1.35). Hay una relación directa entre el que María sea cubierta con la sombra del Espíritu Santo y el que Jesús se llame Hijo de Dios. Debido a esta sombra, debido al acto sobrenatural de la concepción por parte del Espíritu Santo, Jesús se llamó Hijo de Dios. En este sentido de su nacimiento, por consiguiente, Jesús se puede llamar Hijo de Dios, sólo gracias a la actividad del Espíritu Santo.

D. Filiación ética.

Hay otra forma en la que Jesús, como Hijo de Dios, depende del Espíritu Santo. Es Hijo de Dios en un sentido puramente religioso y moral, muy semejante a la filiación del cristiano. Esta filiación religiosa de Jesús aparecerá más clara si recordamos que no sólo poseyó naturaleza divina, sino también humana, que no sólo fue Dios omnipotente, sino verdadero hombre. Como ser verdaderamente humano, Jesús rindió culto al Padre y tuvo intimidad con El. Como Hijo religioso de Dios, instruyó a Pedro para que pagara el impuesto del templo tanto por él como por sí mismo, aunque 'los hijos están exentos' (Mt. 17.26). Al situarse en el mismo nivel que Pedro, tanto en el cumplimiento de esta disposición, como en el llamar a Pedro y a sí mismo 'hijos,' mostró que era hijo de Dios en

el mismo sentido que Pedro. Como Hijo en este sentido ético, religioso, vivió interna y externamente en una relación justa con el Padre. Obedeció la ley ritual y moral, sirvió a su Padre, oró a El, lo amó y tuvo intimidad con El. Desde su más tierna infancia hasta exhalar el último suspiro en la cruz cuando exclamó, 'Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu,' vivió en esta relación Hijo – Padre por lo que respecta a su naturaleza humana. En este sentido ético, religioso, a diferencia de sus filiaciones intratrinitaria, mesiánica, y de nacimiento, fue Hijo de Dios. Lo fue de una manera semejante a la forma en que los cristianos son hijos de Dios, con excepción, desde luego, de que los cristianos son hijos adoptados, y él lo era por naturaleza.

En esta filiación ética, religiosa, Jesús también dependió del Espíritu Santo. Como vimos en un capítulo anterior, la gracia de Dios estaba con él (Lc. 2.40) en la forma del Espíritu Santo, 'Espíritu de sabiduría y de inteligencia, Espíritu de consejo y de poder, Espíritu de conocimiento y de temor de Jehová' (Is. 11.2). Como Hijo de Dios en su naturaleza humana, Jesús dependió de que el Espíritu Santo morara en él, para que lo protegiera de pecado, lo hiciera triunfar sobre las tentaciones, y lo capacitara para hacer el bien.

Vemos, pues, cómo el Espíritu Santo es indispensable para las tres filiaciones diferentes de Jesucristo. Si no hubiera sido por el Espíritu Santo, Jesús no hubiera estado pertrechado para su filiación y obra mesiánica. Tampoco hubiera nacido sobrenaturalmente. Tampoco hubiera vivido en su naturaleza humana la vida de perfección que vivió y, en consecuencia, no hubiera sido el Salvador sin pecado, cuya vida humana de santidad puede considerarse como nuestra. Debido a la acción del Espíritu Santo en tres de las cuatro filiaciones de Jesucristo,

poseemos un Salvador perfecto que llevó a cabo una expiación vicaria perfecta. ¡Alabemos al Espíritu Santo por Cristo como Hijo de Dios!

II. *Filiación por creación*

Una segunda clase de filiación de Dios, que la Biblia menciona, es lo que se podría llamar filiación creadora, es decir una filiación que se debe a la creación. No se aplica a la filiación única de Cristo, ni a la filiación por gracia del cristiano, sino a la filiación de todos los hombres. A todos los hombres, regenerados o no, se les llama hijos de Dios porque Dios los ha creado y porque son iguales a El. Como nos dice Génesis 1, el hombre fue creado a imagen de Dios, es decir, es como Dios en cuanto ser espiritual que posee mente, voluntad, y emociones. Por esto Pablo, en el discurso del Areópago cita en forma aprobadora al pagano Arato que dijo, 'Porque linaje suyo somos,' es decir, hijos de Dios (Hch. 17.28). Por el contexto es obvio que quiso decir que todos los hombres son hijos de Dios, porque Dios los ha creado y son iguales a él en cuanto seres espirituales. En Hebreos 12.9 el autor llama a Dios 'Padre de los espíritus.' Esto no se refiere a la paternidad de Dios sólo en cuanto a los creyentes, sino a su paternidad respecto a todos los que tienen vida y espíritu, incluso los que no son cristianos.

El Espíritu Santo también es necesario para esta filiación; porque, como hemos visto, el Espíritu Santo es el específicamente responsable de la creación del alma del hombre. La tercera Persona de la Trinidad, y no el Padre ni el Hijo, es quien dota a todos los hombres de su naturaleza espiritual, de forma que tengan vida, capacidad artística, gusto estético, y dones intelectuales. Si el hombre se eleva a las alturas dramáticas de un Shakespeare,

a los pensamientos filosóficos de un Aristóteles, a los logros artísticos de un Rubens, al genio musical de un Brahms, a la capacidad estadista de un Churchill, al simple amor de una madre por su hijo, a la capacidad de un muchacho para estudiar matemáticas, o a la habilidad de una muchacha para hacer un vestido, entonces debemos alabar al Espíritu Santo. Porque estas son pruebas de la segunda clase de filiación y de la acción del Espíritu Santo al producirla.

III. *La filiación del cristiano*

La filiación implica por lo menos dos cosas. Primero, debe haber un cierto parecido entre el hijo y el padre. Es obvio que por el simple hecho de que un objeto haya sido creado por alguien, no quiere decir que sea hijo de esa persona. El automóvil no es hijo del fabricante de automóviles, sino el producto suyo, porque no hay parecido básico entre los dos. Por la misma razón, la mesa no nace del ebanista, sino que éste la produce.

Por otro lado, el potro, como hijo verdadero del caballo, tiene los rasgos y características del caballo y no los de un tren o un león. Se engendra algo semejante a lo que es. El padre humano engendra un hijo que es humano como él. Al igual que el padre, el hijo también tiene alma y características corporales tales como dos orejas, diez dedos, pulmones y corazón. Así pues, la filiación implica semejanza entre el padre y el hijo.

En segundo lugar, la filiación implica que el hijo tiene ciertos derechos filiales. Tiene derecho a un nombre, por ejemplo, y derechos de herencia.

Estas dos ideas relacionadas con la filiación están implícitas en el término bíblico *hijo de Dios*, tal como se aplica al cristiano. A veces la Biblia llama al creyente hijo de

Dios, porque muestra cierto parecido con Dios. Otras veces lo llama hijo de Dios, porque tienen ciertos derechos que el auténtico Hijo de Dios, Jesucristo, también tiene. Examinemos pues, ante todo, la filiación del cristiano en el primer sentido y veamos el papel que el Espíritu Santo desempeña en la misma. A esta se la puede llamar filiación por regeneración. Luego, examinemos la filiación del cristiano en el segundo sentido, y veamos cuál es la función del Espíritu Santo en la misma. Esta se llama filiación por adopción. Ambas se aplican a los cristianos, hijos de Dios.

A. Filiación por regeneración.

Según la Biblia, el cristiano es como Dios. Hemos visto que es así en el sentido de creación, en cuanto que el cristiano, al igual que el hombre natural, se puede llamar hijo de Dios, porque se parece a Dios, como ser espiritual, racional, moral y emotivo. Esta operación moral del hombre se llama imagen natural de Dios. Es una forma en la que todos los hombres, a diferencia de los animales, son como Dios.

Pero el cristiano también es semejante a Dios, y por tanto hijo de Dios, en otro sentido. Es hecho según Dios en conocimiento, justicia, y santidad (Col. 3.10; Ef. 4.24). Adán y Eva también fueron hechos originalmente a imagen de Dios, es decir, como Dios, en este sentido. No sólo fueron creados según la imagen natural de Dios en cuanto agentes morales libres, sino también fueron hechos a su imagen en cuanto que poseían excelencia moral, es decir, verdadero conocimiento, justicia, y santidad. Debido a la caída, el hombre perdió esta excelencia moral aunque retuvo su actividad moral. Cuando el hombre se hace cristiano se renueva dentro de él, según la imagen de Dios, quien lo creó la excelencia moral del conocimiento verdadero, de la justicia, y de la santidad. En este

segundo sentido, que es exclusivo del cristiano, se vuelve semejante a Dios, y por consiguiente hijo de Dios.

Pablo nos dice que como Dios predestinó al cristiano para que fuera conforme a la imagen de su Hijo (Ro. 8.29), los creyentes son 'transformados de gloria en gloria en la misma imagen' (2 Co. 3.18). Esto quiere decir que como Jesús, el Hijo por naturaleza, es como el Padre, y como el cristiano, hijo por regeneración es como Jesús, el cristiano también es como el Padre. De hecho, el parecido entre el cristiano y Dios es tan grande, especialmente cuando se compara con el estado natural de pecado del hombre, que Pedro, utilizando una metáfora, dice que los cristianos son 'participantes de la naturaleza divina' (2 P. 1.4). Desarrolla más esta semejanza al describir a los cristianos como 'habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupicencia.' Debido a esta semejanza, el cristiano se llama hijo de Dios.

Juan alude a esta filiación por regeneración de Dios, cuando llama a los cristianos hijos de Dios y luego relaciona este hecho con el que sean tan puros como Jesús cuando volverá del cielo (1 Jn. 3.2). En 1 Juan 5.18 también relaciona la pureza moral con la filiación del cristiano cuando escribe: 'Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca.'

Esta es la filiación de Dios en el sentido regenerador. El hombre natural, quien ya es hijo por creación, es hecho una clase diferente de hijo por medio de una recreación, naciendo de nuevo, naciendo de Dios. En el nuevo nacimiento es hecho santo en principio; recibe una naturaleza nueva. A causa de ello es como Dios, y debido a esta semejanza se puede decir que es hijo regenerado de Dios.

Es obvia la relación que existe entre el Espíritu Santo y esta filiación regeneradora de Dios. Es el Espíritu quien la realiza. Nacemos de El. Esto no quiere decir, desde luego, que el Espíritu es nuestro Padre, porque no lo es. La Trinidad toda es nuestro padre en este sentido regenerador, ya que en nuestra santidad somos hechos como toda la divinidad. Pero es la tercera persona, en especial, la que nos regenera y nos hace semejantes a la divinidad. (Vea el capítulo séptimo acerca de la regeneración.) Jesús, en su conversación con Nicodemo, dice bien claramente que 'nacemos del Espíritu.' Por consiguiente, debemos dar gracias al Espíritu Santo por esta otra clase de filiación con Dios: no la de Cristo, ni la del hombre natural, sino una filiación que significa que participamos de la naturaleza divina; nos convertimos en hermanos de Cristo, y somos como el Padre.

B. Filiación por adopción.

Hay una segunda clase de filiación para el cristiano y en ella el Espíritu Santo desempeña un papel importante; es la filiación por adopción. Este es un tema bíblico importante aunque a menudo olvidado. Como hijos de la Reforma, insistimos en el tema maravilloso de que somos justificados por fe, es decir, declarados como justos ante los ojos de Dios, porque Cristo ha ocupado nuestro puesto. Pero con demasiada frecuencia olvidamos la doctrina igualmente importante de la adopción divina.

Si bien como no regenerados podemos llamarnos hijos de Dios, porque hemos sido creados a su imagen, también es cierto que podemos llamarnos hijos del Diablo debido a nuestro pecado y a sus consecuencias. Por naturaleza estamos enajenados y somos objeto de la ira de Dios. No experimentamos comunión con El, ni conocemos su amor. Temblamos ante su presencia porque sabemos que

somos pecadores y que El es un Dios justo. No somos hijos de Dios en el sentido más elevado, en el espiritual.

Pero cuando nos hacemos cristianos no sólo somos justificados en un sentido legal, de modo que nuestros pecados quedan eliminados, sino que somos adoptados como hijos de Dios. Esto no es lo mismo que la filiación regenerador, por medio de la cual somos hechos como Dios en su santidad. La adopción difiere de la regeneración de la misma manera que la justificación difiere de la santificación. La santificación es algo que ocurre dentro del hombre, y que lo hace personalmente santo. La justificación es una transacción que ocurre fuera del hombre y no cambia su naturaleza íntima. Es un acto legal por medio del cual se declara que el cristiano está en una relación irreprochable con la ley. De manera semejante la regeneración es una acción que ocurre dentro del hombre al comienzo de su vida cristiana, y lo hace íntima y personalmente hijo de Dios; por el contrario la adopción es un acto legal que ocurre fuera del hombre, y por medio del cual se declara que un hijo del Diablo ha sido adoptado como hijo de Dios. Esta es la diferencia que existe entre la filiación regenerador y la filiación adoptiva de Dios. Cuando esta acción adoptiva ocurre, se producen cambios reales en la relación del cristiano para con Dios. No son cambios ficticios, aparentes, como pretende la Iglesia Católica, la cual enfatiza solamente la filiación regeneradora dentro del hombre. Se efectúan cambios reales.

Ante todo se da un cambio de nombre, de hijo del Diablo a hijo de Dios. También se cambia la herencia. Como hijo del Diablo, el hombre por ley divina debe recibir la herencia a la que tiene derecho, que es la condenación eterna. Como hijo de Dios, sin embargo, hereda la vida eterna con toda su gloria y felicidad. Porque

'somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo' (Ro. 8.16, 17; Ga. 4.7). Además, el cristiano dispondrá de cuidado y protección. No será como la protección justa y dura de la policía que puede ofrecerle la ciudad, pero carente de amor y de misericordia; sino más bien como la protección y cuidado que tiene el padre amante con el hijo de dos años. 'Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen' (Sal. 103.13). El cristiano no temerá acudir a Dios porque es un Dios severo, transcendente, justo. Al contrario, se acercará a El con libertad exclamando 'Padre,' o 'papa' porque éste es el significado de la palabra aramea 'Abba' en Romanos 8.15 y Gálatas 4.16, 'Abba' es el término sencillo y diario que emplea el niño para dirigirse a su padre. Nos puede parecer irreverente, pero Pablo lo utilizó, no para indicar irreverencia sino para mostrar la nueva relación filial en la que ha entrado el cristiano. Porque ya no es 'esclavo, sino hijo' (Ga. 4.7). El cristiano ya no tiene que temer a Dios, porque Dios lo ama y cuida de todas sus necesidades, como lo hace el padre humano con su hijo, sólo que en una forma incomparablemente más maravillosa.

El tema que estamos tratando, sin embargo, no es la adopción, sino el papel del Espíritu Santo en la adopción. Este papel es doble: ante todo, nos da testimonio de nuestra filiación adoptiva, y en segundo lugar, garantiza su continuidad.

Es muy posible que una persona sea hijo de Dios y sin embargo no lo sepa bien. Puede haber nacido de nuevo, haber alcanzado la purificación de sus pecados, ser verdadero hijo por adopción, y sin embargo tener dudas acerca de su filiación. Puede orar: 'Creo; ayuda mi incredulidad' (Mc 9.24). Pedro presume esta falta de

certeza cuando escribe: '... tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección' (2 P. 1.10). Juan también creyó que era posible que el cristiano no tuviera seguridad de su filiación adoptiva de Dios, porque al concluir su primera carta escribió: 'Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios' (5.13). En otras palabras, si bien los lectores de Juan ya eran salvos e hijos de Dios (porque creían, según él dice), sin embargo no lo sabían. Carecían de seguridad de su salvación.

No es normal que el cristiano carezca de seguridad, la cual es parte esencial de la fe. Pero el hecho es que a veces esa seguridad, al igual que una semilla, no se ha desarrollado del todo. La persona puede ser verdadero hijo de Dios, con derecho a los grandes privilegios de la filiación, y sin embargo no caer en la cuenta de ello. Si esto es así, no será totalmente feliz y no poseerá paz mental, porque no sabe lo que de hecho es.

Ahí precisamente es donde el Espíritu Santo ayuda. Porque el Espíritu Santo nos hace caer en la cuenta de que somos hijos adoptivos de Dios. Sin mencionar en forma específica nuestra filiación, la Biblia nos dice en varios lugares que es el Espíritu Santo el que nos da testimonio de las verdades en general. Jesús dijo que el Consolador dará testimonio de Cristo (Jn. 15.26; 16.13). Juan dice también que 'el Espíritu es el que da testimonio; porque el Espíritu es la verdad;' y por consiguiente da testimonio a los cristianos de esa verdad.

Los textos más claros, sin embargo se encuentran en las cartas de Pablo, en las que en forma específica se habla de este testimonio del Espíritu Santo en relación con nuestra filiación. En Gálatas 4.6, dice que 'Dios envió a

vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!'. Romanos 8.16, 17 es el más explícito de todos, porque Pablo dice expresamente en ese pasaje: 'El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo.' No está muy claro cómo el Espíritu da testimonio dentro de nuestros espíritus. ¿Lo hace simplemente morando en nuestro corazón, iluminando nuesta mente? Esto sería testimonio *a* nuestro espíritu. Pero Romanos 8.16 también se puede traducir 'El Espíritu mismo da testimonio *con* nuestro espíritu,' En otras palabras, junto con y además de su presencia santificadora dentro de nosotros, da testimonio junto con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios.

En último término, sin embargo, no importa mucho cuál de las dos interpretaciones se adopte. En ambos casos, ya sea que dé testimonio a nuestro espíritu o con nuestro espíritu, el resultado es el mismo: adquirimos conciencia del hecho de que somos hijos de Dios. Al comienzo es posible no estar absolutamente seguros de nuestra filiación, como tampoco cuando ya llevamos tiempo en ese estado, pero el Espíritu Santo nos dará testimonio de una forma u otra del hecho de nuestra filiación, y nos producirá con ello gozo y consolación muy grandes. Luego llegaremos, poco a poco, a la posición de Pablo, quien tenía seguridad plena cuando dijo: 'Yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día' (2 Ti. 1.12); o cuando exclamó al concluir Romanos 8 que estaba persuadido de que *nada* 'nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.' Poseemos paz con Dios. El Espíritu Santo nos asegura que somos hijos adoptivos de Dios.

Este testimonio del Espíritu Santo es la primera forma en que éste participa en la filiación adoptiva del creyente. La segunda forma es cuando garantiza la continuidad de esa filiación.

Pablo ofrece a los efesios la certeza feliz de que, habiendo creído en Jesús, 'fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia' (1.13, 14). La palabra *arras* se podría traducir en forma más clara como depósito. Cuando alguien compra un automóvil, por ejemplo, puede dar una parte del costo total del automóvil al vendedor, con la promesa de pagar el resto más adelante. De la misma manera Dios nos da un depósito de la herencia que poseeremos como hijos de Dios. Este depósito es el Espíritu Santo que mora en nosotros, y con ello Dios nos garantiza que nos dará el resto de nuestra herencia más adelante. El Espíritu es la promesa de Dios de que, habiendo comenzado una labor buena dentro de nosotros, la continuará hasta el día de Jesucristo (Fil. 1.6). El Espíritu Santo es la garantía que Dios ofrece de que una vez que somos hijos adoptivos, siempre seremos hijos suyos, sin que nada nos pueda apartar de sus manos (Jn. 10.28). Y el depósito de Dios no es inseguro como el nuestro. A veces no podemos seguir pagando después de haber hecho el depósito. Nos hemos extendido demasiado en lo financiero. Pero no ocurre lo mismo en el caso de Dios. Cuando da el depósito del Espíritu a nuestras vidas, garantiza con ello en forma absoluta que toda la herencia llegará a su debido tiempo.

De hecho, Pablo utiliza otra ilustración además de la de las arras, cuando dice que los efesios fueron 'sellados' con ellas. El sello es un medio por el cual una persona dice que un objeto es suyo y también una forma de asegurarlo, de manera que no se pierda. Así pues, se

solía cerrar las cartas con un sello de cera, de forma que no se podían leer sin que éste se rompiera. De la misma manera, Pilato hizo que se sellara la piedra que cerraba el sepulcro de Jesús como medida de seguridad para que no pudieran robar el cuerpo de Jesús. En forma semejante, el creyente es sellado en su filiación. Se lo señala como de Dios, y se lo protege en contra de toda pérdida. El Espíritu Santo no sólo es el pago inicial de Dios para una herencia futura. Pablo dice que también actúa como sello con el cual se garantiza la seguridad del creyente.

Esta misma idea de que el Espíritu Santo garantiza la continuación de la filiación del cristiano se halla en Romanos 8.23, donde Pablo emplea otra metáfora, la de la cosecha. Pablo dice que los romanos, quienes poseen las primicias del Espíritu, están a la expectativa de su adopción, a saber, la redención de su cuerpo. Las primicias eran la primera cosecha que se recogía y constituían promesa de una cosecha posterior abundante. Así pues, dice que los romanos tienen en sí mismos las primicias del Espíritu, es decir, al Espíritu Santo mismo. Como tienen el Espíritu, Pablo sugiere, un día poseerán la adopción plena con toda la herencia, incluyendo la redención del cuerpo. Porque así como las primicias de la cosecha son promesa de algo mejor, así también la posesión inicial del Espíritu Santo es promesa de cosas mucho más grandes que han de venir.

Vemos de estas siete maneras la riqueza del gran concepto bíblico *hijo de Dios* y la necesidad del Espíritu en cada caso, excepto en la filiación intratrinitaria de Cristo. Sin el Espíritu Santo Jesús no hubiera podido nacer sobrenaturalmente y no hubiera sido llamado Hijo de Dios en virtud de ese nacimiento. Tampoco hubiera vivido la vida moral y religiosa del Hijo de Dios. Ni tampoco

hubiera sido el Hijo Mesiánico de Dios que obtuvo la salvación para todos nosotros.

Con relación al hombre, el Espíritu Santo estuvo activo en la filiación creadora a fin de dar a todos los hombres una semejanza personal con Dios en la creación. Si el Espíritu Santo no hubiera establecido esta filiación, el hombre sería un simple animal, sin inteligencia ni imaginación.

En cuanto a la filiación regeneradora, los cristianos debemos dar gracias al Espíritu Santo porque él es el que nos va cambiando según la imagen del Hijo, y también del Padre, de gloria en gloria, de forma que, en lenguaje metafórico, somos partícipes de la naturaleza divina.

Por último, debemos dar gracias al Espíritu por el testimonio constante que nos da de que somos hijos adoptivos de Dios y de que podemos acudir a nuestro Padre celestial y exclamar, 'Abba, Padre,' dándole a conocer todos nuestros deseos y anhelos. Y alegrémonos de que el Espíritu sea la garantía, el pago inicial, el sello, y las primicias del legado espiritual total que nos pertenece como hijos e hijas de Dios.

12: El Espíritu Santo y la Oración

Uno de los aspectos más importantes de la vida del cristiano es la oración. La oración es la comunión del alma con Dios. Por medio de ella el cristiano adora a Dios, lo ama, lo alaba por sus perfecciones, le da gracias por sus misericordias, le confiesa sus propios pecados, le pide perdón, se entrega a su voluntad, y pide bendiciones providenciales y espirituales tanto para sí mismo como para los demás.

El Espíritu Santo es el manantial de esta vida de oración. Por ello, en este capítulo examinaremos de qué forma actúa en nuestra vida de oración. El comprenderlo nos ayudará a orar, a hacer nuestras oraciones más aceptables a Dios, y también más poderosas.

No vamos a estudiar el tema de la oración en sí mismo. Sería útil explicar el poder de la oración, el cual es tan grande que María de Escocia llegó a decir que temía más las oraciones de Juan Knox que a los ejércitos de Inglaterra. Sería provechoso también presentar las normas bíblicas que son requisito de la oración eficaz. Y sería útil estudiar las razones de la oración no respondida. Estos temas, sin embargo, no son el objetivo directo de nuestro estudio. El tema del estudio es la relación del Espíritu Santo con la oración. Pero al examinar este tema, trataremos, también en forma indirecta, algunos de esos otros problemas.

I. *Oración en el Espíritu Santo*

Los discípulos de Jesús pidieron en cierta ocasión, 'Señor, enséñanos a orar.' No sabían cómo hacerlo. Hoy día podríamos pedir lo mismo porque no es fácil saber orar. Una regla esencial de la oración, sin embargo, con muchas implicaciones, es que oremos 'en el Espíritu.' Esta expresión se encuentra por lo menos dos veces en la Biblia. Pablo dijo que los efesios deberían estar 'orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu' (6.18). Judas habla también de estar 'orando en el Espíritu Santo' (20). En Zacarías encontramos esta misma idea, aunque no la expresión exacta, cuando el profeta, anticipando el día de Pentecostés, profetizó: 'Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración' (12.10). Zacarías predijo el derramamiento (para usar la terminología pentecostal de Joel) del Espíritu sobre todos los cristianos en Pentecostés. Llama al Espíritu Santo, Espíritu de gracia y de oración. Oración significa pedir y suplicar. La profecía, pues, predijo que Dios derramaría en Pentecostés el Espíritu de oración al derramar al Espíritu Santo. Decir que los cristianos poseen el Espíritu de oración en su vida equivale en esencia a decir que oran en el Espíritu. Así pues, en efecto, esos tres pasajes hablan de la oración en el Espíritu Santo.

¿Pero qué significa orar 'en el Espíritu Santo' y poseer el Espíritu de oración? Ante todo, significa que sin el Espíritu la oración es imposible. Hay que advertir que incluso la oración de los regenerados proviene del Espíritu Santo. Abandonados a sus propias inclinaciones pecaminosas, el hombre sin el Espíritu maldeciría a Dios y blasfemaría. Es obvio que a menudo no hace esto en

forma abierta. Antes bien, un predicador modernista que niega a Cristo a veces puede ofrecer oraciones que parecen conmovedoras. Si occurre así, es porque, aunque sin regenerarlo ni actuar en él en una forma salvadora, el Espíritu Santo lo protege contra el pecado exterior y lo estimula al bien externo, tal como la oración. Así pues, el Espíritu es necesario incluso en las oraciones de los no salvos.

Pero estas oraciones no son agradables a los ojos de Dios. No son sino expresiones pecaminosas del corazón no regenerado. No se ora para la gloria de Dios ni en fe. Claro que la oración del no cristiano es mejor que el blasfemar y maldecir, pero sin la fe en Jesucristo esa oración carece del motivo propio que la haría fundamentalmente agradable a Dios. Este tipo de oración no es la oración a que se refiere Judas y Pablo cuando hablan de 'orando en el Espíritu.'

Para orar en forma aceptable a Dios y con poder, se debe orar 'en el Espíritu'; es decir, uno debe nacer de nuevo y experimentar la presencia de Dios en sí mismo. Sin el Espíritu Santo que mora en nosotros, no se puede ofrecer a Dios ninguna oración que la plazca. Porque el hombre está muerto espiritualmente para todo lo bueno. No tiene vida espiritual en él. No le importa orar a Dios. No lo desea, y por ello no ora.

Sin vida el cuerpo está inerte; sin la savia de vida no hay fruto; sin fuego no hay calor; y, de igual modo, sin el Espíritu Santo no puede haber oración cristiana.

Por otra parte, donde está el Espíritu Santo, habrá poder, vida, fruto, y acción. Porque vivifica al alma muerta hacia Dios. Crea deseos nuevos dentro de su alma, de manera que ésta quiere comunicarse con Dios; e incluso no podrá dejar de orar a Dios. De hecho, se

puede decir con exactitud que si la persona no ora, está espiritualmente muerta; no es cristiana. Porque la persona que está 'en el Espíritu' *debe* orar, de la misma forma que la semilla colocada en terreno fértil y regada debe brotar. Si hay vida debe haber actividad. Y donde está el Espíritu de oración debe haber oración. Así pues, lo primero que hay que advertir acerca de la oración 'en el Espíritu' es que implica la presencia del Espíritu y, por consiguiente el deseo de orar.

Al morar dentro del hombre, el Espíritu lo hará orar en la forma más aceptable a Dios, no debido a un don especial de oración, sino debido a la influencia santificadora que tiene consecuencias directas en la oración misma.

Por ejemplo, el Espíritu Santo abre los ojos del hombre para que vea en qué sentido debe orar. Debido al pecado, los ojos del hombre están cerrados a la verdad en forma general. No puede ver bien. Esto es verdad sobre todo en el caso de los temas de oración. Pablo dice que 'qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos' (Ro. 8.26). Ante alternativas múltiples, no sabemos por cuál de ellas debemos orar. Nos resulta difícil aplicar principios bíblicos a situaciones concretas de nuestra vida, a fin de saber qué debemos pedir. A veces ni siquiera entendemos los principios bíblicos mismos, ni tampoco aquellas cosas que Dios ha revelado claramente que debemos pedir. Para que nuestra oración sea fructífera, debemos saber cómo orar de acuerdo con su voluntad. Porque 'esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye' (1 Jn. 5.14). Este es uno de los secretos del poder de la oración. Y una de las funciones santificadoras del Espíritu de oración es enseñarnos para qué orar a fin de que nuestra petición

esté conforme con la voluntad de Dios. Ilumina nuestra mente entenebrecida a fin de que podamos ver los principios bíblicos y los sepamos aplicar corectamente a situaciones concretas.

Orar 'en el Espíritu' también significa que el Espíritu nos dará la fe de que Dios escuchará y contestará. También esto es esencial para la oración fructífera. Porque Dios no escucha la oración ritual, si el corazón está ausente de ella. No escucha las palabras si no hay confianza. Ni tampoco son eficaces las oraciones que nacen simplemente de la angustia o del deseo intenso. Dios no escucha las oraciones de los que acuden a él desesperados y que, por otra parte, no creen que de verdad van a recibir contestación. La oración eficaz debe ir acompañada de la creencia no sólo de que Dios *puede* responder, sino de que *responderá*. Esto es la fe: saber y confiar. Cuando oramos 'en el Espíritu,' el Espíritu de oración que mora en nosotros nos da esa fe, de manera que nuestra oración se conforme a esta regla bíblica de la oración eficaz.

Otra consecuencia de estar 'en el Espíritu' es que paulatinamente nos iremos liberando del pecado. Esto también es importante para la oración, porque como 1 Juan 3.22 dice: 'Cualquier cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él.' Isaías dijo: 'Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír' (59.2). Nuestros pecados interrumpen la comunión con Dios e impiden que responda a nuestra oración. Cuando el Espíritu de oración entra en nuestra vida, nos purifica y nos capacita cada vez más para guardar los mandamientos de Dios. En

consecuencia, el Espíritu ayuda al cristiano a cumplir también esta regla importante de la oración.

En resumen, poseer el Espíritu de súplica, u orar en el Espíritu (las dos cosas son sinónimas), significa estar espiritualmente vivificado de modo que se tenga el deseo y la capacidad de orar; estar iluminado de modo que se sepa para qué hay que orar, de manera que las peticiones estén de acuerdo con la voluntad de Dios; tener la confianza que espera que Dios conteste; y estar capacitado para guardar los mandamientos de Dios, requisito indispensable para que la oración reciba respuesta. Por consiguiente, ante todo, debemos orar en el *Espíritu*.

II. *Oración por el Espíritu Santo*

El Espíritu Santo no sólo *nos* hace orar, sino que también El ora por nosotros. No sólo hay oración *en* el Espíritu Santo, sino también oración *por* el Espíritu Santo. Encontramos esta verdad en Romanos 8.26, 27.

En ese pasaje Pablo nos habla de que es necesaria esa oración por el Espíritu. Dice que estamos enfermos, es decir, débiles, 'pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos.' El cristiano no conoce sus propias necesidades, y en consecuencia no sabe para qué ha de orar.

El Espíritu Santo ayuda, como hemos visto, iluminando la mente, de forma que podamos pedir las cosas correctas. Pero hace más que eso. En cierto modo ora también en lugar nuestro. Como dice el texto, 'el Espíritu mismo intercede por nosotros.'

Esta intercesión no ha de confundirse con la intercesión de Cristo. La intercesión de Cristo ocurre en el cielo; la del Espíritu Santo en la tierra. La de Cristo está fuera de nuestro corazón; la del Espíritu, dentro del corazón.

Cristo intercede por nosotros en asuntos de los que podemos muy bien tener conciencia; el Espíritu Santo intercede por nosotros en asuntos de los que quizá no tenemos conciencia.

Hay diferencia de opinión en cuanto a cómo debemos concebir esta intercesión. Algunos dicen que el Espíritu Santo simplemente mueve nuestra alma hacia deseos y anhelos que nunca adquieren forma clara porque son demasiado profundos. En otras palabras, ora *por medio* nuestro. Otros dicen que el Espíritu que mora dentro de nosotros intercede por sí mismo, aparte de nosotros. Ora por nosotros, pero no por medio nuestro, si bien está en nosotros. En oración por medio del Espíritu y no por nuestro medio. En última instancia importa poco cuál de las dos interpretaciones escojamos, porque el resultado es el mismo; el Espíritu Santo en una forma maravillosa colma nuestra necesidad. Ora a nuestro favor cuando nosotros mismos debiéramos haber orado, pero no sabíamos para qué orar.

¡Qué hecho tan consolador! a veces no estamos conscientes de los peligros que nos esperan, o no sabemos por cuál de dos opciones deberíamos orar. Quizá deseamos tomar dos ocupaciones distintas. No sabemos si casarnos con una muchacha determinada o no. Dos programas de estudios universitarios pueden atraernos de la misma manera, pero cada uno de ellos nos conduciría a vidas completamente distintas. La elección entre escribir un libro cristiano y ser un anciano pueda ser nuestra. Entonces, ante estas cosas, 'que hemos de pedir no lo sabemos.' Sin embargo el Espíritu Santo, sabiendo exactamente con qué propósito debemos orar, presenta nuestra necesidad delante de Dios.

La verdad maravillosa es que, como el Espíritu inter-

cede, la oración recibirá respuesta. Una razón es, insinúa Pablo, que Dios el Padre sabe que el Espíritu ora. Porque 'El escudriña los corazones' (donde el Espíritu Santo intercede, ya sea aparte de nosotros o por medio de nosotros) siendo uno con el Espíritu y 'sabe cuál es la intención del Espíritu.'

Además, el Espíritu Santo ora de acuerdo con la voluntad de Dios. Esto es siempre esencial para que la oración reciba respuesta, y una de las razones de que no la reciba es que a menudo se pide lo que no debería pedirse, cosas que no están de acuerdo con la voluntad de Dios. A veces lo hacemos egoístamente. En otras ocasiones lo hacemos por ignorancia; no sabemos para qué orar. En el caso del Espíritu esto no es así. Lo escudriña todo, incluso las profundidades de Dios (1 Co. 2.10). Es una de las Personas de la Trinidad. Sabe lo que está de acuerdo con la voluntad de Dios. En consecuencia, como dice expresamente nuestro texto, 'Conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos.' La consecuencia es una oración que siempre recibe respuesta porque está de acuerdo con la voluntad de Dios.

¡Qué bendición tan maravillosa es tener a la tercera Persona de la Divinidad intercediendo eficazmente por nosotros en asuntos importantes de la vida, de acuerdo con la voluntad del Padre! Esta es la oración *por* el Espíritu Santo.

III. *Oración al Espíritu Santo*

Examinemos ahora la oración *al* Espíritu Santo. A veces se pregunta: ¿Es correcto orar al Espíritu Santo solo? Esta pregunta tiene relación íntima con el problema de a quién nos dirigimos en las oraciones. ¿Oramos al Padre, es decir, a la primera Persona de la Trinidad, o al Padre

como Divinidad total, o a cada Persona de la Trinidad por separado? ¿A quién tenemos presente cuando oramos?

En la Biblia se encuentra poco que indique que cuando oramos al Padre oramos a la Divinidad toda. Antes bien, hay indicios que señalan a la primera Persona de la Trinidad. Este nombre, *Padre*, es, después de todo, su título por excelencia. Además, a veces cuando Jesús habló del Padre de los creyentes a quien podemos acudir con fe y oración, indicó claramente que el Padre es la primera Persona de la Trinidad. Por ejemplo, cuando dijo, 'Nadie viene al Padre, sino por mí' (Jn. 14.6), obviamente se excluyó a sí mismo del término *Padre*. O cuando Jesús dijo a María después de la resurrección, 'Subo a mi Padre y a vuestro Padre' (Jn. 20.17), el paralelismo indica que el Padre de María era el Padre de Jesús, y que no era otro sino la primera Persona de la Trinidad.

Adviértase también que en su discurso de despedida, Jesús incitó a los discípulos a orar en su nombre, pero al Padre (Jn. 15.16). Es notable que Jesús no oró al Espíritu Santo mismo para que descendiera en Pentecostés, sino que oró al Padre para que enviara al Consolador (Jn. 14.16). Cuando añadimos todo esto a la observación de que Pablo oró casi exclusivamente al 'Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo' (es decir, la primera Persona de la Trinidad), sacamos la conclusión de que tiene buen fundamento bíblico el dirigir la oración sobre todo a Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo y Padre de todos los creyentes.

Hay ocasiones, sin embargo, en las que es correcto, incluso deseable, orar a cada Persona de la Trinidad. Como tienen una relación especial con nosotros y han hecho cosas especiales por nosotros, deberíamos acudir a ellos individualmente.

Al Padre deberíamos acudir, por ejemplo, sobre todo cuando deseamos su amor, cuidado, y protección paternales. A Cristo deberíamos orar cuando deseamos el perdón del pecado y la purificación del mismo. Después de todo, fue él quien murió para borrar la culpa y la mancha del pecado.

En forma semejante, es bueno orar al Espíritu Santo. Si alguien, por ejemplo, se siente afligido, debería acudir sobre todo al Espíritu Santo y no el Padre ni al Hijo, porque él es quien más que ningún otro fue enviado para ser nuestro Consolador. Su misión es consolarnos. O si advertimos falta de santificación dentro de nosotros, conviene orar al Espíritu para que siga santificándonos, porque esa es una de sus tareas primordiales en la vida del creyente.

Podemos, pues, orar al Espíritu Santo solo, del mismo modo que podemos orar a cada una de las otras dos Personas de la Trinidad por separado. Se hallan ejemplos de oraciones excelentes al Espíritu Santo en numerosos himnos que se encuentran en la mayor parte de los himnarios.

IV. *Oración para el Espíritu Santo*

Finalmente, no sólo debemos orar en el Espíritu, por el Espíritu, y al Espíritu, sino también para el Espíritu.

Vimos en capítulos anteriores lo variada que es la obra del Espíritu, y todavía no hemos terminado de estudiarla. Algunos han pensado que no es posible decir mucho más acerca del Espíritu que lo que se encuentra en la doxología. Al contrario, hemos visto que hay mucho más que decir acerca de El. Su acción es múltiple. Ha hecho cosas maravillosas en el mundo objetivo: en la creación, en la

gracia común, en las dos Palabras de Dios. Pero también realiza obras maravillosas en el campo subjetivo. Es él quien nos regenera, hace su morada en nosotros, nos guía, nos da garantía de que somos hijos de Dios, sella nuestra herencia, y es el manantial de nuestra vida de oración. Su obra es variada e importante para nosotros. No cabe duda de que podamos orar para pedir toda esta múltiple obra del Espíritu. De hecho, nuestro deber es hacerlo.

Recordemos que la oración es un poder que Dios nos da por medio del cual podemos obtener más y más del Espíritu Santo. Si deseamos poseerlo en mayor medida – y si no lo recibimos más plenamente, este libro no ha conseguido su propósito – podemos recibirlo si vamos a Dios en oración y lo pedimos.

Si el pecado nos asedia constantemente, el Espíritu Santo es la fuerza dinámica que nos puede hacer triunfar. Si nos sentimos desorientados ante decisiones que debemos tomar, necesitamos al Espíritu. Si deseamos mayor seguridad en nuestra salvación, el Espíritu es quien puede dárnosla.

Esto también es cierto en el caso de la oración. Si nuestra vida de oración es monótona y aburrida, si es pesada, si sentimos que no estamos en contacto con Dios, como si nuestras oraciones no le llegaran, si no sabemos para qué orar, si la oración no es un medio poderoso en nuestra vida, entonces podemos acudir al Espíritu de oración mismo y pedirle que venga a nuestra vida, en forma más plena, para ayudarnos en esta debilidad. Si lo hacemos así, con fe y esperanza, vendrá a nosotros y revolucionará nuestra vida de oración. Porque él es el secreto de la oración, del mismo modo que es el secreto de toda la vida santa. Sin él nada podemos hacer. Pero

con él podemos ser transformados y vivir vidas que sean espiritualmente ricas, activas y alegres.

Por consiguiente, ¡oremos! Oremos en el Espíritu, oremos al Espíritu, y oremos para el Espíritu. Y el Espíritu orará por nosotros.

13: El Espíritu Santo y la Iglesia

Después de estudiar en primer lugar la acción del Espíritu en el terreno objetivo, hemos examinado, con amplitud, su acción en el creyente *individual*. La Biblia va más allá de este enfoque atomístico, sin embargo. También revela una acción corporativa del Espíritu, es decir, una acción que se refiere a los creyentes tomados colectivamente. Nos dice lo que hace el Espíritu, no sólo en el creyente como individuo, sino en la iglesia como un todo. Es más que coincidencia que el Credo de los Apóstoles, después de confesar la creencia en el Espíritu Santo, confiese inmediatamente que hay una iglesia santa, católica (universal) y la comunión de los santos. En este capítulo, por tanto, examinaremos el tema *El Espíritu Santo y la Iglesia*, y observaremos, en forma sucesiva, que el Espíritu Santo establece, unifica, pertrecha, gobierna, y guía a la iglesia.

I. *El Espíritu Santo Establece a la Iglesia*

Dios tiene una iglesia sobre la tierra que se compone de todos los verdaderos cristianos. Ningun hipócrita se encuentra en ella. Es un organismo espiritual del cual es miembro todo creyente verdadero, sea cual fuere su afiliación a organizaciones externas. Esta iglesia es cuerpo en el cual todos los miembros están vitalmente unidos,

de manera que no viven sólo por sí mismos y para sí mismos, esto es, aparte de los demás; sino que están unidos unos con otros en un enlace real.

Se entra a formar parte de esta iglesia por Jesucristo. El es la puerta. Nadie entra en la iglesia sino por la puerta. Pero fuera de la puerta, por así decirlo, está el Espíritu Santo, quien en forma soberana se acerca a ciertos individuos y los conduce irresistiblemente hacia esa puerta, y a través de ella, de manera que se conviertan en miembros de la iglesia de Jesucristo. En otras palabras, el Espíritu Santo establece la iglesia de Cristo.

La naturaleza y método de esta acción fundadora del Espíritu se ven claramente en la Biblia. Nos percatamos que a fin de entrar a formar parte de la iglesia, uno debe nacer de nuevo por el Espíritu Santo, como Jesús indicó a Nicodemo cuando dijo, 'El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios' (Jn. 3.5). Todo miembro debe confesar también que Jesucristo es Señor, y esto sólo se puede hacer con el poder del Espíritu. Dijo Pablo, 'Nadie que hable por el Espíritu de Dios llama anatema a Jesús; y nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo' (1 Co. 12.3). En el mismo capítulo, Pablo afirma en forma específica, que las personas se unen a la iglesia por medio del Espíritu. Al comparar la iglesia con un cuerpo, dice: 'Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos a griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu' (v. 13). El significado esencial de *bautizar* es *unir*. Así pues, Pablo nos dice que quienesquiera que seamos, podemos pertenecer a la iglesia invisible sólo por medio del Espíritu Santo. Estos pasajes nos enseñan que es el Espíritu Santo el que nos une a la iglesia, de la cual Cristo es la cabeza.

Establece la iglesia de Cristo por medio de la regeneración. Del mismo modo que el Espíritu Santo formó el cuerpo físico de Jesucristo en la encarnación, así también forma el cuerpo místico de Jesucristo, es decir, la iglesia.

No se debería pensar, como algunos pretenden, que el Espíritu fundó la iglesia en Pentecostés y no estuvo activo en la iglesia del tiempo del Antiguo Testamento. Esteban habló de la iglesia ya existente incluso en el desierto (Hch. 7.38). Pablo dijo que los efesios gentiles eran uno con Israel porque estaban en Cristo Jesús (Ef. 2.11–16). Y Pablo, al comentar en forma infalible Oseas 1, interpreta las alusiones de Oseas a los israelitas del Antiguo Testamento como si se aplicaran a los cristianos romanos (Ro. 9.24–26). Así pues, la iglesia es una tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, y siempre ha sido el Espíritu Santo quien ha introducido los nuevos miembros a la iglesia, ya fuera en la dispensación del Antiguo Testamento ya en la del Nuevo.

Como no hay hipócritas engañadores en el cuerpo místico de Cristo, es decir, la iglesia invisible de Jesús, y como no hay salvación fuera de la iglesia invisible de Cristo, cada uno debería preguntarse si ha sido bautizado en el sentido espiritual por el Espíritu Santo para entrar a formar parte del cuerpo de Cristo. Sin este bautismo no hay salvación.

II. *El Espíritu Santo unifica a la Iglesia*

El Espíritu Santo no sólo establece la iglesia invisible de Cristo al regenerar a los hombres e incorporarlos con ello al cuerpo de Cristo, sino que también unifica a la iglesia. Lo hace morando en los miembros de la iglesia. '¿No sabéis que sois templos de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?' (1 Co. 3.16). '¿O ignoráis que vuestro

cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios?' (1 Co. 6.19). Por medio de este morar constante del Espíritu los miembros de la iglesia permanecen unidos a Jesucristo, su Cabeza. El Espíritu es siempre el mediador de la unión del creyente con Cristo; es decir, Cristo mora en el creyente por medio del Espíritu o a través de El. Como dice Pablo, 'Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él' (Ro. 8.9). Así pues, porque el Espíritu mora en el creyente, Jesús también viene a morar en él. De esta forma cada uno de los creyentes se convierte en miembro permanente de la iglesia de Cristo y queda unido a la iglesia invisible.

No sólo los creyentes individualmente mantienen una unión vital y mística con Cristo, la Cabeza, sino que también mantienen una unión real entre sí. No son otros tantos individuos separados uno de los otros sin conexión mutua. Antes bien, aunque son muchos y diferentes, están unidos por el Espíritu de tal forma que juntos se pueden comparar a un cuerpo, el cual se compone de muchos miembros y sin embargo es una unidad. Por eso dice Pablo: 'Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo siendo muchos son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque por un sólo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo . . .' (1 Co. 12.12, 13). En Efesios, utilizando la misma ilustración exhorta **a** sus lectores a que sean 'solícitos en guardar la unidad del Espíritu' (4.3), y luego dice, hay 'un cuerpo, y un Espíritu.'

En un capítulo anterior, Pablo utiliza otra metáfora para ilustrar la unidad que el Espíritu Santo crea entre los miembros de la iglesia. Los compara a materiales de construcción que se emplean para edificar un templo. Así como los ladrillos y las tablas – que por sí mismas no

tienen relación mutua sino que son entidades separadas y desconectadas – vienen a unirse para formar una unidad hermosa, un templo; así también las personas, quienes antes de que el Espíritu more en ellas no tienen unidad básica entre sí, se unen por la acción del Espíritu que mora en ellas para formar un templo hermoso, la iglesia invisible de Jesucristo. Para usar las mismas palabras de Pablo, el grupo de creyentes 'bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu' (Ef. 2.21, 22). Es importante advertir que este enlace que el Espíritu crea no es simplemente una unión de sentimientos. No es simplemente un asunto de amor por los otros miembros, aprecio por los mismos, agrado por sus características. No es una unidad mental, como la que se puede establecer incluso con un no creyente. Hay una unión mística con el Espíritu que mora en los creyentes, la cual evidentemente establece una conexión tan real entre los mismos que Pablo no la compara a un vago sentimiento mental, sino a la relación que las varias partes del cuerpo tienen entre sí. Jesús incluso compara la unión de los creyentes con la unidad en la Trinidad (Jn. 17.11).

Esta unidad básica de los creyentes que el Espíritu establece tiene una implicación de gran alcance para la iglesia visible: a saber, que esta unidad invisible y subyacente debería manifestarse en una forma visible siempre que sea posible. A veces, por reacción contra el movimiento modernista que procura unir a todas las iglesias, la ortodoxia va al extremo opuesto, a saber, al movimiento de independencia. Si bien no sería bíblico que una denominación ortodoxa se uniera con una denominación modernista, los miembros de la iglesia invisible de Jesu-

cristo no deben, *sin necesidad* y *sin buena justificación*, dividir la iglesia visible en denominaciones separadas. Al contrario, las denominaciones deben esforzarse por unirse, en tanto en cuanto el evangelio de Jesucristo no se vea comprometido. La unidad básica, espiritual y subyacente debe manifestarse en la iglesia visible. Deberíamos estar 'solícitos en guardar la unidad del Espíritu' (Ef. 4.3) y ser uno, como Cristo y el Padre son uno (Jn. 17.11).

III. *El Espíritu Santo pertrecha a la Iglesia*

Si bien el Espíritu establece la unidad en la iglesia, este hecho no significa que haya uniformidad. Puede haber diversidad en la unidad, como ocurre en una orquesta, compuesta de violines, cuernos franceses, clarinetes, oboes y timbales, pero que forma un todo compuesto. 'Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo' (1 Co. 12.4). Hay miembros diferentes, pero un solo cuerpo.

En lugar de eliminar las características distintivas de cada miembro, el Espíritu Santo las establece. Esto está de acuerdo con el conjunto de su obra. Al crear a los hombres, no los hace a todos iguales, como automóviles que salen de la línea de ensamblaje, sino que dota a las personas de dones variados, tanto físicos como mentales. En el Antiguo Testamento, también se ve que dio a algunos hombres dones especiales y diversos. A algunos les dio habilidades artísticas, a otros capacidad de gobernar, y a otros el don de discernimiento. Otros recibieron sabiduría militar, valor o fortaleza física. Incluso en el cielo no habrá la monotonía de la uniformidad, sino la riqueza de la variedad.

De manera semejante, cuando el Espíritu Santo vino en Pentecostés a la iglesia del Nuevo Testamento, dio

dones diversos a los miembros de esa iglesia. A algunos les comunicó dones muy especiales, como el don de lenguas, el de profecía, el de milagros, el de sanidad. A otros el Espíritu les otorgó dones más ordinarios – los que han permanecido a lo largo de la historia de la iglesia. 'El mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros' (Ef. 4.11). A otros otorgó el don de fe, amor, hospitalidad, generosidad, sabiduría u otros innumerables talentos que se encuentran en los creyentes de hoy. De hecho, nadie en la iglesia verdadera de Cristo se halla sin algún don. Porque 'a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho' (1 Co. 12.7).

El Espíritu dio estos dones para provecho y beneficio de la iglesia como un todo, y no sólo para que el individuo lo utilice y disfrute del mismo. Así, Pablo indica que la nariz es muy útil si se emplea para bien de los otros miembros del cuerpo, pero por sí misma de nada sirve. Y el valor del ojo se pierde a no ser que se emplee en cooperación con los pies, las manos y la cabeza (1 Co. 12). Las partes han de utilizarse para el todo.

Pablo lo afirma en forma bien destacada en varios lugares. En 1 Corintios 12, que trata en su totalidad de estos dones, escribe que 'a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho' (v. 7), es decir para el bien general de los otros miembros. Al hablar del don de lenguas, dijo que era mejor pronunciar cinco palabras con entendimiento que diez mil que no se pudieran entender – la inferencia es que la iglesia no se aprovecharía de ello (1 Co. 12.19). El don de lenguas debería ser para edificación de la iglesia. En Efesios, Pablo dice que el comunicar dones es para perfeccionar a los santos y edificar el cuerpo de Cristo (4.12). Se dan para ayudar a que

los otros miembros se conviertan en hombres crecidos, y se desarrollen hasta alcanzar la estatura de la plenitud de Cristo.

El Espíritu pertrecha a la iglesia de Cristo de esta forma. Escoge, en forma soberana, a los miembros de entre toda la raza humana, y luego pertrecha a cada uno de ellos con talentos que sabe que serán beneficiosos para la iglesia como un todo. A diferencia del presidente de un país, quien sólo puede escoger a sus ministros, el Espíritu Santo, en nombre de Jesús, puede escoger no solo a los miembros de la iglesia sino también dotarlos de los dones necesarios para desempeñar su misión. Esto lo hace en forma absolutamente soberana, no dependiendo de nosotros, sino distribuyendo 'a cada uno en particular como él quiere' (1 Co. 12.11).

La iglesia es pues como un templo que se compone de 'piedras vivas' (1 P. 2.5) que han sido escogidas y modeladas con cuidado. Por sí mismas constituyen un montón informe, sin belleza ninguna. Pero una vez escogidas y preparadas para una tarea especial, 'encajan bien juntas para formar el templo santo de Dios.'

Esta enseñanza significa que cada uno de los que están en la verdadera iglesia de Jesucristo debe tener cuidado de utilizar sus dones para la iglesia. Todos y cada uno han sido dotados por el Espíritu con algún don para la edificación de los demás. Nadie puede decir: 'soy demasiado viejo o demasiado débil,' o 'soy demasiado joven o demasiado insignificante.' Quizá sea un don destacado, o quizá no tan evidente. Quizá es el don de amabilidad y servicialidad. Cada uno, sin embargo posee un talento recibido del Espíritu, y nadie puede ocultarlo, sino que debe utilizarlo y desarrollarlo. Al cristiano se le pide que lo utilice, no para su propio bien, sino para la 'edificación

de la iglesia' de forma que 'bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor.'

IV. *El Espíritu Santo gobierna a la Iglesia*

La iglesia de Jesucristo tiene por lo menos dos aspectos: uno invisible y otro visible. Lo que se ha dicho acerca de la fundación, unificación, y dotación de la iglesia se aplica a cada uno de los verdaderos miembros de la iglesia invisible. Pero esta iglesia tambien se revela en organizaciones e instituciones visibles. Jesucristo, por medio de sus apóstoles, fundó la iglesia como institución. A esa iglesia le dio instrucciones respecto a su misión, forma de gobierno, cuidado de los pobres, miembros, disciplina, sacramentos y otros aspectos semejantes.

Hoy día Jesús, por medio del Espíritu Santo, gobierna a la iglesia visible como organización en sus varias actividades. En primer lugar, 1 Corintios 12.28, al igual que Romanos 12, indica que el Espíritu Santo provee liderazgo humano al dar a algunos el don de ser apóstoles, a otros profetas, o maestros, o dirigentes.

Además, en la historia de la iglesia primitiva hay numerosos ejemplos del Espíritu Santo que guía y dirige a la iglesia. El Espíritu Santo dijo a la iglesia de Antioquía que ordenara a Pablo y Bernabé como misioneros (Hch. 13.2). A Pablo lo guió en sus viajes misioneros, prohibiéndole, por ejemplo, ir a la provincia de Asia Menor, pero diciéndole en una visión que fuera a Macedonia (Hch. 16.6, 7). Dirigió las decisiones del concilio de Jerusalén (Hch. 15.28) y se dirigió a las siete iglesias de Asia Menor (Ap. 2, 3). En muchos de estos casos, gobernó, no solo por medio de las Sagradas Escrituras sino también por revelación especial, fenómeno que en la actualidad no poseemos. El Espíritu Santo no nos habla hoy día

mediante visiones, palabras o con cartas inspiradas. Sin embargo, estos ejemplos sí indican que el Espíritu dirigía y gobernaba esa iglesia, y podemos muy bien esperar que lo mismo suceda hoy día, sin tales revelaciones especiales. Podemos esperar que el Espíritu en la actualidad envíe a un determinado ministro a cierta iglesia, escoja a ciertos diáconos y ancianos en una iglesia específica, en un momento determinado, y gobierne a la iglesia de otras formas.

Esta esperanza se confirma con el pasaje bien claro de Hechos 20.28, donde Pablo amonesta a los ancianos de Efeso, 'Mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor . . .' Si bien es cierto que Jesús es la Cabeza de la iglesia, y que es él quien escoge a los oficiales, sin embargo, como indica este versículo, lo hace por medio del Espíritu Santo. Porque Pablo dice, 'el Espíritu Santo os ha puesto por obispos,' es decir, ancianos. Como El es quien nombra a los ancianos, y como Cristo, por medio del Espíritu, es la Cabeza de todas las partes de la iglesia se puede presumir que el Espíritu también nombra a los ministros y diáconos.

Este hecho nos sirve de consuelo tanto como de amonestación. Nos sirve de consuelo porque sabemos que los oficiales de una iglesia que es fiel a Dios no son elegidos por la congregación en forma separada de Dios. Antes bien, el Espíritu Santo utiliza a la congregación para elegir a los hombres que él ha elegido. El, y no la congregación, nombra y pertrecha a estos oficiales representativos de Cristo en su iglesia como organización. 'El Espíritu Santo os ha puesto por obispos.' Resulta, pues, consolador saber que la iglesia en su forma visible y organizada está gobernada por el Espíritu, y ello nos da garantía de que todo sea para bien.

Sin embargo, Dios permite a los oficiales cierta libertad. Pueden pecar y actuar en contra de la voluntad revelada de Dios. Es más que obvio que Dios no los obliga a no pecar en sus actividades de liderazgo. Y debido a esta posibilidad de pecar, Pablo amonestó a los ancianos de Efeso para que apacentaran la iglesia de Cristo. Y para refrendar esta exhortación, les recordó que, si bien eran escogidos por hombre, sin embargo había sido el Espíritu Santo quien, en último término, los había hecho ancianos. Siendo esto así, su responsabilidad era mayor, porque no eran responsables en primer lugar ante la iglesia de Antioquía, sino ante el Espíritu Santo.

También hoy resulta consolador el hecho de que el Espíritu gobierne a la iglesia, y por consiguiente que las puertas del infierno no puedan prevalecer contra ella. Sin embargo, tanto la congregación como los oficiales deben recordar que precisamente porque el Espíritu la gobierna, su responsabilidad es tanto más seria.

V. *El Espíritu Santo guía a la Iglesia*

Una actividad del Espíritu Santo en relación con la iglesia es que la guía y dirige hacia la verdad. Sobre la iglesia hubiera descendido un catástrofe si el Espíritu no la hubiera iluminado, sino que hubiera permitido que tropezara en su ceguera nacida del pecado.

Pero no es este el caso. Cristo prometió que el Espíritu de verdad guiaría a la iglesia hacia toda verdad (Jn. 16.13). Y esto es lo que ha sucedido de hecho. A lo largo de la historia de la iglesia se ha ido desarrollando paulatinamente el entendimiento de la Biblia, de manera que hoy día muchos miembros no expertos de la iglesia comprenden más que algunos de los estudiosos de la iglesia primitiva. Porque bajo la dirección del Espíritu, se han

llevado a cabo estudios teológicos profundos, discusiones prolongadas, e incluso controversias violentas, a veces durante siglos, acerca de un solo tema, tal como el de la persona y naturaleza de Cristo. El resultado ha sido que, con la iluminación del Espíritu, la iglesia ha llegado a aceptar como obvias, verdades de las que no habían tenido conciencia los miembros de la iglesia en siglos anteriores.

Así pues, el Espíritu condujo a la iglesia primitiva a una comprensión mejor del hecho de la Trinidad. Pero esa iglesia todavía no captó en forma plena la doctrina de la Persona y naturaleza de Cristo. El Espíritu Santo la guió a lo largo de extensos periódos de controversias teológicas, y poco a poco produjo la formulación cuidadosa de estas verdades en importantes concilios de la iglesia. Pero incluso entonces la iglesia no comprendió en forma completa que la salvación era sólo por gracia y no por obras nuestras. Bajo la influencia del Espíritu, grandes hombres de Dios, tales como San Agustín, refutaron el error pelagiano del libre albedrío y ayudaron a la iglesia a ver la verdad bíblica de la gracia soberana. Aunque la iglesia había recorrido un largo camino, sin embargo seguía siendo ignorante en cuanto a otros hechos bíblicos importantes. Pero el Espíritu Santo, mediante el estudio y la controversia sostenida entre hombres, iluminó sus mentes, de forma que paulatinamente la iglesia de Jesucristo llegó a entender, de modo más pleno, las verdades históricas básicas que hoy día sostenemos, tales como la justificación por fe, la infalibilidad de la Biblia, la naturaleza de la iglesia, el reto misionero, la escatología, e incluso el tema de este libro, la doctrina del Espíritu Santo. Debido a nuestro pecado sigue habiendo diferencias de opinión en cuanto a muchos puntos, pero subsiste

el hecho de que en general el Espíritu Santo ha guiado a su iglesia a la verdad.

Debemos sentir mucha gratitud hacia el Espíritu por esta actividad directriz. Y que nadie diga: 'no necesito doctrina. La Biblia me basta.' Una actitud tal revela una ignorancia crasa de la obra del Espíritu. Porque el Espíritu Santo ha estado actuando no sólo cuando personas insignificantes como nosotros leemos la Biblia o sólo cuando un predicador explica la Escritura en un sermón. Dios ha estado dando el don del Espíritu a la iglesia por miles de años. Durante ese tiempo ha hecho que muchas personas de distintas iglesias y de todos los países comprendan mejor la Biblia. El resultado es que, por medio de la dirección del Espíritu, se ha ido acumulando en la iglesia de Jesucristo un enorme tesoro de conocimientos, de manera que hoy día la iglesia es incomparablemente más rica de lo que era en tiempos de Jesús. Hacer caso omiso de este conocimiento es despreciar el Espíritu de verdad. Por tanto es responsabilidad de cada uno de nosotros llegar a conocer lo que el Espíritu nos ha dado a lo largo de los siglos. Debemos estudiar no sólo la Biblia, sino también ese gran depósito de conocimientos que el Espíritu ha ido acumulando a lo largo de los siglos para el bien de toda su iglesia y no únicamente para el bien de unos cuantos cristianos de un tiempo determinado.

Conclusión

Resumiendo, vemos la gran obra del Espíritu Santo no sólo en el individuo, sino también en los individuos unidos en la iglesia de Jesucristo. Bajo la dirección de Jesús, el Espíritu Santo establece, unifica, pertrecha, gobierna y dirige a la iglesia. Este hecho nos trae seguridad y felicidad,

porque el Espíritu Santo, siendo Dios, consigue ciertamente sus propósitos. El demonio no puede prevalecer contra la iglesia. Esta seguirá a lo largo de los siglos gobernada y dirigida por el Espíritu, de manera que sea exactamente el tipo de iglesia que Jesucristo quiere que sea.

Al mismo tiempo, esto pone responsabilidades sobre todos nosotros. Cuando caemos en la cuenta de que es el Espíritu Santo el que establece a la iglesia, entonces debemos preguntarnos: ¿Hemos nacido de nuevo, del Espíritu, para poder entrar en la iglesia invisible de Jesucristo, fuera de la cual no hay salvación?

Como el Espíritu conduce a los miembros de la iglesia de Cristo a esa unión mística con Cristo y entre sí, es deber de cada uno de nosotros procurar no perturbar esa unidad en el terreno visible. No debemos luchar y reñir entre los miembros de la misma iglesia, antes bien, deberíamos procurar la unidad organizacional con todos los verdaderos miembros de la iglesia de Cristo, incluso con los que no pertenecen a nuestra denominación, si esto se puede conseguir sin comprometer nuestros principios.

Como el Espíritu Santo pertrecha a cada uno de los miembros de la iglesia de Cristo con dones o talentos, es imperativo para todo cristiano descubrir cuáles son los suyos y emplearlos para el desarrollo de la iglesia.

Ya que los ancianos, diáconos, y ministros de esta iglesia visible son puestos por el Espíritu Santo, cada uno de ellos debe caer en la cuenta de la seriedad de su posición y tratar de esforzarse más para desempeñar bien sus deberes.

Finalmente, como el Espíritu ha guiado a su iglesia desde su comienzo, es necesario que cada uno de nosotros

estudie la Biblia a la luz de esta vasta acumulación de conocimientos que el Espíritu ha dado a su iglesia.

Debido a la acción del Espíritu en la iglesia, no sólo hay bendiciones para sus miembros sino también deberes solemnes. Que el Espíritu Santo nos guíe a cada uno de nosotros en el cumplimiento de los mismos.

14: El Espíritu y sus Símbolos

Los temas difíciles de entender a menudo se pueden explicar con ilustraciones simples. Jesús se comparó a sí mismo con una puerta, un camino, un pedazo de pan, y un vaso de agua. Comparó el reino de Dios con una perla, una red, una cena, un árbol, una semilla, y un tesoro escondido. Pablo ilustró su teología profunda con referencias a las estrellas, a los fundamentos de una casa, a las partes del cuerpo, a la luz y tinieblas, al heno, y a las joyas.

De este mismo modo se pueden hacer más inteligibles a los hombres de estas tierras las verdades relacionadas con el Espíritu Santo. El es un Espíritu invisible y un Dios incomprensible, y por estas razones es difícil definir tanto su persona como su obra. Pero Dios conoce nuestra debilidad, y por consiguiente en su Palabra emplea símbolos, es decir, signos visibles de una realidad invisible. La Biblia compara al Espíritu Santo con el agua, el viento, el hálito, el fuego, el aceite, una paloma, un árbol, unas arras, y un sello. Mediante el estudio del uso bíblico de estos símbolos, es posible llegar a una comprensión más madura de muchos aspectos de la obra del Espíritu de Dios.

I. *Agua*

En muchos lugares la Biblia asocia íntimamente al Espíritu Santo con el agua. El propósito es doble: en primer

lugar, indicar que el Espíritu Santo limpia al cristiano espiritualmente, y, en segundo lugar, indicar que El es la fuente de vida.

Incluso los niños pueden entender ambas ilustraciones. Conocemos muy bien la manera cómo los niños juegan en la calle y se ensucian. Voluntaria o involuntariamente, pueden llenarse de barro los pantalones, la cara, y el pelo. Pero sabemos también que hay un remedio para la suciedad, esto es, el agua. El agua quita el barro de la ropa, la cara, y el pelo, de manera que todo lo que estaba sucio quede reluciente – por algún tiempo por lo menos.

Esta es la imagen que la Biblia usa para la acción regeneradora del Espíritu Santo. Describe metafóricamente al hombre como sucio y contaminado a causa del pecado. Pero cuando el Espíritu viene a su vida, lo limpia del pecado. Regenera el corazón y santifica la vida, de manera que, gradualmente, el pecado que contamina es derrotado y por fin eliminado. En este sentido el hombre es purificado y limpiado de sus pecados, al igual que las manos y ropas sucias del niño se limpian con el agua.

Por ello Jesús dijo a Nicodemo, 'El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios' (Jn. 3.5). No es fácil determinar el significado de la palabra *agua* en este caso. Puede ser símbolo directo del *Espíritu.* O puede ser símbolo del bautismo, el cual se administra con agua. En el último caso, indicaría la purificación que el bautismo significa, la purificación de nuestros pecados por medio del Espíritu. En ambos casos, el agua está íntimamente relacionada con el Espíritu. Y lo que Jesús quiere decir es que a fin de entrar en el reino de los cielos debemos nacer del Espíritu, quien nos purifica del pecado, al igual que el agua limpia la suciedad.

Esta misma idea se insinúa en el Salmo 51, cuando

David ora: 'Lávame, y seré más blanco que la nieve ... Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio ... Renueva un espíritu recto dentro de mí ... No quites de mí tu santo Espíritu.' Ezequiel emplea la misma metáfora cuando escribe: 'Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré ... Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu (36. 25–27). Y Pablo se refiere muy concretamente al poder purificador del Espíritu por medio de la regeneración cuando, al escribir a Tito, dice que Dios 'nos salvó, ... por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo' (3.5). El empleo paralelo de agua y el Espíritu en estos tres pasajes nos ilustra el poder purificador del Espíritu regenerador y santificador.

El agua no solamente es útil para limpiar la suciedad, sino que también es necesaria para la vida, tanto humana, como animal o vegetal.

Un rico manantial proporciona agua en abundancia, de manera que incluso después de que se hayan sacado muchos cubos, continúa brotando. Cuando el agua alcanza la superficie brota, se desliza y produce verdor y vida donde quiera que llega. De hecho, puede convertir un desierto muerto y estéril en un oasis, o las orillas del Nilo en zonas productivas, o dar lugar a la profusa vegetación del sur de California.

La Biblia describe al Espíritu y sus influencias basándose en este hecho fácilmente observable. Jesús dijo: 'Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba. El que cree en mí, como dice la escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu' (Jn. 7.37–39). Esto significa que el creyente tendrá una vida de santidad que será como un río de agua viva. Pero estos ríos de buenas

obras tienen un manantial, a saber, el Espíritu Santo. El es 'una fuente de agua que salta para vida eterna,' como Jesús dijo en otra oportunidad (Jn. 4.14). Cuando uno cree en Jesús, el Espíritu Santo mora en su vida y hace que viva una vida de santidad. El Espíritu actúa como fuente dentro del cristiano, y de ella brotan ríos de buenas obras, que se dirigen hacia otros. El Espíritu Santo produce vida.

Este es también el significado de Isaías cuando cita a Dios que dice: 'Porque yo derramaré agua sobre el sequedal, y ríos sobre la tierra árida; mi Espíritu derramaré sobre tu generación, y mi bendición sobre tus renuevos; y brotarán entre hierba, como sauces junto a las riberas de las aguas' (Is. 44.3, 4). Donde quiera que llegue el Espíritu, llega también la vida. El es para el alma muerta lo que el agua es para el terreno desértico. Produce vida espiritual, al igual que el agua comunica vida física al terreno sediento y seco.

Así pues el agua describe una actividad doble del Espíritu: su acción purificadora y su poder dador de vida. Deberíamos preguntarnos si conocemos al Espíritu de Dios como agua. ¿Somos limpiados por él de nuestros hábitos pecaminosos, y es él fuente para nuestras almas, que nos hace brotar ríos de santidad?

II. *Viento*

En su conversación con Nicodemo, Jesús compara al Espíritu no sólo con el agua, sino también con el viento. Dice: 'El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de donde viene, ni a donde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu' (Jn. 3.8).

El simbolismo está claro. Ante todo, la forma en que opera el Espíritu en la regeneración es misteriosa. No se

puede entender por completo. Tanto él como sus operaciones son invisibles. Al igual que en el caso del viento, uno puede ver los resultados, pero no la actividad misma que produce los resultados. Un huracán azota una isla del Pacífico. Mueve toneladas de agua que se convierten en olas montañosas. Las popas de grandes barcos se salen fuera del agua, sólo para caer de nuevo golpeando el agua con violencia. Los árboles se doblegan y son arrancados de cuajo. Los techos de las casas quedan destrozados. Las consecuencias de la tempestad son bien evidentes. Pero nadie ha visto nunca el viento que las produce. Es invisible. Así es también el Espíritu, dijo Jesús. Uno puede ver los resultados de la acción del Espíritu: santidad, buenas obras y vidas poderosas; pero no se puede ver al Espíritu Santo. Es como el viento.

La recepción del Espíritu en Pentecostés ilustra este mismo punto. Es evidente que estuvo allá, porque los apóstoles hablaron en lenguas y realizaron muchas señales y maravillas. Pero nadie pudo ver al Espíritu. O mejor dicho, sólo hubo un símbolo del mismo: 'un estruendo como de un viento recio' (Hch. 2.2). Dios utilizó el viento como emblema del Espíritu para indicar, entre otras cosas, su carácter invisible.

Un segundo significado del símbolo *viento* es poder. El huracán, el tifón y el tornado manifiestan una fuerza tremenda, aunque cualquier clase de viento tiene algo de poder. Lo mismo ocurre en el caso del Espíritu Santo. El hombre lucha tenazmente contra Dios. No quiere tener nada que ver con el Salvador. Otros hombres no lo pueden persuadir con lógica o elocuencia. Es necesario el poder para tocar su vida. Y el Espíritu Santo tiene ese poder, lo mismo que el viento. Cuando llega a la vida de un pecador, produce cambios radicales. Penetra en las en-

trañas más íntimas del corazón del pecador, y con una fuerza poderosa, eficaz e irresistible, ablanda el corazón endurecido y hace que llegue a Jesús con lágrimas. El Espíritu es tan poderoso como el huracán que empuja la embarcación. Por eso se simbolizó en Pentecostés como 'estruendo como de un viento recio' (Hch. 2.2).

Este símbolo del Espíritu, el viento, también revela la soberanía completa de El. Los meteorólogos describen los vientos, les siguen la pista trazando su curso, miden su velocidad, averiguan su poder devastador, e incluso predicen su curso con una cierta precisión. Pero no los pueden controlar. No pueden detener el tornado y encauzarlo hacia el firmamento cuando se aproxima a una ciudad, o desviar al huracán para que no azote a Puerto Rico sino al mar, o aminorar la velocidad del tifón cuando se acerca a una isla de los Mares del Sur. El viento es absolutamente soberano. 'Sopla donde quiere' (Jn. 3.8). Lo mismo es el Espíritu Santo. Regenera al que quiere y cuando quiere. Nadie puede controlar su actividad ni decretar a dónde tiene que ir o lo que tiene que hacer. Es soberano.

El caer en la cuenta del significado de este símbolo del Espíritu debería producir en nosotros los regenerados un profundo agradecimiento a Dios por la acción misteriosa, poderosa y soberana del Espíritu en nuestra vida. Gracias a El, el Espíritu triunfó sobre el persistente repudio a Cristo que se anidaba en nuestro corazón.

III. *Hálito*

Intimamente relacionado con el símbolo del viento está el símbolo del hálito aplicado al Espíritu Santo. De hecho, tanto en griego como en hebreo la misma palabra se puede traducir de tres maneras distintas: como viento,

como hálito, y como Espíritu, lo cual demuestra la relación íntima que une a las tres.

Si el viento es símbolo apropiado del Espíritu de Dios debido a su carácter invisible, también el hálito lo es porque es invisible. Pero la palabra hálito tiene otra connotación, además de la invisibilidad del Espíritu Santo. Es algo que procede de dentro de la persona e indica que hay vida en ella. Cuando una persona muere, a veces decimos: 'Exhaló el último aliento. Está muerto.' O como dice el salmista de los animales, 'Les quitas el hálito, dejan de ser, y vuelven al polvo' (Sa. 104.29). En este sentido, se emplea el aliento en la Biblia como símbolo del Espíritu. Indica el hecho de que el Espíritu es dador de vida.

La Biblia emplea este símbolo para mostrar que el Espíritu da vida en cuatro formas diferentes. Denota, ante todo, que el Espíritu da vida natural. En Génesis 2.7, aludiendo directamente al Espíritu, las Escrituras hablan de dar vida al hombre cuando dicen que Dios 'sopló en su nariz aliento de vida' y en Job 33.4 Eliú dice, 'El Espíritu de Dios me hizo, y el soplo del omnipotente me dio vida.'

Además de la vida natural, el Espíritu también da vida espiritual. Con la regeneración vivifica espiritualmente a los que están muertos en pecados y transgresiones. También en esta actividad el símbolo del hálito se emplea para referirse al Espíritu. En la visión que Ezequiel tuvo de los huesos secos, no sólo encontramos una profecía de la restauración de la vida política y nacional de Israel, sino también una alusión directa a la renovación espiritual de los individuos. Porque leemos: 'Profetiza al Espíritu, profetiza, hijo de hombre, y di al Espíritu: Así ha dicho Jehová el Señor: Espíritu, ven de los cuatro vientos, y

sopla sobre estos muertos, y vivirán. Y profeticé como me había mandado, y entró Espíritu en ellos, y vivieron, y estuvieron sobre sus pies; un ejército grande en extremo' (Ez. 37.9, 10). Así pues el aliento o soplo indica al Espíritu que regenera a las almas que estaban muertas para Dios.

Hay una tercera forma en la que este símbolo del hálito describe la actividad del Espíritu dador de vida. Después de la resurrección, cuando Jesús apareció a los discípulos detrás de las puertas cerradas, 'Sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo' (Jn. 20.22). Ese soplo físico no dio el Espíritu Santo a los discípulos, sino que lo simbolizó. Considerando el contexto total, vemos que esta comunicación del Espíritu no fue con fines santificadores – esto iba a ocurrir en Pentecostés cuando se convirtieron los tres mil – sino para que los discípulos estuvieran pertrechados para desempeñar sus deberes oficiales como apóstoles: perdonar y retener pecados por medio de la predicación de la palabra y de la disciplina de la iglesia (v. 23). Así pues, en este pasaje, el soplo simbolizó la comunicación del Espíritu para dar vida y poder al ministerio oficial de los discípulos, como dirigentes de la iglesia de Cristo.

Un cuarto sentido en que se utiliza el hálito para simbolizar la cualidad dadora de vida del Espíritu tiene relación con la inspiración de la Biblia. En el texto clásico, para demostrar la inspiración de la Palabra de Dios, Pablo dice que 'toda la Escritura es "espirada" por Dios' (2 Ti. 3.16). '*Espirada por Dios*' sería la traducción exacta del griego que generalmente se traduce 'inspirada por Dios'. Decir que las Escrituras son (inspiradas) espiradas por Dios, en lugar de mencionar simplemente que fueron hechas por Dios o creadas por Dios, es una alusión directa

a la acción del Espíritu Santo en la inspiración. Porque incluso como lo da a entender la etimología de la palabra *inspirar* (esto es 'soplar en'), el Espíritu Santo 'sopló, o alentó' en los autores bíblicos, inspirándolos para que escribieran la Biblia sin error. Les dio vida, por así decirlo, para esta tarea especial. Actuó, como el soplo de Dios, al producir las Escrituras inspiradas por Dios. Por consiguiente, en este cuarto sentido, el hálito es también símbolo adecuado del Espíritu de Dios.

Así pues, al pensar en el símbolo bíblico del hálito o soplo, recordemos no sólo la actividad invisible del Espíritu Santo, sino también su actividad dadora de vida en la creación del hombre natural, en la recreación del hombre espiritual, en la comunicación de vida y poder para las tareas apostólicas oficiales, y en la inspiración de la Biblia. Y preguntémonos: ¿Experimento al Espíritu como hálito? ¿Conozco sus cualidades dadoras de vida en la regeneración? Y, si soy oficial de la iglesia, ¿He sido pertrechado para mis responsabilidades por el soplo del Espíritu Santo sobre mí?

IV. *Fuego*

Todo el mundo entiende el símbolo del fuego. El fuego es poder. Su poder se ve cuando transforma un depósito de gasolina en un infierno llameante, cuando árboles majestuosos se convierten en esqueletos ennegrecidos, cuando edificios enormes se derrumban, o cuando una cuadra entera de una ciudad queda arrasada. Se ve en las máquinas enormes que se mueven por el vapor que ha sido producido por el fuego. En lenguaje metafórico, hablamos de incendiar el mundo con una ideología. Todos se mueven impulsados por un cierto objetivo o meta: están llenos de fuego. Así pues, el fuego es poder.

Parece que se emplea el fuego como símbolo del Espíritu en este sentido. En Pentecostés, cuando el Espíritu descendió, no sólo hallamos un símbolo en el 'estruendo como de un viento recio que soplaba,' sino que encontramos otro símbolo en la presencia de lenguas 'como de fuego' que se asentaron sobre la cabeza de cada uno de los presentes (Hch. 2.3). Esto simbolizó el nuevo poder que vino a la iglesia ese día mediante el Espíritu, como Jesús lo había profetizado, 'Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo.' Debido a ese poder del Espíritu, debido a que los discípulos se llenaron del fuego del Espíritu, se convirtieron en 'testigos (de Cristo) en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra' (Hch. 1.8).

El fuego es también una fuerza purificadora. La Biblia emplea a menudo la ilustración de los metales que se acrisolan con el fuego. El mineral se colocaba en el fuego de la refinería, y por medio del calor intensísimo se consumen sus impurezas, de manera que quede sólo el metal de calidad más pura y refinada. De modo semejante actúa el Espíritu Santo como fuego, purificando el pecado en la vida del creyente. Lo convence de pecado e inquieta la conciencia, de manera que los pecados viejos se consumen y poco a poco va surgiendo una especie más pura de santidad.

Muy bien podría ser que éste fuera el significado de las lenguas de fuego que simbolizaron al Espíritu Santo en Pentecostés, y de la afirmación de Jesús, 'Fuego vine a echar en la tierra' (Lc. 12.49); y de la observación de Juan el Bautista, quien probablemente se refirió a Pentecostés cuando dijo que él había bautizado sólo con agua, 'pero el que viene tras mí, . . . os bautizará en Espíritu Santo y fuego' (Mt. 3.11).

Haríamos bien en preguntarnos si hemos sido bautizados con el Espíritu de fuego. ¿Estamos llenos de energía, para trabajar por el reino? ¿Hemos recibido poder, para llegar a ser testigos tanto en Jerusalén como en toda Judea y Samaria y hasta los últimos confines de la tierra? ¿Experimentamos el poder del Espíritu como influencia purificadora que consume los pecados de nuestra vida? ¿Vivimos en pecado? ¿O hemos conseguido el triunfo que sólo se alcanza con el Espíritu de poder y purificación? Si no es así, deberíamos acudir al Espíritu de fuego.

V. *Aceite*

Un quinto símbolo del Espíritu Santo es el aceite. El simbolismo se debe deducir de varios pasajes del Antiguo Testamento que hablan de unción, y también de la unción con aceite de Cristo y del cristiano en el Nuevo Testamento. En la época del Antiguo Testamento se solía ungir a los profetas, sacerdotes y reyes. Esto se realizaba derramando aceite sobre la cabeza, y esta unción simbolizaba tanto el nombramiento que recibían como la comunicación del Espíritu para prepararlos para el mismo. Por consiguiente el aceite era símbolo del Espíritu de Dios.

Esta idea de la unción pasó del hebreo del Antiguo Testamento al griego del Nuevo Testamento y se encuentra en el nombre de Jesús, *Cristo. Cristo* significa *Ungido.* Así como los ungidos eran profetas, sacerdotes y reyes en el Antiguo Testamento, así también Jesús fue por excelencia *el* Profeta, *el* Sacerdote, y *el* Rey. Todos los ministerios del Antiguo Testamento convergieron en él. Fue ungido en el bautismo para este ministerio triple cuando el Espíritu descendió sobre El en forma de paloma. Inmediatamente después, comenzó el ministerio público y

oficial de predicación y realización de milagros. Y en el primer sermón que pronunció citó a Isaías 61, diciendo, 'El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres' (Lc. 4.18). Así pues el Espíritu se compara con el aceite, y la unción simboliza la venida del Espíritu a Cristo para pertrecharlo como Hijo mesiánico de Dios para su triple responsabilidad.

Este mismo simbolismo se aplica al cristiano. La palabra misma *cristiano* se deriva del nombre *Cristo*, e indica que los cristianos son ungidos, al igual que Cristo es el Ungido. Y así es. El Espíritu Santo unge a los cristianos. Claro que no es la unción especial de los profetas o sacerdotes o reyes del Antiguo Testamento; ni es la unción única de Cristo. Pero todo creyente es profeta, sacerdote y rey en un sentido general. Pedro lo indica cuando llama a los cristianos 'real sacerdocio, nación santa' (1 P. 2.9). Juan incluso utiliza la palabra *unción:* 'Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas' (1 Jn. 2.20). Y Pablo escribe que Dios 'nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios' (2 Co. 1.21).

Vemos, pues, hablando metafóricamente, que el Espíritu Santo es el aceite de la unción. Pertrechó a los que desempeñaban cargos en el Antiguo Testamento para cumplir con sus deberes. Preparó a Cristo para su triple misión. Y unge a los cristianos de hoy, comunicándoles dones espirituales como profetas, sacerdotes y reyes. Los unge como profetas para que tengan la mente iluminada para entender la Palabra de Dios, y puedan enseñar a los demás. Los unge como sacerdotes al santificarlos, de manera que puedan ofrecer sacrificios espirituales a Dios. Y el Espíritu de unción los unge como reyes para que puedan reinar, como tales, sobre toda forma de pecado.

VI. *Paloma*

Los cuatro evangelios describen al Espíritu Santo que desciende 'como paloma' sobre Jesús en el bautismo. Un sólo ejemplo más del Espíritu apareciéndose en forma de pájaro se encuentra en Génesis 1.2, donde leemos que se movía sobre la faz de las aguas. Esto sugiere la imagen del pájaro que se posa y se mueve sobre los huevos en el nido.

La Biblia no dice por qué el Espíritu descendió sobre Jesús en forma de paloma, y no en la forma de otro pájaro u objeto. Sabemos que la paloma es símbolo de pureza, dulzura, inocuidad y ternura. Jesús diría más tarde: 'Yo os envío como ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas' (Mt. 10.16). Sabemos que Jesús fue la encarnación de la dulzura y mansedumbre. Dijo de sí mismo, 'Soy manso y humilde de corazón' (Mt. 11.29). Pablo rogó a los corintios 'por la mansedumbre y ternura de Cristo' (2 Co. 10.1). Toda su vida fue una vida de amabilidad, amor, preocupación por los demás, y ausencia de asperezas.

Por consiguiente, ver al Espíritu descender como paloma sobre él recordaría estas características. Hoy día nos recuerda que nadie tiene que temer acudir a Jesús, porque está lleno de amabilidad, gentileza y amor. Invita a todos los que sufren y andan agobiados que acudan a él para encontrar descanso.

VII. *Arbol frutal*

Si bien en una ocasión Jesús comparó al cristiano con un árbol frutal (Mt. 7.16 ss), Gálatas 5.22 emplea la metáfora para describir al Espíritu Santo. Lo que Pablo dice es que 'la carne' (v. 19), es decir la persona no regenerada,

produce fornicación, inmundicia, lascivia, y los demás pecados que se mencionan en los versículos 19–21; pero que, al igual que el árbol frutal produce frutos, así también el Espíritu Santo produce en el hombre virtudes como amor, gozo, paz y paciencia.

Si no poseemos ese fruto, tengamos cuidado, porque Jesús nos dijo en una parábola que seremos extirpados, ya que de nada valemos si somos estériles. 'Córtala; ¿para qué inutiliza también la tierra?' (Lc. 13.7). En otro lugar dijo: 'Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará . . . y los recogen, y los echan en el fuego, y arden' (Jn. 15.2, 6).

Se podrían mencionar otros símbolos del Espíritu, tales como el sello, las arras, y las primicias de la cosecha. Pero como ya hemos hablado de éstos en el capítulo 11, referimos al lector a lo que se dijo en ese lugar.

Que este lenguaje simbólico referente al Espíritu permanezca vivo en nuestra mente. Si queremos experimentar la purificación del pecado en nuestra vida, y también el crecimiento espiritual, debemos conocer al Espíritu simbolizado por el agua. Si queremos entender algo del misterio, poder y soberanía de la acción del Espíritu en nuestra vida, entonces debemos pensar en el viento. Si queremos experimentar avivamiento espiritual, y si los oficiales de la iglesia quieren estar llenos de vida y preparados para sus deberes, deben entender el simbolismo del Espíritu como hálito. Para experimentar el poder y la purificación que proceden del Espíritu, pensemos en el fuego. Si deseamos estar pertrechados para la triple tarea del cristiano ungido, deberíamos meditar en el significado simbólico de la unción con aceite. Si buscamos un Salvador que está lleno de amor, amabilidad y pureza, deberíamos pensar en el Espíritu que desciende sobre él en

forma de paloma. Si queremos vivir una vida santa, debemos contemplar el significado del Espíritu como árbol que produce fruto.

Dios nos ha dado símbolos en su Palabra a fin de que entendamos con mayor claridad la plenitud de la presencia del Espíritu en nuestra vida. Que esta comprensión más plena enriquezca nuestra vida espiritual.

15: El Espíritu Santo y el Pecado Imperdonable

Hay un pecado que Dios nunca perdonará.

Todos los demás se pueden perdonar, por muy odiosos que sean o por muy frecuentemente que se hayan cometido. Si bien Dios es santo y justo, también es Dios de amor. Envió a su Hijo para que ocupara el lugar de los pecadores. Ruega con los pecadores que se arrepientan. La confianza del pecador reside en que Dios perdonará – excepto uno – todos sus pecados, una y otra vez, a causa de Cristo.

Se le puede perdonar al hombre todo pecado y blasfemia, pero la blasfemia contra el Espíritu no se perdonará (Mt. 12.31). Si quien lee estas líneas comete este pecado, nunca se salvará, nunca tendrá una segunda oportunidad. Podrá leer la Biblia, escuchar la predicación del evangelio, pero la entrada al cielo quedará eternamente cerrada para él. Es demasiado tarde. Dios nunca perdonará. Toda la iglesia puede orar por él, pero de nada le servirá porque ha cometido un pecado de muerte (1 Jn. 5.16). De hecho, la iglesia no debería ni siquiera orar por esa persona (1 Jn. 5.16). Según Jesús, 'es reo de juicio eterno' (Mc. 3.29) y nunca hallará perdón. Por consiguiente, es importante que sepamos lo que dice la Biblia acerca de este pecado imperdonable, este pecado contra el Espíritu Santo.

I. *Lo que no es*

A. Incredulidad final.

A veces se afirma que el único pecado que Dios no perdona es la incredulidad en el momento de la muerte. Dios perdonará todos los demás pecados, se dice, excepto la falta de no confiar en Cristo para conseguir perdón.

Es cierto que no hay una segunda oportunidad después de la muerte; que si una persona muere sin creer, se pierde para siempre. En cierto sentido el no llegar a creer también podría llamarse pecado imperdonable. Pero lo que se suele llamar pecado imperdonable es un pecado que se comete antes de la muerte – quizá mucho antes. Cuando Jesús habló de este pecado – si bien no lo llamó el pecado imperdonable – se refirió a los fariseos, quienes no se encontraban a punto de morir (Mt. 12.32; Mc. 3.29; Lc. 12.10). Cuando Hebreos 6.6 dice que es imposible volver a renovar a algunos para que se arrepientan, la implicación es que el pecado imperdonable no es un pecado que se comete en el lecho de muerte, sino un pecado que puede ocurrir mucho antes de ese tiempo.

B. Negación de Cristo.

Algunos creen que si alguna persona, a quien se le expone en una forma clara y poderosa el evangelio, rechaza el ofrecimiento del evangelio, entonces ha blasfemado contra el Espíritu Santo y no podrá salvarse.

Pero esto no es bíblico, como se puede ver por la conversión de personas que en otro tiempo habían negado a Cristo, tales como Pablo (Hch. 26.9; 1 Ti. 1.13), los hermanos de Cristo (Mc. 3.21; Jn. 7.5) y los sacerdotes judíos que se convirtieron con ocasión del martirio de Esteban (Hch. 6.7). Además, Pedro negó a Cristo dos veces, y sin embargo Cristo lo perdonó después de la

resurrección. Por otra parte, en el mismo discurso acerca del pecado que no tiene perdón, Cristo dijo que 'a todo aquel que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre le será perdonado' (Lc. 12.10). La blasfemia contra el Espíritu no es la duda de los creyentes, ni tampoco la acostumbrada negación razonada de Cristo y de Dios en general. El ateo no ha cometido necesariamente el pecado que no tiene perdón. Los que niegan a Cristo a veces acuden después a él y reciben perdón. Las personas que han negado a Cristo en el pasado no deberían asustarse ante esa posibilidad, con tal de que miren realmente a Cristo para obtener la salvación.

C. Negación de la divinidad del Espíritu Santo.

A primera vista Jesús, en Mateo 12.32 y Lucas 12.9, 10, parece que pone sobre aviso en contra de la negación de la divinidad del Espíritu Santo o en contra del empleo profano, frívolo, y ligero del nombre del Espíritu en los juramentos. Describe al pecado como 'hablar contra' (Mt.) y 'blasfemar' (Lc.) contra el Espíritu Santo. Si bien hablar así es pecado, sin embargo, como veremos por Hebreos 6.4–6, la negación de la divinidad del Espíritu y el empleo frívolo de su nombre no constituyen este pecado y pueden recibir perdón.

D. Contristar al Espíritu Santo.

Es posible que los cristianos pequen contra lo mejor de su conocimiento. David entendía claramente el sexto y séptimo mandamiento y sin embargo él causó la muerte de Urías y cometió adulterio con Betseba. Pablo, a pesar de estar consciente de ello, hizo cosas que sabía no debiera haber hecho (Ro. 7). Y ¿qué cristiano no ha tenido pensamientos malos e incluso blasfemos que sabe que son malos y que van en contra de sus mejores juicios? Pablo puso sobre aviso acerca de este pecar consciente cuando

amonestó a los efesios diciéndoles 'no contristéis al Espíritu Santo de Dios' (Ef. 4.30) y cuando pidió a los tesalonicenses 'no apaguéis al Espíritu' (1 Ts. 5.19). Este resistir[1] al Espíritu Santo, sugieren algunos, constituye la esencia del pecado que no tiene perdón.

Sin embargo, si algunos cristianos han resistido al Espíritu de Dios, no deberían temer de que con ello han blasfemado necesariamente contra el Espíritu Santo y nunca podrán llegar al cielo. A pesar de haber entristecido al Espíritu Santo, David era hijo de Dios; Pablo pudo exclamar más tarde, 'Abba, Padre'; los efesios habían sido elegidos para la adopción (Ef. 1.5); y los tesalonisenses habían sido elegidos (1 Ts. 1.4). Estos santos que habían entristecido al Espíritu Santo no estaban perdidos para siempre. Es grave que el cristiano resista la obra del Espíritu Santo; sin embargo, sería falso y antibíblico pretender que tal pecado es la esencia de la blasfemia contra el Espíritu Santo.

E. Caída de los ya salvos.

Hebreos 6.4 afirma que los que han cometido el pecado que no tiene perdón 'una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo.' A primera vista podría parecer que el autor habla de los cristianos y que la naturaleza del pecado 'de juicio eterno' (Mc. 3.29) es una caída definitiva y completa. En otras palabras, algunos eran salvos, pero dejaron de creer, cayeron, y dejaron de ser cristianos.

Ya que algunos cristianos han vivido sin una gran paz a causa del temor de haber cometido este pecado, es necesario afirmar enfáticamente que los cristianos no pueden blasfemar contra el Espíritu Santo. La gran verdad

[1]Hechos 7.51 emplea la palabra 'resistir' en relación con la pertinacia de los judíos.

de la Biblia es: una vez salvo, salvo para siempre. Dios no es veleidoso, no terminando lo que ha comenzado (la regeneración), sino que Pablo está 'persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo' (Fil. 1.6).

En Juan 10:27–30 Jesús nos ofrece una de las afirmaciones más sólidas en el sentido de que los cristianos no se pueden perder. En primer lugar, dice que da vida *eterna* a sus ovejas, es decir, a los que creen en él. Si alguien tiene vida eterna, no se puede perder. Si pudiera perderse, no tendría vida eterna, sino sólo vida temporal. Entonces el texto diría: 'Yo les doy vida temporal.' Sin embargo Jesús describe expresamente la vida del cristiano como eterna. En segundo lugar, Jesús dice que 'no perecerán jamás.' Esto contradice directamente a Hebreos 6.4–6, si ese pasaje se interpreta en el sentido de que los cristianos pueden perecer. En tercer lugar, Jesús hace la afirmación general de que 'nadie las arrebatará de mi mano.' Nadie – una tercera persona, el diablo o el cristiano mismo – pueden hacer que un cordero de Cristo se pierda. La razón es que el Padre dio las ovejas al Hijo y el Padre es mayor que todos. Por consiguiente, 'nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre.'

Debido al testimonio repetido de la Biblia en cuanto a la permanencia de la salvación y debido a que la Biblia nunca se contradice a sí misma, es imposible interpretar Hebreos 6 en el sentido de que se refiera a los ya salvos que han perdido la salvación. Es importante subrayar que el pecado que no tiene perdón no es la caída definitiva de los cristianos. El cristiano no puede cometer el pecado que no tiene perdón.

II. *Que es*

Si bien el blasfemo contra el Espíritu Santo no es cristiano, es alguien en quien el Espíritu Santo ha estado actuando, aunque no en una forma salvadora. Hebreos 6.4, 5 nos da la descripción mejor del blasfemo y de su pecado. Lo describe de seis maneras:

A. Iluminado.

El Nuevo Testamento emplea esta metáfora, en la misma forma que el hombre moderno, aplicándola al conocimiento. El hombre natural es ciego para las verdades espirituales, tiene entenebrecida la comprensión. Y no puede entender las cosas del Espíritu de Dios.[1] Dice la Biblia que al nacer de nuevo se le abren los ojos y se le ilumina la mente, de forma que adquiere un conocimiento básico de la verdad. En el caso del pecado imperdonable, sin embargo, el hombre recibe iluminación sin experimentar la influencia regeneradora y salvadora del Espíritu Santo. Hebreos 10.26 dice que recibió conocimiento de la verdad.

La Biblia no describe más esta iluminación. Pero resulta instructivo a este respecto lo que dice Jesús en cuanto a la blasfemia contra el Espíritu. Jesús había realizado grandes milagros en presencia de los fariseos. Había curado a un hombre echando de él un demonio, haciendo que viera y hablara. La divinidad de Cristo era tan manifiestamente visible que 'toda la gente estaba atónita y decía: ¿Será éste aquel Hijo de David?' (Mt. 12.23). Este conocimiento clave de Cristo formó parte de la iluminación que recibieron los fariseos que blasfemaron contra el Espíritu Santo.

Judas es otro ejemplo. La presencia y las conversaciones

[1]Ver Capítulo 5, *El Espíritu Santo y la Iluminación*, p. 64

de Jesús lo iluminaron y probablemente experimentó al igual que otros discípulos el poder del Espíritu Santo para realizar milagros. Sin embargo, abiertamente renunció a su Señor. Probablemente Balaam también cometió este pecado, al dejarse llevar por el odio hacia Dios. Sin embargo había recibido iluminación de manera que incluso profetizó en cuanto al futuro Mesías. Si el rey Saúl y Caifás son otros ejemplos de los que cometieron este pecado, es digno de mención que también ellos recibieron la iluminación del Espíritu.

B. Gustar del don celestial.

El don es la vida y obra de Cristo. No fue de la tierra, sino celestial, es decir, fue de naturaleza divina y de origen celestial. Las personas culpables lo habían gustado en realidad. No sólo habían oído acerca de él, sino que lo habían visto por sí mismos, lo habían visto actuar, y habían oído sus enseñanzas. No habían gustado de Cristo en una comunión genuina, pero sí en cuanto habían tenido experiencias personales con él. Este conocimiento de primera mano hizo más grave aún su pecado.

C. Partícipes del Espíritu Santo.

Esto no puede significar que los culpables hayan sido morada del Espíritu Santo de manera que estuvieran místicamente unidos a Cristo como lo están los pámpanos a la vid (Juan 15). Porque esto es así sólo en el caso de las salvos, y, como hemos visto, los que han cometido el pecado imperdonable no son cristianos.

Probablemente esta participación se refiere a la participación en la obra e influencia del Espíritu. El Espíritu Santo actuó en formas milagrosas y proféticas incluso por medio de los no creyentes. Los no regenerados Balaam, Saúl y Judas son ejemplos de hombres en quienes el Espíritu actuó. Jesús también indicó que los no creyentes

participan del Espíritu en este sentido cuando profetizó que muchos dirán: 'Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?' (Mt. 7.22). Y, sin embargo, les dirá que nunca los conoció. También la iluminación intelectual, pero no salvadora se puede considerar como parte de la participación del Espíritu Santo.

D. Gustar de la buena Palabra de Dios.

La persona que comete el pecado imperdonable ha gustado la buena palabra de Dios. Lo vital en este caso es la palabra *buena*. El pensamiento en esencia consiste en que ha encontrado que la Palabra de Dios – el evangelio – es buena. El corazón se le ha caldeado ante las buenas *nuevas* de salvación. No se ha alimentado plenamente de la misma, pero la ha gustado. Su corazón se le ha regocijado con ella. Es como la semilla que cayó en suelo rocoso. Recibe la Palabra con ansia y gozo, pero desmaya cuando llega la persecución (Mc. 4.16, 17). Es como el Rey Herodes, quien escuchó con gusto a Juan (Mc. 6.20) y sin embargo rechazó el mensaje de Cristo que él le dio. Percibe que es bueno, pero en realidad no lo come.

E. Gustar de los poderes del Siglo Venidero.

La palabra *poderes* se emplea en Hebreos 2.4 en relación con los milagros, y posiblemente este es el significado en este caso. Entonces sería como repetición de lo ya dicho.

F. Recaer.

A pesar de este conocimiento y experiencia tan lúcidos, los blasfemos renunciaron a Cristo. No con la duda usual ni la incredulidad ordinaria; no a regañadientes y en contra de su propia voluntad como Pablo pecó (Ro. 7); no con tristeza o compunción como las que experimentó

Pedro después que hubo negado a Cristo; sino 'voluntariamente' (He. 10.26), deliberadamente.

El ejemplo más claro de esta blasfemia es el repudio de Cristo por parte de los fariseos en las circunstancias ya mencionadas en los Evangelios. Los fariseos habían visto claramente a Dios Todopoderoso con sus propios ojos – lo habían oído y tocado. Lo vieron enseñar como ningún otro mortal. Lo habían visto realizar milagros muchas veces. En esta ocasión lo vieron realizar tres milagros en una sóla persona: cuando devolvió la vista, dio el habla, y arrojó un espíritu demoníaco. Sin embargo se negaron a admitir que era Dios. Por el contrario, llenos como estaban del veneno del odio, no sólo negaron que fuera Dios, sino que lo acusaron de que había echado al demonio siendo él mismo un demonio. Hicieron de Dios Satanás, y Satanás de Dios; fue una rebelión diabólica contra Dios.

Este mismo pecado puede ocurrir hoy día tanto como ocurrió en la época bíblica. Si bien ya ha pasado la era de los milagros, es posible que el hombre moderno, iluminado por el Espíritu de Dios y habiendo gustado que la Palabra de Dios es buena, se revele contra Cristo en forma abierta y descarada sin ningún remordimiento. Así ocurre sobre todo en el caso de los que han sido educados en hogares e iglesias cristianas, donde han escuchado el evangelio durante años en forma completa, clara y adecuada. Es posible que reciban el calor de la presentación clara del evangelio y luego en forma voluntaria, maliciosa y abierta renuncien a Cristo por completo.

III. *El castigo*

Las consecuencias de esa blasfemia son trágicas. Esos pecadores nunca se pueden salvar. Nunca tendrán otra

oportunidad para creer. 'Es imposible . . . que . . . sean otra vez renovados para arrepentimiento' (He. 6.4, 6), que el Espíritu Santo los ilumine o mueva de nuevo. Como vieron, gustaron y experimentaron los dones celestiales, su condenación será mayor. Y 'no les será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero' (Mt. 12.32). Porque es 'pecado de muerte,' por el cual ninguna iglesia debería orar (1 Jn. 5.16). Es pecado que 'no tiene jamás perdón' (Mc. 3.29).

La palabra 'imposible' de Hebreos 6.4 no quiere decir que el alma se ha endurecido demasiado para que el Espíritu Santo la toque. El Espíritu Santo es omnipotente y puede hacer lo que quiere. Incluso puede convertir a piedras en hijos de Dios (Mt. 3.9). Pero es 'imposible' porque Dios ya no quiere convertir el alma. Este es el castigo: que Dios abandona al pecador a sus propios pecados.

El juicio se parece al que se menciona en Romanos. Algunos, dice Pablo, conocieron claramente a Dios; sin embargo no lo glorificaron como Dios, ni le dieron gracias, sino que suprimieron este conocimiento, se volvieron vacíos y necios, y convirtieron la gloria del Dios incorruptible en la imagen del hombre corruptible, pájaros y animales (Ro. 1.18–23). El castigo que recibieron fue la ausencia de Dios en su corazón, el ser abandonados a sus propios deseos y pasiones, y tener una mente réproba (Ro. 1.24–32). Como el hombre está tan corrompido moralmente, abandonarlo a sus propios gustos se puede asegurar que nunca se convertirá. Esta es precisamente la clase de castigo que Dios repara a los que han blasfemado contra el Espíritu Santo.

Este castigo se puede comparar a la forma en que el campesino trata al suelo estéril. Si un pedazo de terreno.

después que ha llovido mucho, no produce cosecha sino sólo espinas y malezas, se lo considera sin valor, bueno sólo para ser consumido por el fuego. Así también, si alguien no produce ni fe ni buenas obras después de que ha sido bendecido con la presencia y acción poderosas del Espíritu Santo, entonces también él carece de valor, es repudiado y considerado bueno sólo para consumirse en el fuego del infierno (He. 6.7, 8).

Si después de enterarse de este castigo 'horrendo' (He. 10.27), alguien tiembla de miedo al pensar que ha cometido ese pecado y desea ser salvo, tenga la seguridad de que no está perdido para siempre. En primer lugar, si alguien pide a Jesucristo que lo salve, puede tener la seguridad absoluta de que Jesús lo aceptará, porque él mismo dijo, 'al que a mí viene, no le echo fuera' (Jn. 6.37). Dios acogerá benignamente a todo aquel que se acerca a él con fe, sin tener en cuenta lo odiosos que hayan podido ser sus pecados. Este es el gran mensaje de la Biblia.

En segundo lugar, la esencia misma del pecado imperdonable es que al pecador no le preocupa ser salvo. Odia a Cristo y lo último que le ha de preocupar es si ha hecho algo malo o no. Dios ha abandonado a esa persona a sus propios deseos, los cuales, sin la influencia del Espíritu, lo alejan siempre de Dios en lugar de acercarlo a él. El temor religioso no es posible en una persona así. Si alguien está temeroso en estos momentos, entonces esa misma ansiedad es señal de la acción del Espíritu en su vida. Porque sin el Espíritu nadie puede temer, ni preocuparse, ni desear ser salvo.

Si bien algún lector quizá no haya cometido el pecado imperdonable, existe claramente la posibilidad de cometerlo en el futuro. Tampoco los hebreos habían cometido el pecado. Por eso el autor dice, inmediatamente después

de esta sección acerca de la blasfemia contra el Espíritu Santo, que estaba persuadido de cosas mejores en cuanto a ellos (6.9). Pero con todo les envió por escrito una amonestación apremiante, porque existía el peligro de que cayeran en ese error tan grave.

Habían escuchado el evangelio de salvación, pero no lo habían aplicado a su propia vida en la forma adecuada. Para el momento cuando fue redactada la carta deberían haber sido maestros. Y sin embargo seguían sentados en las bancas y tenía que enseñárseles 'los primeros principios' de la Biblia. Sólo podían beber leche, no masticar carne, aprendían con cansancio y lentitud. Por consiguiente, el autor los amonesta porque si bien estaba persuadido de cosas mejores en cuanto a ellos, existía el peligro verdadero de que pudieran apostatar. Resultaba posible que algunos, habiendo escuchado el evangelio con tanta claridad e incluso habiendo recibido mociones del Espíritu que les habían hecho gustar que la Palabra de Dios era buena, cayeran. De ocurrir esto, nunca podrían volver a Dios para ser salvos.

El remedio obvio para el que teme que pueda caer en un estado semejante es acudir inmediatamente a Cristo. Nunca se debería posponer tal acción, porque es parte de la naturaleza misma de este pecado – que los que ya saben lo que tienen que hacer pospongan la decisión hasta un momento más oportuno (Hch. 24.25). En lugar de posponer, el que tiene verdadera preocupación de no caer en el pecado imperdonable debería asegurarse de que busca al único Salvador, al Dios hombre Jesús, para que lo salve. En segundo lugar, debería estudiar la Palabra de Dios de manera que progrese más allá de los primeros principios de Cristo, la leche de la Palabra (He. 5.12; 6.1). El que no estudiaban y crecían en la palabra

de Dios era la razón principal de la preocupación del autor respecto a los hebreos. Obviamente, el remedio principal para los hebreos era dedicar más tiempo a las Escrituras. Esto significa para nosotros leer la Biblia a diario, emplear ayudas bíblicas tales como referencias y comentarios, asistir a la iglesia regularmente, aprenderse de memoria versículos, asistir a grupos de estudio bíblico, y discutir la Palabra. Cuando una persona acude a Cristo y estudia su Palabra, puede tener la seguridad de que es hijo de Dios, salvado por Jesús y que nunca se perderá.

16: El Espíritu Santo y la Responsabilidad Humana

En el curso de los capítulos anteriores, hemos visto de que alcance tan grande son las obras del Espíritu Santo. El campo en el que el Espíritu actúa es grande y variado. Es imposible limitar su actividad sólo a la santificación. El propósito de este libro, sin embargo, no es el satisfacer nuestra curiosidad respecto a hechos relativamente poco conocidos, sino más bien, que a través de un conocimiento más preciso del Espíritu, podamos llegar a esperar y experimentar más bendiciones de parte de él. Para estar más llenos del Espíritu, debemos saber más acerca de El y de su obra. Pero debemos poseer más que conocimiento; debemos hacer algo. En este capítulo veremos cuál es nuestra responsabilidad respecto al Espíritu Santo. Veamos primero el campo en el que no hay responsabilidad humana, y luego el campo en el que sí la hay.

I. *Donde no hay responsabilidad humana*

Si no estamos vigilantes, quizá nos imaginemos la regeneración como algo que el hombre controla – como su propia responsabilidad. Quizá citemos la afirmación de Jesús, 'Os es necesario nacer de nuevo' (Jn. 3.7), y luego exhortar: 'a fin de entrar en el reino de los cielos hay que

nacer del Espíritu. Procurad, pues, cumplir los prerequisitos necesarios de la convicción, arrepentimiento, conversión y fe a fin de poder ser regenerados. Está en vuestras manos, no lo pospongáis, porque es necesario nacer de nuevo.'

El pensar así no sería bíblico. La Biblia considera a los hombres responsables por *todas* sus acciones, pero no por la acción del Espíritu en la regeneración. El hombre no regenerado, aunque está muerto en sus pecados y no puede hacer nada bueno en lo espiritual, sigue siendo responsable delante de Dios por su caída en Adán y por los pecados consiguientes. No puede eludir la culpa echándole la responsabilidad a Adán. Es culpa del hombre mismo el encontrarse en la situación moral en que está. El hombre regenerado también es responsable delante de Dios por todas sus acciones, tanto por sus pensamientos, como palabras u obras. Pero nadie es responsable por la obra de la regeneración; no es algo que el hombre puede hacer. No se engendra a sí mismo, sino que como Jesús dijo a Nicodemo, el hombre nace de arriba, del Espíritu. La regeneración es actividad exclusiva del Espíritu, y en ella el hombre está completamente pasivo, como vimos más en detalle en el capítulo séptimo.

Tampoco se puede decir que el hombre sea responsable por poner en movimiento esa cadena de acontecimientos – es decir, convicción, arrepentimiento, conversión y fe en Cristo – que producirán la regeneración. Porque como hemos visto, estos acontecimientos no preceden ni causan la fe, sino que como en el caso de Lidia, la regeneración debe de ocurrir de antemano a fin de que los perdidos se arrepientan y crean.

Hay que advertir que la Biblia no menciona en ninguna parte ningún mandamiento en el sentido de que el hombre

debe nacer de nuevo o debe comenzar un proceso que conduce a la regeneración. Cuando Jesús dice a Nicodemo, 'Os es necesario nacer de nuevo,' no le manda que lo haga. Antes bien, afirma simplemente una realidad. Le es necesario a Nicodemo nacer de nuevo si quiere entrar en el reino de los cielos. Tiene que nacer de agua y del Espíritu, es decir, tiene que ser purificado con el lavado de la regeneración a fin de poder entrar. Jesús no le dice a Nicodemo que puede regenerarse por sí mismo o que primero debe hacer ciertas cosas para poder llegar a la regeneración. Por el contrario, insinúa bien claramente que la regeneración no está en absoluto bajo su control. Antes bien, este nacimiento viene de arriba. Además, dice Jesús, el Espíritu que engendra es como el viento que sopla donde quiere. Nadie lo controla ni lo dirige. Así como nadie puede cumplir con ciertos requisitos que hagan que el viento cambie de dirección, así tampoco nadie puede, mediante el cumplimiento de ciertas condiciones, forzar al Espíritu Santo a regenerar a alguien.

Se puede decir también que cualquier mandato dado al hombre respecto a la regeneración sería como tratar de exigir al niño todavía no nacido que cumpla con ciertos requisitos a fin de poder nacer. O sería como pedir a Lázaro muerto que realice ciertas cosas a fin de que Jesús pueda resucitarlo.

Así pues, como la regeneración es un acto que sólo puede realizar y realiza el Espíritu Santo, y como la Biblia nos dice que el hombre no puede ni tiene que cumplir con ciertas condiciones que obligarían al Espíritu a regenerar, la conclusión ineludible es que el hombre no es ni puede ser responsable por la regeneración, la cual está totalmente en manos de Dios.

Si bien la Biblia no hace al hombre responsable de la regeneración, sí pone sobre sus espaldas, en un ciento por ciento, la responsabilidad de creer. La Biblia no manda en ningún pasaje que el hombre se regenere. Pero constantemente lo exhorta a que crea. La regeneración pertenece al Espíritu Santo, pero la fe pertenece al hombre (si bien es el Espíritu el que lo capacita para creer). Este énfasis bíblico debe ser nuestra guía tanto al dar testimonio como al predicar a los no salvos. Por una parte, debemos abstenernos de mandarles que nazcan de nuevo – eso no es responsabilidad suya; por otra parte, debemos exhortarlos en el nombre del Rey, mandarles, y suplicarles que crean – esta *sí es* su responsabilidad.

Hace falta añadir aquí unas palabras de alerta. No se debe distorsionar al enseñanza bíblica de que el hombre no es responsable de su regeneración dando a entender que la Biblia enseña un sistema fatalista de salvación. Se podría razonar: si el hombre no puede creer hasta que el Espíritu de Dios lo regenere, entonces no es obligación ni responsabilidad suya el creer. Pero este razonamiento es del hombre. Nuestra responsabilidad es ceñirnos a la revelación de la Escritura, aunque sus enseñanzas no armonizan con el razonamiento humano. La sabiduría y conocimiento de Dios son infinitamente superiores a los nuestros, y nos debemos someter a ellos incluso cuando parecen ir en contra de la lógica humana. Por consiguiente, si bien la Biblia enseña que la regeneración precede a la fe, y que la regeneración es elección soberana de Dios y no responsabilidad del hombre, sin embargo, por otro lado, la Biblia pone toda la responsabilidad de creer en el hombre. Si no cree, es sólo culpa suya, y no de Dios. Si cree, toda la alabanza le pertenece a Dios y no al hombre. *Soli Deo gloria:* Sólo a Dios la gloria.

II. *Donde sí hay responsabilidad humana*

La Biblia nos enseña que después de la regeneración el Espíritu vive en nosotros en una forma especial. Posee nuestra alma y cuerpo. Se dice que somos templo del Espíritu Santo. Hay una diferencia radical entre nosotros y los no cristianos.

Pero la Escritura también insinúa que puede haber diferentes grados en la presencia del Espíritu. Mora más plenamente en uno que en otro. Puede haber una posesión mínima o una posesión sobreabundante. Los discípulos de Antioquía 'estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo' (Hch. 13.52). Pablo manda a los efesios, quienes ya poseían en su corazón al Espíritu y a Cristo, que se llenen con el Espíritu, y no con vino (Es. 5.18). En vez de alegrarse con la embriaguez que degrada, debían alegrarse con el Espíritu Santo. Entonces serían hombres 'perfectos' (Ef. 4.13), 'Perfectos, enteramente preparados para toda buena obra' (2 Ti. 3.17).

Hay pues diferencia entre simplemente tener al Espíritu Santo y estar lleno del Espíritu Santo. Es posible poseer al Espíritu hasta tal punto que llene todas las facultades, y sin embargo seguir recibiendo más. Podemos poseer un principio nuevo de vida dentro de nosotros, tal como el Espíritu Santo, el cual cambia todo nuestro ser, y sin embargo puede ocurrir que no haya tomado posesión hasta el punto de que nos llene hasta la sobreabundancia. La muerte ha sido expulsada y la vida está presente, pero puede ser una vida enfermiza. Puede haber luz, y sin embargo es sólo un amanecer, no el esplendor del mediodía. Así también, podemos poseer al Espíritu de forma que toda nuestra vida espiritual sea completamente diferente de nuestra antigua muerte espiritual, y sin embargo

no hasta el punto de que lo poseamos en toda su plenitud.

Como hemos visto en un capítulo anterior, el secreto de la vida santa está íntimamente ligado con esta presencia del Espíritu de Dios. Sin él es imposible hacer nada bueno. Por el contrario, con la presencia del Espíritu podemos triunfar cada vez más sobre el poder del pecado en nuestra vida. Nos da una fuente de poder que el hombre natural no posee. Es la fuente eterna que mana para vida eterna. Después de que alguien se ha hecho cristiano, la meta más elevada de su vida es llenarse completamente del Espíritu.

Después de haber visto algo en cuanto a los grados diferentes en que el Espíritu puede morar en el cristiano, se suscita la pregunta: ¿Hay algo que podamos hacer para poseer una presencia plena del Espíritu a fin de que lleguemos a ser hombres de Dios, perfectos, completos, preparados para toda buena obra? ¿O debemos simplemente esperar que Dios tome la iniciativa? En otras palabras: ¿Es responsable el hombre de esa presencia más plena o no?

Al tratar de responder a esto hay que evitar dos peligros latentes. Uno es la idea que sostiene que como todo, incluso la presencia plena del Espíritu, ha sido predestinado por Dios, el hombre no puede hacer nada en cuanto a incrementar la presencia del Espíritu y por consiguiente no tiene ninguna responsabilidad en ese sentido. Por consiguiente, el hombre no debería ni siquiera esforzarse por recibir una presencia más plena, porque todo sucederá, se esfuerce o no. Esta idea pasiva, que enseña que el hombre no puede hacer nada y que lo deja todo en manos del Espíritu, no es bíblica.

El otro peligro latente que hay que evitar es el extremo

opuesto: el punto de vista activista. Enseña que Dios no tiene control último sobre el incremento de la presencia del Espíritu, sino que la responsabilidad completa descansa sobre el hombre. Este punto de vista sostiene que el hombre puede hacer fracasar el propósito del Espíritu resistiéndose al mismo. Por consiguiente, el hombre debe permitir que el Espíritu actúe, o de lo contrario no hará nada. El hombre, y no Dios, tiene las riendas en la mano. Tampoco este punto de vista es bíblico.

La solución bíblica, desde luego, no está en ninguno de estos dos extremos, sino en un punto medio. Y no queremos decir un punto medio en el sentido de que el Espíritu haga la mitad de la obra y el hombre la otra mitad – algo así como el cincuenta por ciento. Antes bien, es un punto medio en el que el Espíritu es completamente soberano y el hombre es completamente responsable: una distribución del ciento por ciento a cada uno, por contradictoria que parezca. Al igual que en la regeneración, así también en la santificación el Espíritu tiene propósitos irresistibles, y lleva a cabo con exactitud lo que desea. En este campo es como el viento que sopla donde quiere. Pero al mismo tiempo, si bien el hombre no es responsable por la acción del Espíritu en su nuevo nacimiento – en la regeneración – sí es totalmente responsable en relación con la acción posterior, santificadora de la tercera Persona de la Trinidad.

Lo primero que habría que advertir acerca de la responsabilidad del hombre respecto al incremento de la presencia del Espíritu es que Dios le ha dado medios por los cuales puede luchar por esa meta. Uno de esos medios es la fe. Con un deseo intenso y la oración constante por la santificación y la presencia de Cristo y del Espíritu Santo, y con la esperanza confiada y firme de que Dios

responderá a la oración, recibirá un dominio más pleno de Cristo y del Espíritu en su vida.

Todas las bendiciones del cristianismo nos vienen por medio de la fe sola. Somos justificados por la fe en Cristo como Salvador nuestro. Y no menos somos santificados por la fe en Cristo como Salvador nuestro de la culpabilidad de nuestros pecados. No comenzamos con la fe solo para luego ser perfeccionados por la ley (Ga. 3.1–5). El genio de la Biblia – tal como lo ha visto el protestantismo histórico – es que toda bendición espiritual se obtiene por la fe sola. Cristo no es sólo nuestra redención sino también nuestra santificación (1 Co. 1.30). Reveló a Pablo, camino de Damasco, que los santos reciben 'por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados' (Hch. 26.18).

Así mismo, la presencia más plena del Espíritu de santificación no se recibe por obras sino por fe. Sabemos por Gálatas 3.14 que Cristo fue maldito por nosotros, 'a fin de que *por la fe* recibiésemos la promesa del Espíritu.' En Juan 7.38, 39 leemos: 'El que cree en mí como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu.' Hay pues relación directa entre la fe y la presencia del Espíritu. Cuanto mayor es nuestra fe, tanto mayor será la presencia del Espíritu y la subsiguiente santificación.

Además, sabemos que las tres personas de la Trinidad son inseparables, incluso en el asunto de su presencia en los cristianos. Donde quiera que está el Espíritu de Cristo, también está Cristo mismo (Ro. 8.9). Y donde Cristo hace su morada, también la hace el Padre (Jn. 14.23). Debido a esta inseparabilidad, las tres personas vienen a morar en el corazón del cristiano por los mismos medios. Como sabemos, es por fe que Cristo mora en

nosotros más abundantemente, esto significa que también lo hace el Espíritu.

Que Cristo mora en nosotros más abundantemente por fe se puede ver en Efesios 3.17 donde Pablo ora por los efesios para que Cristo more en sus corazones por medio de la fe. Esta morada no tenía como fin la regeneración, porque los efesios a los que Pablo escribía ya estaban regenerados y ya poseían a Cristo en su corazón. Eran, después de todo, 'los *santos* y *fieles en Cristo Jesús* que están en Efeso' (1.1). Sin embargo Pablo ora para que Cristo more en ellos por fe. La conclusión ineludible es que la fe es el medio por el cual Cristo viene a nuestra vida en una manera más abundante después de la regeneración. Si eso es así, entonces, debido a la inseparabilidad de las Personas de la Trinidad, el Espíritu también viene a nuestra vida en forma más plena por fe. Si podemos incrementar la presencia de Cristo por fe, entonces podemos incrementar la presencia del Espíritu de la misma manera. Porque donde está Cristo, también está el Espíritu.

Otra condición para el incremento de la presencia de Dios se encuentra en las palabras de Jesús: 'El que me ama, mi Palabra guardará; mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él' (Jn. 14.23). La primera condición que menciona, a saber, amor hacia él mismo, el cual incluye desde luego la fe. Pero una segunda condición, o quizá una extensión de la primera, es el guardar su Palabra, es decir, hacer su voluntad y ser santo. En otras palabras, si después de la regeneración seguimos creyendo y no vivimos en pecado, entonces Cristo y el Padre, y en consecuencia el Espíritu Santo, harán su morada en nosotros en forma más plena. Así pues, la presencia más plena del Espíritu depende en parte de nuestra fe y santidad.

No sólo son necesarias la fe y santidad para tener una presencia mayor del Espíritu, sino que, su acción disminuirá si se dan actos de rebelión de nuestra parte. Esto lo da a entender Jesús cuando afirma que si el hombre lo ama y guarda su Palabra, él y el Padre harán morada en él. En otras palabras, si el hombre no guarda su Palabra, sino que peca, no morarán en él.

Además, dice Pablo, 'No apaguéis al Espíritu' (1 Te. 5.19). No se refiere sólo a los dones especiales del Espíritu, tales como el don de milagros, lenguas, o profecía, que se mencionan en el versículo siguiente. Es más probable que se refiera a la acción más general del Espíritu en su operación santificadora. Se debe recordar que es imposible apagar totalmente al Espíritu, porque, una vez salvos, siempre salvos. Sin embargo es posible echar agua al Espíritu de fuego con el pecado constante y la falta de arrepentimiento, de fe; al no avivar esas chispas de vida que el Espíritu Santo nos ha dado. De este modo se le contrista, se le entristece (Ef. 4.30; Is. 63.10). Estamos ante un lenguaje antropomórfico, ante un hablar de Dios según la manera humana. Pero indica que se puede entristecer y provocar al Espíritu, con el resultado de que su influencia en nosotros sea menos intensa, y que la unión que tenemos con el Espíritu no sea tan fuerte como debería ser.

Es una arma de doble filo. Podemos incrementar la presencia del Espíritu con la fe y la santidad, pero también podemos impedir esa presencia con la falta de fe y con el pecado.

Esta es, pues, nuestra responsabilidad para con el Espíritu Santo. Dios ha ordenado que haya una relación directa entre nuestra fe y santidad por un lado, y la presencia cada vez mayor del Espíritu Santo por otro. El

Espíritu morará en nuestro corazón en proporción exacta a la fe que tengamos en él. Cuanta más fe tengamos, tanto más vendrá a nuestra vida. No tenemos que ser pasivos, como necesariamente lo es en la regeneración. Antes bien, Dios nos manda que seamos muy activos. Tenemos que buscar una presencia más plena del Espíritu. Si no acudimos a Dios y oramos al Espíritu, no lo recibiremos en una medida más abundante, porque Dios ha establecido la ley de que la presencia más plena del Espíritu viene por fe. Si queremos vivir santamente, debemos poseer el manantial de los caudales de vida; si queremos el manantial – la fuente sobrenatural – entonces debemos buscar al Espíritu por fe. Es el único camino para el triunfo.

Alguien podría preguntar: ¿Acaso esto no va en contra de la preordenación que Dios ha establecido para todo? ¿No hace esto acaso que Dios dependa del hombre, y que el Espíritu dependa de la fe del hombre? La respuesta es: ¡Claro que no! Dios ha preordenado tanto los medios como los fines.

Por ejemplo, la Biblia nos enseña que recibiremos al Salvador sólo por fe. Si rechazamos a Cristo, no podemos salvarnos. La salvación depende de la fe en Cristo. Así también, en cuanto a la oración, si no pedimos ciertas cosas, no las recibiremos, hablando en términos generales; y si pedimos esas cosas según las normas de la oración, las recibiremos. La razón de que estos dos hechos no contradigan la preordenación absoluta de todas las cosas por parte de Dios es que Dios no solamente ha preordenado los fines, sino también los medios. No sólo preordena a una persona determinada para la salvación, sino también que tiene que creer en Cristo. No sólo preordena ciertos acontecimientos, sino también que haya que orar por ellos.

En forma semejante, si queremos recibir la plenitud de la presencia del Espíritu, debemos pedirla. Si no lo hacemos así, no lo recibiremos más abundantemente. La intensidad de la presencia del Espíritu en nosotros dependerá de si lo buscamos con fe o no. Esta es nuestra responsabilidad. Pero, si pedimos ese Espíritu y en consecuencia lo recibimos en forma más abundante, debemos recordar siempre que Dios fue quien predestinó que oráramos para pedirlo, y que fue él quien envió al Espíritu Santo para que nos hiciera orar. Porque, si bien debemos ocuparnos en nuestra salvación con temor y temblor – si bien podemos recibir una presencia más plena del Espíritu si lo pedimos y no lo entristecemos ni lo agraviamos – esto es así sólo porque 'Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad' (Fil. 2.12, 13).

Así actúa Dios. Nos manda que hagamos grandes cosas, incluso algunas que son imposibles, y luego nos da la capacidad para cumplir lo que nos manda. Nos manda, por ejemplo, que creamos en Jesucristo. Pero con las fuerzas naturales eso es imposible, y en consecuencia podríamos decir que no podemos hacerlo. Pero entonces Dios, por medio de la regeneración, nos de la capacidad de creer en Cristo.

Así también, Dios nos manda que nos llenemos del Espíritu Santo (Ef. 5.18). Pero también esto es imposible de alcanzar con nuestras propias fuerzas. Dios entonces nos da una fuerza mayor del Espíritu para que podamos pedir una presencia más plena del mismo. Y como la pedimos, lo recibimos más plenamente. Nuestro deber es esforzarnos con todo nuestro empeño por poseerlo. Pero si lo hacemos, es sólo porque el Espíritu ya ha estado actuando dentro de nosotros para que oremos y nos esfor-

cemos. Dios nos manda algo y luego nos da las fuerzas para que hagamos lo que nos manda.

Así pues, al tratar de definir la responsabilidad del hombre en cuanto a conseguir una presencia más rica del Espíritu, vemos que la responsabilidad del hombre es de un ciento por ciento. Si no utiliza los medios que Dios le ha dado, no poseerá al Espíritu con más abundancia. Por otra parte, si utiliza estos medios, poseerá al Espíritu en una medida más abundante. La obligación de buscar esta presencia más plena del Espíritu Santo es completamente del hombre.

Al mismo tiempo, sin embargo, la acción de dar al Espíritu depende completamente de Dios – en un ciento por ciento. Esto no significa que el hombre por sus propias fuerzas llega a mitad de camino hasta Dios y que luego Dios le sale al encuentro y lo guía hasta el final de la ruta – una división de responsabilidades en un cincuenta por ciento. No, Dios lo hace todo, el hombre es ciento por ciento responsable, y sin embargo Dios da al hombre *toda* la capacidad que tiene. Este es el evangelio de gracia – gracia desde el principio hasta el fin y no a medias.

No cabe duda que muchas de estas cosas resultan difíciles de entender. Entrañan el gran problema de combinar la soberanía divina con la responsabilidad humana. Nos resulta imposible reconciliarlas, si bien nuestro Dios infinito sí puede. Lo que podemos hacer es averiguar lo que la Biblia revela, y luego dejar el problema en manos de Dios, descansando en esas dos grandes verdades que la Biblia nos enseña.

Pero queremos concluir subrayando una cosa: La Biblia afirma sin dejar lugar a dudas que la fe y la santidad producen una presencia más plena del Espíritu. Si no nos

preocupa el poseer esa plenitud, si no la buscamos, si cedemos ante la tentación, no poseeremos al Espíritu de Dios en toda su plenitud. Pero si acudimos a él y se lo pedimos, vendrá a nuestra vida en forma más plena. Claro que Dios nos capacitará para hacerlo; sin embargo, si no lo hacemos es culpa nuestra. Nosotros merecemos el reproche. Y si lo hacemos, la gloria es para Dios. Por consiguiente, apartemos el pecado, deseemos al Espíritu, y pidámoslo con fe.

Podemos tener la seguridad de que si así lo hacemos, recibiremos con toda certeza una presencia más plena del Espíritu eterno de Dios. Porque ¿quién de nosotros, cuando el hijo nos pide pan, le damos una piedra, o si nos pide un huevo, le damos una serpiente? 'Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuetros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?' (Lc. 11.11–13). 'Pedid y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá' (Lc. 11.9). Pidamos al Espíritu, creamos que lo recibiremos cada vez con mayor abundancia, y así sucederá. Si Cristo nos ha salvado del pecado, no puede haber meta más elevada que esta: conocer la plenitud de la presencia del Espíritu eterno de Dios.

Indice de Temas

Abraham, 37, 50, 51
Adán, 29, 31, 33, 47, 50, 51, 63, 65, 79, 80, 82, 89, 174, 240
adiáfora, 149
adopción, 174, 177, 178, 229
Agar, 50
agua, 211, 212
alma, 30, 96, 97, 99, 102, 108, 113, 114, 172, 173, 184, 186, 218, 234
amor, 99, 111, 132, 138, 141–143, 173, 202, 223, 224, 247
amor de Dios, 74, 160, 176, 178, 193, 226
apóstoles, 132, 133, 138, 202, 218
Aristóteles, 43, 173
arrepentimiento, 38, 135, 240, 248

bautismo, 139, 212
bautismo de Jesús, 84–85, 221, 223
bautismo de Juan, 135, 136
bautismo en el Espíritu, 126, 138, 198
Berkouwer, 158
Bernabé, 127, 204
Biblia, 6, 10, 11, 14, 15, 18–20, 22, 23, 26, 28, 31, 32, 36, 38, 44, 46, 49, 53, 54, 56–59, 61, 63, 64, 66, 67, 70, 74, 77, 82, 88, 93, 96, 97, 107, 110, 112, 114, 115, 119, 122, 123, 127, 130, 132, 136, 138–141, 144–151, 153, 155, 160, 163, 164, 168, 173, 174, 179, 185, 192, 196, 197, 206–208, 210, 212, 213, 217–220, 223, 226, 230, 231, 236–238, 240–243, 246, 249, 251
blasfemía contra el Espíritu Santo, 228–229, 231, 234
buenas obras, 113

Caifás, 232
Caín, 51
Calvino, 6, 56, 125
cena del Señor, 139, 169
Concilio de Toledo, 17
Confesión de Fe de Westminster, 151, 163
conocimiento, 63, 68, 70, 71, 74, 121, 138, 142, 174, 210, 231, 235, 242
conversión, 128, 136, 240
creación, 21, 23, 24, 26, 29, 62, 75, 77, 97, 100, 130, 172, 193, 219
Creador, 78, 152
Credo de los Apóstoles, 78, 196
Credo Atanasiano, 15

David, 48, 55, 56, 59, 66, 169, 213, 228, 229
Decálogo, 146, 147
Diez mandamientos, 52
dirección del Espíritu Santo, 144–149
divinidad de Cristo, 168, 231
divinidad del Espíritu Santo, 11, 12
divorcio, 38
dominio propio, 108

Edad Media, 125, 126
edificación, 133, 136, 139
emociones, 10, 93, 114, 118, 172
encarnación, 77, 78, 198
entendimiento, 70, 105, 114
Eva, 51, 63, 65, 174
Evangelio, 33, 65, 70, 71, 74, 95, 108, 134, 136, 153, 201, 226, 227, 233, 234, 237, 251
expiación, 66, 87, 172
Ezequiel, 73, 99, 213, 217

fe, 40, 45, 69, 74, 101, 102, 110, 121, 123, 131, 132, 134, 136, 139, 141, 150, 176, 179, 186, 188, 192, 194, 202, 207, 236, 240, 242, 245, 247–252
Filiación Mesianica, 168, 169
por nacimiento, 170
ética, 170
creadora, 172
por adopción, 176
por regeneración, 174

Gabriel, 169, 170
Génesis, 24, 25, 26, 27
Gentiles, 42, 127, 128, 135, 136
gloria de Dios, 48, 150, 186
glosalalía, 125–128, 130–135, 137, 139–142
gozo, 104, 224
gracia, 118, 142, 171, 185, 207, 251
gracia común, 31, 33–45, 62, 75, 130, 194

Hodge, 44
hombre natural, 32, 33, 65, 68, 69, 93, 94, 175

Iglesia, 17, 18, 30, 33, 49, 133, 139, 146, 148, 150, 153, 196–210, 218, 220, 226, 238
Iglesia Católica Romana, 17, 177
Iglesia Ortodoxa Oriental, 17
Iluminación de la mente, 69, 70, 72, 147, 162, 232
Infierno, 34, 95, 206, 236
inspiración, 55–58, 218, 219
intelecto, 99, 118
inteligencia, 70, 92, 137, 160, 164, 183
intercesión de Cristo, 189
intercesión del Espíritu Santo, 189
interpretación, 74
Isaías, 11, 37, 38, 83, 85, 188, 214
Israel, 16, 37, 38, 50, 99, 159, 198, 217

Jacob, 50, 51, 152, 169
Jesús, 15, 20, 40, 45, 82, 83, 84, 85, 95, 99, 100–102, 121, 122, 130–132, 140, 141, 145, 159, 168–171, 174–176, 179, 182, 192, 197–205, 208, 209, 212–216, 220, 221, 223, 224, 226, 230, 231, 236, 240, 241, 247, 248, 250
Juan, 60, 70, 100, 107, 111, 115, 135, 136, 175, 179, 222, 233
Juan el Bautista, 82, 220
Job, 24–27
José, 51, 77, 80, 152
Judas, 55, 185, 231
Judios, 37, 65, 71, 81, 85, 127, 135, 197
justicia, 29, 174
justificación, 18, 110, 177, 207, 246

Kuyper-Abraham, 6, 18, 20
Knox-John, 125, 184

Lázaro, 94, 99, 241
ley, 42, 71, 93, 171, 177, 249
ley de Dios, 40
libre albedrío, 207
Lidia, 64, 69, 98, 102, 240
Livingstone-David, 95, 103
Lucas, 59, 64, 66, 69, 78, 81, 82, 85, 86, 102, 127, 128, 134
Lutero, 56, 125

Marcos, 59, 86, 132
María, 77, 78, 169, 170, 192
Mateo, 77, 86
mente, 55, 58, 64, 65, 66, 69, 70, 74, 93, 96, 148, 167, 172, 180, 189, 222, 231, 235
Mesías, 169, 232
misericordia, 178, 184
Moisés, 51, 52, 60, 61, 71
muerte, 115, 124

nacimiento espiritual, 96, 100
naturaleza, 32, 46, 98
naturaleza divina de Cristo, 75, 76, 89, 169, 170, 175, 183, 207, 232
naturaleza humana de Cristo, 75, 76, 78, 80–82, 89, 170, 171
Nicodemo, 96, 176, 197, 212, 214, 240, 241
Noé, 37, 51

obediencia, 131, 132
obra del Espíritu Santo, 19, 20, 24, 25–30
oración, 19, 107, 121, 126, 130–132, 139, 184–195, 245, 246, 249

Pablo, 12, 32, 33, 38, 54, 56, 57, 59, 64–67, 69–71, 74, 78, 93, 96, 98, 99, 101, 107, 111, 115, 119–121, 127, 128, 133, 136–139, 141, 142, 149, 151, 159, 161, 172, 175, 178–182, 185, 187, 189, 191, 192, 197–200, 202, 204, 205, 206, 211, 213, 218, 222, 223, 227–230, 233, 235, 243, 246–248
Padre-Dios, 14, 17, 21, 22, 23
paz, 95, 104, 105, 180, 224, 229
pecado, 36, 63, 66–68, 79, 91, 93, 94, 99, 101, 103, 106–108, 111, 112, 115, 117, 121, 123, 125, 136, 148, 159, 164, 166, 171, 176, 184, 186–188, 193, 194, 206, 207, 212, 217, 220–222, 224, 226–238, 240, 244, 246, 247, 248, 252

Pedro, 53–57, 115, 122, 134, 135, 170, 171, 175, 222, 227, 234
Pentateuco, 60–61
perfección, 123, 124
personalidad del Espíritu Santo, 9–11
Pentecostes, 17, 104, 130, 132–136, 185, 192, 198, 201, 215, 216, 218, 220
poder del Espíritu Santo, 69, 70
profecía, 53, 61, 66, 130, 138, 202, 217
profetas, 57, 138, 221

redención, 88, 91, 152, 182, 246
Reforma-La, 125, 176
regeneración, 6, 19, 28, 35, 75, 92–105, 130, 147, 164, 174, 175, 177, 198, 213, 214, 217, 219, 230, 239, 240–242, 245, 247, 249, 250
reino de Dios, 92, 93, 103, 211, 212, 241
responsabilidad humana, 66, 239–252
resurrección de Jesús, 88, 192, 218, 228
revelación, 46–62, 63, 67, 71, 149, 150, 153, 162
revelación especial, 49–75
revelación general, 48–49
Roma, 95, 150, 159

sabiduría, 32, 67, 69, 72, 137, 242
salvación, 19, 21, 36, 49, 51, 58, 59, 68, 73, 88, 101, 102, 128, 131, 139, 150, 179, 183, 194, 198, 207, 209, 228, 230, 233, 237, 242, 249, 250
santidad, 142, 162, 171, 174, 177, 215, 220, 248–251
santificación, 6, 18, 19, 21, 28, 35, 75, 106–123, 130, 139, 141, 177, 193, 239, 245, 246
Satanás, 87, 99, 112, 115, 176, 209, 230, 234
seguridad, 178, 179
símbolos, 211–225

teofanías, 50, 54
Trinidad, 16, 18, 21, 22, 23, 111, 112, 168, 176, 191, 192, 200, 207, 245, 247

verdad, 208, 231
vida eterna, 45, 177, 230, 244
virtudes, 103, 108
voluntad, 10, 57, 58, 59, 60, 93, 98, 99, 108, 111, 113, 114, 117, 118, 148, 172, 184, 189, 233
voluntad de Dios, 145, 151, 155, 157, 159, 161, 162, 166, 169, 188, 189, 191, 206, 247
voz de Dios, 54, 62, 63, 74

Indice de Materias

CAPITULO		PAGINA
1.	El Espíritu Santo y la Trinidad	9
2.	El Espíritu Santo y la Creación	19
3.	El Espíritu Santo y la Gracia Común	31
4.	El Espíritu Santo y la Revelación	46
5.	El Espíritu Santo y la Iluminación	63
6.	El Espíritu Santo y Jesucristo	75
7.	El Espíritu Santo y la Regeneración	92
8.	El Espíritu Santo y la Santificación	106
9.	El Espíritu Santo y El Hablar en Lenguas	125
10.	El Espíritu Santo y la Dirección	144
11.	El Espíritu Santo y la Filiación Divina	168
12.	El Espíritu Santo y la Oración	184
13.	El Espíritu Santo y la Iglesia	196
14.	El Espíritu Santo y sus Símbolos	211
15.	El Espíritu Santo y el Pecado Imperdonable	226
16.	El Espíritu Santo y la Responsabilidad Humana	239